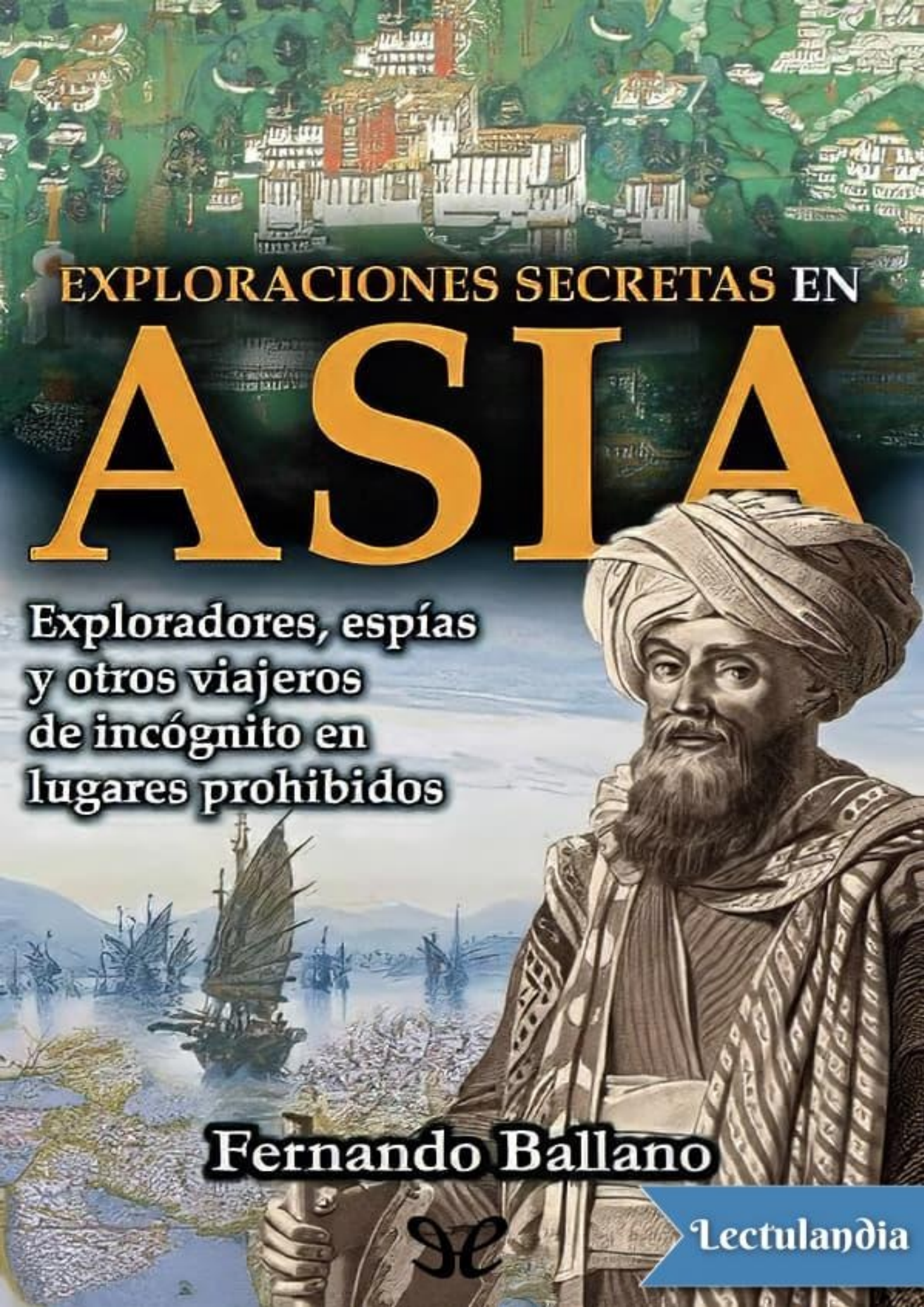
EXPLORACIONES SECRETAS EN

ASIA

Exploradores, espías y otros viajeros de incógnito en lugares prohibidos



Fernando Ballano

Lectulandia

La epopeya de aquellos que osaron entrar en los lugares de Asia vedados a los occidentales: de aquellos que sobrevivieron y alcanzaron la gloria y de los que fueron descubiertos y asesinados.

La mayor cualidad que debe tener un explorador, alguien que pretende hollar territorios desconocidos, es la paciencia, la capacidad de continuar aun cuando todo alrededor te insta a parar. Exploraciones secretas de Asia es un libro sobre aquellos que no se detuvieron ni cuando su vida estaba realmente amenazada, sobre aquellos que se atrevieron a pisar aquellas tierras donde no eran bien recibidos y que lo hicieron de incógnito y recurriendo a innumerables tretas. Es el recorrido, en un tono narrativo y ágil, por las exploraciones que, por pura inquietud o con fines políticos y comerciales, se adentraron en lugares prohibidos como La Meca, la Península Arábiga, Lasha o Afganistán.

Divide Fernando Ballano el libro por regiones, pero dentro de cada epígrafe nos presenta brevemente la historia de la zona y el contexto político que se daba en el momento de la exploración. La mayoría de los datos recabados para cada viaje son recogidos de los propios diarios y escritos de los exploradores que, en muchos casos por primera vez, son traducidos al castellano. Conoceremos de ese modo a celebérrimos exploradores como Richard Burton o Lawrence de Arabia, pero también a otros menos conocidos y que pagaron caro la osadía de su aventura, como Connolly y Stoddart que fueron encerrados en un pozo durante meses por el emir de Bujard para ser luego decapitados. Nos encontraremos en medio de la Ruta de la Seda donde los británicos mandarían espías que lograrían robar los secretos de la elaboración del té, como Fortune, o el misterio de la fabricación de la codiciada seda, como Scarth. Pero además Ballano nos mostrará curiosidades como la historia de la llegada a Lasha, ciudad sagrada del Tíbet, en la que no pocos exploradores perdieron la vida y que al final fue recorrida por una mujer, Alexandra David-Néel, disfrazada de mendiga.

Fernando Ballano Gonzalo

Exploraciones secretas en Asia

Exploraciones secretas - 01

ePub r1.0
Titivillus 08.01.2024

Fernando Ballano Gonzalo, 2013

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta
Exploraciones secretas en Asia
Prólogo
Introducción
Breve historia de la cartografía
LA MECA, LA CIUDAD CON PENA DE MUERTE AL NO CREYENTE
Introducción
Ludovico de Varthema (1470-1510) (1503)
Domingo Badía y Leblich (Alí Bey) (1767-1818) (1807)
Johann Ludwig Burckhardt (1784-1817) (1810)
George Augustus Wallin (1811-1852) (1843)
Richard Francis Burton (1821-1890) (1845)
John Fryer Keane (1854-1937) (1877)
Christian Snouck Hurgronje (1857-1936) (1884)
Gervais de Courtellemont (1863-1931) (1893)
Arthur J. B. Wavell (1882-1916) (1908)
Eldon Rutter (1925)
PENÍNSULA ARÁBIGA, ARENAS PROHIBIDAS A LOS EXTRANJEROS
Introducción
Pêro da Covilhã (h. 1450 - h. 1526) (1487)
Pedro Páez (1564-1622) (1589) y Antonio de Montserrat (1536-1600) (1589)
Ulrich Jaspar Seetzen (1767-1811) (1806)
James Silk Buckingham (1786-1855) (1813)
William Gifford Palgrave (1826-1888) (1862)
Carlo Guarmani (1828-1884) (1864)
Joseph Halévy (1827-1917) (1870)
Charles Doughty (1843-1926) (1876)
Thomas Edward Lawrence (Lawrence de Arabia) (1888-1935) (1910)
Wilfred Patrick Thesiger (1910-2003) (1945)
ORIENTE PRÓXIMO, MEDIO Y ASIA CENTRAL, MUNDOS CERRADOS AL EXTRAÑO
Introducción
Carsten Niebuhr (1733-1815) (1762)
Théodore de Lascaris (1774-1817) (1810)
Lady Hester Lucy Stanhope (1776-1839) (1810)
Chokan Valikhanov (1835-1865) (1858)
Arminius Vámbéry (1832-1913) (1861)

Freya Madeleine Stark (1893-1993) (1928)
TÍBET, LHASA Y AFGANISTÁN, VEDADOS A LOS EUROPEOS
Introducción
William Moorcroft (1767 o 1770 - 1825 o 1838) (1812)
Evariste Huc (1813-1860) (1844) y Joseph Gabet (1808-1847) (1844)
Los pundits (1863)
Abdul Hamid
Mani Singh y Nain Singh
Mirza Shuja
Hari Ram
Kishen Singh
Babu Sarat Chandra Das
Ugyen Gyatso
Kinthup
George W. Hayward (1839-1870) (1868)
William Watts McNair (1849-1889) (1883)
Annie (Hannah) Royle Taylor (1892)
Sven Hedin (1865-1952) (1900)
Alexandra David-Néel (1868-1969) (1924)
Heinrich Harrer (1912-2006) (1940)
CHINA, LOS EXTRANJEROS TRAEN OPIO Y SE LLEVAN NUESTROS SECRETOS
Introducción
Karl Charles Gützlaff (1803-1851) (1831)
Robert Fortune (1812-1880) (1843)
Walter Medhurst (1796-1857) (1845)
John Scarth (-) (1848)
Sobre el autor

A Reme

Prólogo

«*Solvitur ambulando*», ‘Se resuelve andando’, citaba el escritor y viajero Bruce Chatwin en un polvoriento café de Atar, en el corazón de Mauritania. Repetía estas palabras en su diario, a la par que recordaba los trazos de la canción, la primera que entonaron los primeros hombres, nómadas, marcando su letra con sus pies sobre la piel de la tierra, describiendo los valles, las montañas, los lagos, los desiertos por los que pasaban, dejando constancia de sus pasos y rutas para sus descendientes, desde las planicies de Australia hasta las cordilleras de Asia, pues siempre fue así.

Como lo es en las páginas de este libro, donde se esconden también los «trazos de la canción» que aportaron un puñado de nómadas, unos más modernos que otros, unos más arriesgados que otros, aunque compartiendo todos ellos el increíble deseo de superar la siguiente duna, la siguiente estribación montañosa, el siguiente río para poder probar lo que decía Robert Louis Stevenson: «No pido otra cosa. El cielo sobre mí y el camino bajo mis pies». Ya fuera en Arabia, en las faldas del Atlas, en las interminables estepas del Asia central o los intrincados senderos de Afganistán, estos grandes exploradores de los que el lector podrá conocer su vida y andanzas buscaron diferenciarse de los demás con lo que mejor sabían hacer, viajar. «Viajar esperanzadamente es mejor que retornar», añadía el autor de *La isla del tesoro*, él mismo un vagabundo en «los mares del sur», en las Marquesas y en las tierras altas de Escocia.

Sus palabras las podría haber suscrito Richard Burton, uno de los «grandes» recogido en estas páginas, buscador de las Montañas de la Luna y las fuentes del Nilo, y blasfemo visitante de La Meca prohibida a los infieles. También Wilfred Thesiger, un beduino más, al que los *bedus* llamaban *Umbarak*, el ‘bendito’, que no quiso retornar y, tras robarle sus secretos al territorio vacío de la península de Arabia, eligió la apacible sabana de Kenia

para soñar de nuevo sus interminables marchas en camello o a pie por el Hadramut, los pantanales de Irak o el Kurdistán.

Burton y Thesiger llevaban el camino y la aventura en la sangre, como Domingo Badía, más conocido como Alí Bey, espía y explorador, ignorado por una España que siempre receló de los audaces. Con su libro *Viajes por Marruecos* en mi mochila de cuero de cabra, crucé hace mucho mucho tiempo el Atlas, a la búsqueda de los oasis del sur magrebí y, entonces, me pregunté sobre la cualidad más importante para un viajero… la tenacidad, la capacidad de aprender sobre el terreno, la voluntad de poner un pie delante del otro para seguir adelante pese a todos los peligros y contrariedades, como hicieron el suizo Burckhardt tras la pista de la perdida Petra o el santo Charles Doughty, maltratado por los beduinos por no esconder su condición de cristiano, pero a la vez admirado por estos hombres del desierto. Muchos años después, en la ribera de un río perdido de las montañas del Altái, en el sur de Siberia, alguien me susurró la respuesta sobre la mejor cualidad de un viajero. Ya lo había dicho Victor Hugo, «viajar significa nacer y morir en cada instante». Para viajar, para desafiar al tiempo y la distancia, al peligro y al insuperable deseo de volver a casa, uno debe tener una infinita capacidad de renovarse, de ser una nueva persona en cada país, en cada aldea que visita.

Ese arte del disimulo, de la reinvención personal la tenían, y muy elaborada, los exploradores secretos de Asia que llenan estas páginas. Aventureros y nómadas, sí, pero con propósitos muy especiales, desde Lawrence de Arabia, alma de la revuelta árabe contra los turcos en la Primera Guerra Mundial, hasta el malogrado George Hayward, peón en el Gran Juego de británicos y rusos por el dominio de Asia central y Afganistán, y asesinado en el Himalaya por los fieros montañeses. En esa «gran partida» tan bien descrita por Kipling en su maravilloso libro *Kim* jugaron otros viajeros cuyas hazañas se narran en este libro: Moorcroft, McNair, el húngaro Arminius Vambery… De otros, como *Bokhara* Burnes, Frederick Burnaby, Younghusband, Connolly o Stoddart, leí sus nombres por primera vez en *The Great Game*, de Peter Hopkirk, y después los escuché repetir por historiadores y curadores de museos en Moscú y en el propio Uzbekistán, en la terrible fortaleza donde perecieron decapitados los dos últimos, Connolly y Stoddart, con mis pies sobre el pozo cegado donde el infame emir de Bujara los encerró durante meses, antes de asesinarlos.

De la pluma de Hopkirk conocí también las peripecias del mayor explorador de Asia de todos los tiempos, Sven Hedin, andarín de la Ruta de la Seda, vencedor del desierto más terrible del planeta, el Taklamakan, y

descubridor de las civilizaciones perdidas de la hoy seca, sequísima, cuenca del Tarim. Con el libro *Foreign devils on the silk road*, de Hopkirk, en el regazo y a bordo de una destartalada furgoneta repleta de chinos viajé en 1993 desde Turfán a Dunhuang, en el borde temeroso donde se rozan el Taklamakan y el Gobi. Ahora, en las páginas de este tomo que el lector tiene en sus manos, puedo recordar ese viaje y otros más librescos tras la figura del sueco Hedin, vilipendiado por sus devaneos, ya muy mayor, con el nazismo, pero brillante como pocos en el notable y difícil arte de la exploración.

A pesar de ese desprecio que muchos le depararon por no saber rechazar la vanagloria que le regalaban los nazis, el mayor dolor de Hedin no fue sentirse odiado, sino haber fracasado a la hora de alcanzar el mayor de los premios de los exploradores del alto Asia, la ciudad sagrada por encima de todas en ese continente: Lhasa, la capital del Tíbet. Sí la alcanzó, en cambio, una de las mujeres de las que habla también este libro, Alexandra David-Néel, ya en los anales de la historia de quienes mejor han conocido el Tíbet desde dentro. Decía Ralph Waldo Emerson que «ningún hombre debería viajar sin haber aprendido el idioma del país que va a visitar, pues de otro modo se convierte voluntariamente en un gran bebé, tan desasistido y ridículo». Alexandra aprendió sánscrito y tibetano, que hablaba con fluidez, y en su periplo por el Tíbet viajó disfrazada de mendiga, aunque después la consideraban una mujer santa. Visitó Lhasa en 1924 y quiso hacerlo de nuevo cuando ya contaba con cien años de edad. No pudo, pero el toque sacrosanto de aquella ciudad la alcanzó y, cuando murió, sus cenizas fueron aventadas en el Ganges, el río bendito de Asia.

Escribo este prólogo en el barrio de Achumani, en el sur de La Paz, a la misma altitud que Lhasa. ¿Coincidencia? No creo en tales. Algún día seguiré los pasos de David-Néel y Hedin, y también de Heinrich Harrer, otro protagonista en este libro y autor del inolvidable y autobiográfico *Siete años en el Tíbet*. Entre tanto, soñaré con el otro techo del mundo… o quizá con los desiertos de Arabia, los inmensos ríos de China o los traicioneros desfiladeros del Asia central. Aconsejo lo mismo a los lectores. Tomen este libro e intenten convertirse en un nómada más. Hagan como el erudito Robert Burton, siempre en los labios de Chatwin, y crean que el viaje no es una maldición, sino el mejor de los remedios para la melancolía, para las depresiones que causa la vida sedentaria a la que nos abocan estos tiempos extraños.

Juan Antonio Sanz
La Paz, Bolivia, abril de 2013

Introducción

Las exploraciones a lugares desconocidos constituyen algo fascinante. A los que las realizaban se les considera unos héroes aunque fueran a lugares donde eran bien recibidos o llevaran fuerzas suficientes para defenderse o incluso para agredir. Una labor mucho más difícil y peligrosa fue la que realizaron los que recorrieron lugares expresamente prohibidos y para ello hubieron de adoptar personalidades y nacionalidades diferentes, disfrazándose convenientemente, pues si eran descubiertos, aquello les podía suponer la muerte.

En esta obra, que forma parte de una bilogía junto con *Exploraciones secretas en África*, pretendo rendir un homenaje a esos héroes, en muchos casos desconocidos para la mayoría de la gente. He incluido a todos los que realizaron algún viaje, recorrido o exploración disfrazados y adoptando una personalidad falsa. Sobre algunos de ellos hay poca documentación disponible —algo lógico, al tratarse de acciones encubiertas— pero al menos merecen que se les cite para dejar constancia de su aventura.

El ser humano siempre ha sentido una gran atracción por lo desconocido y por lo prohibido, en muchos casos inconsciente. A ese respecto es muy gráfico y claro lo que manifiesta Ludovico de Varthema, el primer cristiano en visitar La Meca disfrazado, en 1503: «Si alguno preguntara cuál fue la causa de hacer este viaje, ciertamente no podré darle mejor razón que el ardiente deseo de conocer, que a tantos otros movió a ver el mundo y los milagros de Dios que lo conforman».

Las distintas civilizaciones enseguida enviaron exploradores para que se enteraran de lo que había más allá de lo conocido. Casi todas las exploraciones solían tener un interés económico, político o religioso, aunque en muchas ocasiones sea muy difícil separar estos tres factores, pues se suelen utilizar para disimular las verdaderas intenciones o motivaciones. En otros casos, sobre todo en los que partían de una decisión individual, solía tratarse

de lo que se denomina motivación de logro, el deseo de realizar algo importante o difícil, de superar un reto.

Con el desarrollo de las civilizaciones o imperios, y la competencia o pugna entre ellos, hubo regiones que estaban vedadas a los contrincantes o a todos los extraños. Esa misma prohibición acentuaba muchas veces el deseo de recorrerlas y conocerlas, porque sobre lo desconocido o prohibido se suelen crear muchas expectativas y mitos. Pero, para poder entrar, había que hacerse pasar por un nativo de esa zona o de otra región a cuyos habitantes les estuviera permitido entrar y recorrerla.

Lo que movía a los viajeros disfrazados cambiaba de uno a otro caso. Podía ser curiosidad o la atracción del reto, de lo difícil, unido a una personalidad muy especial, como en el caso de Burton, incluso patológica como en el de Lawrence. Unos eran civiles que exploraban por iniciativa propia o por encargo de gobiernos, otros eran militares que en ocasiones pedían la baja o una excedencia para no implicar a su país en esa misión. En ocasiones quizás se escondían de sí mismos.

Estos viajeros de incógnito solían ser personas obsesivas, persistentes, autocontroladas, desconfiadas, inquietas, con gran capacidad de adaptación e individualistas. A pesar de ello algunos sufrieron el estrés que suponía una simulación continuada, el temor a ser descubiertos, el no poder hablar libremente… Alguno hasta temía hablar en alto en su lengua materna mientras dormía o deliraba presa de las fiebres. Necesitaban ser muy inteligentes para aprender con rapidez, sobre todo otras lenguas y acentos. Hay un proverbio persa —trasmitido por Ella Sykes—, que dice «si estás en una habitación, sé del mismo color que la gente que hay en ella», para indicar la importancia de pasar desapercibido. Asimismo, los técnicos de camuflaje y mimetización saben que es fundamental no destacar del entorno, y no moverse mucho.

Desde la expansión del islam por buena parte de Asia muchos de sus territorios quedaron vedados a los no creyentes, que intentaron conquistarlos por la fuerza en la época de las cruzadas. Tras ellas pasó un período de tiempo sin contacto. Posteriormente, ya en tiempos del Imperio otomano, varios aventureros lograron penetrar, bien convirtiéndose al islam o simulando hacerlo. La Meca, ciudad santa y prohibida a los infieles, se convirtió en lugar mítico en el que entrar haciéndose pasar por creyente. En esta obra conoceremos las aventuras de diez hombres que lo lograron y referencias de otros que perecieron en el intento. Además de esta ciudad, toda la península

arábiga también estaba prohibida a los extraños en determinados momentos. A pesar de ello, otra decena de viajeros lo intentaron.

Oriente Próximo y Asia Central también fueron lugares prohibidos y varios aventureros de ambos sexos los recorrieron bajo otra personalidad. Ellas se disfrazaban de hombres para tener más libertad de movimientos, o de esposas de alguien importante y respetable, algo que algunas han debido realizar incluso en tiempos cercanos.

Los británicos ocuparon fácilmente el subcontinente indio pero tuvieron grandes dificultades para adentrarse en el Tíbet y en Lhasa, la capital prohibida. También aquí encontraremos mujeres que lograron hacerse pasar por nativas y recorrer el techo del mundo. Lo mismo ocurría con Afganistán, pero contaron con varios aventureros que se las ingeniaron para lograrlo.

Por último, conoceremos las aventuras de varios europeos que lograron entrar y recorrer el hermético Imperio chino, con distintas motivaciones, pero todos con una cuidadosa preparación y puesta en escena.

Como en otros campos, parece que solo existe lo que aparece en los medios de comunicación. El mayor desarrollo anglosajón en este campo ha hecho que en ocasiones únicamente conozcamos a los exploradores de esta procedencia, ignorando a los que no lo son. De hecho buena parte de mundo anglosajón, y fuera de él, considera a Richard F. Burton como el primero que entró disfrazado en La Meca cuando al menos hubo cuatro que lo lograron antes y de los que tenemos pruebas. En esta obra intentaremos dar a conocer a todos ellos, independientemente de su origen y trascendencia posterior.

Por otra parte hasta ahora nadie había agrupado a todos los que realizaron exploraciones o viajes secretos y de incógnito por Asia. Esta obra, que se complementa con otra dedicada a los que lo hicieron en África, viene a llenar este vacío y homenajear a los que llevaron a cabo estas aventuras que, en muchos casos, superan a la ficción.

Se trata de una obra de divulgación pero apoyada, en muchos casos, en los escritos originales de los viajeros, que se traducen por primera vez al español. Por otra parte, cada región y viajero comienza con una introducción histórica de la época en que se desarrolla la acción y se complementa con bibliografía para quien desee profundizar en ello.

Hubo viajeros que intentaron realizar sus desplazamientos y visitas a lugares prohibidos vestidos a la usanza occidental o diciendo claramente que eran cristianos. En parte lo hicieron porque consideraban moralmente negativo decir que no lo eran y en parte porque pensaban que, como no visitaban ningún lugar religioso, no iban a tener problema. El más claro

representante fue Charles Montagu Doughty, quien en 1875 decidió visitar Madain Saleh, una ciudad de la península arábiga y de quien ya hablaremos. En Asia también ocurría lo mismo con Lhasa, la capital del Tíbet, ciudad prohibida junto con Tombuctú y La Meca y, por tanto, objetivo de bastantes exploradores y aventureros.

Otros, como los Blunt, viajaban vestidos de árabes pero siempre mantuvieron que eran ingleses. Eso sí, recorrieron zonas tranquilas, siempre protegidos por amigos árabes importantes y nunca intentaron penetrar en lugares prohibidos. A pesar de ello, sabiamente, consideraban conveniente «evitar atraer más atención de la necesaria», algo que sigue siendo válido hoy día para cualquier viajero o turista, aunque solo sea para evitar que te sustraigan la cartera o te intenten engañar.

En muchas ocasiones escribieron pormenorizados diarios de sus viajes que permitían a los lectores soñar desde la butaca en los largos inviernos europeos. Fleming comenta al respecto: «Los exploradores, al igual que los novelistas, no perdían de vista el lucro potencial que comportaba una buena narración atractiva para el lector. En ocasiones exageraban sus experiencias a través de la invención de peligros inexistentes, el engrandecimiento de las peleas, la falsificación de los datos o un relato completamente falso de cabo a rabo. Un ejemplo notable de este último recurso lo encontramos en Frederick Cook, que desapareció en el océano Ártico canadiense durante un año y luego, en 1909, anunció que había estado en el Polo Norte, con la convicción de que nadie demostraría la falsedad de su declaración». Está claro que algunos, tanto si viajaban disfrazados o no, exageraban sus relatos, por lo que intentaremos señalarlo cuando el relato sea dudoso. En algunos casos escribieron una crónica ambigua, en la que no explicitaban el verdadero objetivo de su viaje, que se conoció tiempo después al poder acceder a los archivos de los gobiernos que los enviaron y se pudieron encajar las piezas sueltas del rompecabezas. En otros podemos decir que son como los predecesores de los redactores de guías de viaje modernos por la minuciosidad de sus descripciones y los datos prácticos que aportan como precios, servicios que ofrece cada pueblo o ciudad, etc. Con frecuencia hubo una lucha interior entre la necesidad de guardar secreto de lo visitado y conocido y la tendencia humana a dejar constancia de lo realizado, de lo conseguido. Como alguien dijo: ¿De qué sirve una aventura si no se puede contar?

Hemos de distinguir a los espías o infiltrados que utilizaban su posición o contactos para conseguir información, y proporcionársela al enemigo —tema

estudiado cuidadosamente por Juan Carlos Herrera en *Breve historia del espionaje*—, de los actores o impostores que asumían otra personalidad completamente distinta para poder recorrer lugares prohibidos, algo que comenzó hace muchos siglos, pues ya Sun Tzu en el libro *El arte de la guerra*, escrito entre el 500 y el 320 a. C., habla de un espía chino que realizó misiones en territorio enemigo disfrazado de lugareño.

También en oriente, alrededor del 350 d. C., los romanos enviaron a Mesopotamia varios *speculatores*, como se denominaba a los individuos que entraban en territorio enemigo, donde permanecían todo el tiempo posible haciéndose pasar por comerciantes o practicantes de otros oficios no sospechosos para poder informarse sobre las condiciones del ejército enemigo y del territorio. También les utilizaban para desinformar, por medio sobre todo de falsos desertores que difundían lo que les interesaba transmitir.

De hecho, en el tratado *Peri Strategias*, del año 81 a. C., se recomendaba a los espías entrar en territorio enemigo disfrazados de comerciantes e ir a los lugares de mercado donde se juntaba todo el mundo y se hablaba de todo. Por otra parte, era lógico y nada sospechoso que los comerciantes preguntaran cosas sobre las condiciones del país, los caminos, etc. En el siglo VI, el historiador Procopio de Cesarea, en su *Historia secreta*, afirma que algunos comerciantes espías llegaron a entrar en el mismo palacio persa.

En el libro *Exploratio: military and political intelligence in the Roman World*, Austin y Rankov distinguen entre inteligencia estratégica —el análisis de todo lo que ocurre antes de llegar al campo de batalla— e inteligencia táctica —el análisis de lo que ocurre cuando los dos bandos ya están el uno frente al otro—. Explican sus etapas: colección, colación, evaluación e interpretación, diseminación y definición. También nos cuentan cómo César quiso informarse en el 55 d. C. sobre las islas británicas previamente a su invasión pero no lo hizo adecuadamente y ello le supuso enfrentarse a muchos problemas cuando la llevó a cabo.

Billon, en 1636, en la obra *Les principes de l'art militaire*, ya indica que es conveniente que conozcan la lengua, que sepan «voir l'humeur des hommes», es decir, percibir el humor de las personas, su psicología. Añadía que el espía «debe tener muy buena memoria, discreción para no ser descubierto y capacidad de inventarse identidades». Federico el Grande decía sobre la importancia de la información: «Se puede perdonar ser derrotado, jamás ser sorprendido».

Los capítulos están organizados por zonas geográficas y, dentro de ellas, por orden cronológico. El orden de importancia es a veces algo muy relativo y

el de aparición me pareció el más —por no decir el único— objetivo. A algunos les dedico poco espacio, bien porque su viaje fue algo concreto o breve, a veces una simple anécdota, bien porque no existe documentación accesible, pero merecen que se les conozca. Otros gozan de mucha extensión por la existencia de abundante documentación unida a la importancia o interés de su gesta, o por un merecido rescate del olvido. Hubo viajeros que exploraron en varias zonas, como es el caso de Domingo Badía, que recorrió Marruecos y después entró en La Meca, por lo que le encontraremos en *Exploraciones secretas en África*, el otro volumen de que consta esta obra.

En el primer paréntesis junto al nombre ofrecemos sus fechas de nacimiento y fallecimiento; en el segundo, el año en que comienza su viaje de incógnito objeto de este estudio.

Como indico en el otro tomo de esta bilogía, dedicado a las exploraciones secretas en África, siento una gran admiración por los viajeros y exploradores. Les he emulado siempre que he podido. A los siete años me marché de mi pueblo para ir al de al lado a ver una corrida de toros y hacerme torero. La aventura terminó con una tormenta en medio de un bosque donde nos encontró un pastor que nos rescató. El castigo paterno no sirvió de mucho y, en cuanto tuve dieciocho años, me marché a trabajar a Suecia, en autostop desde Madrid. Hubo gente que me llamaba mentiroso cuando les contaba que había estado viviendo y trabajando en Suecia. Lo que era imposible para ellos lo suponían también para los demás; pero ahí están mis cotizaciones y declaraciones de impuestos para demostrarlo. Después dirigí mis pasos a África, donde he trabajado como cooperante, redactor de guías de viajes o como guía de grupos de turistas.

En el campo de la exploración propiamente dicha solo me cabe el humilde honor de haber abierto una nueva ruta terrestre —más cómoda y barata— a unas ruinas en la isla tanzana de Pemba, en el archipiélago de Zanzíbar, el 1 de enero de 2001, contradiciendo a la guía de Lonely Planet, considerada como «la *Biblia* de las guías» —y que admiro profundamente—, la cual aseguraba que solo se podía acceder por mar. Poco es, pero me llena de orgullo el haberlo intentado y conseguido.

He tratado de simplificar los nombres geográficos pero sin ocultar información relevante, tratando de lograr un equilibrio entre resumir información y aportar la importante para quienes están interesados en los datos. En ocasiones los nombres han variado con el tiempo y cambian con las lenguas, por lo que en muchas ocasiones se ofrecen en otros idiomas entre paréntesis. A veces, en lugar de nombres, o como complemento a ellos, se

ofrecen las coordenadas de latitud o longitud para hacerse una idea aproximada del itinerario seguido. Determinadas palabras árabes han sufrido muchos cambios y transformaciones. Así, la palabra «jeque», entendiendo por tal tanto un jefe o político local como un líder religioso o una persona que se respeta por sus conocimientos, se puede encontrar bajo muy distintas formas (jerife, xerife, cheick, sheyck, etc.), por lo que la unificaré como jeque, salvo cuando transcriba un texto, en cuyo caso respetaré la opción del autor original.

Bibliografía

AUSTIN, N.; RANKOV, N., *Exploratio: military and political intelligence in the Roman World*. Londres: Routledge, 1998.

HERRERA HERMOSILLA, Juan Carlos, *Breve historia del espionaje*. Madrid: Nowtilus, 2012.

LEE, A. D., *Information and frontiers*. Cambridge: Cambridge University Press, 2006.

Breve historia de la cartografía

La cartografía suele ser a la vez instrumento y fin de los exploradores, por lo que considero conveniente realizar una breve introducción a sus técnicas e historia.

Lo que se descubre hay que plasmarlo en un mapa para que lo puedan leer otros. Antes de que existieran la fotografía aérea, los satélites y Google Earth, había que recorrer los lugares y cartografiarlos, dibujarlos o medirlos de algún modo.

Buschnik comenta sobre los orígenes de la cartografía que:

> […] la geografía puede considerarse como una astronomía que del cielo hubiera descendido a la Tierra. Ya entre la casta sacerdotal de Babilonia, tres mil años antes de Jesucristo, solían cultivarse estas dos ramas del saber simultánea y unitariamente. La comprobación del Zodiaco, la vasta faja estelar por la que en el decurso aparente de un año va discurriendo el sol, cubriendo constelación tras constelación y ocultándose a nuestros ojos; la división del año en meses y semanas lunares; la determinación de la altura meridiana; la división de las líneas o círculos, incluso del máximo o ecuatorial; la del día en veinticuatro horas y la fijación de la noche son otras tantas proezas científicas de imposible realización de no haberlas precedido observaciones de una exactitud escrupulosa y fundamentales cálculos matemáticos impecables. La irradiación de estas ciencias desde Mesopotamia alcanzó con mayor intensidad a Egipto primero y luego a Grecia por conducto de los sabios de aquel país.

Entre ellos destacó Aristóteles, que fue el primero en medir la inclinación de la Tierra, lo que permitió después deducir su esfericidad. Hiparco

estableció cálculos matemáticos para transformar la superficie esférica en un plano, lo que denominó proyección cartográfica.

Se dice que los egipcios bajaron por la costa del océano Índico hasta el actual Mozambique. Otros opinan que más bien, en el año 600 a. C., un faraón encargó a unos marinos fenicios que bajaran por la costa africana partiendo del mar Rojo (Suez) para ver qué había. Sin alejarse demasiado de tierra circunvalaron todo el continente africano y llegaron a Alejandría. Sobre este pueblo marinero también se afirma que Hanón y su flota de sesenta barcos, con cincuenta remeros cada uno, llegaron a la actual Sierra Leona.

Para los griegos, el centro del mundo era Delfos y los mapas así lo expresaban. Herodoto, en torno al año 450 a. C., escribió varios libros de historia y geografía. Había sido un gran viajero que recorrió zonas de Asia, África y Europa llegando al Danubio, al Dniéper, al Nilo, al Indo y al estrecho de Gibraltar, donde se decía que estaban las columnas de Hércules. Alejandro Magno llegó con su ejército hasta el río Indo entre el 334 y el 325 antes de Cristo.

En el año 330 a. C., Piteas, un marino griego, partió de Marsella, cruzó el estrecho de Gibraltar, vigilado por los fenicios, rodeó la península ibérica, costeó Francia y llegó a Mont Saint Michelle, donde pensaba comprar bronce. Animado por su afán descubridor visitó las islas británicas, las Shetland, el norte de Gran Bretaña y costeando Noruega llegó hasta más allá del círculo polar. Comerció con estaño de Cornualles y ámbar. Encontró icebergs flotando en el agua. Era un buen astrónomo. Estudió las mareas y su relación con la luna. Regresó, se enriqueció con el cobre transportado y escribió un libro contando su aventura. Muchos no le creyeron pero, posteriormente, se probó su veracidad. Todas las copias de su libro se perdieron, la última en el incendio de la biblioteca de Alejandría, y solo se conoce su relato a través de las citas de los que le criticaron o alabaron, estos últimos los menos.

En el año 192 a. C. se cambió la concepción de la Tierra plana por curva, ya existía el concepto de escala y se utilizaban algunos instrumentos de medida y dibujo. En el siglo II d. C., Ptolomeo pensó en un mundo esférico —pero en reposo—, trazó meridianos y paralelos y publicó un método para determinar coordenadas con ellos.

Roma llevó agrimensores y geógrafos con sus ejércitos y creó una red de comunicaciones. Incluso se envió una expedición por el Nilo para buscar sus fuentes, pero no se llegó a ellas. Los romanos compilaban *itineraria* o listas de lugares poblados con las distancias que los separaban para facilitar los viajes posteriores. Después del Imperio romano la geografía se degradó y

pasó de la observación a las conjeturas. Así, según Buschnick, en el siglo VI d. C., el historiador Procopio describía así Gran Bretaña:

> Britania está dividida en dos por una muralla [la de Augusto], que separa la mitad oriental de la occidental. En la mitad de naciente todo es normal, mientras que en el lado de poniente abundan tanto las víboras, las serpientes y los animales venenosos y el aire es tan pestilente que el hombre que traspone la muralla desde oriente cae muerto en el acto al otro lado. Pero es más, porque también las almas de los muertos van a parar al lado de poniente, en donde se presentan por las noches llamando a las puertas de los campesinos y pescadores, arrancándoles de su sueño para que las pasen en sus barcas.

Durante siglos no hubo avances hasta el descubrimiento de la brújula y la elaboración de los primeros portulanos: cartas náuticas donde se especificaban los puertos de cada costa y poca información más.

En la Edad Media se inventó el cuadrante para medir los ángulos con respecto al sol y a la estrella polar y la brújula —China en el siglo VIII—. Con ellas se podía determinar dónde estaba situado un punto, su latitud y longitud. Posteriormente se inventó el sextante, que permitía mayor exactitud para calcular la posición.

En el siglo IX los árabes contaban con unos servicios postales que tardaron en repetirse. Por la costa oriental de África bajaron hasta Mozambique. Aunque no se internaron en el interior del continente, en el siglo XI ya hablaban de las lagunas donde nacía el Nilo. También inventaron el álgebra. Necesitaban desarrollar la orientación para que la *qibla* en cada mezquita estuviera orientada hacia La Meca y los relojes de sol para el momento de las oraciones. Los viajes de Ibn Battuta, en el siglo XIV, se extendieron de España a China y del sur de Rusia al Níger.

Los portulanos eran cartas náuticas donde se especificaban los puertos de cada costa y alguna información más. Portulano de 1541 de Maggiolo.

En el siglo XIII, el papa en 1245, y Luis IX, rey de Francia, en 1252, enviaron embajadas al Gran Kan de los mongoles. También se exploró China. Marco Polo, a los diecisiete años de edad, y sus tíos Nicolo y Mateo salieron de Siria en 1271 y llegaron a China y Mongolia, donde Marco se quedó durante tres años al servicio del emperador y recorrió todo el imperio. Regresó por barco, recorriendo las actuales Java y Sumatra. Llegó a Ormuz, Azerbaiyán y el mar Negro. Allí, en Trebisonda (actual Trabzon), se embarcó en una nave con destino a Italia tras veinticuatro años de ausencia. En 1298 cayó prisionero de los genoveses y aprovechó para escribir sus memorias e informar sobre esos territorios.

Durante mucho tiempo nadie se atrevió a bajar por las costas africanas. Los castellanos llegaron a Canarias, pero no osaron continuar. Después fueron los portugueses los que descendieron hasta Cabo Bojador, en el actual Sahara. Allí el cabo formaba lenguas de arena que hacían embarrancar a los barcos que en aquella época navegaban costeando. Se consideró que no se podía continuar al sur hasta que se atrevieron a separarse de la costa. En 1447 los lusos llegaron a Sierra Leona, donde se dice que había llegado Hanón en el

400 a. C. La exploración se hizo mediante contrata con el rey luso. Fernao Gomes tenía el monopolio comercial en Guinea a cambio de explorar hacia el sur cien leguas (557,2 km) cada año.

En 1481 el rey Juan II impulsó la exploración y plantaba *cruceiros* de vez en cuando en las costas. Se creó la escuela de Sagres para enseñar náutica. Los pilotos sabían cosmografía y para situarse utilizaban la llamada vara de Jacob y el astrolabio. En 1483 llegaron al río Congo. En 1488 Bartolomé Días dobló el cabo de las Tormentas o de Buena Esperanza. Vasco da Gama partió el 8 de julio de 1497 con cuatro barcos y marineros escogidos o castigados. El 8 de noviembre estaba cerca ya del cabo de las Tormentas. Necesitaron cuatro días para doblarlo, lográndolo el 20 de noviembre.

Tampoco se conocía el origen, ni buena parte del curso, ni la desembocadura del río Níger. Se barajaban las más variadas hipótesis y a veces se le confundía con el Nilo. Ibn Battuta había logrado recorrerlo en parte porque era musulmán. Durante los siglos XV y XVI los mapas eran considerados como secretos de gran valor y se custodiaban celosamente.

Tras el descubrimiento de América, Américo Vespucio fue un cartógrafo que dio nombre a América porque en un mapa que elaboró el editor llamó al nuevo continente «tierras de Américo».

Mercator, cuyo verdadero nombre era Gerard de Kremer, nació en Flandes en 1512. Estudió matemáticas, astronomía y geografía. Su primera aportación a la cartografía fue cambiar el tipo de letra de los mapas a uno más pequeño que no ocultaba los dibujos. En 1552 abrió un taller de cartografía e ideó una nueva forma de proyección de la esfericidad a un plano, que utilizó por primera vez en 1569. Ello facilitaba el establecer rumbos a los barcos. En el ecuador es muy exacta pero en los polos presenta deformaciones. Así, Groenlandia aparece con mayor superficie de la que tiene en realidad. En 1678 publicó un atlas o conjunto de mapas.

El astrolabio permite establecer la posición de las estrellas en la bóveda celeste, observar sus movimientos y poder determinar la hora conociendo la latitud, y viceversa.

La cartografía comenzó a desarrollarse para permitir las exploraciones y colonizaciones y en el siglo XVIII ya se logró calcular bien las longitudes de la Tierra. Todavía no se ha logrado unificar una unidad de medida y siguen existiendo dos sistemas, el anglosajón y el métrico decimal. En este último la unidad es el metro, que se definía como la diezmillonésima parte del cuadrante del meridiano que pasando por París va desde el polo norte hasta la línea del ecuador —metro patrón—. También se definió como la distancia entre las dos marcas de una barra de platino iridiado a 0 °C que está en París. El otro sistema está basado en la yarda y la milla.

Para los mapas, un concepto fundamental es el de la escala en que está representada la realidad. Si un mapa de cien centímetros de ancho representa 12 000 kilómetros de anchura significa que está a la escala de 100:1200. Un centímetro representa doce kilómetros de longitud.

Para orientarse se tenía en cuenta que la estrella polar no cambia de posición. También se observaba la dirección de los vientos dominantes.

Después se comprobó que la magnetita tiene propiedades magnéticas que están concentradas en los extremos y que uno de ellos se orientaba hacia el norte. Ello permitió la creación de las brújulas. Al principio eran barras de calamita sobre una madera que flotaba en agua y señalaba el norte. Los que las tenían intentaban esconder su secreto.

A los que hacen mapas también se les llama geodestas y han sido héroes anónimos. Tannenbaum cuenta que unos montañeros «anunciaron en los periódicos del país, al son de bombos y platillos, que habían alcanzado la cumbre más alta de aquel; el hecho alcanzó una gran resonancia, pero el equipo de escaladores se guardó mucho de decir que en lo más alto de la cumbre encontraron una placa de bronce del Servicio Geodésico Interamericano. ¡Los geodestas la habían alcanzado antes que ellos!».

La palabra geometría viene de geo —tierra— y metría —medir—. Permitió avances en la cartografía y medir lugares inaccesibles, pues si se conoce la longitud de un lado de un triángulo y los dos ángulos que se apoyan en él, se puede calcular la longitud de los otros dos lados sin recorrerlos. Para ello se mide la línea base. En los extremos A y B de esa línea un teodolito mide los ángulos hasta el vértice de ese triángulo. Con esos datos se puede conocer la longitud de los otros dos lados. Uno de esos lados ahora conocidos se puede convertir en base de otro triángulo sin necesidad de recorrerlo para medirlo y así sucesivamente. Es el método denominado triangulación, que permite medir lugares inaccesibles.

Primero trabaja el topógrafo. Este toma datos sobre el terreno y los entrega al cartógrafo, que los plasma en un mapa. En ellos hay que tener en cuenta la latitud —distancia que le separa del ecuador—, en la que hay que indicar si es norte o sur; y la longitud —distancia que le separa de Greenwich—, en la que hay que indicar si es oeste o este. El ecuador y Greenwich son los puntos de referencia, pues para medir algo en geografía hay que conocer el punto de partida.

Del mismo modo que una hoja se puede doblar sucesivas veces, un círculo se puede plegar también hasta dividirlo en trescientas sesenta partes o grados (º), estos en 60, llamados minutos (’), y estos a su vez en 60, llamados segundos (”). La latitud se divide en paralelos y es «el ángulo formado por dos rectas imaginarias -una que partiendo del ojo del observador va hasta el límite del horizonte, y otra, la visual que va del ojo del observador a la estrella polar, era igual a la latitud». Así, por ejemplo, decimos que Tarifa está a 36° N y Calais a 51° N. Los grados se miden con el sextante. Por medio de un juego de espejos se puede ver a la vez el horizonte y la estrella polar. Los

libros y almanaques náuticos ofrecen tablas para fijar la latitud que toman como referencia el sol u otras estrellas que no sean la polar.

La longitud se mide a través de los meridianos. En 1884 se adoptó como base el meridiano de Greenwich. Es el cenit del sol a mediodía. «En una hora la tierra gira sobre sí misma un ángulo o arco igual a la veinticuatroava parte de un círculo completo; y puesto que este tiene o mide 360º, al cabo de una hora se hace mediodía en el meridiano que está situado a 15º más hacia el oeste que el anterior. Quince grados es el resultado de dividir 360º del circulo por las veinticuatro horas que tarda la Tierra en dar un giro sobre sí misma».

En el cenit, cada hora de diferencia respecto a Greenwich son 15º. Por ejemplo, si a mediodía el reloj marca la 1 p. m. GT (Greenwich Time) se está a 15º oeste. Si está retrasado 3h 30’ con respecto a GT, estamos situados a 52º 30’ oeste (3,30 x 15º = 52º 30’). Si está adelantado 8h 30’, estaremos a 52º 30’ este.

En 1500 los relojes se adelantaban hasta dieciséis minutos al día, lo que es igual a 4º en el Ecuador, 276,5 millas o 445 kilómetros. En los siglos XV, XVI y XVII se navegaba «a la estima» de la distancia recorrida y el rumbo y se sabía cuantas millas suponía un grado.

En 1714 John Harrison construyó un cronómetro, un reloj exacto y ajustado al GT. Se le daba cuerda cada veinticuatro horas exactas aunque el muelle aguantaba cuarenta y ocho. Para evitar problemas se llevaban varios aparatos. Cuando las sombras de los objetos alcanzaban su mínima longitud era mediodía. Entonces se comprobaba la hora que marcaba el cronómetro y se calculaba la diferencia con las doce, que sería la hora en GT. Cada cuatro minutos de diferencia de tiempo corresponden a un grado de longitud con respecto a Greenwich.

A pesar de la proyección de Mercator, los marinos se encontraban con el problema de que sus cálculos, efectuados sobre la teoría de una Tierra totalmente esférica, no cuadraban; Newton ya lo había sugerido. Jorge Juan y Antonio de Ulloa eran guardiamarinas de la Armada española y muy buenos matemáticos. En 1735 fueron elegidos, junto a geógrafos, astrónomos y matemáticos galos de gran renombre, para participar en una expedición francesa organizada por la Academia Francesa y financiada por Luis XV, para ir al ecuador a fin de comprobar la forma real de la Tierra (otro grupo fue enviado a Laponia). Se trataba de calcular cuánto estaba achatada la esfera en los polos. La denominada Misión Geodésica de la Real Audiencia de Quito debía medir un grado de longitud en el ecuador lo más exactamente posible. La expedición comenzó el 26 de mayo de 1735. Para la triangulación

hubieron de cruzar pantanos, ríos, montañas y selvas. Estuvieron trabajando hasta 1739. Lo que midieron habían de multiplicarlo por trescientos sesenta para conocer la longitud total de la Tierra en el ecuador.

En 1830 se fundó la Royal Geographical Society en Londres, que tendrá un papel muy importante en la financiación de exploraciones geográficas. Por supuesto, al igual que las demás sociedades geográficas, no lo hacía por benevolencia sino para apoyar objetivos comerciales y políticos británicos. En 2009, esta institución organizó una exposición titulada *Hidden histories of exploration*, en la que, por fin, se rindió el merecido tributo a los guías locales de los exploradores británicos.

Si apasionante es la historia de los descubrimientos geográficos y de las exploraciones en general, más aún lo es la de los que realizaron exploraciones secretas, muchas veces sin ayuda, disfrazados, en peligro de ser descubiertos. Si compleja y dura es la labor de los topógrafos, más aún lo era la de los que la realizaban escondidos y simulando otras actividades, como tendremos ocasión de conocer en esta obra.

Bibliografía

BUSCHNIK, Richard. *El hombre a la conquista de la tierra. Tres mil años de historia de los descubrimientos humanos*. Barcelona: Luis de Caralt, 1960.

TANNENBAUM, Beulah. *Los mapas y cómo se interpretan*, Barcelona: Sopena, 1965.

LA MECA, LA CIUDAD CON PENA DE MUERTE AL NO CREYENTE

Introducción

Nos trasladamos a Asia y en primer lugar nos detendremos en La Meca, por ser la ciudad santa de los musulmanes y un lugar paradigmático entre los prohibidos. Ludovico de Varthema y Domingo Badía fueron los primeros en entrar y salir. En los siglos XIX y XX toda una serie de viajeros les imitarán y la ciudad se convertirá en objetivo de aventureros, viajeros y exploradores. Está situada en un valle, a 80 kilómetros del mar Rojo y a 277 metros de altura. El nombre deriva del de una tribu que habitaba por la zona. Ya antes de Mahoma era una ciudad santa y el islam, al igual que otras religiones, aprovechó aspectos de creencias previas adaptándolas.

Según la tradición islámica el pozo de Zen Zen (Zam Zam), del que deben beber los peregrinos, apareció por un golpe que dio en el suelo Abraham cuando su familia iba a morir de sed. Después la gente se estableció alrededor del hoyo y surgió la población que se convirtió en lugar de peregrinación, primero monoteísta, después politeísta y, tras Mahoma, de nuevo monoteísta islámica.

Durante los siglos previos a Mahoma se estableció una feria anual en La Meca durante la cual se mantenía una tregua entre las distintas tribus y todos podían ir a esta ciudad a comerciar y beber las aguas sagradas de Zen Zen, por lo que desde siglos antes del profeta ya era un lugar de concentración anual. En el momento de su nacimiento, en el 570, la tribu quraysh, a la que él pertenecía, tenía el control de la ciudad y había hecho florecer el comercio. Él mismo se dedicaba a esta actividad y en el 622 hubo de marcharse de la ciudad por predicar contra el paganismo y el politeísmo que dominaba la población. Se refugió en Medina y comenzó a luchar contra su villa natal logrando vencerles. En el 630 La Meca le volvió a acoger, esta vez como gobernante y líder religioso. Acabó con el politeísmo e impuso el islam. La Kaaba, una vez despojada de ídolos, se convirtió en centro de la nueva

religión que, según los estudiosos, incluye elementos paganos previos junto a otros judíos, cristianos e incluso innovadores.

Tras la predicación de Mahoma y su fallecimiento en el 632, el islam fue propagado rápidamente por Asia y África del Norte a través de la denominada llamada a la guerra santa que logró crear un poderoso ejército. Abu Bakar fue el primer califa tras Mahoma. Tras los intentos de las cruzadas cristianas para recuperar la región de Palestina para la cristiandad, Oriente Medio, y en especial la península arábiga, se convirtió en lugar prohibido para los cristianos además de imposibilitar o dificultar el comercio con oriente. La península fue invadida por los mongoles en el siglo XIII. Posteriormente, el Imperio otomano conquistó Constantinopla (Estambul) en 1442 y tuvo su máximo desarrollo en los siglos XVI y XVII controlando el sureste de Europa, Oriente Medio y el norte de África, de manera que selló el acceso a la zona. Con la expansión del islam fue aumentando el número de peregrinos y la diversidad de sus procedencias. Lógicamente, solo los muy ricos y sus numerosos sirvientes podían permitirse realizar el precepto de la visita a La Meca, que fue conquistada por los turcos en el siglo XVI, aunque permitieron que siguieran administrándola los descendientes de Mahoma.

La peregrinación menor puede realizarse en cualquier época del año, pero la mayor o *hajj* hay que efectuarla en un mes determinado. Actualmente se calculan unos trece millones de visitantes anuales de los cuales tres millones realizan la peregrinación mayor.

Varthema, en 1503, es el primero de quien tenemos noticias sobre su acceso disfrazado a la ciudad prohibida. Después, durante los siglos XIX y XX, comenzado con Badía en 1807, hubo una sucesión de visitas encubiertas de las que conocemos y presentamos ocho de ellas. Durante el siglo XIX, entre 1803 y 1817, los wahabitas, una secta muy fundamentalista, se adueñaron de La Meca hasta que fue reconquistada por los otomanos en 1817. En la Primera Guerra Mundial se consiguió acabar con la presencia turca en la ciudad y enseguida, en 1924, fue anexionada por los saudíes; ocho años después pasó a formar parte de la actual Arabia Saudí.

Por otra parte, hemos visto cómo Portugal dirigía su expansión hacia oriente. En 1497 llegó a la parte oriental de África y se estableció en la India y el sudeste asiático. En el Índico hubo de luchar contra los árabes que controlaban el archipiélago de Zanzíbar y parte de la costa mozambiqueña, la tanzana y la keniata. De hecho, nuestro primer héroe, Ludovico de Varthema, después de visitar La Meca disfrazado, continuará su impostura y ayudará a los portugueses a aumentar y conservar su imperio.

Ludovico de Varthema
(1470-1510) (1503)

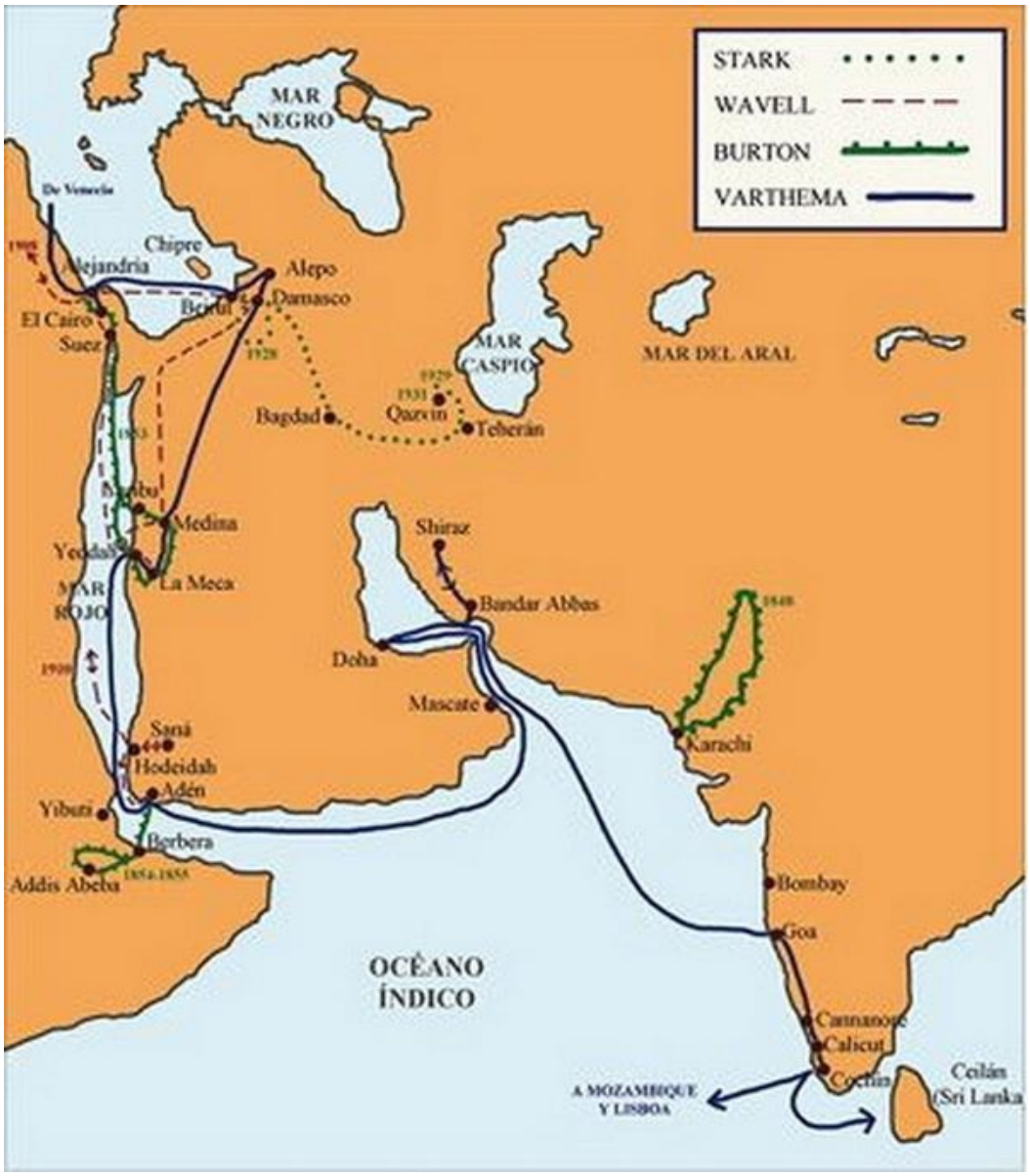
¿Turista, aventurero, loco o espía?

Nació en Roma en 1470, aunque en otras ocasiones se dice que había venido al mundo en Bolonia. Según Bruce Wannell era centroeuropeo, su nombre originario era Ludwig Wertheim y lo italianizó. Se dice de él que fue el primer cristiano que visitó La Meca y Medina. Richard Burton, el gran viajero, explorador y aventurero del siglo XIX, dijo de él: «Considerando todos los aspectos, Ludovico Bertema [*sic*], por la corrección de sus observaciones y la agudeza de su ingenio se coloca en la primera fila de los viajeros orientales». Aunque debemos decir que a veces exageraba en sus números.

Ludovico fue militar en Italia y parece ser que se dedicó a la fabricación de morteros. Su periplo comienza a finales de 1502 cuando decide ir a La Meca. Como ya indicamos en la introducción, dijo sobre la razón de su viaje: «Si alguno preguntara cuál fue la causa de hacer este viaje, ciertamente no podré darle mejor razón que el ardiente deseo de conocer, que a tantos otros movió a ver el mundo y los milagros de Dios que lo conforman». Viajó de Venecia a Alejandría dejando mujer e hijos en casa. Llegó a principios del año siguiente. De allí viajó a El Cairo, dominado por los mamelucos. Estos eran de origen circasiano, eslavo, y su dinastía llevaba gobernando la zona desde hacía dos siglos. Eran crueles e insolentes. Tomaban niños de la zona del Cáucaso, los convertían al islam y los entrenaban como soldados. Estos estaban bien pagados y podían permitirse el tener un harén personal.

La ciudad le decepcionó. Se hizo pasar por médico pero él mismo relata que en una ocasión recetó un astringente cuando se necesitaba un laxante. De

El Cairo marchó a Beirut y a Trípoli. Visitó Menin, una zona muy fértil con muchos frutales y campos de algodón donde vivían cristianos. De allí fue a Alepo y a Damasco, en la actual Siria, donde permaneció varios meses para aprender árabe e informarse de la política de la zona y de las defensas militares. Aprendió cómo los centinelas organizaban la guardia y que, a quien se dormía, se le castigaba con doce meses de prisión. Según sus memorias visitó la Gran Mezquita de Damasco, la casa donde Saulo —el apóstol San Pablo de los cristianos— oyó la voz de Jesús y la casa donde Caín mató a Abel. Relata las costumbres de los soldados mamelucos y cómo violaban a las mujeres. Abusaban de ellas a su antojo y cuando una les gustaba se la llevaban. Como iban cubiertas, cuenta que uno violó a su propia mujer, a la que no reconoció hasta el final.



Ludovico se convirtió al islam, logró hacerse amigo de un capitán al que pagó y también, debido a su experiencia militar de cuando vivía en Italia, fue admitido en la escolta de una caravana que se iba a dirigir a La Meca. Se cambió el nombre por el de Jonah o Yunus. La caravana la componían cuarenta mil personas, treinta mil camellos y sesenta mamelucos —en otro lugar afirma que eran tres mil—. Según otras fuentes eran treinta y cinco mil camellos y tres compañías de guerreros mamelucos. Un tercio iba en vanguardia, otro en medio y otro en retaguardia.

Salió de Damasco el 8 de abril de 1503. Se marchaba durante veinte horas, se paraba, se descargaban los camellos y se descansaba veinticuatro horas. Se les daba agua cada tres días y se les alimentaba con cebada. Al cuarto día de marcha, tras avanzar 40 millas (64 kilómetros), pararon durante tres días para comprar corceles árabes en El Mezarib, donde parece ser que se esperaban todas las caravanas de peregrinos. Continuaron hacia el este. Los beduinos les atacaban y robaban. Incluso se llevaron un camello con el peregrino dormido sobre él. Si a los ocho días no se encontraba un pozo, se cavaba y la caravana se detenía uno o dos días. A lo largo del camino Ludovico se encontró con ruinas de ciudades desaparecidas que debieron de ser importantes.

Cuenta que treinta y tres de sus compañeros soldados fallecieron de sed. Cuando encontraron un pozo dice que veinticuatro mil árabes les pidieron pago por beber agua pero ya hemos comentado que no es muy fiable en las cifras. Protestaron diciendo que el agua es un regalo de Alá pero no hubo manera. Les aguantaron un asedio de cuarenta y ocho horas. Al final les pagaron mil doscientos ducados de oro pero dijeron que ni por diez mil. Decidieron pelear. Mataron a seiscientos árabes y solo sufrieron dos bajas. Ludovico hubiera sido un buen guionista de malas películas de acción. Afirma que los árabes eran muchos pero mal armados, solo con lanzas y flechas, y que no llevaban armadura ni escudo. Los mamelucos, por el contrario, utilizaban armadura y armas de fuego. Como los árabes atacaban en masa nunca se fallaba un tiro. Según cuenta, un mameluco era capaz de quitar la silla del caballo, colocarla sobre su cabeza y volver a atarla, todo ello galopando. El viaje duró seis semanas. Los ricos, como después hizo Burton, viajaban en unas cajas de madera transportadas entre dos camellos.

Durante quince días atravesaron una zona con arena tan fina como la harina donde no vieron literalmente un solo bicho viviente y ninguna planta. Cuando se fueron acercando a Medina comenzaron a ver algún arbusto pequeño y pronto un pequeño oasis donde vivían unos judíos. Tenía un pozo y una cisterna que les permitió cargar de agua a dieciséis mil camellos. La forma de realizar las peregrinaciones no varió mucho hasta 1908, en que se estableció un ferrocarril para llevar a los peregrinos desde Damasco hasta Medina.

En Medina Ludovico visitó la tumba de Mahoma y fue el primer europeo en anular el mito de que el ataúd de Mahoma estaba colgado en el aire suspendido entre dos piedras magnéticas. En La Meca, otro mameluco que había vivido en Génova y Venecia le acusó de ser cristiano. Reconoció ser

europeo pero alegó que se había hecho musulmán e incluso hizo la demostración pública de fe islámica.

Tras visitar La Meca, desertó y fue al cercano puerto de Yeddah, donde embarcó hacia Irán, pero desembarcó en Yemen, en Adén, donde lo capturó un sultán. Le iban a colgar pero afirmó que era italiano y parece ser que en esa ocasión se negó a decir que el único dios era Alá, por lo que fue encarcelado durante varios meses logrando retrasar su ejecución haciéndose pasar por loco. Después intentó convertir al islam a una oveja y mató un burro porque se negó a convertirse. Hablaba muy bien árabe y el dialecto egipcio. Se enteró de que una de las mujeres del sultán estaba muy enferma. Se ofreció a curarla y se le permitió. Parece ser que las buenas maneras influyeron muy notablemente en los aspectos psicosomáticos de la esposa y obraron maravillas, por lo que fue mejorando poco a poco. Ludovico fue perdonado y el sultán le convirtió en su médico de cabecera. En lugar de vivir apaciblemente en esa situación aprovechó su libertad para colarse en un barco a punto de zarpar y se marchó del lugar visitando Mascate, Doha y Ormuz en el estrecho del mismo nombre. Se dice que allí se informó sobre las defensas del puerto de la última ciudad para que pudiera ser atacado por los portugueses en 1514, donde permanecieron hasta 1622, cuando fueron desalojados por el ejército de soldados armenios del *safaví* Abbas el Grande.

Portada del libro de Ludovico de Varthema en holandés, publicada en Utrecht en 1654. Al hindú se le representa como un indio americano con flechas y plumas.

Según otra versión le detuvieron en Dhamar, en la zona montañosa de Yemen. Una de las esposas del sultán se enamoró de él y aprovechando la ausencia del esposo le alimentaba. Varthema, sabiendo que ello le podía traer más problemas, se hizo el loco y se dedicó a intentar convertir a una oveja al islam, pero su intento le convirtió en un santo a los ojos de los guardianes y le visitaban los sabios para aprender de él. No se le ocurrió otra cosa que orinar sobre ellos. Eso era demasiado y le enviaron a Adén, un lugar donde había otro santo para que le curara de su locura. Allí logró escapar en el barco a punto de zarpar.

En 1504 visitó el sur de Persia, recorriendo Bandar Abbas y Shiraz. Se dedicó a estudiar la historia de Darío y de Jerjes. Se hizo amigo de un persa que le invitó a su casa en Shiraz y se casó con su sobrina. Quiso visitar Samarcanda pero regresó al hogar persa. Inquieto, a los dos meses de casado se marchó a la India en un barco de carga con su amigo. Llegaron a Goa, entonces bajo el gobierno del rey de Bijapur. Su amigo se marchó con las mercancías a Cannanore y Ludovico fue por tierra a Bijapur. Le gustó mucho el esplendor de la ciudad. Desde allí se trasladó a Cannanore, siempre disfrazado de Yunus (Jonah). Se encontró con mercaderes portugueses pero no se dio a conocer. Se enteró de que su amigo persa ya había regresado a Persia tras comprar las especias que buscaba. Se unió a una caravana de mercaderes árabes que viajaban a Vijayanagar con los que disfrutó hablando sobre el Corán.

Desde allí viajó a Cochín ya vestido de europeo pues esta zona estaba bajo el gobernador portugués Francisco Almeida. Se puso a su servicio como espía con la misión de visitar Calicut, donde el príncipe tenía a dos armeros italianos que habían sido secuestrados por el Zamorín para quien estaban construyendo cañones de cobre y acero. Ludovico no se pudo resistir a la oferta pues ardía en deseos de visitar esa ciudad desde hacía tiempo. De nuevo se disfrazó de médico egipcio. Llegó a Calicut, en el actual estado de Kerala. Se introdujo en sociedad y fue presentado al Zamorín como un reputado médico e intelectual egipcio. Según Zweig, por medio de los renegados italianos se enteró de que el Zamorín planeaba un ataque contra los portugueses. Regresó para avisar a estos y el 16 de marzo de 1506, cuando los numerosos barcos del Zamorín creían que iban a caer por sorpresa sobre los lusos, estos estaban preparados para la defensa y lograron salvarse. Por su valiosa información fue distinguido con el cargo de supervisor del comercio de Cochín, donde tuvo oportunidad de tratar con los que traían las especias de oriente y que le contaran pormenorizadamente cómo eran esas islas.

Después de esa misión dice que fue al archipiélago malayo visitando Sumatra, Java, Borneo y las Molucas donde espió en Singapur (entonces llamado Malaca), que también fue capturada por los portugueses en 1511, por Alfonso de Alburquerque, y la mantuvieron en su poder hasta 1641, cuando fue conquistada por los holandeses.

En esta época se desarrolló una larga guerra entre los portugueses y los omaníes por una parte, y los holandeses por otra. No hemos de olvidar que entre 1580 y 1640 Portugal y España estuvieron unidas bajo una sola corona. Pero la última mantenía una guerra con Holanda, por lo que esta encontró una

buena excusa para ponerse en guerra también con Portugal y, de paso, quitarle sus posesiones en el Índico y en la parte occidental de África. Por otra parte, los omaníes controlaban Zanzíbar —la mezcla de elementos árabes y africanos es lo que dio lugar a la cultura y lengua suajili— y la costa este de África. Portugal se la arrebató; por lo que también mantuvieron una contienda. España, ocupada en sus guerras de religión en Europa y en su conquista de América, no ayudó mucho a los portugueses a mantener sus posesiones ultramarinas, por lo que estos, hartos de problemas, y sin ninguna ventaja, decidieron independizarse a partir de 1640. Cataluña quiso aprovechar la ocasión para lograrlo también, sacando rédito del otro frente abierto, pero, al contrario que los lusos, no lo consiguió.

Los portugueses fueron muy crueles en la conquista de sus posesiones del Índico. Cuando Alburquerque tomó Goa dio orden de matar a todos los musulmanes de la ciudad y durante cuatro días acabó con seis mil personas. Por el contrario, perdonó la vida a los hindúes. En Zanzíbar y la costa africana también se ganaron fama de crueles y de hecho, en suajili les denominaban *afriti*, 'demonios'. En la lengua suajili introdujeron las palabras *vino* y *meza* que todavía se utilizan.

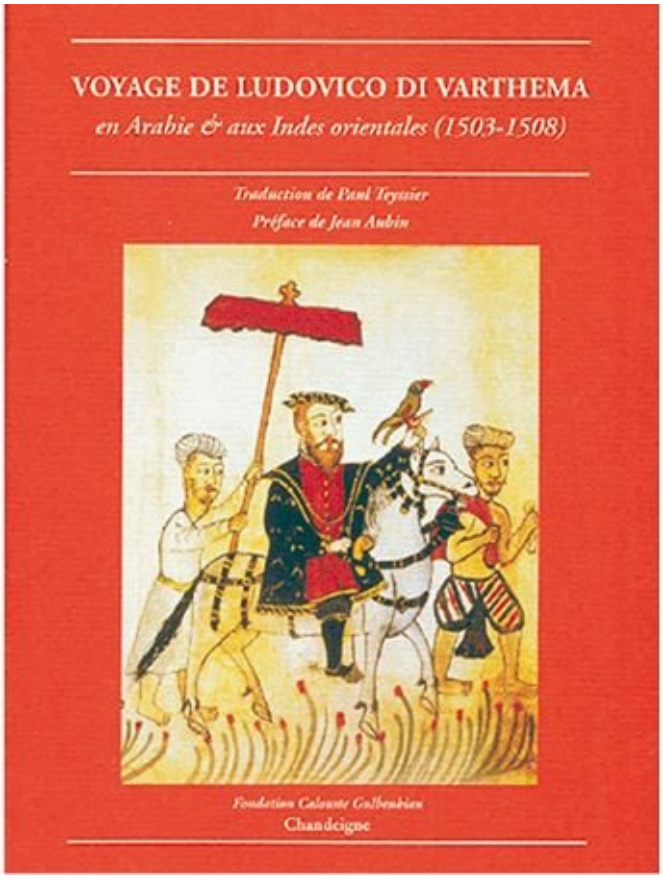
Ludovico retornaría a Europa en diciembre de 1507, pero antes de partir, el virrey Almeida le nombró caballero. Llegó a Mozambique en enero de 1508 y a Lisboa en junio, donde fue recibido por el rey Manuel I que le confirmó su título de caballero.

Después de su viaje, al igual que otros, que claramente eran agentes al servicio de alguna potencia, Ludovico no se resistió a publicar sus memorias —lo hizo en Roma, en 1510—, pero hubo de llevarlo a cabo dando a su relato el aspecto de un puro viaje de descubrimiento y aventura, ocultando sus verdaderas actividades, que conocemos por los relatos de otros, por los archivos oficiales o bien por deducciones o contradicciones. En el caso de Ludovico el objetivo era hacer de espía para los portugueses que se encontraban en la zona de Goa. Otros dicen que lo era desde el principio de su viaje, pero es más plausible la segunda opción.

Otro aspecto importante a tener en cuenta es que en el relato siempre dice que se hacía pasar por musulmán, dejando claro que no había apostatado de la religión católica, lo que en aquella época significaba ser juzgado por la Inquisición.

Su libro tuvo mucho éxito y fue rápidamente traducido al latín y al alemán. Se difundió rápidamente por el reciente invento de la imprenta que, además de la demanda de información sobre los nuevos descubrimientos

geográficos, facilitó su difusión. Varthema estaba dentro del carácter polifacético de los exploradores, lo que le facilitó la asunción de distintas identidades como soldado, médico, enfermo mental, etc. Ya no se supo más de él hasta la fecha de su muerte en 1517.



Portada de una traducción al francés del libro de Ludovico titulado *Viaje de Ludovico de Varthema a Arabia y a las Indias orientales (1503-1508).* Muestra a un portugués en la India de principios del siglo XVI.

Respecto a la veracidad de sus escritos, de los que ya hemos dicho que parecen exagerados en algunos momentos, el médico portugués García de Orta, de Goa, ya comentó en 1563 que los viajes que cuenta a las Molucas era imposible haberlos llevado a cabo en el lapso de tiempo que afirma, ya que la navegación dependía de los monzones estacionales para ir y regresar. Después se confirmó que mintió respecto a este viaje en particular, pero no respecto a los demás.

Tras Varthema ya no hubo nadie que pretendiera entrar en La Meca hasta Domingo Badía (Alí Bey) en 1807, pero hubo dos casos de viajeros forzados: un italiano del que no se sabe el nombre, en 1575; y un británico, Joseph Pitts, en 1685, que fue a La Meca como esclavo de un peregrino y después fue liberado, por lo que regresó a Inglaterra y pudo contar su aventura. Pitts fue tomado como esclavo mientras era marinero en un barco que navegaba por las costas españolas, donde, en aquella época, era bastante frecuente ser hecho prisionero por corsarios del norte de África. Los dos primeros amos le maltrataron pero el tercero le trató bien y le llevó como criado en su peregrinación a La Meca. Tras liberarle, escapó de Argelia y marchó a Inglaterra, donde vivió hasta 1730.

Bibliografía

ZWEIG, Stefan, *Magallanes. Historia del primer viaje alrededor del mundo*. Barcelona: Editorial Juventud, 1990.

VARTHEMA, Ludovico di, *Le voyage de Ludovico di Varthema en Arabie et aux Indes orientales (1503-1508)*. Traducción de Paul Teyssier. Prefacio de Jean Aubin. París: Chandeigne, 2004.

—, *Navigation & voyages of Lewes Werthomanus to the regions of Arabia, Persia, Egypt, Syria, Ethiopia, and East India, both within and without the river of Ganges, containing many notable and strange things both Historical and Natural*. Trad. Richard Eden. Londres, 1576.

Domingo Badía y Leblich (Alí Bey) (1767-1818) (1807)

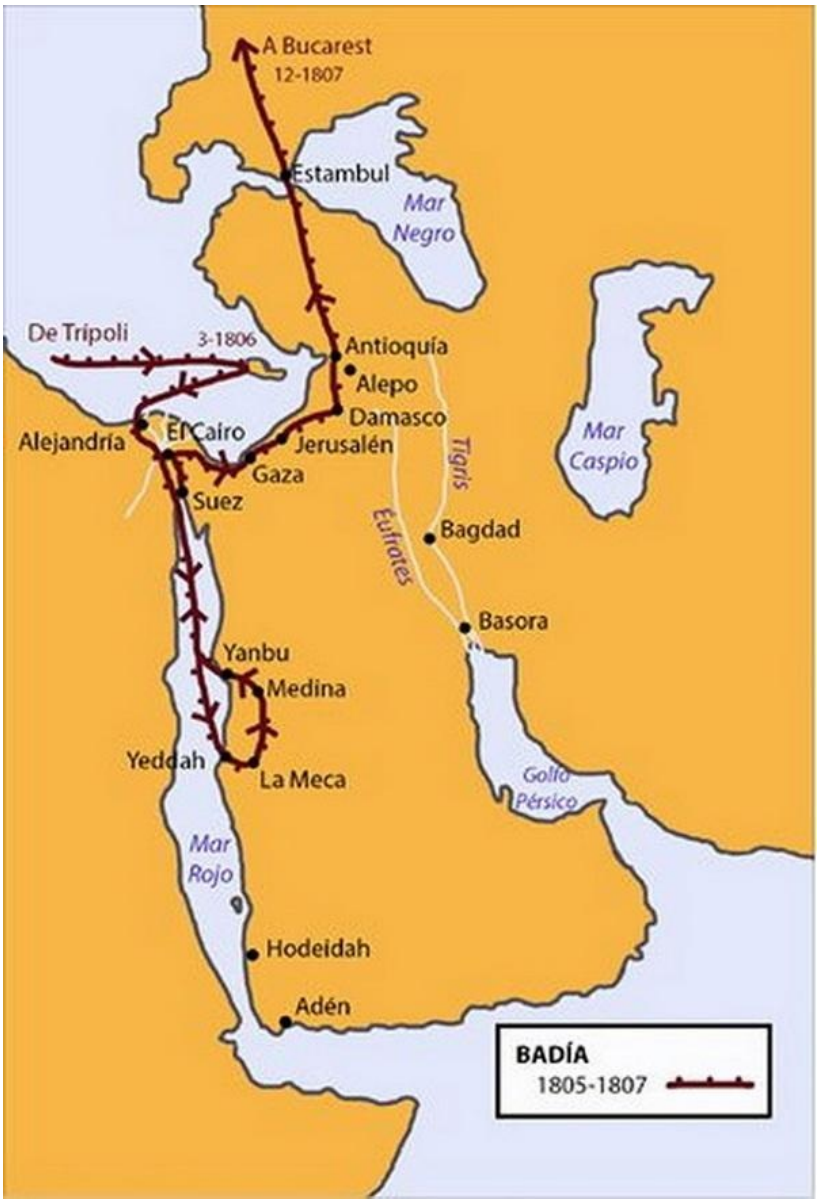
El primer español que visitó La Meca disfrazado

Comenzó su viaje disfrazado en Marruecos, en 1802, donde permaneció varios años bajo la personalidad de Alí Bey, aventuras que contamos en el tomo *Exploraciones secretas de África*. Posteriormente recorrió varios países árabes de la costa mediterránea y decidió visitar La Meca.

Nació en Barcelona, el 1 de abril de 1767, donde su padre era secretario del gobernador de la Ciudadela, la fortaleza de la ciudad. Su madre era de origen belga. Acompañó a su padre a otros destinos como administrador militar y recibió de este una esmerada educación. A los catorce años de edad entró a trabajar como ayudante de un recaudador de impuestos. Era muy brillante y enseguida participó en tertulias científicas con adultos. A los veintiséis, después de casarse, se le nombró administrador del monopolio de tabacos en Córdoba. Era muy inquieto, le encantaban las ciencias e intentó hacer volar un globo. A los veintiocho abandonó su empleo, se trasladó a Madrid donde sobrevivió como bibliotecario y se aficionó tanto a la geografía y las exploraciones que en 1801 presentó un proyecto al Gobierno titulado *Plan de Viaje al África con objetivos políticos y científicos*, donde proponía realizarlo haciéndose pasar por musulmán. El gobierno de Godoy deseaba apoderarse de Marruecos y se le aceptó la idea pero anulando los objetivos científicos. Vivió mil aventuras en ese país, donde permaneció entre el 29 de junio de 1803 y el 13 de octubre de 1805.

Sobrevivió y decidió continuar su periplo secreto por Asia. A su regreso lo relató en un libro cuya tercera parte dedica a su estancia en Egipto, donde llegó el 12 de mayo de 1806. Parece ser que seguía en contacto con Godoy, a

quien propuso abrir una ruta a Filipinas pasando por Egipto, algo que se materializó después con la apertura del canal de Suez. En diciembre de 1806, tras cumplir el ramadán, abandonó El Cairo, donde dejó documentación en la oficina consular española que se ha encontrado posteriormente. Navegó por el mar Rojo y el 26 de enero de 1807 llegó al puerto de Yeddah, en la costa de la península arábiga. Allí tuvo un conflicto con el gobernador de la ciudad, quien le quitó el sitio preferente de oración, enfadado porque no le había regalado nada, aunque Domingo viajaba como un gran señor.



La cuarta parte de su obra la dedica a Arabia y La Meca, ciudad a la que llegó el 23 de enero de 1807 (quince meses después de su salida de Marruecos). Se vio sometido al acoso de los aguadores y de los que le ofrecían alojamiento. Explica que los peregrinos debían entrar a pie en La Meca pero en atención a su enfermedad lo hizo en camello hasta su alojamiento. Estableció la posición geográfica exacta de la ciudad por primera vez. Dibujó planos y croquis muy exactos así como una exhaustiva descripción de la Kaaba y de los ritos que se siguen con motivo de la peregrinación. Conoció el nacimiento del wahabismo. Esta corriente religiosa defendía el islam primitivo y puro, el texto literal del Corán. Los wahabitas llegaban en multitudes y se adueñaban de la ciudad sin pagar por ningún servicio. Alí Bey pasó seis meses en La Meca y la detalla de cabo a rabo. Describe la piedra negra y la dibuja. Como tenía fama de científico se le permitía que utilizara sus aparatos para medir coordenadas. También realizó la preceptiva peregrinación al monte Arafat, donde vio desfilar un ejército de cuarenta y cinco mil wahabitas y donde le robaron su escritorio.

Se procuró cuatro botellas del agua del pozo Zem Zem, situado junto a la Kaaba, que selló para poder realizar un análisis químico posterior. No pudo utilizar su higrómetro, pues no le fue posible encontrar un solo cabello largo, ya que todo el mundo iba rasurado y ninguna mujer le daría uno. El 2 de marzo de 1807 dejó La Meca. Estaba tan metido en su papel que no tuvo ningún problema y nadie sospechó de él. Intentó entrar en Medina pero fue apresado y atracado por los wahabitas.

En junio regresó a Egipto. Los ingleses habían atacado Alejandría sin éxito y El Cairo estaba lleno de prisioneros de esa nacionalidad. Permaneció diecinueve días en la ciudad y el 3 de julio de 1807 emprendió viaje a Jerusalén. Pasó por Gaza. A partir de ahí dejó la caravana y viajaba solo, con tres criados, un esclavo, tres camellos, dos mulas, su caballo y un soldado turco de escolta (antes llevaba diez). Entre Jaffa y Jerusalén le detuvieron unos hombres y le acusaron de ser cristiano. Le extrañó que, después de haber pasado tantos avatares sin problemas, le descubrieran en medio de la nada unos campesinos. La razón era que los cristianos debían pagar un tributo por pasar por allí y los lugareños acusaban de serlo a todos los desconocidos, a los que obligaban a hacer una profesión de fe musulmana —reconocer públicamente y de viva voz que hay un solo dios, que es Alá, y que Mahoma es su profeta— para no pagar el tributo. La realizó y pasó sin pagar.

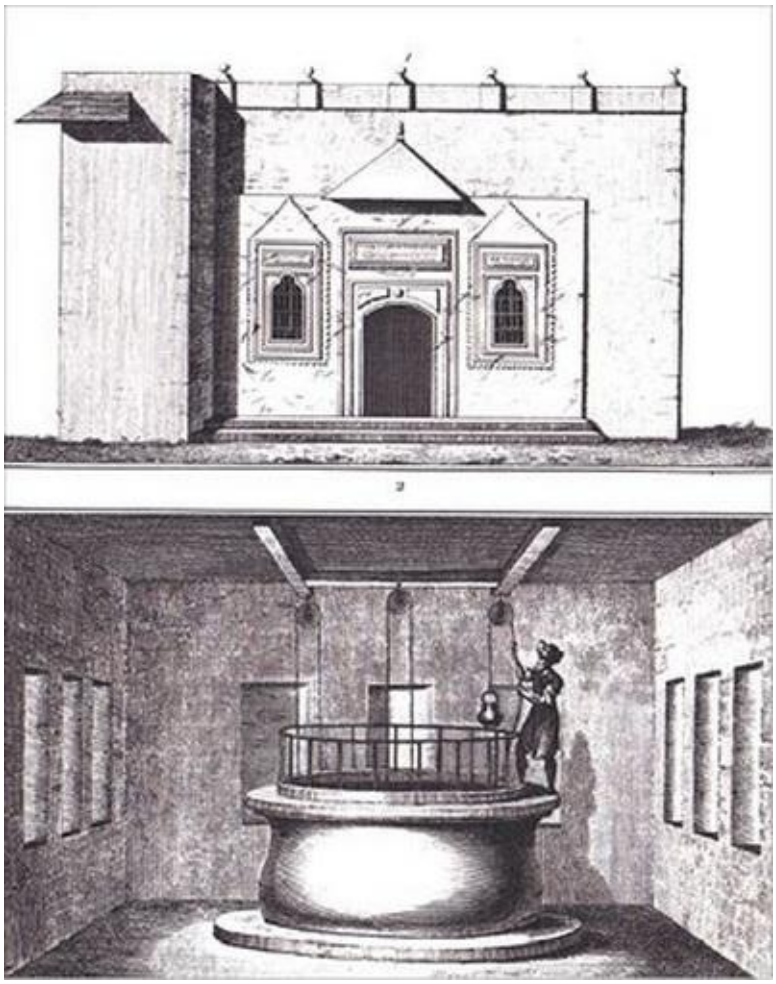


Ilustración del libro de Alí Bey (Domingo Badía), dibujada por él mismo, donde se muestra el exterior y el interior de la casa donde se encuentra el pozo de Zem Zem, en La Meca.

En Jerusalén describió la explanada de las mezquitas y cada una de ellas. Junto con La Meca son los dos lugares que tienen la consideración de templo y por tanto en ellos está prohibida la entrada a los infieles. Realizó unos magníficos dibujos y unas descripciones muy detalladas. Las mediciones las solía hacer con disimulo contando los pasos. Visitó Belén, donde un monje griego le mostró y explicó el lugar de nacimiento de Cristo. Regresó a Jerusalén y visitó otros lugares cristianos. Se informó de las rivalidades entre los diferentes ritos cristianos. En aquella época contó siete mil musulmanes, veinte mil cristianos y unos pocos judíos. En Nazaret se alojó en un convento católico. Allí se relacionó con monjes españoles sin descubrir su origen.

Según sus investigaciones dos tercios de los monjes eran hispanos, así como la mitad del dinero que se utilizaba para la custodia de los santos lugares.

En agosto fue a Damasco durante una semana. Le atribuyó doscientos mil habitantes, veinticinco mil de ellos cristianos. Visitó Alepo. A pesar de haber dicho siempre que procedía de allí no hace ninguna mención especial, simplemente dice que durante toda su estancia estuvo enfermo.

Parece ser que el pachá de Egipto se enteró de que Alí Bey asumía una falsa identidad. Al llegarle noticias de ello, el aventurero decidió poner pies en polvorosa. Pasó por Antioquía y llegó a Constantinopla —actual Estambul— el 21 de octubre. Se alojó en casa del embajador español, el marqués de Almenara, parece ser que antiguo amigo suyo. El diplomático mantuvo en secreto su filiación real y lo presentó como un príncipe árabe. A pesar de ello, Badía, en una comida en que sirvieron huevos revueltos con tomate, se permitió el recitar unos versos del poeta español Iriarte al respecto que sorprendieron a todo el mundo. Después de su partida, el embajador aclaró la identidad de Alí Bey.

Badía describe la mezquita, el serrallo y la ciudad. El 2 de diciembre abandonó Constantinopla y el sábado 19 de diciembre salió del Imperio otomano al llegar a Bucarest. Arribó a Viena el 14 de enero de 1808 y permaneció allí poco más de un mes. En Múnich sufrió un ataque de bilis que le tuvo postrado, grave, durante mes y medio.

Mientras tanto, en España, el 17 de marzo de 1808 había estallado el motín de Aranjuez que acabó con el poder de Godoy. También se asaltó la casa de Amorós, donde estaba toda la correspondencia con Badía. Se malinterpretó y se dijo que Godoy quería vender el país al sultán marroquí. El 20 de abril, Fernando VII llegó a Bayona como rey de España y poco después Carlos IV y la reina. El 2 de mayo, al intentar llevarse a los infantes, Madrid se levantó contra los franceses y comenzó la guerra de la Independencia contra Francia.

Dibujo mostrando a Domingo Badía disfrazado de árabe, de Alí Bey el Abasí. En su mano derecha sostiene un aparato de medición astronómica.

Badía entró en París el 17 de abril y el 10 de mayo llegó a Bayona, donde se encontró con la familia real tras su abdicación. Posteriormente fue presentado a Napoleón por medio de Godoy. Aquel le encargó que elaborara un informe detallado sobre la situación en Marruecos. Badía comenta que el corso no siguió su consejo de tomar Marruecos por la insurrección en España, que le ocupó muchas tropas. Napoleón le nombró brigadier y le encargó bajar con su hermano José I. Llegó a Madrid en julio de 1808. Reanudó su vida familiar. Su nombramiento de brigadier se había extraviado. Quiso publicar la parte científica de su viaje pero, en medio de una guerra, nadie le hizo caso. Por fin logró que el 25 de septiembre de 1809 José I le nombrara intendente (una especie de gobernador civil) de Segovia. Se decía de él que era judío y que estaba circuncidado. Le llamaban «don bigote el circuncidado».

A los seis meses Badía fue nombrado intendente de Córdoba. Allí, como buen ilustrado, realizó un plan para hacer navegable el Guadalquivir entre Córdoba y Sevilla. Introdujo cultivos como la patata, la remolacha y el algodón, así como muchas otras mejoras en agricultura, educación y servicios urbanos. Chocó con el gobernador militar francés que, dentro de las rivalidades de los militares franceses con José I y la administración civil, le acusó de apropiación de fondos públicos. El 1 de mayo de 1811 fue destituido y en 1812 detenido bajo la acusación de dilapidación de bienes nacionales. Solo le salvó el aval del embajador en Constantinopla, el marqués de Almenara. Reingresó en la administración pero, poco después, hubo de huir a Francia tras la derrota francesa en España.

Tras la caída de Napoleón se aposentó en París, en el número 25 de la Rue des Grands Augustins. En 1814 publicó *Voyages d'Alí-Bey en Afrique et en Asie pendant les années 1803, 1804, 1805, 1806 et 1807* ('Viajes de Alí Bey por África y Asia durante los años 1803-1807'), en tres tomos más un atlas con ochenta y tres láminas y cinco mapas. Ese año Napoleón abdicó y Luis XVIII, a quien dedicó la obra, fue coronado rey.

El relato lo escribe en primera persona y se presenta como un hombre de origen sirio que ha salido de allí en su infancia y ha vivido toda su vida en Europa. Ha sido siempre musulmán y desea regresar a su tierra y peregrinar a La Meca. Es un magnífico libro de viajes que mezcla la erudición geográfica y científica con múltiples detalles concretos y con las aventuras. En este punto a veces adolece de incoherencia, por lo que hemos expuesto de tener que ocultar datos y hechos.

En octubre de 1815 envió al Ministerio de Asuntos Exteriores francés otro plan para conquistar Marruecos y todas las ventajas que ello tendría. Con una gran intuición política, para evitar convertir la conquista en una excusa para una guerra santa, proponía buscar un príncipe musulmán como títere. Añade que ninguno sería digno y se propone él mismo haciéndose pasar, de nuevo, por musulmán. No le hicieron caso, pero volvió a insistir en 1816. Por entonces vivía con estrecheces económicas. En esta época le visitó un joven francés llamado René Caillié cuyas aventuras se cuentan en el otro tomo de esta bilogía: *Exploraciones secretas en África*. En 1816 la obra se tradujo al inglés y al alemán. También preparó un proyecto sobre la colonización de África.

En 1817 Luis XVIII le nombró mariscal de campo (general). Propuso al ministro de Marina ir a La Meca, después a África y, siguiendo las orillas de un mar interior que suponía que existía, llegar a Tombuctú y a Saint Louis, en

la costa atlántica del actual Senegal. El plan fue sometido a la valoración del Instituto de Francia, donde tenía amigos que dieron su opinión favorable. El 20 de septiembre fue aprobado. El contrato incluía que su hijo fuera admitido como oficial en el Ejército francés, una pensión para su mujer en caso de muerte y un salario anual de diez mil francos.

En la nueva misión se hacía llamar Hadj Alí Bin Utman (el peregrino Alí, hijo de Utman). Salió el 6 de enero de 1818 y llegó a Damasco en julio. Visitó a conocidos del primer viaje a pesar de que viajaba con otro nombre. Allí cayó enfermo de disentería. Esta infección era muy común en esa época y en esas zonas. Se producía por ingerir alimentos contaminados, incluso por manos sucias. Se caracterizaba por dolor abdominal, fiebre alta, diarrea con hemorragia, vómitos y deshidratación. Con frecuencia provocaba la muerte.

Uno de sus criados le robó parte del dinero. Como estaba enfermo hubo de viajar en litera. Se encontraba tan mal que hasta hizo testamento y destruyó papeles. Falleció el 2 de septiembre de 1818 en los altos del Golán —oeste de Siria ocupado por Israel en 1981—. Dicen que al preparar su mortaja encontraron en su cuello una cruz. Cuando murió todos se lanzaron como buitres para hacerse con sus bienes. Su última carta está fechada el 20 de marzo de 1818. Algunos sugieren que fue envenenado por los servicios secretos británicos.

Representación de la muerte de Domingo Badía, camino de La Meca, cuando se hacía pasar por Hadj Alí Bin Utman. Biblioteca Nacional de España.

La documentación oficial encontrada nos ofrece un informe del vicecónsul español en Alepo, Ange Durighello, al embajador de España en Constantinopla, don Juan Jabat, dando cuenta del paso de Domingo Badía, el 21 de julio de 1818, bajo el nuevo nombre de Hadj Alí Bin Utman con el que inició otra misión a las ordenes del rey francés. También incluye otra correspondencia oficial donde se informa de que se ha unido a la caravana de Damasco en dirección a La Meca.

Por último, Juan Jabat comunicó la muerte de Domingo Badía al marqués de Casa Irujo (ministro de Estado —Asuntos Exteriores— entre septiembre de 1818 y junio de 1819):

DESPACHO N.º 1028 DE D. JUAN JABAT, MINISTRO DE S. M. EN CONSTANTINOPLA AL EXCMO. SR. MARQUÉS DE CASA IRUJO

Exm. Sr: El vicecónsul de S. M. en Alepo me ha escrito que el viagero Alí Bey o Hagi Alí bin Otman, según se denominaba en este segundo viage y peregrinación a la Meca, habiendo partido de la ciudad de Damasco con la Carabana, ya algo enfermo, se agravó en el viage, y que murió en el desierto á la novena jornada: que el Baixa de dicho Damasco, Director de la Carabana, se había apoderado de su equipage y demás efectos, según la práctica establecida, y que los criados que llevaba se posesionaron del dinero, que sería unas catorce mil piastras Turcas, de que se le había provisto esta Embaxada de Francia, para costear los gastos de su expedición, de reconocer el origen del Nilo, y la comunicación que se pretende por medio de otro cauce con el Mar de Nigricia, debiendo terminar después por examinar las costas del África en el Canal de Mozambique, á fin de preparar allí algún establecimiento ventajoso al Gobierno que lo empleaba.

Pero como había estado otra vez el referido Alí Bey en Damasco a la ida y regreso de su anterior peregrinación á la Meca, parece que no se ocultó de sus antiguos Conocidos en dicha Ciudad, y que se susurró demasiado que en la Carabana iba á partir un Europeo disfrazado, que parece llegaron á entenderlo y sospecharlo los Turcos, y que se cree que el Muphti de Damasco en la última visita que le hizo le envenenó en una taza de café, porque desde aquel día comenzó a sentirse malo, y se fue empeorando en el camino, hasta que acabó sus días, como llevo dicho, en el desierto.

Esta segunda parte me la ha referido un Viagero que lo vio partir de Damasco, y lo confirma también el Agente Francés, residente en dicha Ciudad.

Dios gr. á V. E. m. a. a Buyukdie de Constantinopla 25 de enero de 1819. Juan Jabat

Badía, precursor de los agentes secretos actuales, se llevó muchos de sus secretos a la tumba. Si hubiera nacido en Gran Bretaña o en Estados Unidos, sería mundialmente famoso.

Las ediciones francesa, inglesa, alemana e italiana de su libro no indican el nombre verdadero de Alí Bey y solo dicen implícitamente que era un europeo disfrazado. La edición española de 1836 indica su verdadero nombre, cuenta su vida y reconoce que el Gobierno español estaba detrás de la misión. Ese mismo año aparecieron las memorias de Godoy. Este asegura que fue él quien le contactó y quien organizó todo el proyecto. En España se han publicado seis ediciones del viaje de Badía en ciento cincuenta años. En Barcelona tiene dedicada una calle.

Bibliografía

BADÍA Y LEBLICH, Domingo, *Viajes del Príncipe Alí Bey el Abbassi en Marruecos, Trípoli, Chipre, Arabia, Siria y Turquía*.

—, *Alí Bey, vida, viajes y aventuras de don Domingo Badía*. Barcelona: Augusto Casas, 1943.

—, *Viajes del Príncipe Alí Bey el Abbassi* (J. Barceló). Madrid: El Museo Universal, 1982.

—, *Viajes de Alí Bey* (J. Barceló). Madrid: Compañía Literaria, 1996.

MAYRATA, Ramón, *Alí Bey el abasí. Un cristiano en La Meca*. Barcelona: Planeta, 1995.

Johann Ludwig Burckhardt (1784-1817) (1810)

Fue a buscar las fuentes del Níger y acabó en La Meca

Tras Badía en 1807, el primero de quien se tiene noticia que volvió a entrar disfrazado en La Meca fue Ulrich Jaspar Seetzen, en 1810, pero sus exploraciones más relevantes las llevó a cabo en otros lugares, por lo que se le dedicará un capítulo cuando hablemos de la península arábiga. En 1814 también consiguió entrar Johann Burckhardt.

Este nació en Lausana, Suiza, el 24 de noviembre de 1784, hijo de un futuro oficial del ejército de Napoleón. Su familia era rica. En 1800, a los dieciséis años, su padre le llevó a Leipzig para que estudiara en la universidad. Después fue a la de Gotinga hasta 1815. Uno de los múltiples reinos de la Alemania de entonces le ofreció entrar en su cuerpo diplomático, pero marchó a Inglaterra en 1805 con la recomendación de uno de sus profesores para Joseph Banks, de la African Association. Habían dejado de tener noticias de Hornemann, un explorador que había desaparecido en el Sahara, y deseaban enviar a alguien en su busca.

Se ofreció para viajar a África y descubrir las fuentes del Níger. Le dieron una beca para que estudiara árabe durante un año en Cambridge, pues pensaba que ello le facilitaría ser aceptado en África. Mientras tanto se preparaba físicamente vagando durante el verano por el campo sin sombrero, alimentándose de lo que encontraba y durmiendo al raso y sobre el suelo.

En marzo de 1809 abandonó Inglaterra. Pasando por Malta, en julio de 1809 llegó a Alepo, en la actual Siria. Se hacía pasar por un comerciante

hindú que regresaba tras pasar su juventud en Inglaterra. Allí pasó dos años y medio perfeccionando el árabe. En la primavera de 1810 pasó seis meses con una tribu nómada y a finales de año visitó Palmira —una antigua ciudad romana y nabatea—. Fue el primer occidental que visitó esta ciudad en la época contemporánea. Los viajes los efectuaba vestido de árabe pobre para no despertar la codicia. A pesar de todo, de vez en cuando le robaban. Así, en el viaje a esta ciudad le quitaron su cronómetro para medir longitudes de grado y su brújula. Después continuó visitando otros países, en los que utilizaba el nombre de Sheik Ibrahim Bin Abdullah, pero si le preguntaban, decía que era occidental convertido al islam. Conocía muy bien el Corán.

Retrato de Johann Ludwig Burckhardt, disfrazado de árabe, según un cuadro del Museo Château de Penthes, Suiza.

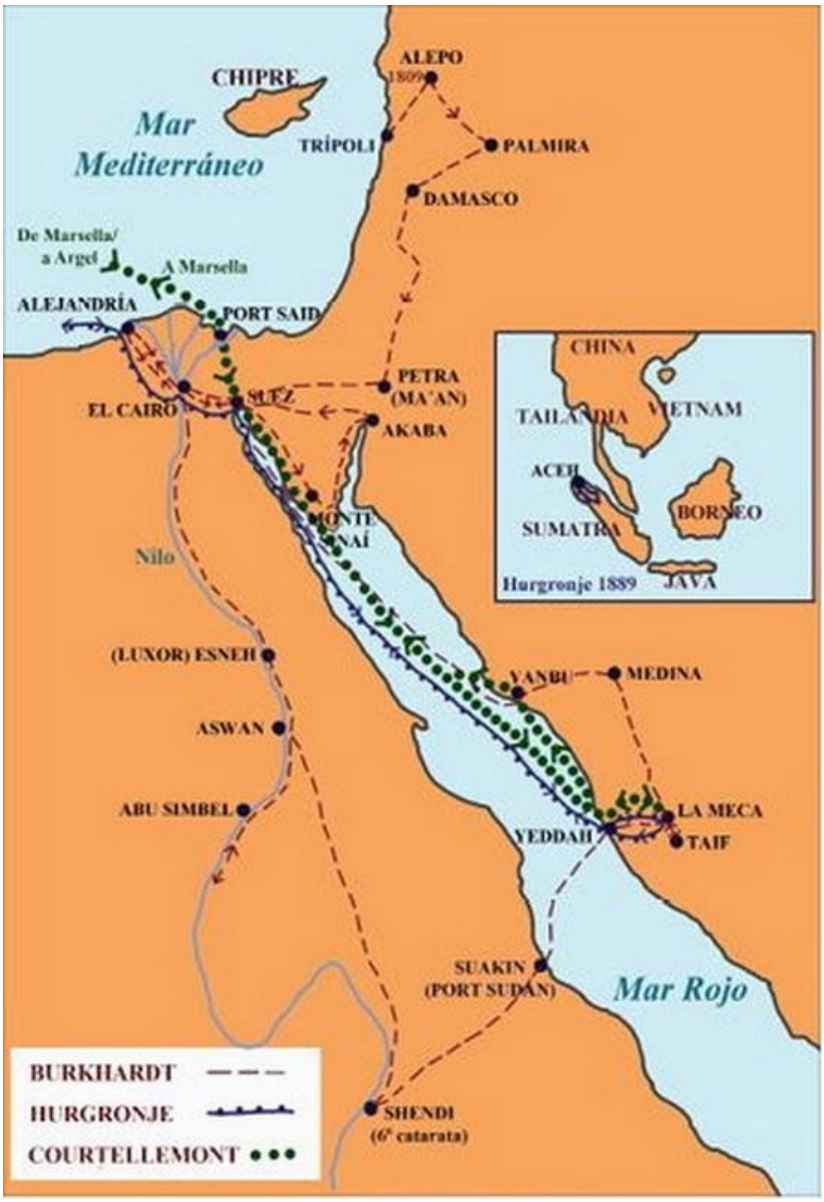
De vez en cuando escribía a Joseph Banks dando cuenta de sus progresos. Ello ha permitido que los editores reconstruyeran una pequeña autobiografía en base a esas cartas, que se incluyen en el libro *Travels in Nubia*. En una de

ellas, desde Alepo, en enero de 1811, cuenta tras un viaje a Damasco y a Palmira: «Durante los seis meses del viaje he ganado alguna experiencia tanto en actuar como en hablar [como un árabe y en árabe]». Refiriéndose al dinero, recordaba diplomáticamente: «Me encuentro, por último ante la desagradable necesidad de decirles que, no obstante todos los ahorros que he efectuado en mis gastos, he agotado hasta mi último *farthing* [cuarto de penique]. He realizado mis viajes por todos lados vestido como un indigente (el viaje a Hauran, por ejemplo, solo me costó cuatro libras esterlinas), aunque necesito gastar algo para alimentarme, a mí y a mi caballo. […] He vivido durante diecinueve meses, desde que dejé Malta, con ciento setenta libras». Tuvo que conseguir préstamos, por lo que rogaba que le enviaran los sueldos que le debían para pagar a sus acreedores.

Retrato de Johann Ludwig Burckhardt, en su aspecto occidental, por Richard Westall (1765-1836).

El 3 de mayo de 1812 escribió otra carta agradeciendo que le prolongaran la estancia en Siria otros seis meses y envió documentación. El 30 de mayo daba cuenta de su proyecto de buscar Petra (Wadi Musa) y el mar Muerto. En la del 12 de septiembre anunciaba su llegada a El Cairo y describía el descubrimiento de Petra, la Sela de la *Biblia*. Decían que en ella estaba enterrado Aarón, el hermano de Moisés. Lo tomó como excusa, pues también es venerado por los musulmanes y uno le dijo que sabía dónde estaba. Él alegó que quería honrar la tumba. Le llevó a un desfiladero casi oculto y, el 22 de agosto de 1812, recorrió el estrecho cañón que da paso a la ciudad y llegó al templo excavado en la roca que hay a la entrada. Había estado escondida durante un milenio. Burckhardt llegó a Egipto a través del valle del Jordán y de la península del Sinaí, descubriendo la ciudad de Petra en el camino.

El 13 de noviembre comunicó a los destinatarios de sus cartas que no había caravana hacia Fezán, que era el objetivo primordial de su viaje, hasta el próximo año por lo menos y, por tanto, marchaba a recorrer el río Nilo haciéndose pasar por comerciante. En Isna (Esneh), en diciembre de 1813, conoció al viajero inglés James Silk Buckingham —que conoceremos en la sección dedicada a la península arábiga— y pasaron varios días juntos. El británico describe así a Burckhardt: «Iba vestido con ropas mahometanas, como un campesino árabe o un pequeño comerciante, con una blusa azul de algodón que cubría una burda camisa, pantalones bombachos blancos, y un turbante de percal común alrededor de su cabeza; lucía una gran barba negra, no llevaba calcetines, calzando solo unas babuchas de las que usan en el país, y parecía completamente un árabe del norte, pues teniendo una tez más clara y ojos más claros que los egipcios, pocos podrían sospechar de él que fuera suizo, como realmente era, sino que lo tomarían como un nativo de Antioquía o de Alepo, pues el dialecto que hablaba era también de esa región». Burckhardt, sin embargo, en ninguno de sus libros habla de James, ya que después, a pesar de aprovecharse de él, le consideró un competidor y quiso ignorarle e incluso entorpecer sus publicaciones.



En marzo de 1813 llegó al templo de Abu Simbel. Fue también el primero. Sobre la ropa y objetos que llevaba, podemos leer en su libro *Travels in Nubia*:

> Aparecí en Darau con la ropa de un pobre comerciante, la única manera en la que creía que podía tener éxito. No creo que sea superfluo que informe al lector en detalle del contenido de mi equipaje y de mis provisiones: al menos ha sido para mí un gran deseo al leer libros de viajes el disponer de esa información para mi propio uso: Iba vestido

con un amplio manto de lana marrón, tal como lo llevan los campesinos del Alto Egipto, llamado *tabout*, con una camisa y pantalones de basto algodón blanco, un *lebde* o gorro de lana blanca, atado alrededor con un pañuelo común, como turbante, y con sandalias en mis pies. En el bolsillo de mi *tabout* llevaba un pequeño libro para escribir el diario, un lápiz, una brújula de bolsillo, una navaja, una bolsa de tabaco y un trozo de acero para hacer chispas. Las provisiones que llevaba conmigo eran las siguientes: cuarenta libras de harina, veinte de galleta, quince de dátiles, diez de lentejas, seis de mantequilla, cinco de sal, tres de arroz, dos de granos de café, cuatro de tabaco, una de pimienta, algunas cebollas y ochenta libras de *dhourra* para mi asno. Además de eso tenía una cacerola de cobre, un plato de cobre, un tostador de café, un mortero para moler los granos de café, dos tazas de té, un cuchillo y una cuchara; un bol de madera para beber y para llenar los odres de agua, un hacha, diez yardas de cuerda, agujas e hilo, un gran paquete de agujas, una camisa de repuesto, un peine, una alfombra basta, una tela de lana de factura magrebí para cubrirme por la noche, un pequeño paquete de medicinas y tres odres de agua de repuesto. También llevaba un Corán de bolsillo, comprado en Damasco, que perdí después el día del peregrinaje, el 10 de noviembre de 1814, entre las multitudes del monte Arafat, un cuaderno para el diario de repuesto y un bote de tinta, junto con algunas hojas sueltas de papel para escribir amuletos a los negros [utiliza *negroes* en el original, que en inglés es despectivo. Se cobraba por escribir los amuletos]. Mi reloj se había roto en el Alto Egipto, donde no tenía medios de conseguir otro. Las horas de marcha anotadas en mi diario eran meramente estimativas y por observación de la posición del sol. Las pocas mercancías que llevaba conmigo consistían en veinte libras de azúcar, quince de jabón, dos de nuez moscada, doce cuchillas, doce cuchillos, dos gorros rojos y varias docenas de cuentas de madera, que son un excelente sustituto de las monedas en los países del sur. Tenía una escopeta con tres docenas de cartuchos y algunos pequeños proyectiles, una pistola y un largo bastón, llamado *nabbout*, reforzado con acero a cada extremo, que servía tanto como arma como para moler los granos de café, y el cual, de acuerdo con la costumbre del país, era mi constante compañero. Mi monedero, llevado en una faja bajo el *tabout*, contenía cincuenta dólares españoles, incluyendo los veinticinco del precio de mi camello, además yo había cosido un par de *sequins* en un pequeño amuleto de

piel, atado a mi codo, pensando que ese era el lugar más seguro para ocultarlos.

Sobre el trato que recibe en la caravana, podemos leer en sus anotaciones del 9 de marzo:

> Desde el primer día desde nuestra partida de Darau, mis compañeros me trataron con desidia e incluso desprecio; ellos ciertamente no tenían idea de que fuera europeo, sino que me tomaron por turco, fuera de la Turquía europea o del Asia Menor, una opinión suficiente por ella misma para excitar el maltrato de los árabes, ya que todos profesan un odio inveterado a los Osmanlis. Llevaba conmigo un salvoconducto de Mohamed Alí Pachá, gobernador del Alto Egipto, junto con una carta suya de recomendación, dirigida a todos los reyes negros de la ruta de Sennaar y donde yo era llamado Hadji o Sheikh Ibrahim el Shamy, o el sirio. Obviamente nunca lo di a conocer entre mis compañeros, y todo lo que di a entender fue que era alepino de nacimiento […]. Viendo que llevaba una cantidad muy pequeña de mercancías pensaban que me había visto forzado a dejar Egipto debido a deudas, pero yo decía que buscaba a un primo perdido que hacía años había partido desde Siout a Darfour, y Sennaar, en una expedición mercantil en la que todas mis propiedades estaban invertidas. Ese era el pretexto para meterme en la caravana, muy adecuado para esa gente. La pequeñez de mis mercancías hubiera difícilmente justificado a un hombre en su sano juicio hacer ese viaje con simples miras comerciales.

Los compañeros le creían, pero le maltrataban pensando que si comprobaba que se podía hacer negocio, regresaría más tarde con más mercancías y no querían que más gente les hiciera la competencia en el futuro. Por otra parte, al ver que cortaba su propia leña y cocinaba, le trataban igual que a sus criados, que les hacían a ellos esas tareas por muy poco dinero. Le llamaban chico, *weled*. Los mismos criados imitaban a sus amos y también le insultaban. En los pozos, una persona bajaba con el odre y lo llenaba y otro, desde arriba, lo izaba con una cuerda. Él siempre tenía problemas para encontrar a alguien que le ayudara y, por supuesto, siempre era el último en servirse.

Llegó hasta Shendi, cerca de la sexta catarata, a unos 18º de latitud norte. Decidió que, ya que estaba por allí, iba a cruzar el mar Rojo e ir a La Meca. Compró un esclavo africano por once duros españoles y se unió a una caravana para llegar al mar Rojo. Durante el viaje sufrió un grave ataque de oftalmia en los ojos. Fue hasta la ciudad costera de Suakin, cerca de la actual Port Sudan, donde llegó el 26 de junio de 1814 y cruzó en barco a Yeddah, en la costa arábiga, donde desembarcó el 20 de julio y desde donde escribió a Londres el 7 de agosto. Le vendió el esclavo a un griego, capitán de un barco, por cuarenta y ocho duros. Dice que pasó un mes hasta que alguien le aceptó un pagaré. Allí coincidió de nuevo con Buckingham en un barco británico y le pidió que se informara en Moca de qué le había ocurrido a Seetzen —un explorador desaparecido en el actual Yemen a quien también conoceremos posteriormente—, pero Burckhardt no lo cuenta ni en sus cartas ni en sus libros. Tampoco habla en ningún sitio de Othman, un escocés que fue esclavizado y vendido a uno de La Meca, pero lo sirvió tan bien que al morir le dio la libertad y le hizo su heredero, por lo que se quedó con sus riquezas, su harén y el resto de sus esclavos. Este antiguo esclavo le invitó y acompañó en la peregrinación. Todos estos pormenores los he conocido por los libros de Buckingham.

A finales de noviembre, Burckhardt realizó la peregrinación, pues era el momento para ello. En La Meca sospecharon de él y le hicieron un examen para comprobar si era un buen musulmán. Como había estudiado el Corán en profundidad, superó la prueba sin problemas, lo que le supuso conservar la vida. Pasó el ramadán en Taif, un pueblo cercano a La Meca, y se entrevistó con el pachá de Egipto Mohamed Alí. A través de sus contactos con este logró un préstamo del gobernador militar. No pudo seguir explorando el Hiyaz —la zona junto a la costa del mar Rojo— debido a las bandas de wahabitas.

Después, a mediados de enero de 1815, visitó Medina. Tampoco pudo explorar los alrededores, pues sufrió un grave ataque de fiebres. Le tuvo postrado durante tres meses, pero sobrevivió. Por su debilidad fue a Yanbu y de allí, en barco, a Suez. Llegó a El Cairo el 19 de junio de 1815, exhausto y enfermo. Desde agosto de 1814 hasta el 25 de junio de 1815 pasó un año sin escribir a Joseph Banks. Le dijo que el viaje por África tendría que esperar a que recuperara la salud y escribiera sus informes. Le agradeció la apreciación que hacía de sus escritos.

En septiembre de 1815 fue quince días a Alejandría por si la brisa del mar le ayudaba a recuperarse. Incluso Hester Stanhope —de la que se hablará en

la sección dedicada a Oriente Próximo, Medio y Asia Central— le envió al doctor Meryon, su médico personal, para que le atendiera. En todas sus cartas realiza un análisis de la situación política, de las luchas de los turcos con los wahabitas, de los cambios en el ejército a tácticas europeas ante las que la tropa se rebeló, etc. Habló además de otro escocés, Ibrahim Aga, también hecho prisionero y esclavo, que era tesorero del gobernador de Medina y que murió en una de las batallas. En diciembre de ese año se encontró de nuevo con Buckingham en El Cairo.

En febrero de 1816 seguía esperando la caravana de Fezán para unirse a su regreso. Decía que estaba perdiendo la paciencia y esperaba que la African Association no perdiera la suya. En esa primavera hubo una epidemia en El Cairo y marchó al monasterio del monte Sinaí, en el sur de la península. Aprovechó para recorrer el golfo de Akaba y realizar un levantamiento de mapas, pues por allí no había ido ningún europeo. En junio de 1816 el gobernador de Arabia llegó a un acuerdo de paz con los wahabitas, a quienes les dejó todo el territorio peninsular menos las ciudades sagradas de Medina y La Meca y un compromiso (que no cumplieron) de no atacar a los peregrinos. A primeros de julio regresó a El Cairo y la African Association le envió una carta de su madre. Se fue recuperando y dijo necesitar tres o cuatro años para completar sus escritos. Como no era época para que llegara la caravana de Fezán decidió tomar la magrebí. Sufría inflamación ocular y veía mal a causa de la oftalmía que había padecido. Tuvo ocasión de leer el libro de Alí Bey, lo valoró positivamente en general y esperaba «ser capaz de aportar alguna información adicional». Reconocía que Bey decía la verdad, pero no toda. Él tampoco.

Vista de El Cairo según un cuadro del pintor y diplomático británico Henry Salt que vivió y ejerció como cónsul británico durante mucho tiempo en Egipto, donde falleció en 1827, a los 47 años de edad.

Respecto a Seetzen, dice: «Recibí una carta desde Moca, dándome algunos detalles de la muerte de *Mr*. Seetzen». Pero tampoco dice que se la envió J. S. Buckingham, con quien en ese momento estaba enfadado por haber realizado su mismo viaje y haberle quitado el monopolio de una posible publicación al respecto. La codicia humana es muy poderosa; los deseos de notoriedad, malos consejeros. Los aventureros tampoco escapaban de sus redes, algunos caen incondicionalmente en ellas.

Le dijo a Joseph Banks que decidiera qué hacer con él, pues veía difícil ir al suroeste. Recordemos que el viaje y la financiación eran para buscar a Hornemann en el Sahara en 1809. En una carta del 20 de febrero de 1817 les envió los diarios de Arabia y dio cuenta de los trabajos de Belzoni para transportar monumentos faraónicos a Alejandría y los trabajos de Bankes —un arqueólogo—, que también tendrá conflictos con Buckingham. En mayo les envió el relato del viaje al Sinaí y les explicó que ya no llegaban caravanas del Fezán porque, debido a que Argelia ya no conseguía esclavos blancos de la piratería en el Mediterráneo, los compraba a los subsaharianos, por lo que

la caravana iba a Argelia en lugar de a Egipto. En junio de 1817 por fin llegó una caravana de peregrinos de África Occidental, que retornaría en diciembre de ese año. Pensaba unirse a ella, pero iba a ser demasiado tarde. Se sentía mal. El 15 de octubre hizo sus últimas disposiciones de pagar a sus criados. Compró y liberó a un esclavo inglés —también los había—, a quien regaló los que previamente poseía Burckhardt, por lo que el británico pasó de siervo a amo. Donó todos sus libros y apuntes a la Universidad de Cambridge. Vivió seis horas tras dictar su testamento al cónsul *Mr*. Salt.

Fue un fabuloso explorador aunque su biografía tiene algunas sombras en su trato con Buckingham.

Bibliografía

BURCKHARDT, Johann, *Travels in Nubia*. Londres, 1819.

—, *Travel in Syria and the Holy Land*. Londres, 1822.

—, *Travels in Arabia*. 1829.

—, *Arabian proverbs or the manners and customs of the modern Egyptians*. Londres, 1830.

—, *Notes on the Bedouins and Wahabys*. Londres, 1831.

George Augustus Wallin
(1811-1852) (1843)

El finlandés precursor del turismo sexual

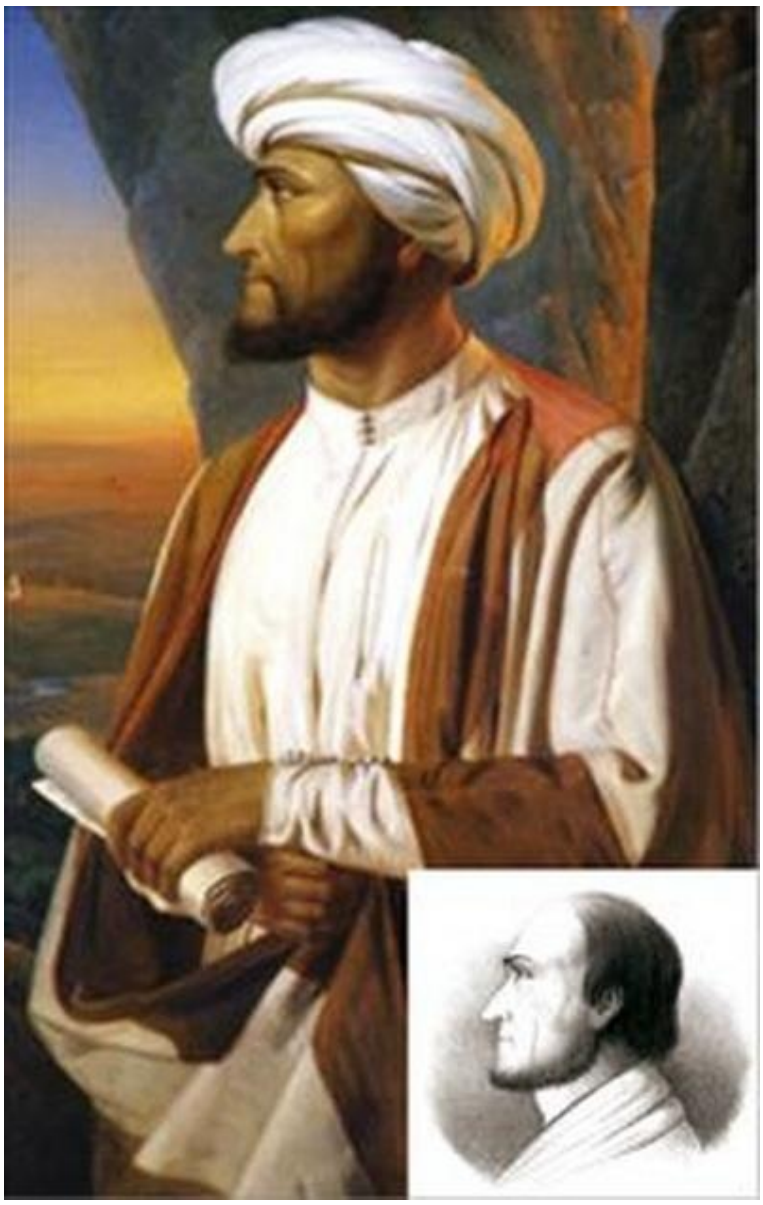
Nació el 24 de octubre de 1811 en las islas de Aland, en la entrada del estrecho de Botnia, entre Suecia y Finlandia. En aquella época este último país pertenecía a Rusia y las islas habían sido cedidas en 1809 por el Imperio ruso al reino sueco. Todavía hoy mantienen cierta autonomía respecto al gobierno finlandés y hablan sueco. Su padre era registrador de la propiedad.

Fue uno de los más respetados arabistas de su tiempo y el primero que estudió académicamente el árabe coloquial. Entró en la Universidad de Helsinki en 1829. Aprendió árabe, lenguas clásicas, persa y turco. Terminó sus estudios en 1836 y trabajó como bibliotecario mientras seguía estudiando lenguas orientales. De 1839 a 1841 estudió en San Petersburgo donde había un instituto de lenguas orientales con profesores nativos. Wallin asistió a clases con el profesor Muhammad Sayyad, que le aficionó a los estudios árabes.

Solicitó una ayuda de la Universidad de Helsinki para realizar un viaje a fin de estudiar los dialectos árabes. Personalmente estaba muy interesado en las doctrinas wahabitas. Reconoció que deseaba escapar de la «extravagancia, vanidad y la excesivamente refinada civilización europea» y que le atraía la sensualidad del oriente islámico. Lógicamente, dada la época, la sensación era solo para el hombre, siendo esclavitud para la otra parte.

En julio de 1843 partió de Helsinki y llegó a El Cairo en enero de 1844. Ya desde el desembarco se presentó como musulmán con el nombre de Abd-al-Wali y decía proceder de Asia Central. Era muy escéptico respecto a las religiones, por lo que no tuvo problema en simularlo. Le ayudaba el hecho de

ser de los pocos nórdicos de pelo negro y tez no excesivamente clara. Decía: «Debido a mi apariencia, y a mi auténtica barba árabe, soy considerado por oriental y musulmán». Pasó un tiempo en El Cairo mejorando su árabe, aprendiendo a tocar la flauta y conociendo muchas mujeres, según su pormenorizado relato, por lo que algunos sectores intelectuales no le consideraron serio.



Retrato de Georg August Wallin, disfrazado de árabe, realizado en 1850 por el pintor finlandés Robert Wilhelm Ekman (1808-1873). En el ángulo inferior derecho se muestra un retrato con su aspecto occidental.

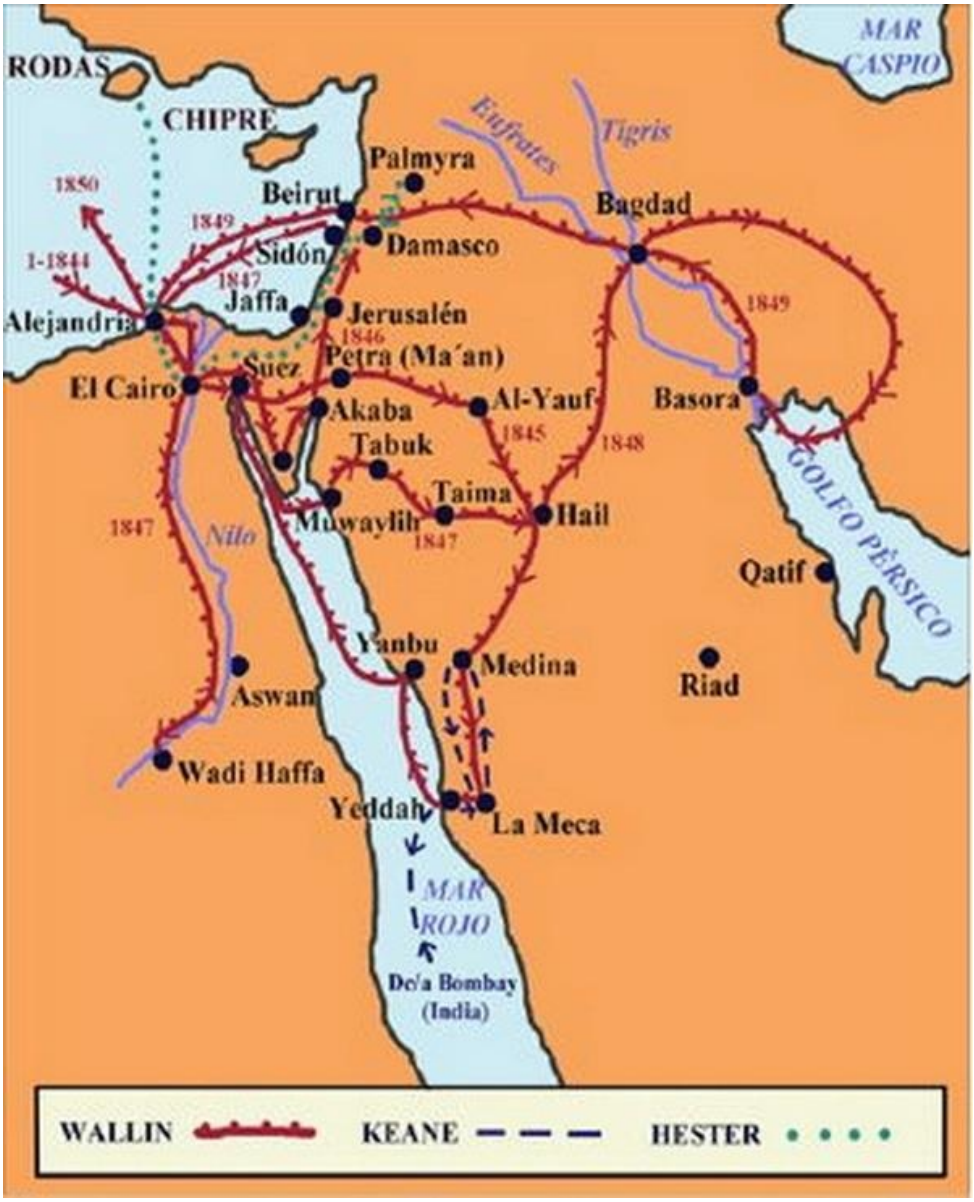
Realizó tres viajes al desierto de la actual Arabia Saudí. El primero lo comenzó en abril de 1845 y llegó hasta Al-Yauf y Hail. Desde allí intentó llegar al golfo Pérsico pero se vio obligado a regresar a El Cairo. Lo hizo atravesando las ciudades de La Meca y Medina —comenta que veinte europeos las visitaron antes que él—. No las describe muy pormenorizadamente.

En su segundo viaje recorrió la península del Sinaí, Akaba, Jerusalén y Damasco. Después navegó el Nilo hasta Wadi Haffa (segunda catarata). El tercero comenzó en diciembre de 1847. Fue por Taima y Tabuk y llegó de nuevo a Hail desde donde tampoco pudo continuar a Omán y Adén como era su deseo. Se dirigió a Bagdad y a Persia visitando Isfahán y Shiraz.

En junio de 1850 regresó a Europa. Tras haber recorrido Arabia disfrazado y en secreto sin sufrir ningún percance, al pasar por París fue golpeado y robado. Continuó a Londres, donde publicó algunos de sus escritos, *Notes taken during a journey through part of northern Arabia*, que incluían, por primera vez, poesía beduina y le valieron la concesión de la medalla de oro de la Royal Geographical Society. Continuó hasta Helsinki, presentó una tesis doctoral y fue nombrado profesor de literatura oriental.

En su obra: *Narrative of a Journey from Cairo to Medina and Mecca*… cuenta que salió de El Cairo el 12 de abril de 1845. Fue a Suez. Ya existía una línea de telégrafo entre El Cairo y Suez que seguía la ruta de las caravanas (en España se instaló a partir de 1853 con una primera línea entre Madrid e Irún). Fue con dos beduinos como acompañantes. Estos se quejaban de que fueran a poner también una línea férrea que acabaría con su trabajo de guías. Presenta una detallada exposición de todo lo que ve con la duración y orientación de cada etapa y subetapa y el recorrido efectuado. Es tan prolijo en detalles que a veces resulta un poco cansado. Ejemplo: «El 20, tras una marcha de hora y media llegamos a los pozos de Kureis, situados en una tierra blanca como tiza, en un profundo valle que corre de NO a SE. Hay unos seis pero su agua, aunque abundante, es muy salobre. Después de una marcha de ocho horas desde esos pozos, sobre un terreno ondulado y montañoso, llegamos a Wadi Tih». Informa sobre las costumbres de las diferentes tribus que encuentra y de las relaciones entre ellas. Pasó por Ma’an, cerca de Petra, por Algawf, de la que describe pormenorizadamente sus casas, sistemas de riego, historia, etc. A la vez va comparando sus percepciones con las de Burkhardt. Desde allí fue a Gubbe y después a Hail, que entonces contaba con doscientas diez casas. En esta población se unió a la peregrinación de Mesopotamia y Persia para ir a

Medina y La Meca. De repente, sus prolijas descripciones se terminan. Él mismo se excusa por ello: «Siento decir que no tengo detalles geográficos de ese viaje» y explica que era debido a su arriesgada situación con los peregrinos, que no le dejaban en paz para poder escribir.



En el viaje de 1848, descrito en *Notes taken during a journey through part of northern Arabia*, comenta que en Tabuk, una tercera parte de la población eran esclavos. Se detenía mucho en las poblaciones —en esta se quedó veinte días—, lo que le permitía profundizar en sus conocimientos. Después fue a Taima, el mismo camino que seguirá Doughty —del que se hablará

posteriormente—. Por desgracia, la mayoría de su obra la escribió en sueco y no ha sido traducida. Trajo de Arabia —y donó—, treinta y cuatro libros y diecinueve manuscritos a la biblioteca de la Universidad de Helsinki que tardaron más de cien años en ser catalogados.

Intentó que los rusos y británicos compartieran los costos de una nueva expedición pero era difícil coordinarlos, máxime teniendo en cuenta que se encontraban inmersos en el denominado Gran Juego para el control de Asia Central. Así, los rusos le exigían recorrer esta zona, y en exclusiva para ellos, pero Wallin no se encontraba preparado para esa región. Por otra parte le pedían que durara seis años y él solo deseaba hacerla en dos.

Mientras se encontraba negociando con ambos poderes, murió de repente el 23 de octubre de 1852, un día antes de cumplir cuarenta y un años. Unas fuentes dicen que falleció de sífilis debido a sus muchas aventuras, pero oficialmente se debió a un ataque al corazón.

Con respecto a sus predecesores añadió el haber pasado largas temporadas con los beduinos del norte de Arabia. En 2010 y 2011, la institución que se ocupa de la lengua sueca en el sur de Finlandia, donde es muy utilizada, publicó todos sus trabajos en la lengua original en que fueron escritos (árabe, sueco, latín, alemán, francés, inglés y ruso), lo que da idea de su facilidad para los idiomas. En octubre de 2011, con motivo del centenario de su nacimiento, se ha celebrado una exposición sobre sus viajes en la Biblioteca Nacional de Finlandia.

Bibliografía

WALLIN, Georg August, *Notes taken during a journey through part of northern Arabia*. Londres: Royal Geographic Society, 1851.

—, *Narrative of a journey from Cairo to Medina and Mecca by Suez, Arabia, Tawla, Aljauf, Jubbe, Hail and Nejd, in 1845*. Londres: J. Murray, 1854.

—, *Travels in Arabia (1845 and 1848)*. Cambridge: Oleander Press, 1979.

Richard Francis Burton
(1821-1890) (1845)

El genio de las lenguas y de los disfraces

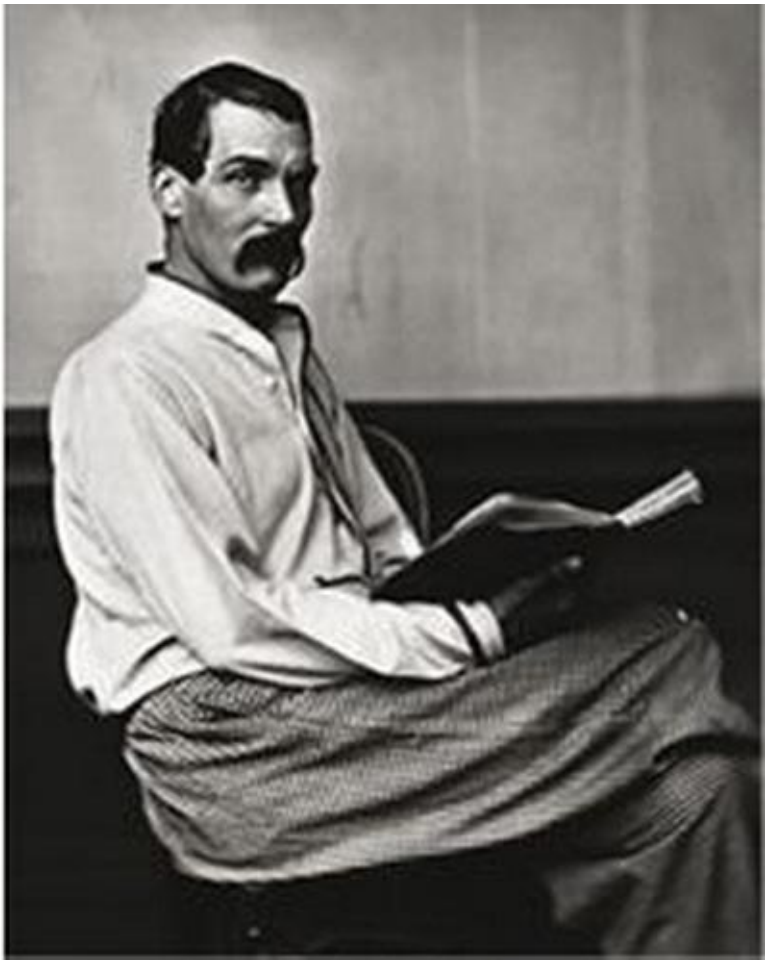
Nació el 19 de marzo de 1821 en Torquay, sur de Inglaterra. Su padre había sido militar y se retiró temprano con media paga por lo que durante un tiempo, desde 1825, vivió en Francia e Italia porque era más barato. En 1840, cuando se matriculó en el Trinity College de Oxford, ya hablaba francés, italiano —con algunos de sus dialectos— y tenía conocimientos de latín y griego. Estudió árabe, se batió en duelo porque un estudiante se burló de su bigote y en 1842 se le expulsó por participar en una carrera de caballos prohibida para los estudiantes.

Se alistó en el ejército de la East India Company durante la guerra contra el Sindh, en el actual Pakistán. Esta compañía se había creado en 1600 con monopolio sobre todo el comercio al este del cabo de Buena Esperanza y al oeste del cabo de Hornos. Tenía derecho a adquirir territorios, acuñar moneda, formar ejércitos y construir fuertes, hacer alianzas, declarar guerras, firmar paces y castigar a criminales. De hecho fue como un estado hasta 1858, en que el Estado británico tomó el control de la India al encontrarse la compañía con problemas. Sus principales accionistas fueron la realeza, la nobleza y los altos cargos del Gobierno mientras produjo grandes beneficios. Cuando estos disminuyeron y los gastos aumentaron, se «nacionalizó». Así los cuantiosos gastos los pagaban los ciudadanos y los beneficios se los llevaban otras compañías creadas a partir de la matriz. Una jugada perfecta.

Burton pasó allí ocho años. Participó en el cartografiado de la región. Aprovechó la estancia para aprender las lenguas de la zona —árabe, hindi, marathi, punjabí, telugu, pastún y multan—. Dada su facilidad para mezclarse

con los lugareños, lo que hacía en todo el tiempo libre que tenía, el jefe de las fuerzas británicas en la zona decidió utilizarlo como espía para que se infiltrara por los lugares prohibidos a los británicos o en ambientes sórdidos. Pasaba desapercibido hasta para sus compañeros. Esta adopción de las costumbres y vestidos de los nativos no estaba bien vista entre los ingleses, que le llamaban el blanco negro. Su tez morena y su pelo negro le ayudaban. Se hacía llamar Mirza Abdullah. Parece ser que uno de los personajes de la obra *Kim* de Rudyard Kipling está inspirado en su figura. Incluso se le encargó investigar un burdel de Karachi frecuentado por soldados británicos y atendido por jovencitos.

Richard Francis Burton, disfrazado de árabe, en un retrato del siglo XIX de autor desconocido.



Fotografía de R. F. Burton, en su aspecto occidental, realizada en 1864.

En marzo de 1849 enfermó. Hubo de regresar a Gran Bretaña y hasta 1852 marchó con su madre y su hermana a un balneario en Boulogne, en Francia, donde escribió varias obras sobre la India. Redactó un completo estudio sobre las razas que habitaban el valle del Indo que no tuvo ninguna repercusión a pesar de su brillantez. También preparó un tratado sobre el uso de la bayoneta. Fue rechazado en Gran Bretaña pero tuvo mucho éxito en Alemania. Parece ser que en una guerra posterior se le tuvo que dar la razón.

Aburrido, decidió llevar a cabo su sueño de entrar en La Meca. En 1852 presentó su plan a la Royal Geographical Society. Originariamente comprendía atravesar la península arábiga y estudiar el mercado de caballos árabes con destino a la India. Su director, sir Roderick I. Murchison, le avaló

ante la East India Company. Su presidente, sir James Hogg, de quien dependía el ejército en el que servía Burton, le concedió un año de permiso para que perfeccionara el árabe.

El tiempo pasado en la India le había permitido conocer bien a los musulmanes. Burton, del mismo modo que Badía, se circuncidó, se dejó la barba y se rasuró la cabeza. El 14 de abril de 1853 embarcó en el *Bengal* rumbo a Alejandría. Tomó la personalidad de Mirza Abdullah, doctor y derviche persa. Se alojó en casa de un amigo británico pero en una caseta separada, para no parecer muy próximo. Se dedicó a visitar la ciudad y fue requerido como médico, ya que se hacía pasar por tal. Tuvo tanto éxito que, en una ocasión, le ofrecieron una hija como pago de sus servicios. Tras un mes de estancia dejó Alejandría después de conseguir un pasaporte. Preparó su equipaje, consistente en una muda, una güerba o piel de oveja cosida para llevar el agua, una alfombra, una almohada, una sábana y una manta para dormir. También llevaba una gran sombrilla, un neceser de costura, un cuchillo, un tintero, una pluma, un rosario y un botiquín. Tenía una funda del Corán pero en su interior llevaba apartados para el reloj, la brújula, el dinero, y otro para plumas y hojas de papel. Otra parte del dinero la llevaba oculta en un bolso bajo la ropa. En total tenía ochenta libras esterlinas. Tardó tres días en llegar a El Cairo en lugar de las treinta horas previstas. Conoció a un indostaní que le invitó a su casa, con quien permaneció unas semanas, pero después se instaló en un albergue. Más tarde se enteró de que los persas eran mal considerados por ser tenidos como semiherejes —chiíes—. Decidió que se haría pasar por indio de padres afganos. Cambió el Mirza persa por el título, más religioso, de Sheykh —jeque— Abdullah y se hizo pasar por derviche, una especie de asceta a quien están permitidas todas las excentricidades. Como conocía mucho sobre el Corán no tenía problema.

Dado lo mal visto que estaba el tomar notas, lo hacía de forma oculta. Pasó unos meses en El Cairo mientras resolvía los papeles, aprendía más árabe y seguía practicando la medicina. Afirma que, dado el grado de ignorancia general, con pocos conocimientos era fácil hacerse pasar por médico. Su relato está trufado de descripciones de la ciudad, de lo que ocurría y de mil informaciones variadas e interesantes. Llevaba una estricta contabilidad de sus gastos. Compró dos esclavos pero uno apuñaló al otro. El superviviente fue detenido, por lo que se quedó sin ninguno. Después compró a un indio, Shaykh Nur.

En junio le correspondió pasar el Ramadán, que él denomina *ramazan*. Aprovechó para recorrer toda la ciudad, sus mezquitas y conocer todas sus

costumbres. Afirma que solo se podía conocer el odio a los europeos viviendo disfrazado, ya que en el trato con ellos eran correctos aunque les repugnaran. Preparó la comida para el viaje: té, café, arroz, azúcar, dátiles, galleta, aceite, vinagre y tabaco además de utensilios de cocina, linternas, una tienda de campaña y tres güerbas para el agua. Parte del dinero lo colocó en el equipaje, pues si los bandidos encontraban algo ya no registraban el cuerpo del asaltado. Otra parte la llevaba su criado hindú.

Conoció a un militar albanés muy fanfarrón y pendenciero con el que terminó emborrachándose. Montaron un gran escándalo, por lo que su buena fama se esfumó y decidió marcharse lo antes posible. Alquiló dos dromedarios y marchó a Suez para embarcarse con destino a Yanbu (Yembu), en el mar Rojo. En el camino pernoctaron con un grupo de magrebíes que no tenían comida, a los que alimentó y dio agua. Pero le pidieron y exigieron más, así como dinero, mostrando sus cuchillos, por lo que tuvo que sacar las pistolas que llevaba ocultas. Se le unió un joven, Mohamed, que realizó con él la peregrinación.

Llegó a Suez, un lugar de paso para los peregrinos que se dirigían a La Meca. Mohamed y otros del lugar donde se alojaba comenzaron a esparcir rumores de que era un espía porque le vieron una brújula y un sextante. Sus relaciones públicas, unidas al poco valor de la palabra de un sirviente, a su conocimiento del Corán y a su asistencia a todos los rezos, lograron quitar importancia al hecho. Para conseguir el visado con el que ir a Yanbu tuvo que dirigirse en secreto a ver al cónsul británico, que le ayudó, pues maltrataban a los «nativos» en las cuestiones burocráticas.

El 6 de julio de 1853 salió de Suez rumbo sur en un barco de sesenta pasajeros que llevaba noventa y nueve. Iban muchos magrebíes con los que tuvieron que luchar a cuchillo por más sitio; murieron varios en el jaleo, pero Burton se supo defender y le respetaron. En el barco iba un afgano que quiso hacer amistad con él. El inglés temía que le descubriera y le respondía con vaguedades diciendo que los derviches son de todos los sitios. Cuando insistió en preguntarle de dónde era le dijo que lo adivinara y el otro le contestó que pensaba que eran paisanos. Resulto ser sobrino de un afgano que Burton había conocido en El Cairo y se hicieron amigos. Al desembarcar en una escala se hizo una herida en un pie con una espina de erizo y se le infectó. Llegaron a Yanbu doce días después de salir. Salieron de este puerto el 18 de julio. Tenía por delante 200 kilómetros hasta llegar a Medina, por lo que hubo de viajar en una cesta colgada de un camello y tener dos sirvientes que le ayudaban pero que le despojaron rápidamente de todas sus vituallas, que había comprado

para siete días de viaje, especialmente las más apetitosas, y su dieta quedó reducida a arroz, cebollas y langostas del desierto fritas. Se vistió de árabe para evitar pagar los impuestos que las tribus por las que debían pasar hacían pagar a los extranjeros. De todos modos, no les libraba de ser atacados por los bandidos como cualquier caravana y en uno de los intentos murieron doce personas. Los bandidos consideraban que Mahoma legitimaba el pillaje, pues él mismo lo había practicado durante su vida, y se aprovechaban de los peregrinos. Estos se defendían empalando a los que capturaban. Burton, además, debía temer a los acompañantes. Llevaba un cuaderno para tomar notas. Cuando terminaba una hoja la numeraba, la cortaba y la escondía. Así siempre verían un cuaderno sin nada comprometedor. Al principio escribía en árabe pero después cambió al inglés para que no le entendieran. Como «era hindú», podía conocerlo.

Tras ocho días de viaje para hacer unas 130 millas (209 kilómetros) llegaron a Medina el 25 de julio y descansó allí un mes. Fue la ciudad donde se refugió Mahoma al ser perseguido, donde le nombraron jefe, reunió un ejército e inició la guerra santa que expandió el islam. Burton la recorrió montado en un burro, pues todavía no podía caminar. Comenta que a Badía no le dejaron visitar el sepulcro de Mahoma porque no se lo permitían a los que venían de países lejanos. Por doquier eran asaltados por los que vivían de pedir limosnas a los peregrinos, a veces de forma violenta. Informa sobre los precios de los distintos tipos de esclavos, siendo los de mayor precio las mujeres europeas. Le gustaba beber y conseguía en secreto el *arak*, el anís de los turcos. También llevaba una botella coloreada y aromatizada como si fuera una medicina.

A finales de agosto se dirigió a La Meca por el interior, ruta más dura que la costera. En una ocasión, Burton se separó y se puso a orinar de pie, en contra de la costumbre de los musulmanes de hacerlo en cuclillas o de rodillas. De pronto descubrió que alguien le observaba y se había puesto a correr para denunciarle. Burton le alcanzó y le corto el cuello. Según otra versión le convenció para que no le delatara. Los peregrinos habían de pagar precios abusivos cuando llegaban a los pozos. La gente se robaba entre sí y llegaba a matarse.

Burton y sus compañeros de caravana fueron atacados por bandidos en el Paso de la Muerte, pero un grupo de wahabitas les defendieron. En al-Zaribah los viajeros se bañaban, se perfumaban, se rasuraban la cabeza y el resto del vello corporal excepto la barba, y se vestían con una túnica blanca con franjas rojas. Las mujeres se colocaban una máscara hecha con hojas de palma. A

partir de ese momento no podían matar ningún ser vivo. Entró en La Meca montado en un burro por los problemas del pie. Los árabes consideraban indigno montar en un burro pero no los turcos, por lo que le tomaron como tal y le despreciaron.

Visitó la Gran Mezquita y la Kaaba besando y tocando la piedra negra. Bebió del pozo de Zem Zem como manda la tradición porque en él bebió Ismael, el hijo de Abraham, el padre de todos los árabes. Asegura que midió la Gran Mezquita, algo que ya había hecho con toda exactitud Badía. Burton se refiere a él en varias ocasiones, aunque cuando habla de «my predecesor» se refiere a Burckhardt, a quien continuamente hace referencia. Posteriormente a Badía se le borró aún más. Influido por la fuerza de las publicaciones anglosajonas, incluso un autor español como Torbado se olvida de todos los europeos que le precedieron y que ya conocemos, y dice de Burton que «fue el primer europeo que realizó toda la peregrinación a La Meca».

También visitó el monte Arafat o de la Misericordia, donde se dice que Gabriel enseñó a rezar a Adán. Se llegaban a juntar hasta cincuenta mil personas. Cada peregrino debía sacrificar un animal mirando a la Kaaba, lo que puede dar idea de la salubridad del lugar. Era muy peligroso por las aglomeraciones y el trato de los lugareños a los peregrinos, así que Burton sigue los consejos de Badía para evitarse problemas. A partir de ese momento podía llevar el turbante verde y ser tratado como *hadj* —hach— o persona que ha realizado la peregrinación.

Después regresó a Yeddah. Tuvo que pedir dinero al vicecónsul británico. De allí, tras deshacerse de criados y esclavos, regresó por barco a Suez. En El Cairo pasó un mes dedicado a estudiar el comportamiento sexual de las prostitutas árabes y de las mujeres de los harenes, así como la homosexualidad (aclara que esto último de forma indirecta). Fruto de sus investigaciones contrajo la sífilis.

Retrato de Richard Francis Burton realizado en 1875 por Frederic Leighton (1830-1896). National Portrait Gallery de Londres.

Tras la peregrinación a La Meca siguió viviendo mil aventuras. Regresó a Bombay, a su regimiento, pero enseguida solicitó que le financiaran una expedición a África para buscar las fuentes del Nilo. En su lugar le ofrecieron que explorara Somalia, ya que controlaban Adén en la entrada del mar Rojo y querían controlar también el otro lado. Trabajó para la East India Company en su departamento político, como espía. En 1854 y 1855 exploró durante cuatro meses la región en torno a la ciudad de Harar, en la actual Etiopía, para controlar el comercio en el mar Rojo. No se permitía el paso a los europeos ni a los abisinios o etíopes por ser cristianos, pues existía la creencia de que cuando uno lo lograra la población entraría en decadencia. Burton fue disfrazado y permaneció diez días en ella. Todo el viaje lo efectuó como viajero privado, vestido y adoptando la personalidad de un comerciante árabe,

para evitar problemas a su compañía. Como lo hizo como *hadji* era muy respetado. Llevaba tres guías y guardaespaldas somalíes. Los demás oficiales seguían pensando que el vestirse así era denigrante para un oficial británico. A todas las drogas que había probado añadió el *khat*, que se utiliza mucho en la región. Se entrevistó con el gobernante de Harar y con su labia y dominio del Corán le convenció de que abriera la ciudad al comercio con los europeos. Sufrió enfermedades y estuvo a punto de morir de sed.

En otra nueva expedición por la región le clavaron una lanza en una mejilla que le afectó al paladar, se llevó varios dientes y salió por la otra mejilla dejándole una gran cicatriz. No se la pudo quitar hasta que dos días después encontraron un barco y allí se la pudieron arrancar. En 1855 participó brevemente en la guerra de Crimea. Ese mismo año se publicó el libro sobre La Meca en el que se dice en el prefacio que ningún viajero europeo, con la excepción de Burckhardt y el teniente Burton, han sido capaces de devolvernos un relato de sus viajes a La Meca, cuando el mismo Burton hace referencia a lo que ha leído de Alí Bey. No sabemos si se debe a que el autor del prefacio no había leído el libro que prologó o a que quizás no consideraba europeos a los españoles.

Al año siguiente la Royal Geographical Society le encargó explorar la actual Tanzania desde Zanzíbar y buscar las fuentes del Nilo. Le acompañó Speke que había hecho con él la segunda expedición a Somalia. Salieron en junio de 1857 acompañados de Sidi Mubarak, alias Bombay (c. 1820-1885), que había estado como esclavo en la India y también acompañaría posteriormente a Stanley y a Cameron, con un papel fundamental en el descubrimiento de las fuentes del Nilo. La Royal Geographical Society le concedió una medalla y una pequeña pensión, pero todo el reconocimiento fue para los europeos.

Burton y Speke sufrieron muchas penalidades y engaños por parte de los nativos. Llegaron hasta el lago Tanganika, pero no pudieron topografiar la región porque les habían robado los instrumentos. En el regreso, Speke en solitario, por enfermedad de Burton, llegó al lago Victoria y estimó que era la fuente del Nilo. Burton discrepaba. Speke realizó una nueva expedición y en 1864, el día antes de enfrentarse con Burton en un debate en la Royal Geographical Society, murió de un disparo, parece ser que autoinfligido.

En 1861 Burton estuvo como cónsul de Gran Bretaña en la colonia española de la actual Guinea Ecuatorial y después en Brasil, Damasco y Trieste. Llegó a hablar treinta lenguas.

Cuando estuvo destinado en la capital siria su esposa se vestía de mujer oriental para pasear a su aire y para visitar a las lugareñas en sus harenes. En esa estancia conocieron a Jane Digby, una mujer de la nobleza, nacida en 1807, hija de un almirante inglés que se hizo rico al capturar en 1799 un barco español cargado de tesoros. Jane había escandalizado a Europa por la gran cantidad de amantes simultáneos que tuvo hasta que marchó a Siria y, tras alguna aventura, conoció al jeque Abdul Medjuel el Mezrab, veinte años más joven que ella y jefe de una tribu. Se casaron (ella fue la tercera esposa simultánea) y fueron felices durante veintiocho años, hasta la muerte de Jane el 11 de agosto de 1881 debido a una disentería.

Mausoleo de R. F. Burton y de su esposa Isabel Arundell en los terrenos de la iglesia católica de St. Mary Magdalen, en Mortlake, cerca de Londres, pues antes de morir dijo a su mujer que deseaba yacer a su lado en una tienda durante toda la eternidad.

Jane y Abdul vivían medio año en su palacio de Damasco y medio en el desierto, en una jaima con sus abundantes rebaños. Vestía al uso árabe, aunque se conocía su personalidad. Pero al ser la «mujer de», su pasado no contaba. Se casó por el rito musulmán aunque fue enterrada en el cementerio protestante de Damasco. La citamos aquí porque, en una ocasión, en 1853, en que quería viajar de Siria a Irak y Medjuel no podía acompañarla, fue con una caravana disfrazada de beduina y haciéndose pasar por esposa de un amigo de

Medjuel. Como era invierno pasó mucho frío y penalidades. Llevaba una escolta de veinticinco soldados además de los sirvientes. A pesar de ello fueron atacados por bandidos que les retuvieron hasta que les dieron lo que pedían. No descubrieron su identidad, en cuyo caso la hubieran hecho esclava y la hubieran vendido. Al final del viaje, el amigo de su marido, de quien se hacía pasar por esposa, entró una noche en su tienda y se cobró sus servicios. Llegó a Bagdad el 12 de febrero de 1854 tras ocho semanas de viaje.

Burton tradujo el *Kamasutra* y *Las mil y una noches* (*Arabian Nights*). Además escribió múltiples obras, unas ochenta. La mayoría no tuvo ningún predicamento ni éxito. Su esposa, Isabel Arundell, con quien se había casado en 1861, era la que se peleaba con los editores y se ocupaba de todas las cosas prácticas, quizás incluso de pagar por la edición, pues él era un romántico a quien importaba más la cultura por sí misma y los descubrimientos, por la curiosidad, que las posibilidades económicas de los hallazgos geográficos. Fue nombrado caballero. A él se debe la introducción en la lengua inglesa —y posteriormente en otras— de las palabras «pijama» (del persa, 'pantalón ancho') y «safari» (del suajili, 'viaje'). Los británicos le consideraban *unbritish*, un no británico. Se le atribuye el decir que se encontraba a gusto en todas partes menos en casa. Se le atacó por hacerse pasar por musulmán y en la introducción a ediciones posteriores del libro sobre su viaje a La Meca responde que no va a discutir sobre ello, ya que es propio de «mentes poco sofisticadas».

Cuando falleció, de un ataque al corazón, el 20 de octubre de 1890, su mujer quemó muchos de sus libros por considerarlos muy groseros, ya que estudiaban la sexualidad humana de forma muy explícita, algo inusitado en la época. Está enterrado junto a su esposa en un cementerio católico de Inglaterra.

Se le ha comparado con Lawrence de Arabia, pero se trata dos personalidades totalmente distintas desde casi todos los puntos de vista.

Bibliografía

RICE, Edward, *El capitán Richard F. Burton*. Madrid: Siruela, 1992.

BURTON, Richard, *Mi peregrinación a Medina y La Meca*. Barcelona: Laertes, 1993. Original: *Narrative of a pilgrimage to Al-Madinah and Meccah*. Primera edición en 1855.

LOVELL, Mary, *A scandalous life: the biography of Jane Digby*. Londres: Fourth Estate, 2010.

John Fryer Keane
(1854-1937) (1877)

El hijo rebelde de un sacerdote que vivió un romance en La Meca

Nació el 4 de octubre de 1854 en un pueblo de Yorkshire. Era el mayor de cinco hermanos hijos de un sacerdote protestante irlandés. Fue expulsado de la escuela en la que estudiaba por indisciplina y por escaparse de clase. Cuando tenía doce años, su padre decidió enrolarlo en un pequeño velero de transporte costero para intentar disciplinarlo. Cuando regresó a tierra le envió a casa de un viejo reverendo para que viviera con él y recibiera clases particulares, pero el anciano no pudo con John, quien acabó marchándose con cazadores furtivos de la zona. Después le envió a la India con unos familiares que vivían en la ciudad de Madrás.

A los dieciocho años se enroló en un barco. Como era muy inteligente enseguida ascendió a segundo oficial. Recorrió Calcuta, Nueva Guinea, el mar del Norte, Nueva York y Shanghái. Todo ello lo relata en un libro titulado *Three years wanderings*. Afirma que trabajó hasta los veintitrés y entonces se puso a estudiar medicina durante tres años en la Universidad de Edimburgo pero se quedó sin dinero y hubo de dejar los estudios.

Keane fue a La Meca en 1877 como criado de un hindú rico llamado Amer. Él se hacía llamar Abdur Mohammed Amin. En su libro sobre la ciudad sagrada, al hablar de los que le precedieron solo hace referencia a Burton y a Burckhardt. Comenta que en 1877 desembarcaron cuarenta y dos mil setecientos dieciocho peregrinos en Yeddah, cuatro mil más que el año

anterior. En total llegaron a la Kaaba ciento ochenta mil peregrinos. Comenta cómo les engañaban los nativos.

Al llegar a Yeddah descansaron tres días y continuaron, ya vestidos con las dos piezas de ropa blanca. Iba montado en unas *shugduf* o angarillas con asiento a ambos lados del camello. Iban cincuenta personas y quince camellos. Lo compartía con otro que había acogido al hindú por caridad. Comenta que a pesar de todos los años que había pasado como marinero sin marearse en el mar, sufrió ese mal en el camello. Informa sobre las diferentes rutas del peregrinaje. En La Meca dormía con otros treinta en una habitación que tenía vistas al patio de la Kaaba. Sobre su asunción del papel dice: «era en todas las situaciones y ocasiones tan buen mahometano como cualquier nativo árabe. Y, de hecho, llevé esa mentira tan bien que acabé creyéndomela». Comenta que una oración en La Meca vale como mil fuera. Su blancura pasaba inadvertida porque había muchos parecidos a él. Le tocó en época de ramadán y solo podía comer por la noche. Cuenta que una pordiosera le enseñó la cara para que le diera más dinero.

No ocultaba que había sido marinero y le preguntaban mucho sobre el mar. Se hizo amigo de un barbero. Este le informó que había una inglesa en La Meca y que se llamaba *lady* Venus. Como se hacía pasar por hindi pensó que era un truco para descubrirle y se hizo el tonto aparentando poco interés. Le dijo que vivía de coser en una casa y le ofreció presentársela al día siguiente en casa de su hermano.

En la entrevista ella le preguntó cosas en inglés. También hablaba hindi. Llevaba entre los musulmanes desde 1858. Dos días después volvió a verla en el Haram, el patio de la Kaaba, donde ella le había indicado. Le había mostrado un pliegue especial de su velo que le permitía reconocerla en la calle. Le dijo que la siguiera y le llevó a casa de un amigo hindú. Pasaron tres horas sin parar de hablar —él solo llevaba unas semanas sin hablar inglés—. Le enseñó su cara, que era inglesa.

Amer marchó a Jerusalén y él se quedó en La Meca cuidando de las cosas. Un día, delante de una escuela, un niño le llamó cristiano. Se acercó un grupo y le dijeron: «perro cristiano, si eres mahometano, haz profesión de tu fe», pero decidió huir y le apedrearon hasta que se escondió en una casa. Dice que gastaba un dólar al día. Por lo que cuenta, fumaba opio con frecuencia y no era nada difícil conseguirlo allí. Cuando Amer regresó, traía muchas cosas de El Cairo y de Jerusalén.

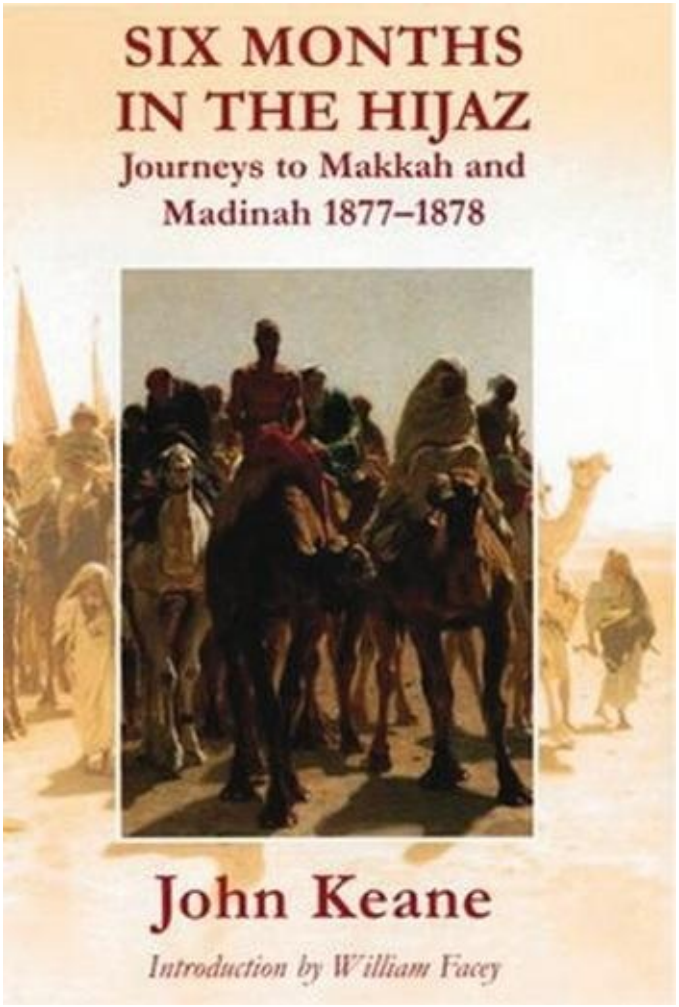
Keane analiza cada grupo nacional o regional de peregrinos. A los magrebíes les califica de «horda pendenciera y maloliente», de los sirios

comenta que llevaban máquinas de afilar espadas desde su país para hacer algún dinero; de los derviches dice que muchos estaban locos. Ofrece mucha información sobre la ciudad, sus condiciones sanitarias, la fauna y la flora de los alrededores e incluso sobre todo tipo de armas de fuego utilizadas por los árabes.

El 14 de diciembre de 1877 fueron a Arafat a terminar la peregrinación. Volvió a encontrar a Venus en Muna, camino de Arafat. Cuando regresó de la peregrinación del monte Arafat, en la tienda donde compraba tabaco, un malayo musulmán que vivía en Ciudad del Cabo le preguntó si era inglés. En broma le respondió que sí con fuerte acento hindú. El otro se lo tomó en serio y le preguntó: «¿De esos ingleses que se hacen pasar por mahometanos, vienen aquí a ver lo que hacemos y al regreso escriben libros? Tenemos a tres aquí, con cadenas alrededor del cuello». Aclaró la broma diciendo que era hindú y siervo de otro. Pero no le gustaba aquel hombre y temía que pudiera descubrirle. Para librarse de él comenzó a pedirle dinero y el malayo enseguida le puso una excusa para marcharse.

Mientras Keane estaba en La Meca, sufrieron una inundación y el agua llegó a cuatro pies de altura, aproximadamente 122 centímetros —la ciudad santa se encuentra encajonada en un valle—. Al día siguiente había desaparecido el agua pero quedaron unos 15 centímetros de barro.

Volvió a ver a Venus en la tienda de un hindú que encuadernaba libros. Le dijo que llevaba veinte años allí. Se quitó el velo y cuenta que si alguien les hubiera visto, se tendrían que haber casado. Aparentaba unos cuarenta años. Se llamaba McKinstosh, su padre era médico, habían vivido en Devonshire y más tarde fueron a la India. Allí fue secuestrada en el asedio de Lucknow por un rebelde que un año después huyó de la India y se refugió en La Meca. Había muerto hacía ocho años. Ella habitaba en casa de un hindú al que traducía documentos y hacía bordados para venderlos y mantenerse. Le dijo que un francés vivió allí dieciocho meses y que había muerto seis meses antes de su llegada. Se encontró con ella cuatro o cinco veces después de la entrevista en casa del librero. Keane le dio su nombre y su dirección en Gran Bretaña y prometió volver por ella y llevarla a Inglaterra, pues él debía marcharse a Medina con Amer.



Portada del libro *Six months in the Hijaz. Journeys to Makkah and Madinah 1877-1878*, de John Keane en una edición de 2006.

Respecto a este viaje escribió otro libro titulado *My journey to Medinah*, al comienzo del cual comenta: «Debo presentarme como el que ha vivido algunos meses disfrazado como mahometano y actuando como el sirviente de un rico nativo de la India, conocido como Amer, a quien ahora voy a acompañar en el peregrinaje de La Meca a Medina, y después regresar por La Meca a Bombay». De La Meca a Medina había 375 millas (unos seiscientos kilómetros) por la ruta más corta pero ellos siguieron la denominada ruta del sultán, que era de unas 500 millas (800 kilómetros) y cuenta las muchas penalidades que sufrió en el viaje. Un beduino le hirió en un muslo con una lanza, tras lo cual no cesaba de sangrar. Pensaba que iba a morir, por lo que

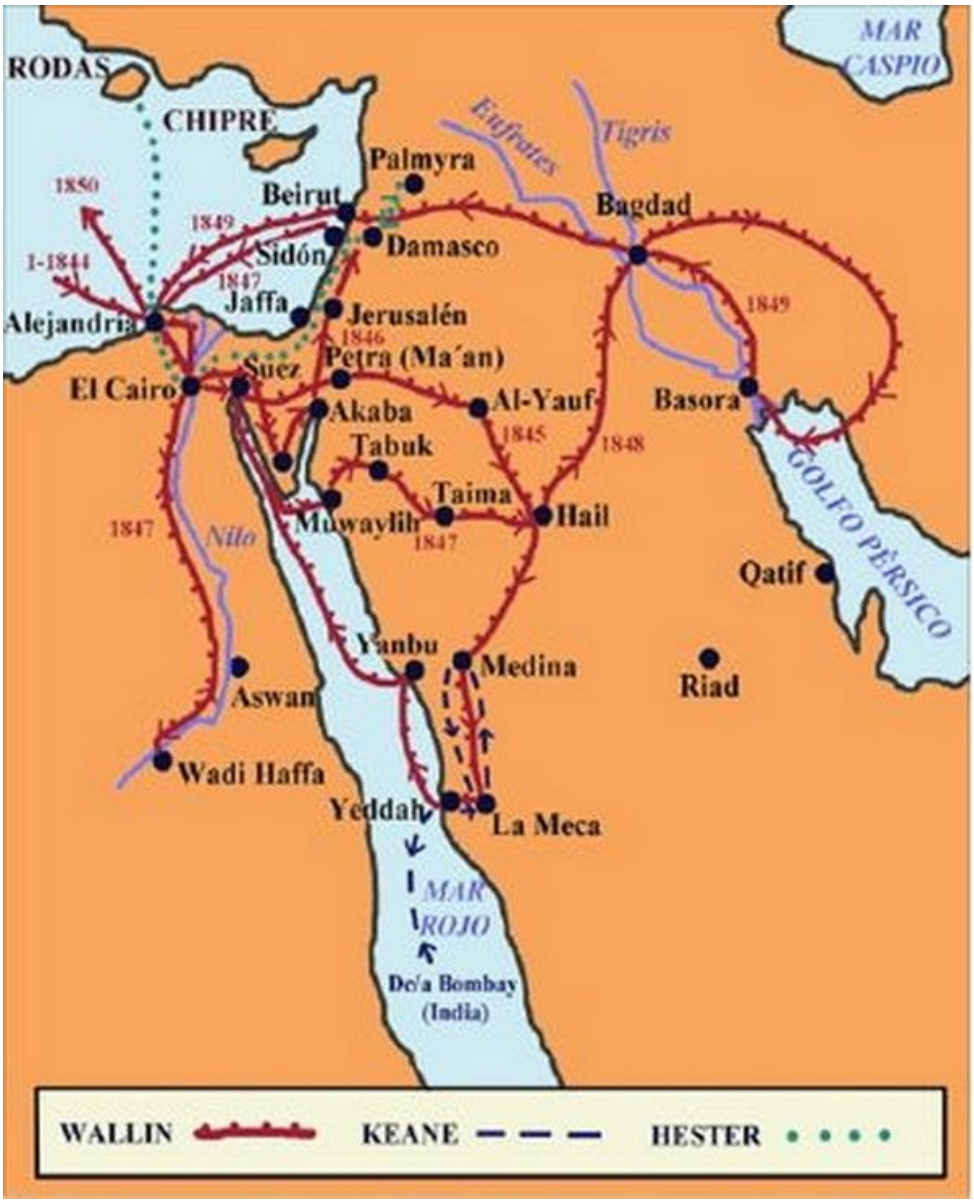
escribió una nota para el cónsul británico en Yeddah y se la dio a un amigo. Este le cuidó muy bien y le daba trozos de sandía para que no se deshidratara.

John Keane con su aspecto occidental.

Después, Keane fue a la India a llevar las cosas de Amer, que iba a seguir viajando. En el puerto de Yeddah se encontró con un individuo con el que había navegado durante más de un año, pero no le reconoció a pesar de que habló con él dos horas.

Tomó un barco y regresó a Bombay. Unos días antes de desembarcar se vistió como un marinero inglés y cuenta que los peregrinos no le reconocían, pues se afeitó la barba mientras los otros le buscaban. Allí fue al albergue de marineros y se puso morado de comer cerdo. Regresó a Gran Bretaña en el invierno de 1878. Informó al Foreign Office de la situación de Venus y enviaron un agente desde Yeddah, pero este se enteró de que Venus había partido hacia la India poco antes. Más tarde la encontrarían allí. Keane opina que era hija de inglés y de una mujer cachemira.

El aventurero falleció el 1 de septiembre de 1937.



Ver recorrido realizado por Keane en su viaje.

Bibliografía

KEANE, John Fryer, *Six months in Mecca*. Londres: Tinsley Brothers, 1881.
—, *My journey to Medinah*. Londres: Tinsley Brothers, 1881.
—, *Six months in the Hejaz*. Londres: Tinsley Brothers, 1887.

—, *Three years of a Wanderers's life*. Londres: Ward and Downey, 1887.

Christian Snouck Hurgronje (1857-1936) (1884)

El primero que logró fotografiar La Meca

Nació el 8 de febrero de 1857 en la ciudad holandesa de Oosterhout. Era hijo y nieto de predicadores. Tras estudiar teología para seguir la tradición no se creyó los dogmas cristianos y se dedicó a estudiar árabe y la religión islámica e hizo una tesis doctoral sobre ello. En 1884 consiguió una beca para estudiar en Yeddah. Pasó un tiempo en el consulado de su país y después se estableció en casa de un indonesio, adoptó el nombre de Abdul Ghaffaar, se circuncidó y se presento al cadí —juez de la ciudad— para declararse oficialmente musulmán y pedir permiso para peregrinar. Era un gran estudioso y comprobaron que conocía muy bien la religión islámica. En total estuvo seis meses en Yeddah. Pasó como el primero que pidió permiso, ya que además iba como verdadero convertido. Llevaba una cámara fotográfica y aportó las primeras fotografías de la peregrinación. Es considerado como el primer fotógrafo occidental en La Meca.

Posteriormente declaró que su conversión no fue sincera y solo fue un trámite para poder ir libremente, sin ocultarse. Según Idries de Vries, en una carta a su amigo Goldziher, le dijo: «No quiero ocultarte que es posible, o bastante posible, que viaje a La Meca […] Por supuesto, si uno no se hace pasar por musulmán, esto no es posible». Los corchetes están en la cita, aunque desconozco si se trata de un recorte descontextualizado, ya que no he tenido acceso al original.

Hurgronje pasó casi seis meses estudiando en La Meca. Se relacionó mucho con los *jawa*, como denominaban a los procedentes de Java e Indonesia, las colonias musulmanas holandesas de Asia, algunos de los cuales

se quedaban bastante tiempo en la ciudad sagrada. Poco antes de comenzar los días de la peregrinación se extendieron los rumores de que su objetivo era robar antigüedades; le amenazaron y tuvo que marcharse de la ciudad sin realizar la peregrinación.

Fotografía tomada por Christian Snouk Hurgronje en el patio de la Kaaba en 1885, la primera que se trajo a Occidente.

Regresó a Holanda, donde preparó un libro sobre La Meca que se publicó en alemán en 1888. Tardó mucho en traducirse al inglés —1931—. En la obra se preocupa más de los aspectos sociológicos que de los religiosos. Estudió mucho la influencia del islam en la vida diaria. Puede ser considerado como un texto de antropología y posee la novedad de incluir fotografías tomadas por el propio Hurgronje.

Le ofrecieron cátedras en Leiden y Cambridge, pero las rechazó, y el 1 de abril de 1889 marchó a Indonesia, colonia holandesa con población musulmana, de nuevo como Abdul, lo que le permitió ser mejor aceptado entre la población nativa. Parece ser que el objetivo no era tanto el estudio del islam en Indonesia como conseguir información útil para el gobierno holandés con el fin de intentar reducir la oposición a su colonialismo, que era efectuada principalmente por los islamistas. La conquista de la región de Aceh —donde causó estragos el maremoto de 2004— le costó a Holanda cuarenta años de guerra. Llevaban interesados en la zona desde el siglo XVII

para comerciar con pimienta, nueces de betel, alcanfor, oro y tintes a través de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales, que conquistó Malaca en 1641, aunque con el trato de pagar impuestos al sultán de Aceh. En 1800 se disolvió la compañía y sus propiedades pasaron a la corona holandesa. En 1824 se repartieron las zonas de influencia en la región con Gran Bretaña. Holanda no consiguió pleno poder sobre Aceh a pesar de sus continuos intentos, e incluso algún sultán pensó en pedir ayuda al Imperio turco en 1869, y en 1873 a Estados Unidos. Ese año comenzó la guerra con el sultanato y los holandeses desembarcaron cuatro batallones de infantería que unas semanas después hubieron de retirarse, pues además llegaron los monzones. Establecieron un bloqueo marítimo. En diciembre se envió otra expedición más numerosa con ocho mil quinientos soldados, cuatro mil trescientos porteadores y mil quinientos soldados en reserva. Atacaron la capital, Kutaraja, y en enero de 1874 se declaró concluida la guerra. La realidad era que seguían siendo hostigados y no controlaban la situación. Las guerrillas declararon la guerra santa contra los infieles holandeses. Se abandonaron los puestos del interior y la ocupación se redujo a veinte kilómetros cuadrados alrededor de la capital. En 1886 las guerrillas atacaban incluso la zona protegida. En 1893 se decidió pasar de nuevo a la ofensiva.

De Vries presenta la documentación entre el Gobierno holandés y Hurgronje, así como una comunicación del gobernador de Indonesia a los funcionarios coloniales avisando de su visita y dándoles instrucciones de que no la interfieran y de que «su objetivo no sea conocido por la gente nativa, porque ello dañaría los resultados». Hurgronje intentó calmar y contrarrestar a las tendencias islamistas más fanáticas. Llegó a Batavia en mayo de 1889 como consejero en asuntos islámicos del gobierno colonial. Investigó las causas del descontento entre la población local a fin de desarrollar políticas coloniales adecuadas. Estudió la lengua de Aceh así como sus costumbres e instituciones. Supo que estaban muy aislados del exterior a nivel político y religioso. En 1893 entregó un primer informe en el que proponía separar a los ulemas —jefes religiosos— de los jefes económicos —comerciantes— o políticos —que solían coincidir—, llamados *uleebalang*. Los ulemas estaban ganando la partida y se trataba de cambiar la situación ayudando a los líderes económicos a hacerse los amos de la situación. También ayudó a conseguir que algunos grupos de nativos colaboraran con ellos en contra de otros grupos. Se le hizo cada vez más caso y en 1896 se estableció una nueva jefatura con la que colaboró más activamente aún. En 1903 se dio por terminado el conflicto con la rendición del sultán Daud.

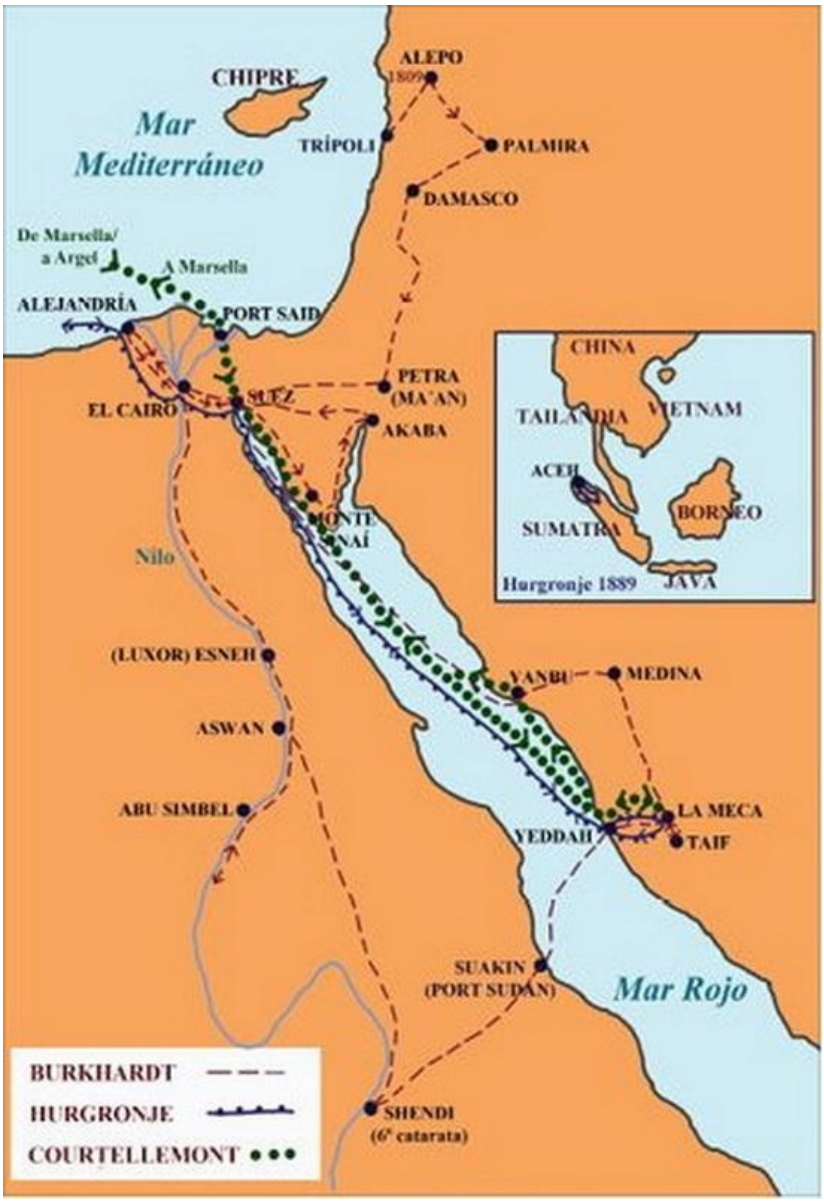
Christian Snouk Hurgronje vestido de occidental en 1885 en su visita a La Meca.

Christian Snouk Hurgronje vestido de musulmán en 1885 en su visita a La Meca.

Llegó a hacer amistad con gente importante de la comunidad islámica e incluso se casó con la hija de diecisiete años de un importante jefe. Ella no deseaba en absoluto unirse a él pero fue obligada por su padre. Escribió un informe oficial de cien páginas titulado «Informe sobre la situación política y religiosa en Aceh». Una tercera parte del informe fue declarada secreta por el gobierno y así se mantuvo hasta 1957. En él se explica que no era el sultán el que se oponía a la colonización sino los ulemas o sabios islámicos, sobre los que escribió: «No es posible negociar con los ulemas. Sus enseñanzas e intereses implican que solo entenderán los medios violentos. Golpearles donde les duela, de tal modo que los de Aceh tengan miedo de unirse a esos cabecillas, es un prerrequisito absolutamente necesario para restaurar el orden

en Aceh». El gobierno no le hizo mucho caso y siguió atacando al sultán, a quien Hurgronje simplemente aconsejaba comprar con dinero y regalos. Por fin, en 1898, le nombraron asesor del jefe militar de Aceh y se dedicaron a detener y matar a los ulemas de la región a la vez que se hacían amigos de los comerciantes y les daban cargos y facilidades. Cuando lo consiguieron, en 1903, la guerra se terminó como había vaticinado Hurgronje. La guerra supuso sesenta mil muertos entre los nativos y doce mil entre los soldados holandeses —diez mil por enfermedades—. Quiso hacer ver a los musulmanes que la *sharía* o ley islámica no era algo revelado, sino costumbres de la Edad Media, y quería un islam moderno que aceptara el progreso y que separara religión de política y justicia, pero no lo consiguió.

En 1906 regresó a Holanda y fue profesor de árabe en la Universidad de Leiden hasta 1927. Falleció el 26 de junio de 1936.



Mapa que recoge los viajes realizados por Christian Hurgronje.

Bibliografía

HURGRONJE, Christian Snouck, *Mekka in the later part of the 19th century*. Leiden: Koninklijke Bril NV, 2007. El original se publicó en alemán en 1888.

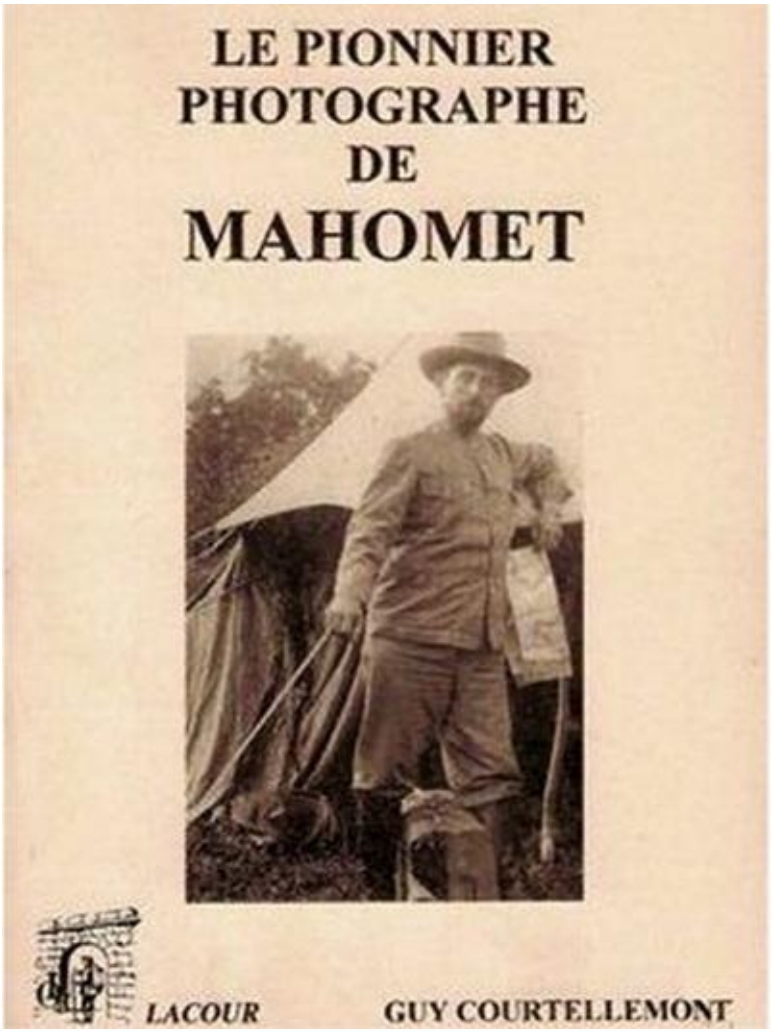
GRAF, Arndt, *Aceh: History, politics and culture*. Londres: Institute of Southeast Asia, 2010.

Gervais de Courtellemont
(1863-1931) (1893)

El falso árabe que no sabía comer con los dedos

Nació en 1863 en Seine et Marne, cerca de París. Enseguida marchó a Argelia con su familia y se sintió muy atraído por la cultura árabe y oriental. Tras haber viajado de Tánger a Constantinopla realizando reportajes fotográficos, quería añadir La Meca a la colección. En 1890 conoció a Hadj Akli. Era un comerciante argelino que había viajado a la ciudad santa en dieciocho ocasiones, pues se dedicaba al comercio con esta población. En aquel momento el Gobierno francés había prohibido viajar allí a los argelinos, porque había una epidemia de cólera en la región del Hiyaz. Akli viajó a pesar de todo y al regreso fue detenido, pero Courtellemont era amigo del prefecto y logró sacarlo de la cárcel, por lo que el argelino le estuvo muy agradecido, ya que conocía lo que sufrieron otros peregrinos que no contaron con la ayuda de Gervais, algunos de los cuales perecieron. Gervais le pidió que le hiciera de guía en una peregrinación a La Meca. Akli aceptó, pero cayó enfermo y hubieron de esperar dos años.

Gervais consiguió incluso un pasaporte a nombre de un argelino —Abdallah—. Las autoridades francesas le animaron y parece ser que le encargaron alguna misión. El 14 de julio de 1893 llegó a Suez, donde debía reunirse con Akli, pero no le encontró. Le buscó por los caravasares en vano y cuando iba a regresar a su país le encontró, muy enfermo, en la estación de tren, donde también él buscaba a Courtellemont. Este le cuidó y buscó ayuda sanitaria. Los médicos dijeron que necesitaba reposo y retrasaron el viaje otro año. Gervais lo aprovechó para viajar a Palestina.



Fotografía de Gervais de Courtellemont en un libro de Guy Courtellemont sobre Gervais publicado en 1994.

En el otoño de 1894 por fin embarcaron juntos en Argel rumbo a Yeddah en una navegación que tomó diez días, pues ya estaba abierto el canal de Suez. Gervais solo hablaba el árabe de Argelia, que no era comprendido por los árabes de Yeddah, ni por los turcos, que le llevaron a la comisaría en un momento en que Akli le dejó solo. Este tuvo que ir a solucionar el problema, pues era muy conocido. Le llevaba con él, pero Gervais cometía torpezas como no saber comer con los dedos. Se quejaba de las comidas o pedía agua en las cenas, lo que no era costumbre. Akli tuvo que llamarle la atención en privado en algunos momentos. Algún amigo de Akli aconsejó a Courtellemont no ir a La Meca: «Nunca regresarás. La arena del desierto está blanca de los huesos de los que como tú han intentado penetrar en nuestra ciudad sagrada». Gervais respondió que se había convertido al islam, pero

seguían sin aceptarle, y Akli decidió ir rápidamente a La Meca antes de que las cosas empeoraran. Se vistieron con el *ihram*, el traje blanco de dos piezas, alquilaron unos burros y emprendieron el camino.

Al llegar realizaron el *tawaf* besando la piedra negra y bebieron del pozo del Zem Zem, aunque no era época de peregrinación. Decían que si un cristiano bebía de esa agua se asfixiaba. Pero, como hemos podido comprobar, muchos la bebieron sin que les ocurriera nada. Después fue a la oración de la noche, donde se congregaron unas veinte mil personas.

Akli volvió a caer enfermo y no podía salir de la habitación. Courtellemont se hizo amigo de un árabe africano del oeste, Abd-El-Wahad, que hablaba francés. Con él fue fuera de la ciudad, subiendo al Jebel Gobbis, la colina que domina la ciudad. Llevaba escondida una cámara dentro de la alfombrilla de oración pues en la colina había una capilla donde muchos iban a rezar. Hizo cinco fotos rápidas sin que le vieran los guardias de la capilla, que podían haber sospechado de que no entrara a rezar como hacían todos. A Wahad le dijo que la cámara era una lente porque veía mal por un ojo. Este le contestó que había visto cámaras en Tánger y le dijo que no se metiera en líos y no la usara, pues les tomarían por espías y los matarían. Sobre la ciudad comenta: «Está situada en el fondo de un valle salvaje, encajonada entre dos agudas y áridas cadenas de montañas, como si la naturaleza hubiera conspirado con la fe musulmana para esconder sus secretos al profano».

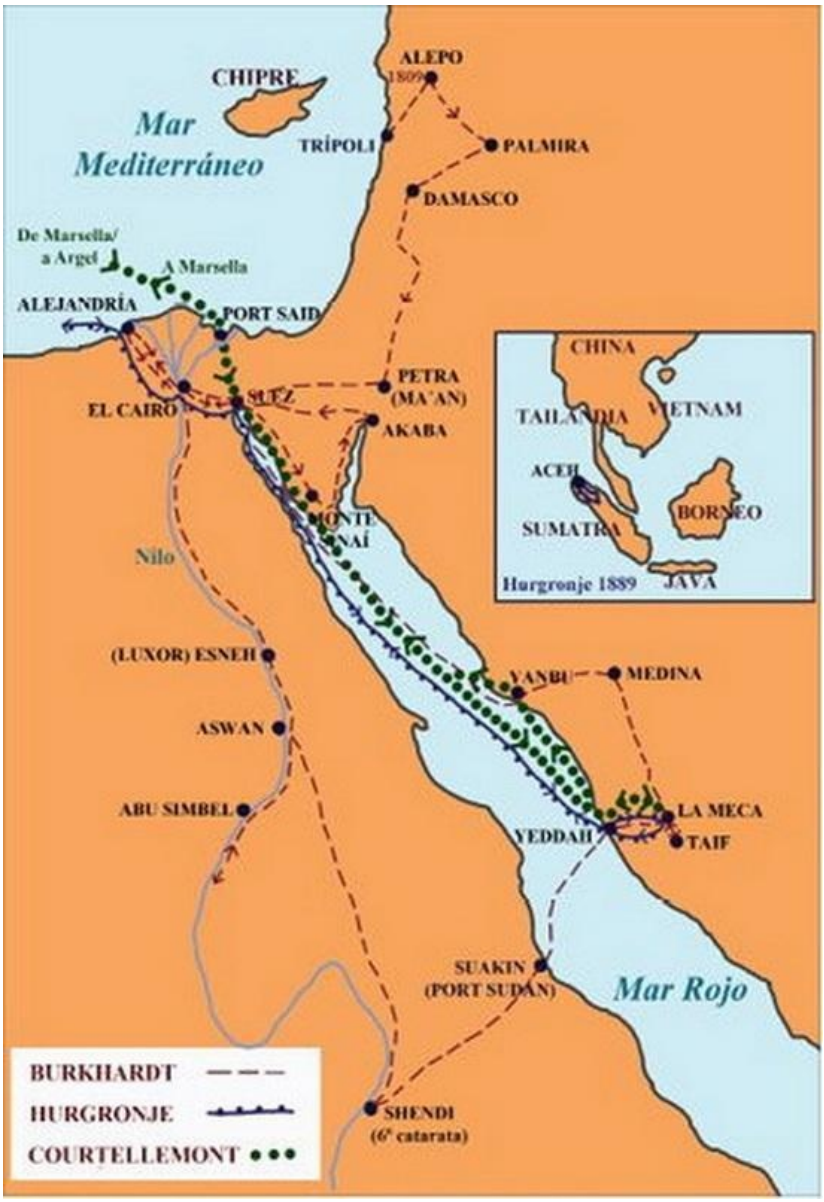
Visitó Muna, donde también iban los peregrinos. Un día fue detenido por un policía que le llevó a la comisaría, donde fue interrogado. Quedaron contentos con sus respuestas y con su profesión de fe islámica. Enseguida quiso marcharse y así lo hicieron. En el viaje de regreso a Yeddah se cayó siete veces del burro.

Al llegar allí telegrafió a su madre, visitó al cónsul francés y la tumba de Huber, la cual fotografió. Tiempo antes, en 1878, el Gobierno francés había enviado a Charles Huber a explorar el norte de Arabia, el llamado Nejd. Huber visitó la ciudad de Taima y sus alrededores y regresó a Francia pero en 1883 volvió a Taima con otro orientalista para comprar una piedra con inscripciones en lengua semítica que vio en su anterior viaje. La compraron y la llevaron a Hail. Desde allí el orientalista la llevó a Yeddah. Huber quiso seguir explorando la zona pero fue asesinado por sus guías mientras dormía. El hecho fue denunciado por un sirviente.

Parece ser que Gervais también fue enviado por parte del Gobierno francés, que tenía interés en la zona. En el cementerio de Huber fue descubierto por un militar turco. Como seguía vestido de árabe rico no le puso

muchas pegas. Embarcaron rumbo a Yanbu para ir a Medina pero al desembarcar, Akli se encontraba peor, por lo que continuaron hasta Suez desde donde siguió a Marsella. Dio algunas conferencias sobre su viaje y después le concedieron la Legión de Honor, lo que avalaría la tesis de que había sido enviado por el gobierno.

Consiguió una gran colección de fotografías de España, Marruecos, Argelia, Libia, Egipto, Palestina, Turquía, India, China e Indochina. Durante la Primera Guerra Mundial fotografió el conflicto con instantáneas en color denominadas autocromos. Después trabajó para National Geographic. En París montó una sala de proyección de fotografía que tuvo mucho éxito. Posteriormente publicó libros de fotografías. Fue amigo del orientalista y escritor Pierre Loti. Su colección catalogada se calcula en unas cinco mil quinientas fotografías. Falleció en 1931.



Mapa que recoge el viaje realizado por Gervais de Courtellemont.

Bibliografía

COURTELLEMONT, Gervais, *Mon voyage a la Mecque*. París: Hachette, 1896.

RALLI, Augustus, *Christians at Mecca*. Londres: Heinemann, 1909 (ebooksread.com).

Arthur J. B. Wavell
(1882-1916) (1908)

El inglés bajito y moreno que fue el primero en ir disfrazado en tren a La Meca

Nació en 1882. Era hijo y nieto de militares y primo del mariscal de campo Earl Wavell (1883-1950). De Arthur se dice que poseía gran fuerza de carácter, tenacidad, ironía, coraje físico, aparente timidez y reserva en público. Estudió en la academia militar de Sandhurst y recién graduado como segundo teniente fue destinado a Sudáfrica, a la guerra de los Boers. Al terminar, y tras otras misiones de reconocimiento de áreas inexploradas de la actual Suazilandia, en octubre de 1905 dejó el ejército y se estableció cerca de Mombasa (Kenia), dedicándose a la plantación de sisal y a los negocios inmobiliarios. Allí tomó contacto con la cultura suajili, una mezcla de cultura árabe y africana. Había estudiado árabe en la universidad y también hablaba francés, italiano y suajili. Mejoró su árabe y en 1908 decidió visitar La Meca.

Era bastante más bajo que la media, flaco, moreno de pelo y piel, de frágil apariencia física. Decía ser un árabe zanzibarí que había estudiado en Inglaterra. En la costa de Kenia y Tanzania y en la isla de Zanzíbar la mezcla de razas es muy grande y dentro de la población se puede encontrar desde el negro más oscuro de raza bantú al árabe más rubio y claro descendiente directo de los omaníes que llegaron a la zona en el siglo X. Entre ellos se pueden encontrar todas las mezclas, pues los árabes poseían esclavas con las que se mezclaban. Más que el color lo que importaba era de quién se era hijo y a qué familia se pertenecía. Así, el famoso esclavista Tippu-Tip era de raza negra pero hijo de árabes traficantes de esclavos y traficante él mismo.

Wavell escribió un libro, publicado en 1912, titulado *A modern pilgrim in Mecca and a Siege in Sanaa*. En él relata el viaje a La Meca y otro posterior a Yemen. Ofrece un detallado estudio del islam como religión y de sus costumbres. Realizó el periplo por simple deporte. En el libro decía que lo hizo para entrenarse y poder realizar después otros recorridos por Arabia siendo un *hagi* (*hach* o *hadj*, uno que ha realizado la peregrinación a La Meca), lo que era un buen salvoconducto. Pero el entrenamiento era de hecho la prueba más dura. Él mismo dejó traslucir su reto al reconocer que hasta ese momento solo se había podido entrar en La Meca bien reconociendo públicamente la conversión al islam o disfrazado («by public profession of islam or in disguise»). Reconoció, algo que no hacen todos los anglosajones, que la primera descripción exacta de La Meca fue realizada por Alí Bey en 1807 y pasó revista a otros que la visitaron antes que él: Burckhardt en 1814, Burton en 1853, John Keane en 1877-1878 y Hurgronje, el holandés, en 1885. También pasa revista a los ingleses que le habían precedido y cita, además de a Burton y Keane, a Herman Bicknell en 1862.

Arthur Wavell en una foto vestido de árabe tomada en Damasco en 1908 antes de realizar la peregrinación a La Meca.

En el viaje le acompañaban Masaudi —un suajili negro de Mombasa— y Abdul Wahid —un sirio de Alepo que vivía en Berlín—. En realidad Adbul era iraquí, de Bagdad, y vivía en Londres, donde trabajaba como profesor y traductor, pero Wavell le inventó otra identidad para evitarle problemas con sus correligionarios por haber participado en el engaño.

En 1908 todo Oriente Medio pertenecía al Imperio otomano, por ello consiguió un pasaporte turco a nombre de Alí Bin Mohamed, de veinticinco años. El viaje comenzó a finales de 1908. Desde Londres fueron a Marsella y tras nueve días de navegación llegaron a Alejandría, donde tuvieron

problemas aduaneros por las armas que llevaban. De allí fueron a Beirut y después, en tren, en tercera clase, a Damasco. Wavell ofrece en su libro consejos sobre cómo viajar disfrazado o con otra identidad: «Lo más importante es mantener los ojos abiertos y la boca cerrada. Es maravilloso lo fácil que es adquirir costumbres extrañas cuando uno vive realmente su ambiente. El secreto, creo, es representar conscientemente un papel lo menos posible, e intentar identificarse lo más estrechamente posible con el personaje asumido, tanto en público como en privado».

En Damasco compraron todo lo necesario para la peregrinación y los trajes blancos que habían de llevar en La Meca. Explica lo que para un turco era un *effrengi*, un extranjero, por corrupción de la palabra *français*. De Damasco a Medina fueron en el tren que habían establecido los turcos —el que años después se dedicará a volar Lawrence de Arabia de vez en cuando—. El recorrido era de 1000 millas (1600 kilómetros). En el tren solo había primera y tercera clases pero nadie iba en la clase superior. Wavell dice que los árabes consideraban una tontería pagar más por viajar cómodamente. A Masaudi le utilizaba como sirviente para que cuidara el equipaje, les guardara los sitios, etc. Iban muy apretados y sufrió un ataque de malaria con fiebres (posiblemente una recidiva de la contraída en África), por lo que le dejaron sitio para que pudiera ir tumbado y le dieron de comer. Estaba previsto que el viaje durara cuatro días, pero solo iba un maquinista, por lo que, cuando se cansaba, detenía el tren y dormía unas cuantas horas.

Las estaciones estaban protegidas con trincheras y alambradas porque les atacaban las tribus nómadas de beduinos, aunque los turcos les pagaban un tributo para que no les hostigasen. A veces veían locomotoras caídas al lado de la vía porque la línea estaba mal construida y descarrilaban. El cuarto día llegaron a Medina sin haber sido asaltados. Turquía solo controlaba Medina y La Meca, aunque en teoría toda Arabia era una de sus provincias. Wavell comenta que las mejores familias beduinas no realizaban trabajos manuales desde Adán, excepto luchar y robar. Ni rezaban ni hacían el ramadán. Calculó que habría unos cien mil habitantes en toda Arabia.

El ferrocarril alcanzó Medina precisamente ese año 1908. Los más tradicionales temían que el tren llevara a los europeos. La línea se construyó con suscripciones de todo el mundo islámico, pues facilitaba enormemente las peregrinaciones a La Meca que, hasta ese momento, como sabemos, habían de realizarse por medio de caravanas desde Damasco. Fue el primer extranjero que llegó a Medina en tren.

En esta ciudad había una guarnición de unos diez mil turcos, pues estaban en guerra con las tribus de la zona. Curiosamente los beduinos no atacaban a las caravanas de peregrinos o de comerciantes, salvo los bandoleros que les robaban, pero igual que habían hecho desde siempre. La ciudad tenía unos treinta mil habitantes, muchos pozos y plantaciones diversas. Wavell relata que trabajaban mucho durante los tres meses de la peregrinación y no hacían nada el resto del año.

El gran negocio de Medina eran los guías que se ocupaban de los peregrinos y estaban especializados en las nacionalidades de estos. Wavell tenía miedo de estar en el grupo de los suajilis y que alguien de Mombasa le reconociera como inglés. Por ello decidieron meterse con el grupo de los de Bagdad con Abdul. Wawell sería un *derweish*, un derviche, y Masaudi, al ser negro, sería su esclavo, lo que resultaba muy lógico y frecuente. Al ser derviche no era necesario decir la nacionalidad, pues se consideraba un grupo por sí mismo.

Wavell tuvo la suficiente habilidad para ir cambiando su «historia» según lo necesitaba. Los guías (*mutuwifs*) llevaban sombreros de paja y vestidos de colores. Cuando llegaron no había guías para los de Bagdad o Zanzíbar, por lo que les dejaron en paz. Estaba todo muy regulado para que no hubiera peleas entre ellos. Se fueron solo con los porteadores. Tenían que esperar un mes a la caravana para La Meca y alquilaron unas habitaciones baratas en casa de un abisinio que fue capturado de niño por árabes tratantes de esclavos y vendido en La Meca. Ahorrando pudo comprar su libertad y se fue a Medina, donde se casó con una viuda.

Cuando le preguntaban de dónde era, Wavell contestaba que era un derviche, un vagabundo de la tierra. La mezquita tenía una guardia de veinte o treinta eunucos, que eran muy respetados. Allí se juntaban musulmanes de todas las partes del mundo. Los ciegos se sabían el Corán de memoria y lo recitaban cobrando por ello. Muchos de los pedigüeños eran falsos lisiados.

Se dice que en el templo está enterrado el profeta Mahoma y su hija Fátima. La tumba está escondida tras unas cortinas que no se pueden abrir, por lo que dudaba que hubiera algo detrás, pero como está prohibido entrar no podía demostrarlo. El inglés cuenta que, según una leyenda, hace muchos años, dos europeos habían llegado disfrazados a la ciudad y quisieron hacer un túnel desde su casa hasta el mausoleo. Fueron descubiertos y ajusticiados y por eso se prohíbe la entrada a los no musulmanes e incluso a los convertidos de origen occidental, que suelen despertar sospechas y por eso deben hacer la profesión pública de fe: «No hay más dios que Alá y Mahoma es su profeta».

Wavell cuenta que a veces algunos, equivocadamente, eran tomados por cristianos y linchados por las masas de peregrinos enfervorizados. Sin embargo, era fácil encontrar chocolate *Cadbury* y galletas inglesas. Con frecuencia había tiroteos entre las tropas turcas y los beduinos, pero como estos solo disponían de rifles y la ciudad estaba amurallada, no había peligro de recibir disparos si uno no se exponía.

A los persas, debido a que suelen y solían ser chiíes y a que se les consideraba ricos, les hacían pagar más por todo. Por eso los iraníes también se hacían pasar por gente de otros lugares, pues a algunos incluso les asesinaban por sus particulares creencias dentro del islam.

Cuando llevaban tres semanas Masaudi se encontró con un grupo de cinco suajilis de Mombasa, dos de los cuales conocían a Wavell, pues habían hecho negocios con él. Lógicamente marearon al «criado» con preguntas y tuvo de huir de ellos alegando que había perdido el rosario y regresaba a la mezquita a buscarlo. Para evitar problemas se marcharon en la primera caravana que partía a Yanbu, el puerto cercano —unos 200 kilómetros—. Compraron comida, un rifle y munición. Contrataron dos criados y alquilaron tres camellos. Llevaban una especie de silla con dos plazas, una a cada lado de la joroba. La caravana la componían unos cinco mil camellos.

Durante la Primera Guerra Mundial Arthur Wavell, hasta su muerte en combate, mandó una unidad de árabes de la costa keniata que lucharon contra los alemanes de Tanzania. Es el que está sentado en el centro de la foto, entre dos británicos.

Cuando tenían todo preparado para partir Wavell entró en una tienda y unos individuos le preguntaron de qué país era. Les mandó a la porra pero insistieron y le agarraron del brazo. Él insultó a sus madres y los otros le dijeron que sus antepasados no eran creyentes y adictos a cierto vicio innombrable. Subieron el tono. El inglés tuvo que sacar el revólver y logró que los otros se escondieran. Llegó el abisinio y puso un poco de paz.

Cuando partieron pasaron catorce horas sin parar salvo para las oraciones. Acababan de cenar a las dos de la mañana y al amanecer volvían a partir. A los camelleros les interesaba hacerlo rápido para realizar más caravanas y ganar más en esos tres meses de temporada. Los que abandonaban el campamento solían ser robados y asesinados por los merodeadores. Los camelleros les pidieron un dinero extra, aunque ya les habían advertido de que no debían pagarles más, así que dijeron que no tenían dinero y que les pagarían en Yanbu cuando hicieran efectivo un cheque con un comerciante, como se hacía en la Europa medieval. Uno de los criados dijo al camellero que Arthur (Alí) era sobrino del gobernador de Yembu y que les traería problemas, así que cambiaron de actitud y les trataron bien.

Llegaron a Yanbu antes del amanecer por lo que hubieron de esperar a que abrieran las puertas de la ciudad. Wavell describe la habitación que alquilaron con el suelo cubierto de mondas de naranja y otras basuras y con una pulgada de polvo. Consiguieron un barco para esa noche. El precio variaba en función del número de clientes y siempre prometían que zarparían enseguida. Les hicieron esperar varios días hasta que los pasajeros asaltaron la oficina liderados por Abdul. Al final prometieron que zarparían esa noche. En el momento de embarcar no les querían dejar subir, pero el resto del pasaje les defendió, pues zarpaban gracias a ellos. El criado Ibrahim de nuevo les dijo a los patronos del barco que Alí era familia del gobernador de Yeddah. Calcula que iban unos mil quinientos pasajeros. Un marroquí murió y regresaron, pero no les permitieron desembarcarlo. Hubo otra pelea porque les querían vender el agua que se suponía gratuita e incluida en el billete.

Al llegar a determinado lugar era necesario cambiarse de ropa y ponerse la blanca de la peregrinación —llamada *ihram*—, por pureza y por humildad,

hasta que se besaba la piedra negra. La finalidad era que todos vistieran igual sin diferencias de riqueza y además debían llevar la cabeza afeitada y descubierta. Tenían que afeitarse todo el cuerpo menos la barba, el bigote y el pecho.

Desembarcaron en Yeddah. Comieron en el restaurante de un cristiano que lo anunciaba en un cartel, indicando que la carne era *halal*, sacrificada con arreglo a las normas del islam. Los cristianos podían vivir en Yeddah pero no podían salir de las murallas. También había algunos judíos y cónsules de naciones europeas.

Los guías decían que Eva está enterrada en Yeddah. Llevaban a los peregrinos a visitarla y les contaban mil historias sin ningún fundamento. Se enteraron de que un zanzibarí que le conocía iba a llegar a la ciudad. Prefería encontrarlo allí mejor que en La Meca y poder pedirle que no le denunciara. Esperó cuatro días pero no llegó y se marcharon.

De Yeddah a La Meca hay 40 millas (unos 60 kilómetros). Todo el camino estaba protegido por pequeños fuertes a distancia de disparo de rifle uno de otro, por lo que no era necesaria una caravana. Incluso había tiendas y cafés. Unos pilares blancos señalaban el comienzo del territorio sagrado y dentro de él solo se podía matar para comer —excepto a los escorpiones—. Al pasar por los pilares había que decir una oración específica. Cada uno llevaba un librito con las oraciones que había que rezar en cada momento y en cada lugar.

Al llegar alquilaron una casa con esclavos incluidos. Hicieron el *haram*. Fueron al patio de la Kaaba, la estructura de tela negra. Es un cubo de unos 40 pies (12 metros). Hay que dar siete vueltas alrededor de ella rezando. Después se besa la piedra situada en un rincón —*hagar-el-aswad*—. Está desgastada de tantos besos —se dice además que es un meteorito—. Después se va al pozo que hay al lado, llamado Zem Zem. A continuación se efectúa el *Saa*, que consiste en ir entre dos colinas distantes unas trescientas yardas. Después les afeitaban un trozo de la cabeza, como una pulgada en la sien derecha, y ya se podían vestir y calzar.

La Meca tenía unos setenta mil habitantes fijos que vivían de la peregrinación. Los peregrinos podían llegar a quinientos mil. El que iba fuera de la época de peregrinaje era denominado *zair* o visitante, no peregrino. Como está situada en un valle entre montañas apenas corre la brisa.

Pasaron un mes en La Meca. En una tienda, al mostrar interés en las postales, el dependiente le llevó a la trastienda y le enseñó fotos pornográficas por si las quería comprar. Había un floreciente mercado público de esclavas,

pues los esclavos masculinos y los eunucos se vendían en privado. Una mujer costaba entre veinte y cien libras. Masaudi se encontró con muchos conocidos suajilis, pero como era «criado de unos árabes» no les podía invitar a casa y de ese modo no verían a Alí-Arthur. Entre ellos se encontró un niño conocido cuyo padre había muerto durante la peregrinación. El chico se quedó desasistido y tenía pocos recursos materiales y personales, pues era tímido y no se atrevía a pedir. Arthur acordó darle una asignación semanal sin que supiera que era él quien la otorgaba. Conocieron a un hindú que hablaba perfectamente inglés pero Alí hizo como que no comprendía y el hindú le dijo que debía aprender inglés. Wavell respondió que la gramática debía ser muy difícil.

Se visitaba la casa donde nació el profeta y se besa un trozo de mármol donde nació exactamente, lo mismo que en Belén con respecto a Jesús. El día octavo del mes de *Dhulagga* debían dejar la ciudad e ir a Muna, a unas 5 millas (8 kilómetros) al norte, para pasar allí la noche, e ir al monte Arafat, a otras 9 millas (14,5 kilómetros); después se quedarían allí hasta que se pusiera el sol, dormirían en el campo y al tercer día regresarían a Muna, tirarían piedras a los tres diablos, irían a La Meca, harían la *towaf* y regresarían a Muna para pasar la noche. Solo les quedaría volver a tirar piedras y regresar a La Meca. A los que hacen todo eso ya les llaman *hagi*, *hadij* o *hach*.

En Muna les robaron un saco con monedas de oro y varios objetos mientras dormían en la tienda de campaña. Estando al día siguiente tumbados a su sombra, con la cortina abierta, aparecieron unos zanzibaríes que les conocían. Se quedaron petrificados, pero a los suajilis les daba el sol en los ojos y afortunadamente no les vieron. Al llegar a Yeddah quisieron ir a Egipto pero se enteraron de que solo dejaban entrar a los egipcios mientras duraba el regreso. El resto debían pasar cuarentena en cada lugar para evitar las epidemias. En Yeddah se separaron. Masaudi y Kepi, el huérfano, se fueron a Mombasa, Abdul a Persia y Wawell a Egipto, pues se las apañó para lograrlo aunque no explica cómo. Habían pasado cuatro meses de viaje.

Tras un periplo por África regresó a Londres. Quería explorar el interior de la península arábiga y pidió financiación a la Royal Geographical Society, de la que se había hecho socio en 1905. Se la concedieron y llegó a Hodeida a finales de 1910 como un converso inglés: Hadj Alí Wavell. También le acompañaba Abdul Wahil, porque en Saná había chiíes fanáticos. Dice irónicamente de él: «Tiene mucha labia, talento para presentarse y hacer amigos con toda la facilidad del mundo, y es además un estupendo mentiroso. Desde nuestra última expedición esas grandes cualidades se habían

desperdiciado, ya que fracasé en mi intento de que adoptara la nacionalidad británica y se hiciera parlamentario». Wavell también quería visitar las ruinas de Marib, en Yemen, donde en 2007 fueron asesinados siete turistas españoles. Era la antigua capital del reino de Saba. Los occidentales podían visitar Yemen pero, debido a la inseguridad, pocos lo habían recorrido. Wavell pasa revista a los que ya la visitaron, además de Niebuhr: Arnaud, en 1843; Halévy, en 1869, como rabino judío que visitaba a la colonia hebrea de Negran, y Glaser, en 1889, después de vivir varios años en Saná y convertirse al islam.

Intentó ir sin disfrazarse lo que le ocasionaría muchísimos problemas. Había una caravana anual de Saná a La Meca. El inglés llevó varios instrumentos de medición geográfica. Fue a finales de octubre de 1910. Tomaron un barco de Suez a Hodeida, una ciudad muy cosmopolita en la costa del mar Rojo, cerca de Saná. Los extranjeros tenían bastantes derechos y eran tratados con respeto. La parte sur de Yemen, con capital en Adén, era un protectorado británico. En Hodeida los turcos le detuvieron pensando que era un espía y no le dejaron continuar hacia Saná por lo que Abdul regresó a Londres y Alí contrató un criado, Ahmed, en Adén. Le denegaron el permiso de nuevo y decidió ir por su cuenta, pero una indisposición física le obligó a retrasarlo.

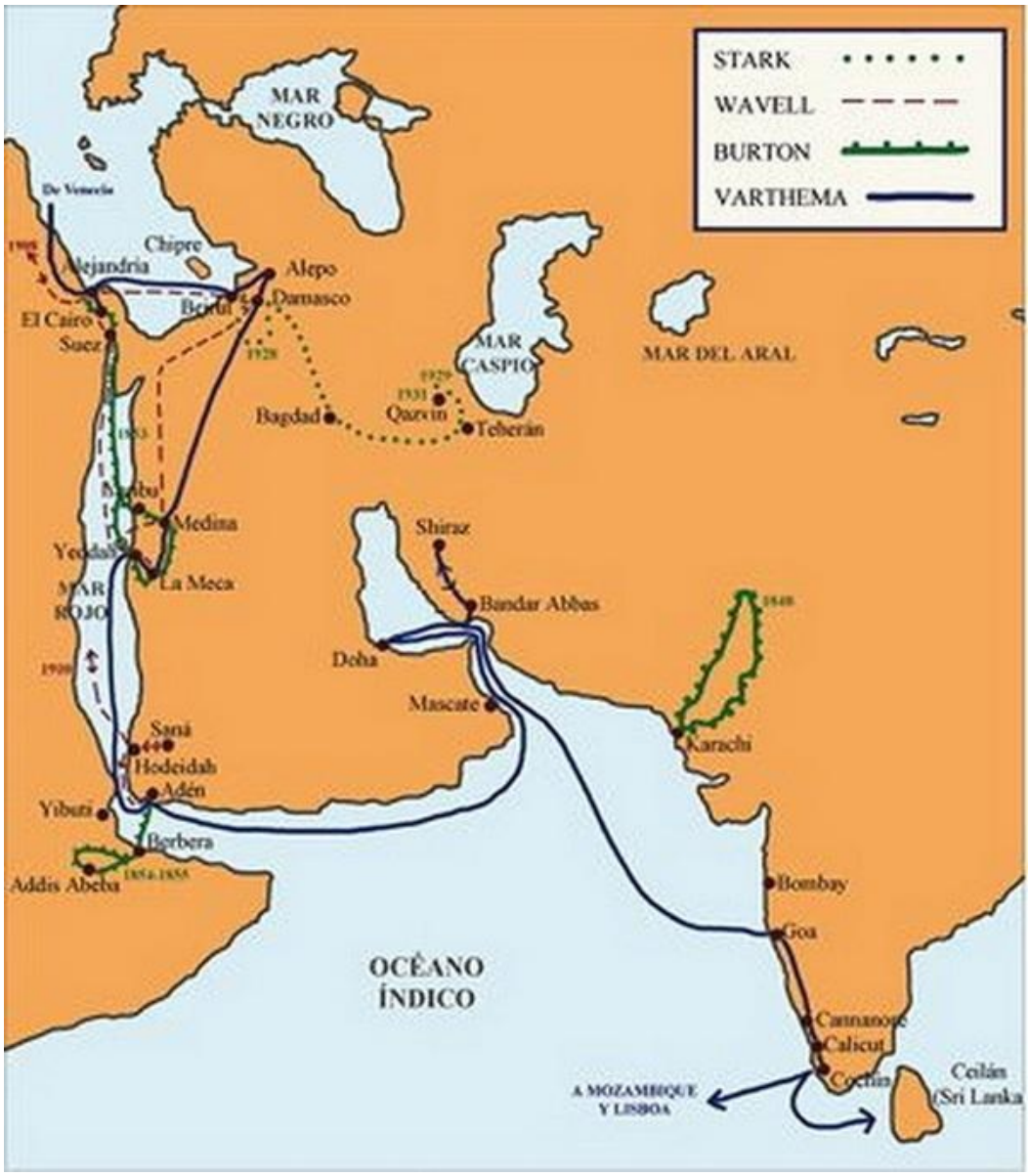
Fueron a Saná sin escolta y en burro, en ochenta y ocho horas, disfrazados de mercaderes árabes. El propio Wavell afirma que estaba irreconocible. Llevaban un guía para evitar los puestos militares turcos en las primeras 40 millas (64 kilómetros). Dejó todo su equipo geográfico y solo llevaba algunas ropas y revólveres. Salieron a medianoche. Se cruzaron con camellos que transportan *khat* —la droga que se consumé por la región—. En un pueblo intermedio les paró un oficial turco y Wavell le dijo que venía de Yeddah, y que iban a Saná a vender turquesas. En las montañas cruzaron una zona muy fértil con plantaciones de café en terrazas, el llamado «moca», y pasaron por un pueblo con casas de hasta cinco pisos. Durmieron en lugares llenos de pulgas. En uno compraron un bol de leche cuya superficie se llenó de ellas en apenas unos minutos. Finalmente llegaron a Saná, a 2380 metros de altura. Wavell fue a casa de un italiano, Caprotti, que llevaba en Saná desde 1888. A la semana tenía una casa alquilada y amueblada. Iba todos los días a la oración de la tarde hasta que le dijeron que los turcos habían contratado a alguien para asesinarle y decir que era por motivos religiosos. En Saná había un barrio judío. Los árabes pasaban la mañana paseando y la tarde fumando *khat*. Como no había alcohol, Wavell dice que también probó el hachís y se

rio mucho. Justo tras su llegada, los yemeníes de las tribus rodearon Saná y la sitiaron, por lo que se quedó dentro. Los turcos descubrieron que Alí era un oficial británico y pensaron que era un artillero enviado para ayudar a los yemeníes, por lo que le pusieron bajo arresto domiciliario.

Huyó de Saná disfrazado de mujer, algo plausible gracias a su escasa estatura y complexión. Las autoridades registraron su casa y le encontraron el pasaporte donde decía que era zanzibarí, súbdito del sultán de Zanzíbar. Al final fue capturado. Le tuvieron dos semanas en prisión y le llevaron a Hodeida, donde le dejaron con el cónsul británico en junio de 1911. Pidió una indemnización pero el Gobierno británico no le ayudó. Incluso el Foreign Office dijo sobre su conducta que «hizo todo para justificar las sospechas de que era un espía».

En 1912 publicó un libro donde realiza unas prolijas introducciones históricas (en 1918 apareció otra edición pero sin los capítulos de Yemen). Desde 1844, Yemen estaba bajo soberanía turca con los imanes yemeníes pensionados por aquellos y sin poder real, pero hubo rebeliones de vez en cuando.

En 1914, estando de nuevo en Mombasa, al declararse la Primera Guerra Mundial, quiso volver a Gran Bretaña para reincorporarse a su antiguo regimiento, pero le dijeron que se quedara allí, pues hacían falta oficiales. Creó un cuerpo de voluntarios árabes de oficios humildes como aguadores y peones, llamados los *Wavells Arabs*, aunque él solicitó que se les denominara *Arab Rifles* —fusileros árabes—. Debían proteger la colonia de los ataques alemanes desde la colonia germana de Tanganika —la actual Tanzania—. Los teutones no tenían muchas fuerzas que digamos: Von Lettow y unos miles de soldados que hacían guerrillas contra los más de cien mil soldados británicos. Wavell decía que tenían rifles tan malos que se extrañaba de los pocos que reventaron. Participó en la defensa de Mombasa. Fue herido en un brazo, que se le quedó inútil. Le enviaron a defender una estación y unos cincuenta kilómetros de línea férrea con una pequeña unidad. En una ocasión marchó 60 millas (97 kilómetros) en veintiocho horas. Al final, le mataron los alemanes en una acción de guerra, en enero de 1916, cuando defendía un sector del ferrocarril de Mombasa a Uganda. Murió a los treinta y cuatro años con el grado de comandante. Los enemigos le brindaron un entierro digno de su grado. En ambos bandos luchaban oficiales y suboficiales europeos con tropas locales que eran la carne de cañón.



Bibliografía

WAVELL, Arthur J.B., *A modern pilgrim in Mecca and a siege in Sanaa*. Londres: Constable, 1912.

WOLFE, Michael, *One thousand roads to Mecca*. Nueva York: Grove Press, 1998.

Eldon Rutter (1925)

Capaz de ocultar su verdadera identidad hasta en los delirios

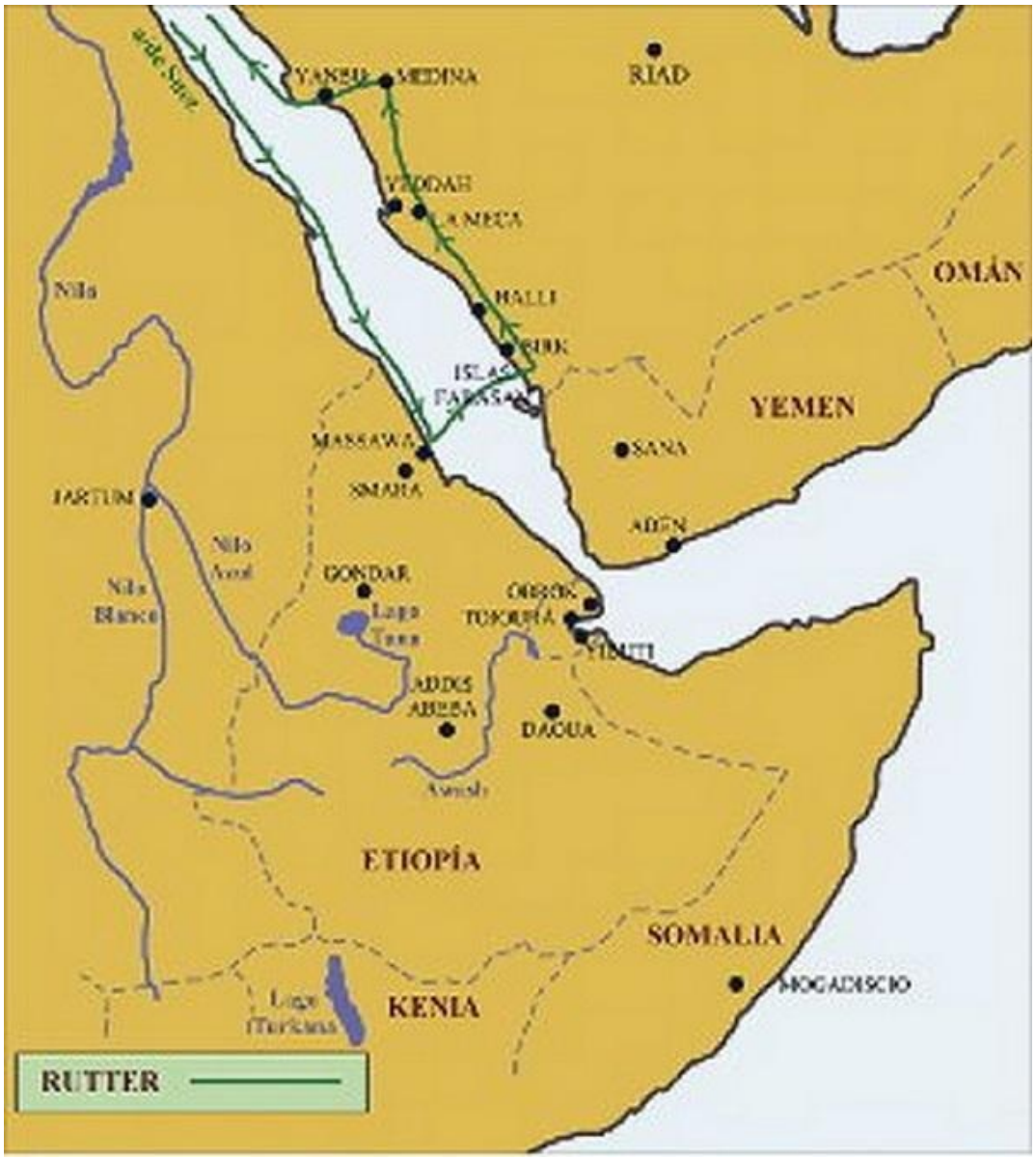
No conocemos su fecha de nacimiento ni de fallecimiento. Tras combatir como soldado en la Primera Guerra Mundial, trabajó en la colonia de Malasia, donde aprendió árabe, y después en Egipto. En mayo de 1925 conoció a Nur-al-Din-Sharqaui, un joven de La Meca que iba a ser su guía. Tenía ya todo preparado: barómetro, brújula, revólver, cámara de fotos, libros, ropa de árabe, etc. Poco antes de partir murió el guía y fue con otro que le pidió más dinero a cambio de no denunciarle como «perro judío y cristiano» y tuvo que dárselo. Comenta al respecto: «Solo hay una persona en mejor posición para hacer surgir el odio fanático de los musulmanes que un cristiano camino de La Meca, y es un cristiano que ya ha llegado a la ciudad prohibida».

Rutter cambió su traje colonial con salacot por uno de sirio con turbante. Salió de El Cairo en mayo de 1925. A partir de ese momento se hizo pasar por nativo de Damasco. Fue a Suez en tren y allí tomó un barco por el mar Rojo hasta el puerto de Massawa, en la costa de Eritrea y frente a la de Yemen. No se podía ir a La Meca por tierra debido a que había guerras internas entre Ibn Saud y Sharif Hasyan hasta tal punto que incluso los líderes religiosos de Egipto habían quitado la obligación de la peregrinación. Medina, y los puertos de Yanbu y Yeddah estaban en manos de Sharif Hasyan, por lo que no se podía pasar por allí y menos un extranjero. En Massawa se vistió de árabe, y en un *dhow* —un tipo de velero usado en la zona— cruzó a al-Ghawn, un pequeño puerto yemení. Desde allí subió al norte pasando por Birk, Halli, El Gundifa, El Lith, Wadi Yelamla y, por fin, La Meca. Lo hizo en diferentes

caravanas, abandonándolas cuando se interesaban demasiado por él. Era bien recibido en las poblaciones.

Fue el que más se quedó en La Meca. Describió la ciudad con todo detalle y conoció a Ibn Saud, uno de los contendientes. Pasó ocho meses en una habitación que alquiló solo para él, donde podía escribir a gusto. Incluso realiza una descripción topográfica de la ciudad en dos capítulos del libro que escribió.

En 1924 los wahabitas de Ibn Saud habían invadido la Hejaz y tomado La Meca a los hachemitas, mucho más tolerantes. Rutter describe a los primeros como crueles, comenta que castigaban a los fumadores (los comerciantes decían que lo pecaminoso era fumar tabaco, no venderlo), tiraban abajo las capillas dedicadas a los santos musulmanes y perseguían a los ladrones aplicando a rajatabla la ley de cortarles la mano, por lo que descendieron los robos. A la vez eran muy supersticiosos y corruptos, y se aprovechaban de los peregrinos, aunque establecieron precios fijos por los servicios y descuentos para los pobres.



Rutter relata cómo le descubren: en un momento dado se encontró con alguien que le conocía de cuando iba todavía como inglés:

> La voz me produjo un *shock* repentino y, casi simultáneamente, la visión de la cara de su propietario confirmó mi aprehensión. Al momento estaba estrechando la mano de uno llamado Husni, un nativo de Alepo que me había conocido como inglés en Egipto. No le había visto desde semanas antes de mi partida de las orillas del Nilo y pensaba que estaría en Damasco, que era entonces su

destino. Ahora estaba en compañía de un árabe de piel oscura vestido de beduino.

Husni era un tipo interesante. Le había conocido el año anterior en El Cairo. Su padre le había llevado de Alepo a la India cuando era un niño pequeño. Desde la India habían viajado, por etapas, a China y a Hong Kong.

Antes de que pudiera hacer nada, Husni le dijo al beduino que era inglés (*inkilizi*). Rutter, rápidamente, añadió que era inglés pero musulmán. Husni se dio cuenta del problema y corroboró con admiración «¡Musulmán! Uno de los que más saben», pues el conocimiento del islam es muy valorado, y añadió al beduino que no lo fuera diciendo por ahí, pues los ignorantes no entienden que pueda haber un inglés musulmán. Rutter añadió que debido a ello se hacía pasar por sirio y así quedó el asunto. El beduino le contó al líder Ibn Saud lo que había ocurrido. Este quiso conocerle y le recibió en audiencia.

Ibn Saud le llamaba Al-Din-al-Inkilizi (el creyente inglés) y le habló de Isa (el Jesús de los cristianos). Rutter se lo ganó diciendo que pensaba escribir sobre él, lo que le halagó. Le entrevistó varias veces para preparar el reportaje. Saud era bastante tolerante y negoció con los británicos para sentar las fronteras con Transjordania e Irak. Ya entonces usaba coche.

Cuando iba a marcharse, Rutter contrajo unas fiebres y temía decir cosas inadecuadas en sus delirios. Incluso en los momentos de lucidez sentía su dualidad y falta de autocontrol. Tras curarse fue a Medina y a Yanbu. Dejó Arabia tras haber vivido disfrazado más de un año. Embarcó en un vapor y, ya en el camarote, se afeitó, se cambió con ropa que le dejó el capitán y comió con cuchillo y tenedor.

Retrato de Eldon Rutter vestido de árabe que aparece en la portada de su libro *The holy cities of Arabia*, publicado en Londres en 1928.

Bibliografía

RUTTER, Eldon, *The holy cities of Arabia*. Londres: Putnam's sons Ltd., 1928.

CANTON, James, *From Cairo to Bagdad: British travellers in Arabia*. Londres: IB Tauris, 2011.

PENÍNSULA ARÁBIGA, ARENAS PROHIBIDAS A LOS EXTRANJEROS

Introducción

Hubo muchos viajeros y exploradores que no tenían interés por acceder a La Meca, sino por recorrer la gran península arábiga, o parte de ella. Esta región está dividida en tres partes:

- Arabia Pétrea, el norte de Arabia Saudí, Jordania y la península del Sinaí.
- Arabia Deserta, el centro de la península.
- Arabia Felix, el sur, Yemen y Omán.

En total abarca más de tres millones de kilómetros cuadrados y ha estado habitada por distintos grupos tribales, algunos de los cuales eran sedentarios que se dedicaban al comercio o a la agricultura. Antes del islam existían comunidades judías y cristianas. En cuanto a los primeros, no hemos de olvidar que hubo unas épocas de cautividad judía en Babilonia durante el siglo VI a. C. Tras la diáspora del año 70 d. C., en los siglos V y VI d. C. era Irak el más numeroso centro hebreo. También había judíos en Egipto, Siria y Persia. Según David Nicolle, algunas tribus de Hiyaz, una de las regiones de la península, descienden de colonos judíos que fueron absorbidos por el islam. En Yemen continuaron viviendo su religión hebrea hasta que emigraron al crearse el Estado de Israel tras la Segunda Guerra Mundial. Los cristianos llegaron a Yemen a través de Egipto y Etiopía. Era un cristianismo muy sui géneris y llegó a ser mayoritario. También existían religiones denominadas paganas, ni judías ni cristianas. Sus dioses tenían similitud con los de los grecorromanos. Los centros de peregrinación coincidían con los mercados y, como hemos visto, la Kaaba tenía imágenes de deidades paganas.

Yemen era completamente distinto al resto de la península. Al estar cerca del mar Rojo y del golfo de Adén, se habían dedicado al comercio, prosperando con él. Por su estratégica situación recibieron influencias

culturales de Grecia, Roma, Persia e India. En el interior, tras las montañas costeras, había valles cultivables por medio de ríos que no desembocaban en el mar, sino que desaparecían tras irrigar y nutrir la tierra de esas hondonadas. Incluso se construyeron presas, como la de Marib, al noreste de Saná.

Había un gran desarrollo cultural y los nativos tenían sus propias religiones. La tradición dice que la reina de Saba visitó al rey Salomón de los judíos (970-930 a. C.) y le llevó muchos regalos. La capital estaba en Marib, a orillas del wadi Dhana, a unos tres kilómetros de la ciudad. En la región vivían muchos judíos y la llamaban Sheba (Shaba). Los romanos intentaron ocupar Yemen pero no lo consiguieron. Sus habitantes obtenían mucho dinero de la mirra y del incienso, cuyas resinas se utilizaban en muchos ritos religiosos. El cristianismo acabó con ese comercio. Todavía hay lenguas y costumbres previas al islam en las zonas más orientales del país.

El reino de Saba existió desde el año 280 d. C. El reino de Himyar dominó la zona hasta el 525 d. C. Controlaban el comercio de incienso y mirra y eran intermediarios en el del marfil que llegaba de África. A partir del 300 d. C. comenzó a declinar su poder. En el 523 d. C., el rey Dhu-Nuwas de Yemen —hijo de un rey yemení y de una judía— adoptó la religión de su madre y persiguió a los cristianos, por lo que les atacaron los etíopes. Murió en el 524 y tras él gobernaron los africanos bajo el rey Abraha, quien, en el 570, atacó incluso La Meca. Abraha persiguió a los judíos, que fueron expulsados en el 575, cinco años después del nacimiento de Mahoma.

A principios del siglo XVI el Imperio otomano bajo Selim I conquistó buena parte de Egipto y de la costa arábiga del mar Rojo hasta las ciudades de Medina y La Meca. A finales del siglo controlaban toda la costa de dicho mar. No se preocuparon de dominar el interior de la península y las costas del golfo Pérsico.

El Estado saudí fue fundado en 1744 en la parte central de la península por Mohamed ibn Abd-el-Wahab, aunque es en el siglo XX con Ibn Saud cuando se organiza como estado al tomar la ciudad de Riad en 1902 y alcanza su extensión actual en 1932. Seis años después se descubre petróleo y todo cambia. Se dice que ya hace nueve mil años eran famosos sus caballos.

Cuando en 1762 y 1763 Niebuhr —del que se habla en la siguiente sección, dedicada a Oriente Próximo, Oriente Medio y Asia Central— estuvo por la zona, le hablaron de inscripciones que no eran ni judías ni árabes o islámicas, pero no tuvo ocasión de visitarlas. Él ya suponía la existencia de una cultura preislámica. Después, Seetzen llegó en 1810 buscando las inscripciones de las que hablaba Niebuhr y encontró algunas el año siguiente.

Poco antes de ser asesinado pudo enviar las copias de cinco de ellas a Europa. Más tarde, un marino británico, Wellsteed, en 1834, consiguió algunas cerca de la costa y las publicó en 1837.

Pêro da Covilhã
(h. 1450 - h. 1526) (1487)

El portugués disfrazado de árabe que preparó la exploración lusa de Oriente

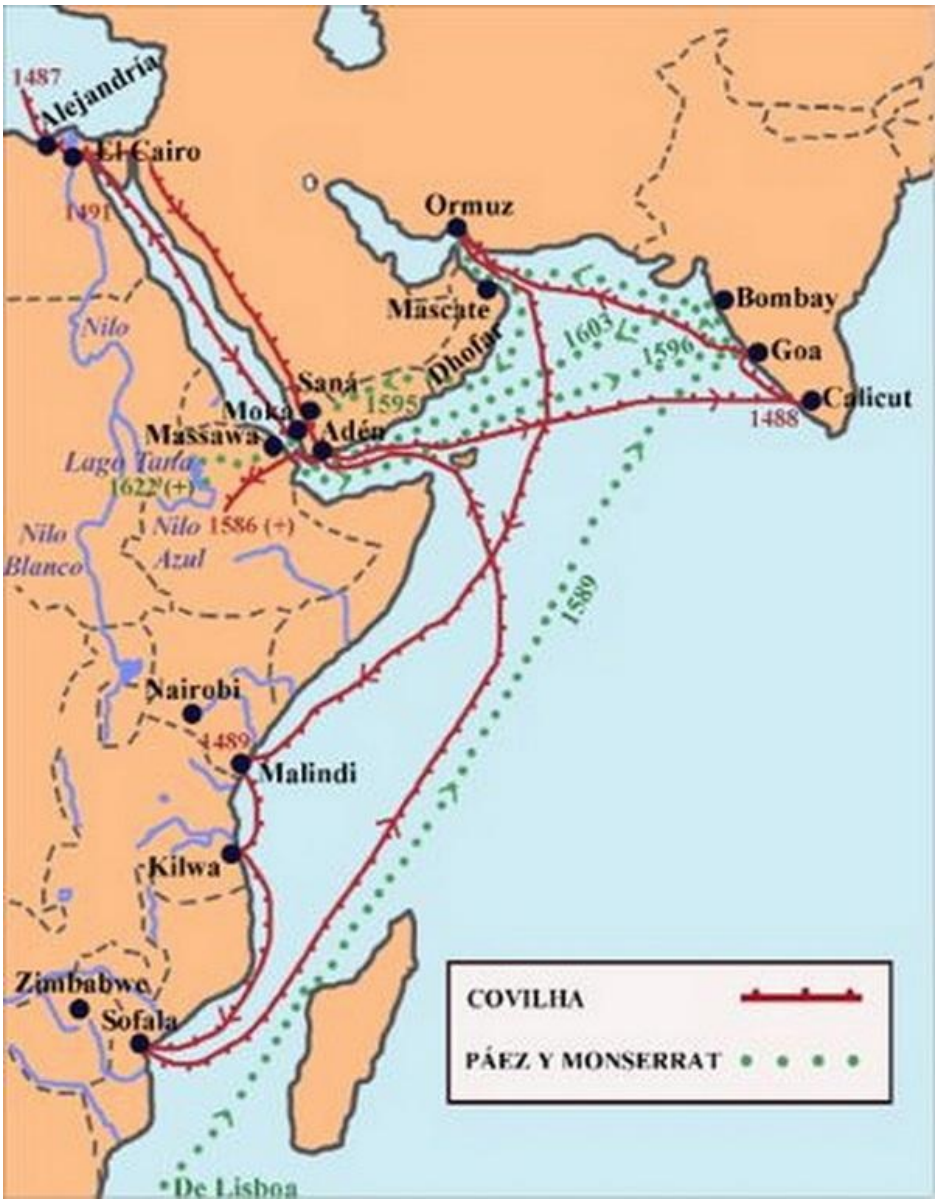
Nació en torno a 1450 en el pueblo portugués de Covilhã, en la Serra da Estrela, cerca de Castelo Branco, y al otro lado de la frontera española donde se sitúa la comarca de Las Hurdes. A los dieciocho años entró en contacto con un comerciante sevillano de tejidos que visitó su pueblo, pues en él abundaba la lana. Entró a trabajar para él y le acompañó a Sevilla. En 1476 fue a Lisboa con su jefe para servir de intérprete en una entrevista con Alfonso V, rey de Portugal. El monarca supo que Pêro también hablaba árabe y le tomó a su servicio. Dos años después Covilhã le acompañó a la batalla de Toro contra los Reyes Católicos para reclamar el trono de Castilla.

Juan II, sucesor de Alfonso V en 1481, siguió confiando en Covilhã y le eligió como embajador ante el rey de Fez. Por esa época se casó. En 1487 Juan II le encargó, junto con Afonso de Paiva, que se dirigiera a la península arábiga para localizar el mítico reino del Preste Juan, un reino cristiano en medio de los musulmanes, del que no se tenían muchas noticias. El verdadero objetivo era tratar de enterarse de dónde conseguían los venecianos las especias que después distribuían por toda Europa con gran beneficio.

Previamente a su partida fueron formados por los cosmógrafos en cartografía y astronomía, para ser capaces de situarse. Habían de hacerse pasar por comerciantes. Portugal estaba muy interesado en la denominada

carreira da India, el enlace entre Lisboa y los puertos de la India, sobre todo los de Goa y Cochim.

Salieron el 7 de mayo de 1487 y, a caballo, cruzaron España hasta llegar a Valencia. Allí subieron hasta Barcelona, donde llegaron el 14 de junio. Embarcaron rumbo a Nápoles, desde donde continuaron a Rodas y Alejandría. Allí adquirieron mercancías para hacer más plausible su cobertura de comerciantes. Ambos enfermaron de fiebres y estuvieron a punto de morir. Mejoraron su árabe y se dirigieron a El Cairo con una caravana que tenía previsto cruzar la península del Sinaí, recorrer la península arábiga por la orilla del mar Rojo y llegar al actual Yemen y a la ciudad de Adén, situada en la puerta de este piélago.



En el camino se encontraban las ciudades santas de Medina y La Meca. No sabemos si entró en esta ciudad. Recordemos que su objetivo era descubrir el origen de las especias y no entrar en la ciudad prohibida, como fue el objetivo de muchos. En cualquier caso ellos también hubieron de hacerse pasar por musulmanes para no despertar sospechas y realizar todos los ritos previstos y preceptivos durante todo el recorrido de la caravana, en que esta, cinco veces al día, se detenía para realizar los rezos.

Covilhã y Paiva no tuvieron especiales problemas durante su itinerario y llegaron a Adén en 1488. Allí se separaron, pues cada uno llevaba una misión distinta, y se citaron a la entrada de la ciudadela de El Cairo en los primeros noventa días del año 1491. Paiva debía cruzar el estrecho de Adén y dirigirse a buscar el reino del Preste Juan en las actuales Eritrea y Etiopía. Covilhã, por su parte, aprovechando el monzón que en ese momento soplaba en dirección a oriente, embarcó rumbo a la India, llegando a Calicut —la actual ciudad de Kozhikode en el estado indio de Kerala—, en noviembre de 1488.

En aquella época se la denominaba la ciudad de las especias. Allí se informó de todo lo que pudo respecto al comercio de estos productos, como que la canela la llevaban de la isla de Ceilán y la nuez moscada desde Malasia. Desde Calicut enviaban las especias al mar Rojo y a Venecia, y de allí se distribuían por Europa. Visitó Goa, cerca del actual Bombay, que después se convertiría en colonia lusa y Ormuz, en la entrada al golfo pérsico, lugares donde también se comerciaba con especias. Desde allí, aprovechando cuando el monzón soplaba en dirección contraria, se podía navegar con dirección sur y recorrer las costas africanas. En diciembre de 1489 Covilhã embarcó con otros comerciantes árabes y como tal visitó las ciudades de Malindi, en la actual Kenia; Kilwa, en el sur de Tanzania; y Sofala, en Mozambique. Los árabes ya comerciaban con los habitantes de la zona desde hacía siglos. Sofala era el puerto por donde se comerciaba con los pueblos africanos del interior y especialmente con el llamado imperio de Monomotapa y Zimbabwe.

Después regresó a Adén y a El Cairo. El 30 de enero de 1491, como previó, se presentó en la puerta de la ciudadela de El Cairo. En lugar de encontrar a Afonso de Paiva conoció a los judíos portugueses José de Lamego y Abraham. Estos le comunicaron que Paiva había muerto de fiebres a principios de ese mes. Covilhã escribió un informe para el rey que entregó a Lamego con el objetivo de que lo hiciera llegar al monarca. Los informes de Pêro fueron de gran valor para que Vasco da Gama, en su expedición a la

India de 1498, ya supiera algo de lo que se iba a encontrar tras doblar el cabo de las Tormentas o cabo de Buena Esperanza, en el extremo sur del continente africano.

Estatua dedicada al explorador portugués Pêro da Covilhã en la plaza principal de Covilhã, su ciudad natal.

Como Paiva —con su muerte— no había podido comunicar sus descubrimientos, en lugar de regresar a Portugal, Covilhã fue de nuevo a Adén y desde allí cruzó el mar Rojo hasta la costa de Etiopía para visitar la zona e informarse. El Preste Juan ya no existía, pero sí el reino cristiano del que se hablaba, bajo el trono de Alexandre. Descubrió que en lugar de poder ayudar a Portugal en sus conquistas estaba tan rodeado y acosado por los reinos musulmanes que iba a necesitar ayuda para no caer. Existía la

costumbre de no dejar salir a los extranjeros que visitaban el país, quizás para controlar la información. Así le ocurrió a Covilhã con el rey Nahu, pero le trataron muy bien, le dieron tierras —con sus correspondientes vasallos—, se casó y tuvo muchos hijos. Con la sucesora de Nahu, la reina Helena, llegó a ser consejero real y logró que en 1512 se enviara un embajador a Lisboa, que permaneció allí hasta 1514.

Durante la estancia etíope de Covilhã aparecieron por allí dos frailes portugueses que le informaron de la muerte de Juan II, del reinado de Manuel I, y sobre todo, de los «descubrimientos» de Vasco da Gama en el Índico.

En 1521, Portugal envió un embajador al país africano, don Rodrigo de Lima. Covilhã, por su parte, relató una pormenorizada descripción de sus viajes a uno de los monjes portugueses, Francisco Álvares, quien lo reescribió y publicó bajo el título de *Verdadeira Informando das Térras de Preste Joao das Indias, Segundo Vio e Escreveo ho Padre Alvares*, que se publicó en Lisboa en 1540. Parece que Covilhã falleció en torno a 1530 sin poder salir de Etiopía. Una escuela lleva su nombre y en la plaza de Covilhã hay una estatua en su honor.

Bibliografía

FICALHO, Conde de, *Viagens de Pedro da Covilla*. Lisboa: Impresa Nacional, 1898.

INIESTA, Ferrán y ROCA, Albert (eds.), *África en la frontera occidental*. Madrid: Sial, 2002.

Pedro Páez
(1564-1622) (1589)
y
Antonio de Montserrat
(1536-1600) (1589)

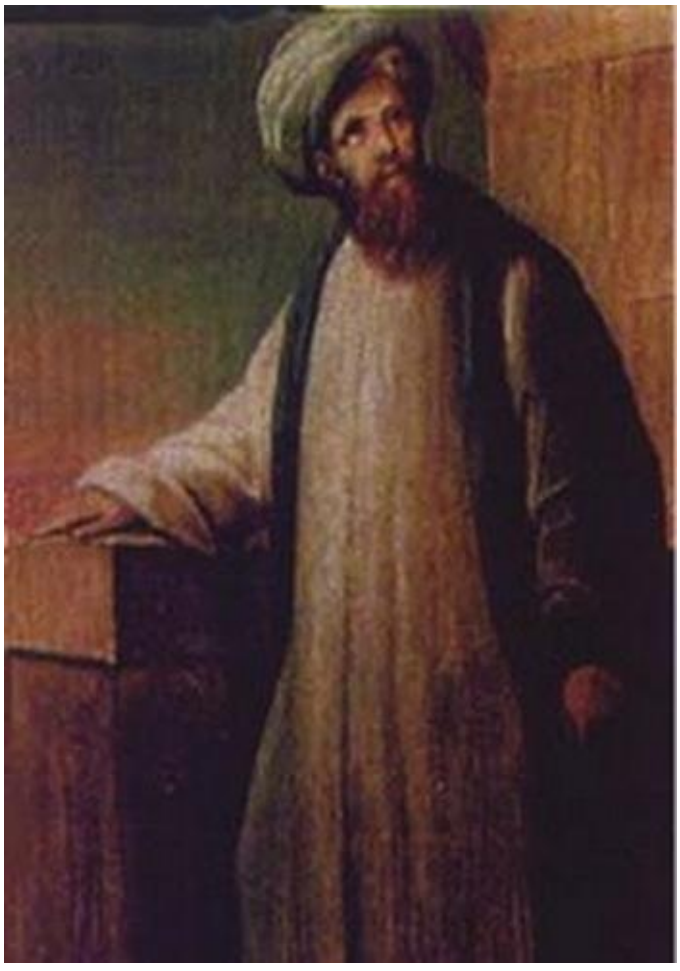
Los misioneros españoles que se disfrazaron de armenios

Pedro Páez nació en el pueblo madrileño de Olmeda de las Fuentes, cerca de Alcalá de Henares, en 1564. Hijo de familia de buena posición; a los dieciséis años ingresó en la Compañía de Jesús y marchó a estudiar a la Universidad de Coímbra, regida por esa orden religiosa. Ese mismo año, 1580, se produjo la unificación de España y Portugal. Después de dos años marchó al seminario de Belmonte, donde permaneció otros seis. Era un alumno muy aventajado y le auguraron una buena carrera en la Compañía, pero él buscaba otra cosa. En 1587 solicitó a sus superiores marchar a las misiones de Asia. Al año siguiente, sin haber sido ordenado sacerdote todavía, partió a Goa, en la India, vía Lisboa, en una travesía de siete meses.

Llegó en octubre de 1588. Al poco tiempo le comunicaron que debía marchar a Etiopía, pues Felipe II deseaba tener a ese reino como aliado contra los musulmanes. Por ello deseaba evangelizarlo y así rodear a los otomanos. El país era cristiano copto desde el siglo IV. Francisco Álvares, el que escuchó el relato de Pero da Colvilha, había viajado a ese país en 1520 como

integrante de una embajada portuguesa que permaneció allí seis años, pero no logró la alianza buscada por los lusos.

En 1540 los árabes atacaron Etiopía y su emperador solicitó ayuda a Portugal, que envió tropas con artillería en 1541. En dos años se hicieron con el control de la situación. El emperador proporcionó tierras y esposas a los soldados supervivientes y estos se quedaron en el país. También permanecieron algunos religiosos lusos pero no lograron muchas conversiones. El mismo Ignacio de Loyola envió nuevas remesas de misioneros y les aconsejó más diplomacia, convertir primero al rey, practicar la caridad y las relaciones públicas. En 1557 los turcos se apoderaron del litoral etíope y se produjeron ataques musulmanes en el país. Por otra parte el nuevo emperador atacó a los católicos y los misioneros se encontraron en una posición muy difícil y peligrosa.



Cuadro de autor desconocido representando a Pedro Páez vestido de armenio.

Páez, al que llamaban Pero Pais, fue ordenado sacerdote rápidamente y, acto seguido, enviado a África en compañía de Antonio de Montserrat, de cincuenta y tres años, más experimentado y conocedor del árabe. Este había recorrido el norte de la India e incluso había sido embajador de los jesuitas ante el Gran Mogol. A primeros de febrero de 1589 se embarcaron en Goa rumbo a la isla de Diu, cerca de Bombay, donde esperaban encontrar un navío para cruzar el Índico. Se tuvieron que disfrazar de armenios, pues los portugueses eran perseguidos y odiados por los nativos y por los turcos, que habían ocupado los actuales sultanatos del golfo pérsico. No hemos de olvidar que en 1571 había tenido lugar la batalla de Lepanto contra Felipe II.

Como los lusos odiaban a los armenios, en varias ocasiones fueron objeto de agresiones por parte de los niños y adultos portugueses antes de embarcar. Lograron encontrar plaza en un barco hindú que se dirigía a Massawa, una isla junto a la costa de Etiopía. Según sus cálculos en un máximo de dos meses estarían en Fremona, su destino. Necesitaron cincuenta días para llegar a Mascate por culpa de los vientos contrarios y el capitán decidió no seguir navegando. No encontraban cómo seguir hasta que les aconsejaron viajar a Ormuz, en el estrecho de Omán. Allí descansaron y se recuperaron de unas fiebres que habían contraído. En diciembre de 1589 un pequeño mercante árabe les ofreció llevarles a la costa de Somalia. Poco después de zarpar fueron atacados por piratas y se refugiaron en Mascate, con guarnición portuguesa.

A primeros de enero de 1590, mientras navegaban de nuevo rumbo a la costa de Somalia, una tormenta rompió el mástil y hubieron de refugiarse en una isla frente a Omán. Poco después un árabe les reconoció como portugueses y lo comunicó a los turcos. Les detuvieron, encadenaron y llevaron al puerto de Dhofar. Páez y Montserrat se declararon católicos. Para colmo de males les encontraron estampas de la Virgen, lo que enfureció a los musulmanes, que condenan la adoración de imágenes. Les encerraron en una celda llena de piojos y sin recibir apenas comida.

Tiempo después fueron regalados a un sultán del sur de la península arábiga. Desde la costa hubieron de caminar descalzos, por zonas pedregosas y llenas de pinchos, lo que les despellejó los pies. Tan exhausto y desecho estaba el padre Montserrat que le hubieron de colocar sobre un camello para no perderlo, pues el regalo había de llegar vivo. Recorrieron el Hadramaut, que significa ‘recinto mortal’. Fueron los primeros europeos en cruzarlo, aunque el alemán Wrede, cuando lo hizo en 1843, se quiso apuntar el tanto

sin haber leído la *Historia da Etiopía*, donde Páez cuenta los pormenores de toda la travesía en cautividad, casi desnudos, con el mínimo de alimentos y agua para sobrevivir.

Javier Reverte, en su libro *Dios, el diablo y la aventura*, ha divulgado magníficamente la gesta de Páez. Pero, quizás para añadir un dramatismo totalmente innecesario les hace atravesar el terrible desierto del Rub'al Khal, situado mucho más al norte, como se puede comprobar en cualquier mapa; y en contradicción con la ruta que señalan él mismo (Tarim, Wadi Hadramaut, Hainan, Marib y Moca), Bishop y el propio Páez. Este fue capaz de mezclar unas interesantes descripciones de los paisajes y la fauna con leves retazos de sus sufrimientos que inferimos por los que detalla de su compañero.

Cuando llegaban a una ciudad o poblado la gente les insultaba y escupía al enterarse de que eran infieles. Sin embargo, en uno de los poblados el sultán les invitó a café, lo que nunca habían probado antes ni se conocía en occidente. Pasaron por Marib, lugar lleno de ruinas de palacios de la reina de Saba, que ya hemos conocido. Desde allí continuaron hacia Saná, la actual capital de Yemen. El padre Montserrat se desplomó del camello que lo llevaba y estuvo inconsciente durante una semana. El gobernador turco les consideró espías y los encerró. En prisión se encontraron con veintiséis portugueses y cinco indios cristianos de Goa que se peleaban continuamente por la escasa comida. Páez aprovechó los dos años de cautiverio para aprender árabe, chino y hebreo, así como para lograr imponer un poco de paz en las celdas. Otros jesuitas y cronistas le definen como afable, rápido de mente e inspirador de confianza. Una concubina del gobernador oyó hablar de ellos, se apiadó y logró que les permitieran salir a pasear por las calles y continuar con sus estudios. Montserrat aprovechó para redactar su libro *Embajador en la corte del Gran Mogol*, que ha sido reeditado y traducido al catalán y al castellano recientemente.

En 1595 fueron llevados a Moca y destinados como remeros a un galeón turco a golpe de látigo. Pasaron tres meses subsistiendo con un poco de mijo al día. Montserrat enfermó tanto que hubieron de sacarlo del barco para evitar que muriera y perder su rescate. Dejaron que Páez le acompañara. Como fueron dados por muertos, los jesuitas enviaron otro misionero, Abraham de Georgia, libanés que hablaba perfectamente árabe y otras lenguas orientales. Quiso llegar disfrazado de mercader turco y accedió sin problemas a la isla de Massawa, en la costa etíope pero, al cruzar al puerto continental de Arkeebo, el capitán de la nave sospechó de él, regresó a la isla y le entregó a los otomanos, quienes descubrieron su religión y le condenaron a muerte. Reverte

dice que el verdugo necesitó tres alfanjes para cortarle el cuello, pues los dos primeros se rompieron. En 1597 enviaron a otro misionero, el indio-portugués Melchor da Silva. Este, disfrazado de marinero, logró llegar a Massawa y a Fremona.

Cubierta del libro de Antoni de Montserrat *Embajador en la corte del Gran Mogol* donde narra sus viajes por Asia antes de su cautiverio en Yemen.

Por fin, Felipe II se enteró de su suerte y ordenó rescatarles por mil coronas de oro de su propio bolsillo. Les recogieron en Moca y les llevaron a Goa, donde llegaron en diciembre de 1596. Montserrat falleció en 1599, a los sesenta y tres años. Páez necesitó casi un año para recuperarse. El 17 de

diciembre de 1596 escribió a Acquaviva, general de los jesuitas, para solicitarle que le dejara ir a Etiopía, ya que había aprendido árabe, pero en 1600 le destinaron a Bassein, cerca de Bombay, como profesor en un colegio de los jesuitas. Sin embargo, poco después, fue elegido junto con el napolitano Francisco de Angelis y el portugués Antonio Fernándes. Zarparon en 1603 pero una tormenta destrozó el navío. En lugar de esperar a que lo repararan, Páez partió solo. De nuevo se disfrazó de armenio; se cambió el nombre por el de Abdullah y, con la excusa de regresar a su país, logró que le ofrecieran llevarle a la entrada del golfo de Akaba y desde allí poder ir a Jerusalén. Después pidió quedarse en el puerto de Massawa para arreglar unas cuentas pendientes.

Desembarcó el 26 de abril de ese mismo año y se adentró en Etiopía prometiendo regresar enseguida. A principios de mayo se unió a unos cristianos que iban a la misión de Fremona, donde llegó a mediados de mes. El viaje había durado catorce años. Melchor da Silva regresó a Goa y Páez quedó solo al cargo de la misión. Rápidamente aprendió amárico, la lengua local, a la que enseguida tradujo un pequeño catecismo; y ge'ez, el idioma de los textos sagrados. Reconstruyó la maltrecha iglesia de la misión y creó una escuela.

El emperador Jacob, de quince años, le invitó a visitarle, pero fue depuesto antes de la fecha acordada. El nuevo, Za Denguel, también le invitó y le recibió en abril de 1604, en Coga, al este del lago Tana, donde se encontraba la corte. Causó tan buena impresión al soberano que este se convirtió al catolicismo, cambio la festividad semanal del sábado al domingo y escribió cartas a Felipe III y al papa; lo que no gustó nada al clero local y a parte de los nobles. Hubo una rebelión y acabaron con él. Páez se las apañó para salir bien librado e incluso logró el perdón para los soldados portugueses. Tras una época turbulenta, Socinios tomó el poder como nuevo emperador en 1607. Mientras tanto habían llegado cuatro nuevos misioneros jesuitas para apoyarle.

El nuevo soberano les otorgó tierras junto al lago, en Gorgora, para que fundaran una misión. En agradecimiento construyeron un palacio para el emperador, con el fin de tenerlo cerca y facilitar su conversión y control. Con mucha suavidad, trató de dirigirle a la doctrina católica y ambos sostuvieron largas conversaciones sobre el particular. Quiso convertirse, pero fue el mismo Páez quien le aconsejó esperar para no crear problemas con el clero local, aunque también escribió al papa, a Felipe III y al virrey de la India pidiendo tropas para sofocar a las tribus gallas y otras rebeliones internas.

En 1609 trasladó la corte a Dancaz, más al norte y cerca de Gorgora. Páez se convirtió en asesor espiritual del soberano, quien, en 1611, recibió una amable respuesta del monarca ibérico pero sin envío de tropas. En 1613 continuaban las rebeliones y envió una embajada a España por el sur, hacia la costa keniata, único camino libre de enemigos, donde los portugueses tenían un puesto comercial en Malindi. Pero tras diecinueve meses aparecieron de regreso habiendo llegado hasta el lago Turkana, en el norte de Kenia.

En 1615 Socinios se convirtió al catolicismo a pesar de no haber recibido ayuda de España ni de Roma. El soberano continuó sus campañas y pidió a Páez que le acompañara. En una de ellas, el 21 de abril de 1618, y no en 1613 como dice Bishop, subieron a una cima, a 3180 metros de altura, situada a unos cien kilómetros al sur del lago Tana. De la ladera, en un lugar llamado Gish Abay, salían unos manantiales que se convertían en arroyo y después en el río Gilgel Abay, que significa 'Pequeño Nilo Azul'. Este entra en el lago Tana (3000 km^2), donde se puede seguir su curso por la orilla sur, y sale enseguida por el pueblo de Bahir-Dar formando el Abbai Wenz o Nilo Azul que pronto de desploma por las cataratas de Tisisat. Páez lo cuenta así:

> El día 21 de abril de 1618 pude por fin contemplarla. No me pareció más que dos ojos redondos de cuatro palmos de largo y confieso que el hecho me produjo una gran alegría. El agua es clara. Hice meter una lanza a uno de estos manantiales, cuya profundidad resulta ser de unos once palmos [menos de dos metros]. El segundo de estos ojos está más hacia el este y más abajo, a un tiro de piedra del primero, y la vara de doce palmos no llega a tocar el fondo.

Conviene recordar que este grandioso río tiene dos brazos, el Azul, cuyas fuentes descubrió Páez, y el Nilo Blanco, cuyo nacimiento continuó siendo uno de los grandes misterios geográficos cuya solución buscaron Livingstone, Stanley y Burton; hasta que Speke lo desveló en 1862 al recorrer las orillas del lago Victoria. Más tarde, en 1937, el alemán Waldecker comprobó que la fuente más meridional del Blanco parte de un manantial que nace en las montañas del sur de Burundi y forma un arroyo, tributario de otros que desembocan en el río Kagera (el que se llenó de cadáveres en las matanzas de 1994), que separa Ruanda de Tanzania y abastece el lago Victoria, de cuya orilla norte parte el Nilo Blanco, que en Jartum se une al Azul para formar el

Gran Nilo. Más de 6000 kilómetros de recorrido desde Burundi y cuatro mil desde el lago Tana hasta la desembocadura en la Alejandría mediterránea.

Después del descubrimiento, Páez redactó, en portugués, su *História da Etiópia*. Falleció en mayo de 1622, a los cincuenta y ocho años, posiblemente de paludismo. Acababa de finalizar su libro, en cuatro tomos y mil ciento veintiocho páginas. El manuscrito original se conserva en la Biblioteca de Braga, en Portugal, y fue publicado por vez primera y única en 1945. Es una completa enciclopedia sobre todos los aspectos de la región. Páez fue enterrado en la iglesia-palacio que construyó.

El británico James Bruce (1730-1794) llegó a Alejandría en junio de 1768 decidido a descubrir las fuentes del Nilo Azul sin saber que ya habían sido descubiertas por Páez. Las visitó, se declaró descubridor y cuando le dijeron que Páez ya lo había descrito, dijo, simple y llanamente, que los jesuitas que decían haber estado allí eran unos mentirosos, basándose en que afirmaban que las cataratas de Tisisat tenían poco caudal. Se le olvidó pensar que él las visitó en la época de lluvias, llamada *maigoga*, que se extiende de mayo a noviembre, y Páez en la estación seca. También discutió algunas mediciones, en las que, a la postre, tenía razón el misionero. La misma acusación de inexactitud es una declaración de que estuvo allí antes que él. Por desgracia, en algunos círculos anglosajones poco académicos y nada serios, se sigue teniendo a Bruce como el primer europeo en visitar las fuentes del Nilo Azul. Lo triste es que las versiones españolas no añaden una nota del traductor o editor que lo aclare. Bruce no necesitó disfrazarse, pues solo pasó por lugares donde se permitía transitar a cristianos. Viajaba por curiosidad, con todos los lujos, debido a la gran herencia recibida de su padre. Por lo visto era muy apuesto y cuando, tras dos años en Etiopía, abandonó el país, las damas de la corte lloraron su marcha.

Bibliografía

PÁEZ JARAMILLO, Pedro (Pais, Pero), *História da Etiópia* (3 vols.). Lisboa: LCE, 1945.

MONTSERRAT, Antoni de, *Embajada en el Gran Mogol*. Lleida: Milenio, 2006.

CORTÉS LÓPEZ, José Luis, *Historia de África*. Madrid: Editorial Mundo Negro, 2007.

BISHOP, George, *Viajes y andanzas de Pedro Páez*. Bilbao: Mensajero, 2002.

REVERTE, Javier, *Dios, el diablo y la aventura*. Barcelona: Plaza y Janés, 2001.

MOOREHEAD, Alan, *El Nilo Azul*. Barcelona: Ediciones del Serbal, 1989.

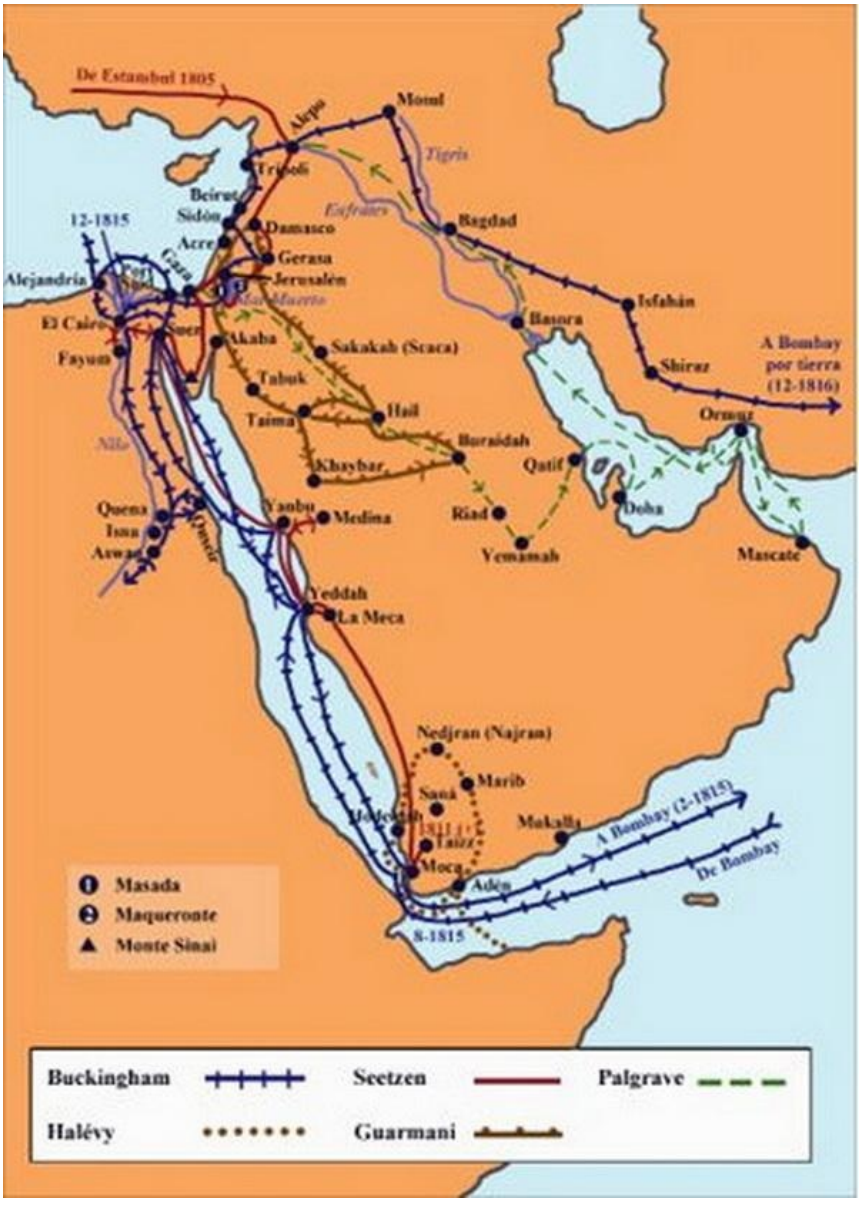
Ulrich Jaspar Seetzen
(1767-1811) (1806)

El hombre de negocios que buscaba aventuras y recorrió Palestina y Arabia vestido de mendigo

Nació el 30 de enero de 1767 en Jever, en la región alemana de Frisia, cerca de la frontera holandesa y el mar del Norte. Su familia era rica y en 1785 fue a Gotinga, donde comenzó a estudiar Medicina pero acabó doctorándose en Botánica. Junto con Alexander von Humboldt fundó la Sociedad Física de Gotinga. Ambos deseaban viajar por países lejanos y lo consiguieron, pues Humboldt es conocido por sus investigaciones científicas en América del Sur en una expedición que partió en 1799. En cuanto a Seetzen, tras varias investigaciones, en 1794 decidió ser también emprendedor como su padre. Compró un molino de viento-aserradero, un horno de cal y un almacén de materiales de construcción en su pueblo natal mientras continuaba con sus investigaciones científicas. Leyó todo lo publicado sobre Asia y África. Su plan original era atravesar este continente de este a oeste, en dos o tres años, y realizar un profundo estudio que abarcara tanto aspectos de naturaleza como geográficos y económicos.

Fue nombrado consejero del gobernador de Jever pero lo que realmente le interesaba era la exploración científica y geográfica. Las grandes riquezas de su padre, y las que consiguió él, le permitieron dedicarse a lo que deseaba. Se hizo amigo del duque de Gotha, que también le ayudó. Aprendió astronomía para realizar estudios geográficos y adquirió los instrumentos necesarios como cronómetros, sextante, horizontes artificiales, telescopio, brújulas, etc. Decidió recorrer todo el río Danubio. El 13 de junio de 1802 fue a Viena,

donde aprendió a levantar planos y mapas. Después marchó a Constantinopla (Estambul), donde llegó el 12 de diciembre de 1802. Se quedó seis meses allí. Después recorrió Asia Menor hasta Esmirna y más tarde hasta la ciudad siria de Alepo, donde llegó en noviembre de 1803. El mundo árabe seguía siendo un territorio hostil para los no creyentes. Se instaló allí y continuó aprendiendo árabe hasta dominarlo perfectamente. Fue a Damasco y recorrió la región circundante.



El 1 de marzo de 1805 cambió su nombre por el de Musa-El-Hakim (el médico) y viajó a la ciudad costera de Acre, en el actual Líbano. Desde allí,

en febrero y marzo de 1806, exploró la región, a veces disfrazado de mendigo para evitar ser atacado por los árabes. En su obra *A Brief Account of the Countries Adjoining the Lake of Tiberias, the Jordan, and the Dead Sea*, lo cuenta así:

> El país estaba tan infectado de árabes nómadas que no pude conseguir ni caballo, ni mula, ni asno. Incluso Yusuf [un griego cristiano que le sirvió de guía en la zona] me dijo por segunda vez que no se aventuraba conmigo. Con grandes dificultades conseguí un guía; pero para salvar el único abrigo que tenía, y que los árabes me quitarían con toda seguridad, me vi obligado a hacer uso de una precaución bastante extraña que fue cubrirme de andrajos hasta asumir el aspecto de mendigo, de un *mesloch*, para que nada mío pudiera tentar la rapacidad de los árabes. Sobre mi camisa me puse un viejo *kombaz* o bata, y sobre ella unas viejas ropas azules y rotas. Cubrí mi cabeza con algunos trozos de tela y mis pies con unas viejas babuchas. Una vieja manta hecha de andrajos protegía mis espaldas de la lluvia y del frío y una rama de un árbol me servía de bastón. Mi guía, un griego cristiano [distinto de Yusuf], se puso casi la misma ropa, y de este modo atravesamos la región durante diez días, a menudo fuimos detenidos por una lluvia fría que nos empapaba hasta la piel. Me vi obligado a caminar todo un día sobre el barro con los pies desnudos ya que era imposible usar mis babuchas en ese terreno tan pantanoso, completamente reblandecido por las lluvias.

Durmió al raso en cuevas con el ganado de algunos pastores. El 9 de marzo de 1806 descubrió y reconoció la ciudad grecorromana de Gerasa (Jerash). Cartografió el mar Muerto. Localizó varias ruinas de fortalezas y ciudades romanas como Masada y Maqueronte. Realizó un detallado informe científico de la zona, así como un mapa de la región. Después de recorrer toda Palestina continuó por el desierto y la península del Sinaí. Descendió hasta el monte Sinaí, en el sur de la península, y después subió hasta Suez y El Cairo, ciudad en la que permaneció dos años dedicándose a comprar mil quinientos setenta y cuatro manuscritos y libros antiguos, así como tres mil quinientos treinta y seis objetos arqueológicos con destino al Museo Gotha. También consiguió numerosas muestras de botánica, geología y zoología. Visitó las

pirámides y la provincia egipcia de Fayum, las catacumbas de Saccara y el lago Qarun.

Grabado de la Universidad de Gottingen representando al explorador Ulrich Jaspar Seetzen en su aspecto occidental.

Desde Suez navegó por el mar Rojo hasta Yanbu y Yeddah. Desde allí envió sus diarios. Su última anotación es del día 23 de marzo de 1809. Se quedó en la ciudad algún tiempo y fue andando a La Meca en octubre de 1809, fuera de la época de las peregrinaciones. Retornó a Yeddah y fue a Medina. Allí dio lugar a sospechas. Fue llevado ante el emir, quien le interrogó y le preguntó por qué llevaba tantos libros y por qué se metía por todos los rincones. Les soltó un discurso sobre el amor a la sabiduría del profeta Mahoma que les dejó sin argumentos. Fue otra vez a Yeddah, donde esperó a la época de las peregrinaciones y marchó de nuevo a La Meca, ya como peregrino, en 1810. Su afán de enterarse volvió a dar lugar a sospechas

y fue detenido otra vez, pero logró salir del paso haciendo alusión una vez más al profeta y a la sabiduría.

Decía que su viaje a La Meca era una simple preparación para otros viajes posteriores al interior de Arabia y a los canatos —tierras gobernadas por un kan— del Turkestán y de Asia Central, que interesaban mucho a Rusia, para cuyo gobierno trabajaba. Después de la ciudad santa continuó al sur, hacia Yemen, aprovechando el regreso de las caravanas de peregrinos y con un salvoconducto de un imán o autoridad religiosa. Viajaba con diecisiete camellos para llevar su equipaje, sus libros y sus muestras.

Desde Moca (Al-Muha), en Yemen, en noviembre de 1811 (septiembre según otras fuentes), escribió sus últimas cartas a Europa. Quería cruzar la península arábiga por el sur y llegar hasta el sultanato de Omán y su capital Mascate, en el otro extremo. Fue hacia Saná, la capital, primera etapa de su viaje. Llevaba serpientes y otros animales en frascos de formol y la gente los consideraba como algo mágico. Le acusaron de provocar sequía. Unos días después de salir de Moca, rumbo a Saná, en el pueblo de Taiz, tras recorrer 50 kilómetros, murió. Se dice que fue envenenado por órdenes del emir de aquella ciudad. Tenía cuarenta y cuatro años. Sus últimos documentos y todos sus especímenes se perdieron con su muerte. Lo que se sabe sobre su fallecimiento lo podremos leer en el siguiente relato, dedicado a James Buckingham. Además del informe sobre Palestina se conserva también toda la correspondencia que envió periódicamente, en unos fondos titulados *Monatlische Correspondenz* y *Fundgruben*.

En 1854, el profesor Dr. Friedrich Kruze publicó los cuatro volúmenes de su diario, que cubre sus exploraciones entre abril de 1805 y marzo de 1809. Los originales se encuentran en la Biblioteca de Oldenburg. Sus escritos, además de aportar mucha información científica, estaban llenos de humor y fina ironía contando sus aventuras y anécdotas en las posadas, con los comerciantes y sirvientes. Describe las costumbres con mucha objetividad para su tiempo, y sin entrar en valoraciones.

Bibliografía

SEETZEN, Ulrich Jasper, *A brief account of the countries adjoining the Lake of Tiberias, the Jordan, and the Dead Sea*. Londres: The Palestine Association of London-Meyler and Son, 1810.

—, y KRUZE, Friedrich, *Reisen durch Syrien, Palästina, Phöenicien, die Transjordan-länder, Arabia Petrea und Unter-Aegyptian*. Berlín: Reimer, 1855.

—, y LITCHTENBERGER, Achim, *Unter Mönchen und Beduinen*. Stuttgart: Erdmann, 2002.

SCHIENERL, Jutta, *The way in the Orient. The researcher Ulrich J. Seetzen*. Oldenburg: 2000.

James Silk Buckingham (1786-1855) (1813)

La apasionante vida del marino que acabó navegando por el desierto

Nació el 25 de agosto de 1786 en Flushing, cerca de la ciudad de Falmouth, en Cornualles, en la esquina suroeste de Inglaterra. Entonces era una importante base naval y James cuenta cómo los marinos se hacían ricos con el contrabando. Era hijo de una familia de marineros y granjeros. En su autobiografía dice que uno de sus antepasados luchó contra la Armada Invencible española.

Su padre murió cuando él tenía 7 años, dejando tres hijos y cuatro hijas. Él era el menor. Cuando cumplió 6 años le habían enviado interno a una escuela muy dura y cruel, tierra adentro, pero le sacaron cuando murió su padre, un año después. En esa época se declaró la guerra contra la Francia revolucionaria, los precios de los alimentos subieron muchísimo y se produjeron disturbios. El fervor patriótico hacía que los niños también jugaran a los soldados pero a él, sobre todo, le gustaba el mar y no perdía oportunidad de subirse a los barcos o tomar un bote y navegar. En una ocasión casi se ahogó.

Comenzó su «vida activa», como él dice, en 1796, a la edad de nueve años, pues le prometieron que le embarcarían y le llevaron a una escuela de navegación durante tres meses. Después le enrolaron como guardiamarina en el barco de un amigo de su padre cuyo capitán era el marido de su hermana. Se sintió muy feliz cuando vistió por primera vez la casaca azul de marino, a pesar de que su jefe directo le hacía sufrir mucho. Enseguida pudo trepar por

una cuerda hasta lo alto del mástil mayor. Su primer viaje fue a Lisboa. El capitán podía llevar mercancías en su equipaje por valor de cinco mil libras, los marinos, por quinientos y él por cincuenta. Las vendían en la capital portuguesa, compraban objetos que resultaban apetecibles en Inglaterra y, como no pagaban aduana, realizaban un buen negocio.

Retrato de James Silk Buckingham realizado por Clara S. Lane. National Portrait Gallery, Londres.

En su tercer viaje fueron apresados por un barco de guerra francés que les llevó al puerto de La Coruña (España era aliada de Francia en aquel momento). Con diez años le metieron en una cárcel pero le dejaban bastante libertad y se hizo amigo de la hija del alcaide, de su misma edad. Dice que era bastante atractivo y asegura que la niña estaba loca por él y le daba comida para complementar la escasa ración carcelaria (se queja del sabor del aceite de oliva y del ajo). Pasados unos meses, para ahorrar costes, el Gobierno español decidió enviar a los ingleses a Portugal. Ya era el año 1797. Eran unos cincuenta y les llevaron, escoltados, hasta la frontera. No les dejaron embarcar en Oporto y hubieron de bajar hasta Lisboa, desde donde regresaron a casa. Buckingham siguió navegando y cuenta la historia de un marinero,

cocinero, que tras bastantes años embarcado, cobró tres mil libras de una vez y se las gastó en tres semanas.

De repente le entró el fervor religioso, dejó el mar y se hizo calvinista, pero enseguida volvió a los barcos. En 1804 tuvo la oportunidad de viajar hasta Sicilia y le encantó el Mediterráneo. Cuando regresó, su madre había muerto. No podía tocar la herencia por ser menor pero consiguió un préstamo para establecer una tienda de efectos marinos y libros. En 1806 se casó y, al poco tiempo, el tutor que cuidaba de la herencia se embarcó en negocios con ese dinero y lo perdió todo. James se encontró con deudas a las que no podía hacer frente y se vio obligado a volver a trabajar como marinero realizando muchos viajes a las islas del Caribe y a Estados Unidos. Con el tiempo fue nombrado capitán y siguió navegando con destino a América hasta que en 1811 le encargaron ir al Mediterráneo visitando Gibraltar, Malta, Grecia, Esmirna y Lesbos. Regresó a Londres y realizó un segundo viaje. Pasó cinco años en la marina mercante.

Decidió dejar el mar para poder estar más con su familia y pensó convertirse en armador con base en Malta. Invirtió todos sus ahorros de esos cinco años en un cargamento que pensaba vender en esa isla antes de instalarse. Fue allí en junio de 1813 pero había una grave epidemia y no pudieron desembarcar, por lo que fue a Esmirna. Intentó vender allí la carga a bajo precio por lo que, de nuevo, perdió todos sus ahorros y además contrajo muchas deudas. Debía buscar trabajo y fue a Egipto. Allí recorrió parte del país, pues le encargaron que visitara el mar Rojo para intentar montar una línea de barcos en esa zona. Recorrió el Nilo hasta Tebas y Quena e incluso bajó hasta Isna (Esneh). Allí coincidió con Burckhardt y pasaron unos días juntos. Siguió bajando hasta el lago Nasser, ya en el trópico de Capricornio. Sufrió de oftalmia por los rayos del sol y se quedó ciego durante quince días. Volvió al norte. Al llegar a Quena, para cruzar hasta la ciudad de Quseir, en la costa del mar Rojo —unos 150 kilómetros—, siguió el consejo de Burckhardt y se vistió de soldado albanés, pues había muchos en los ejércitos otomanos que ocupaban Egipto. Se juntó con un verdadero soldado de esa nacionalidad, al que pagó por acompañarle. Compró dos camellos y cuando pararon a descansar organizó turnos de guardia para evitar ser asaltados. Él hizo el primer turno. Espabiló al soldado y se durmió. Cuando despertó comprobó que habían desaparecido los camellos, las armas y muchas de sus cosas, pues el albanés se había emborrachado, cayó en un profundo sopor y les robaron sin que se despertaran.

Con lo poco que le quedaba compró dos burros y continuaron hacia Quseir, pero ya no llevaban más armas que el sable de Buckingham. Se encontraron con un grupo de soldados albaneses y les quitaron absolutamente todo (incluyendo sus valiosos instrumentos de medida como sextantes, brújulas, etc.), dejando al inglés completamente desnudo. El soldado guía se fue con ellos.

Buckingham, siguiendo el consejo de Burckhardt, llevaba atado al brazo un trozo de tela —como solía ser usual en la región— donde estaba escrito algún versículo del Corán y que se utilizaba como amuleto. Por ser sagrado es lo único que no le robaron. Dentro escondía unas monedas que dio a un beduino a quien encontró en el camino para que le diera de comer y de beber. También le proporcionó una tela para que se tapara un poco y le permitió ir con su recua de burros, pero había de ir andando, descalzo, por el suelo desértico lleno de piedrecitas que le dejaban los pies maltrechos. No pudiendo dar un paso más, al final el beduino le permitió subirse a uno de los burros. Por fin, el 27 de diciembre de 1813, logró llegar a Quseir. En su caso el disfraz no le sirvió de mucho.

Allí buscó a Paulo, un cristiano copto, le encontró y entregó la carta de Raffaeli, un amigo común, que también escondía en el amuleto. Le acogió, se pudo lavar y poner aceite en sus maltrechos pies y en su trasero, que había cabalgado sobre el burro piel con piel. Paulo le comunicó que era imposible cruzar el mar Rojo, pues en ese momento los turcos utilizaban todos los barcos para llevar tropas a la península arábiga, para controlar las rebeliones de los nativos, por lo que le aconsejó regresar a Quena y le proporcionó asnos y un guía. Tras tres días de viaje regresó al río, vestido esa vez de cristiano copto. Descendió el Nilo hasta El Cairo. Allí le encargaron que estudiara la posibilidad de abrir un canal entre el Mediterráneo y el mar Rojo. Comenta que había dos modos de hacer el viaje: o con una gran escolta, lo cual era muy caro, o «como hacen los árabes más pobres, con uno o dos camellos», de modo que no mereciera la pena un asalto ni se viera la posibilidad de pedir una recompensa.

Comenzó el viaje el 15 de febrero de 1814. Llevaba un salvoconducto del pachá y se hizo acompañar de un beduino llamado Phanuse. Iba vestido de campesino egipcio con una camisa larga de algodón azul sobre una interior blanca y un turbante basto, una faja de lana, babuchas y una manta para la noche. También llevaba una chilaba para el fresco nocturno. Se había dejado la barba. Por comida llevaba pan, arroz, manteca, dátiles, café, tabaco y un odre de agua. Un cazo, una cafetera y dos tazas componían todo su ajuar.

Como armas cada uno llevaba sable, mosquete y pistolas de poca calidad para evitar que se las quitaran. Antes de comer se lavaban las manos en la arena. Fueron hacia el este, hasta la ciudad de Suez, a unos cien kilómetros. Sus ojos comenzaron a sufrir por el sol y su cuello se quemó. Llegaron el 18 y se entrevistó con el gobernador. Suez era el puerto de El Cairo en el mar Rojo. Buckingham realizó un estudio de la ciudad vestido de árabe, mezclado entre la gente, y comprobó que no llamaba la atención.

Grabado representando a James Silk Buckingham incluido en su libro *Travels in Assyria, Media and Persia* publicado en Londres en 1829. El dibujo es obra de W. H. Brooke.

El 23 partieron para cruzar el desierto hacia el norte, hasta el Mediterráneo y la actual ciudad de Port Said. Le dijeron que esa ruta era

impracticable y peligrosa y que los beduinos atacaban a todo el que la atravesaba. Su guía le pidió un aumento de cincuenta piastras por los riesgos. Pasaron un día discutiendo hasta que llegaron a un acuerdo. Parece ser que había un antiguo canal, cegado, que quiso unir el mar Rojo y el Mediterráneo. Incluso quedaban algunas salinas. Sobre la historia de Moisés y la separación de las aguas comenta que incluso hay un lugar que se llama arroyo de los Judíos y una hondonada larga a la que se denomina Wadi o Ouadi, es decir, 'río'. Dice que lo que las escrituras califican de milagro bien pudo tratarse de las grandes diferencias que hay entre las mareas. Se encontraron con unos beduinos que les contaron la historia del faraón y los judíos que escaparon y que el lugar por donde pasaron se encontraba unas millas más al norte. En esa época el mar ocupaba algunas zonas del desierto. Esa separación de las aguas pudo ser simplemente la bajamar que aprovecharon los judíos antes de la llegada de la pleamar o marea alta que impidió el paso del ejército del faraón. En algunos lugares el canal tenía una profundidad de veinte pies.

Buckingham hace una recopilación de la historia del canal desde Herodoto, quien ya habla del intento de unir el Mediterráneo y el mar Rojo con un paso que permitiera realizar el trayecto en cuatro días de viaje y con una anchura para tres trirremes —barcos con tres filas de remos—. Parece ser que, bajo el rey Necos (Necho) se utilizaron cien mil hombres que fallecieron por las penalidades y el monarca desistió solo cuando un oráculo se lo aconsejó. El historiador Estrabón también habló de un canal que terminaba en el golfo de Arabia, pasaba a través de unos lagos salados y fue realizado antes de la guerra de Troya, y que Darío I también lo intentó pero asimismo desistió. Los Ptolomeos lo hicieron navegable con esclusas que se abrían y cerraban. Diodoro también habló de un canal desde Pelusio hasta el golfo de Arabia. Plinio comentó el intento de unir los mares con uno de 72 millas (100 kilómetros) y que Ptolomeo lo logró con una anchura de 100 pies y 30 de profundidad (30 x 10 metros). Logró abrir 37 millas (60 kilómetros) hasta los manantiales amargos (lagos salados). Allí se interrumpió el trabajo, ya que se comprobó que el Mediterráneo estaba tres codos más alto que la tierra de Egipto. Temían que el mar inundara el Nilo y sus aguas. Las mareas en el mar Rojo tenían una diferencia de hasta seis pies (dos metros aproximadamente), lo que no ocurría en el Mediterráneo. En la vida de Marco Antonio también se habla de un viaje por ese canal hasta los manantiales amargos donde se embarrancaron. Se pensó también hacerlo desde el mar Rojo al Nilo pero hubiera dado lugar a que el río se inundara de agua salada.

Lo que Buckingham fue viendo coincidía con lo dicho por Plinio en anchura y profundidad del canal seco, que alcanzaba 20 pies (6 metros) y había de tener en cuenta que los 10 pies (3 metros) que faltaban habrían sido cubiertos por la arena. No encontró restos de las mencionadas esclusas. Los manantiales amargos se llamaban Pantanos Salados y tras perder los restos del canal, llegaron a ellos. Los rodearon hasta 10 millas (16 kilómetros) sin encontrar más signos del canal pero sí trazas de que aquello había estado cubierto de agua salada. El inglés compara las tormentas en el mar y en el desierto y prefiere las primeras, pues en el desierto no podían respirar ni ver a más de diez pasos y solo podían cubrirse y esperar. Al poco tiempo encontraron un oasis.

Mientras estaba preparando el manuscrito de su autobiografía, en 1855, se enteró de que el pachá Said de Egipto había concedido al francés Ferdinand de Lesseps el permiso para abrir un canal entre ambos mares con un coste estimado de seis millones de libras esterlinas, que se conseguirían a través de accionistas europeos. No se permitía comprarlas a los británicos, pero estos lo hicieron a través de hombres de paja. Un ferrocarril hubiera costado una sexta parte, pues solo eran 60 millas (97 kilómetros) en línea recta y terreno firme, sin propietarios a quien tener que indemnizar y mano de obra barata. El problema era que las mercancías había que desestibarlas del barco, cargarlas en el tren, descargarlas y volver a estibarlas en otro barco. Cuando Buckingham realizó la exploración todavía no había ferrocarriles públicos en Europa.

Llegaron a la zona del Mediterráneo y a Alejandría, donde pasó la primavera y el verano de 1814 esperando que el pachá turco regresara de una guerra con los wahabitas. Aprovechó el tiempo para aprender más árabe. Al final del verano se entrevistó con el pachá, quien, tras hablar con él sobre su harén de cientos de mujeres de todas las razas, le pidió consejo sobre varios aspectos de política, educación y economía. Buckingham le propuso enviar a los jóvenes a estudiar a Europa y EE. UU., pues si traía profesores extranjeros, la gente no les aceptaría. Sobre el canal decía que tenía miedo de los ingleses, ya que se había enterado de cómo, poco a poco, se habían ido haciendo dueños de lugares en todo el mundo; primero con tiendas y almacenes, después con tropas para proteger esos almacenes, y al final se adueñaban de todo (ese era el caso de la India). Le preguntó a Buckingham si era verdad y este reconoció que sí. El pachá le dijo que los ingleses se adueñarían de él y de Egipto —como realmente ocurrió— y reconoció que hacer el canal «sería como afilar el cuchillo con el que iban a cortar su propio

cuello». Como tuvo que dejar de lado el proyecto del pasadizo, se puso a trabajar para *Mr*. McLee, cónsul británico y comerciante que le encargó unos negocios en la India.

Llegó a Suez el 18 de octubre de 1814 y se embarcó en un *dhow* con destino a Yeddah. Para hacer más llevadero el calor preparó con cuerdas una red en la que se introducía y quedaba situado fuera del barco, a la sombra, suspendido en el aire. En ocasiones le bañaban metiéndole en el agua para refrescarle. Sufrieron una gran tempestad. Iban unos doscientos pasajeros. Muchos cayeron del barco y él perdió gran parte de su equipaje y dinero. Llegaron a Yeddah a primeros de noviembre y se quedó hasta el 13 de enero de 1815.

Había un barco inglés en el puerto que iba a la India y Buckingham se instaló en él. Burckhardt estaba por allí y fue a visitarle. Pasó unos tres días con él y con Othman, el antiguo esclavo escocés que heredó las riquezas de su amo, quien también dio dinero al inglés. Dice que era rubio y pecoso pero vestía como un turco. Como hemos visto, el suizo encargó a Buckingham que se enterara de lo que le ocurrió a Seetzen en Yemen.

Después Burckhardt y el escocés se fueron de peregrinación a La Meca a costa de este último y James dejó Yeddah el 14 de enero de 1815. Navegó hasta Moca donde se quedó en la British Residency con otros siete británicos y donde esperó hasta el 10 de febrero. Le escribió a Burckhardt sobre la suerte de Seetzen el 9 de febrero en una carta de la que reproducimos algunos fragmentos:

> Está ahora en Moca el doctor Aikin, agregado a la British Factory [tienda británica de intercambio], al servicio de la East India Company, que llevando aquí más de cinco años, disfrutó de mucha relación con el doctor Seetzen durante su corto reposo aquí, y estuvo en su compañía la noche antes de su partida de aquí. Es por este caballero que he recibido las informaciones que tengo la desagradable tarea de comunicarle a usted.
>
> Parece ser que este capaz y emprendedor viajero, después de haber completado la peregrinación a La Meca y, como usted, haber obtenido la envidiable distinción de Hadj, atravesó gran parte del Hiyaz [región este de Arabia Saudí junto al mar Rojo]; y entrando en Yemen, vino a través de Saná y otras ciudades principales de esta extremidad de Arabia, trayendo consigo el

botín que su sola intrepidez le había hecho conseguir en botánica, mineralogía y otras muestras de historia natural. Como la colección de Niebuhr, tan pronto como entró en las puertas de Moca, fueron confiscadas por el rapaz Dola con la esperanza de que contuvieran numerosos tesoros; pero encontrándose decepcionado por el aparente miserable valor, y como para vengarse y asegurar que el propietario lo perdiera, lo envió todo al imán de Saná bajo el pretexto de que eran cosas destinadas al ejercicio de la magia y los encantamientos […] durante la estancia del doctor

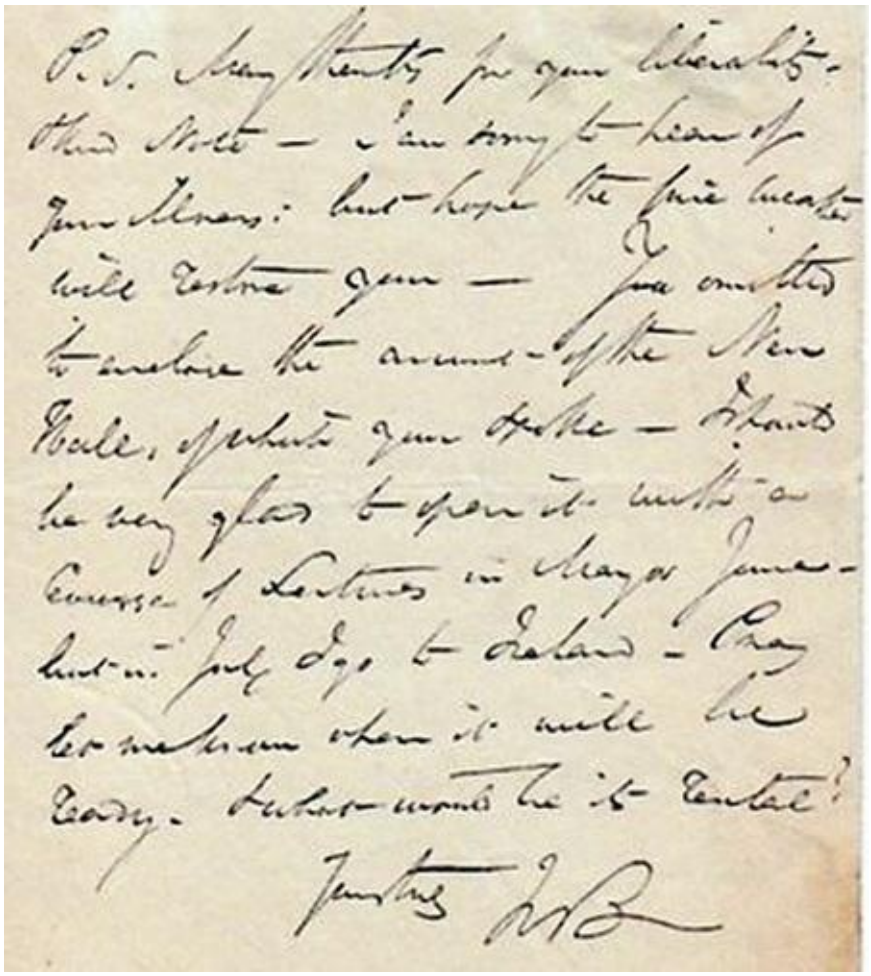
Seetzen en Moca, siempre se hizo pasar por un derviche musulmán con el nombre de Hadj Moosa [Musa]. No parece que ningún nativo le tomara por europeo —su larga barba, aspecto general, y fluidez en la lengua árabe le permitían pasar insospechadamente como un mahometano de Siria—. Ni siquiera visitó las European Factories; aunque el capitán Rudland, que ha estado en Abisinia con *Mr*. Salt, siendo el agente de la East India Company aquí, le observó, su residencia estuvo continuamente en el caravasar [albergue] de los viajeros.

La opinión general de la gente mejor informada en El Cairo, no interesados por sí mismos en su muerte, era que el doctor Seetzen había encontrado su muerte en África, en alguna guerra entre negros cerca de Berbera; pero se asegura confidencialmente aquí que no cruzó a la costa de enfrente [África]. Después de su estancia en Moca, harto de inútiles esfuerzos para obtener la devolución de sus muestras, tomó la determinación de revisitar Saná en persona, y viajar desde allí hasta el extremo este de la península arábiga y cruzar desde Mascate a Persia. Para este propósito salió de aquí el mes de octubre de 1811, llevando con él un número de camellos (hasta un total de catorce, según mi informante) cargados con equipaje, provisiones, etc. Sin embargo, tres días después de dejar Moca, se recibió información de su súbita muerte cerca de Taiz, y la consiguiente dispersión de sus propiedades. Sin duda parece ser que se mantiene entre los mismos árabes, que fue envenenado por algún agente de Dola con la connivencia, o quizás con la orden expresa, del imán, de arrancarle hasta la última pulga que tuviera.

Aparte de esto, nada se conoce positivamente sobre los detalles de su sufrimiento; pero el hecho de que murió de una muerte súbita y violenta parece, desgraciadamente, estar fuera de toda duda. Antes de dejar Moca, confió al cuidado de *signor* Benzoni, un italiano de aquí, todos sus papeles y diarios de valor que se había alegrado de esconder de la destructiva garra de rapaz ignorancia, para ser enviados por ese caballero a Egipto, a su distinguido patrón, el duque de Gotha, en Europa. Sin embargo, ocurrió que Benzoni dio fin a su controlada existencia aquí y la única manera que consideró para cumplir su obligación fue transferir los objetos de su amigo asesinado al agente hindú de la East India Company, el jefe de los banianos [comerciantes hindúes] a quien se las quitó enseguida el Dola, y hasta ahora, me temo, perdidas por siempre para los amantes de la sabiduría y sus patrones, que sin duda hubieran encontrado en ellas información de la más interesante naturaleza. Esa, mi querido Ibrahim, fue la suerte inmerecida y penosa de uno que, como usted mismo, estaba inmerso en la más noble de las búsquedas, la adquisición de conocimientos para la mejora de la civilización de la humanidad.

Firma J. A. S. BUCKINGHAM

Moca era el puerto por donde salía el café de la zona, cultivado en Hodeidah y Lohia, a unas cien millas (160 kilómetros) al norte y desde donde se exportaba a todo el mundo, especialmente a Turquía, pero allí en Moca nadie lo tomaba, pues no les gustaba, sino que usaban solo la cáscara del café.



Manuscrito de James S. Buckingham, de abril de 1842, referente a un libro que escribió ese año sobre Estados Unidos que tituló irónicamente *The slave States of América*.

Salió el 10 de febrero de 1815 y el 6 de abril llegó a Bombay. El nombre viene del portugués *Bon Bahía* (‘buena bahía’). Visitó a varios comerciantes a los cuales había sido recomendado por la British House de Alejandría, que era la que le enviaba. Les intentó convencer de que hicieran comercio con Egipto pero temían al pachá Mohamed Alí. Buckingham enseguida se quejó del monopolio de la East India Company. Estuvo a punto de ser devorado por un tigre. Consiguió que le ofrecieran el mando de un barco persa que comerciaba con China pero otros capitanes le denunciaron porque no tenía el preceptivo permiso de residencia de la compañía. El gobernador le recibió y le preguntó si era americano. Él respondió que no. Aquel insistió y Buckingham reiteró

que era británico. Después se enteró de que el gobernador intentaba solucionar el asunto de un modo formalista con su simple declaración de ser ciudadano estadounidense. Los británicos necesitaban permiso del Consejo de Directores de la East India Company para establecerse en la India. En cambio, los extranjeros no lo precisaban. Como dijo ser británico, le expulsaron. Si se hubiera hecho pasar por estadounidense, algo fácil para él pues había visitado Estados Unidos en muchas ocasiones y conocía la forma de hablar y las costumbres, se podría haber quedado. En mayo de 1815 le quisieron expulsar. La repatriación significaba ir en una hamaca, entre la marinería, y comer su rancho. Se pagaban diez libras por todo el viaje a Inglaterra cuando un billete normal costaba cien. Al final le dejaron regresar a Egipto en lugar de a Gran Bretaña y, como antiguo marino, le invitaron en un barco. El inglés comenta apesadumbrado que quien consiguió el empleo de capitán del barco persa ganó treinta mil libras en tres viajes entre Egipto y China en un año.

Al volver a Egipto, los vientos del monzón del suroeste hacían imposible ir directamente desde Bombay al mar Rojo, a pesar de su cercanía. Debieron regresar por el sur y el oeste, bajaron a Malabar y Ceilán y descendieron hasta ocho grados al sur del ecuador para después subir bordeando África hasta llegar a la isla de Socotora. Llegaron a Moca el 18 de agosto, tras casi dos meses de navegar por el llamado *Southern pasage* donde las tediosas calmas daban paso a grandes galernas. El 3 de septiembre siguió camino a Yeddah. Allí consiguió un buen sextante, una brújula marinera y cuerdas para medir la profundidad. En el barco llevaban una cabra para tener leche fresca. Fue a Yanbu y a Suez, donde llegó el 10 de noviembre de 1815, cinco meses después de dejar Bombay. Había vivido de préstamos que le hicieron en la India bajo su palabra. En la travesía por el mar Rojo corrigió algunos errores de los mapas de Bruce (el que decía haber descubierto las fuentes del Nilo) y constató que aquel no navegó más al sur de Yeddah y hasta el océano Índico como decía.

Logró que el pachá firmara un acuerdo de comercio con *Mr*. McLee para respetar los derechos de los comerciantes de la India. Para comunicárselo a estos, dado que los vientos no permitían ir en breve tiempo, decidió ir por tierra, cruzando Palestina, Siria, Mesopotamia y Persia. Decidió ir disfrazado de turco y llevando un documento del pachá en el que se indicaba que era su enviado, su embajador, sobre todo para que no le echaran de nuevo de la India. También llevaba dinero y una autorización para, en su nombre, comprar un barco y un cargamento. Buckingham habla de la capacidad para adaptarse a las maneras extranjeras. Antes de marcharse, coincidió de nuevo

con Burkhardt, a quien no gustó nada que quisiera recorrer Palestina, pues podía hacer sombra a sus descubrimientos y, desde ese momento, su relación se vició.

Partió el 25 de diciembre de 1815. El 20 de febrero de 1816 cruzó el valle del Jordán vestido de beduino pobre con el dinero escondido en el turbante. Visitó Jerusalén. Allí coincidió con el egiptólogo William Bankes y viajaron juntos durante siete días: Nazaret, el mar Muerto, Gerasa, el lago Tiberíades, Damasco, etc. Tras el viaje mantuvieron correspondencia durante seis meses pero, curiosamente, después Bankes le pidió todas las cartas y Buckingham se las entregó a excepción de una que no encontraba.

Estuvo en casa de Hester Stanhope —una inglesa que recorrió la zona y vivió en ella vestida de árabe, a la que se dedicará un capítulo más adelante—. Dice que tuvo la buena fortuna y felicidad de estar bajo el hospitalario techo de esa distinguida dama durante un periodo de ocho días, entre el 11 y el 18 de abril de 1816. Llegó exhausto y enfermo. Debido a ello no tomó notas, por lo que lo cuenta de memoria. El doctor Meryon, médico particular de Hester, le acompañó a Sidón, a unas cinco o seis millas (ocho o diez kilómetros). Describe el antiguo monasterio de San Elias donde habitaba la británica. Sobre ella, comenta: «Si hubiera adoptado el vestido de una mujer turca, solo podría haber salido al exterior envuelta en los amplios ropajes llevados por ellas». A los inspirados o locos se les consideraba que tenían una especial protección de Dios. Antes de dejarla, Hester le dio cartas para gente de la India.

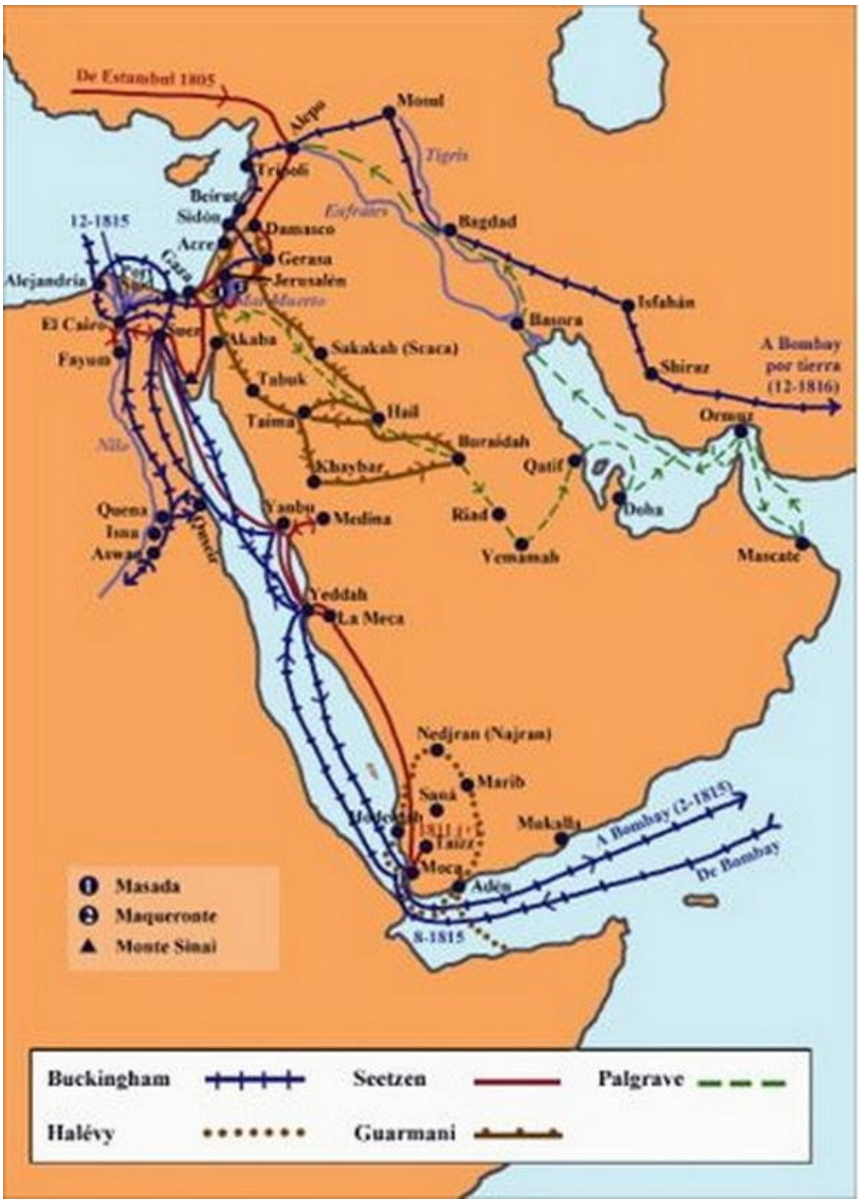
Desde allí, solo, sin intérprete ni guía según afirma, fue a Beirut, Trípoli, Homs, Antioquía, Alepo, Nínive (Mosul) y Bagdad. Pasó a Persia y cruzó los montes Zagros, Persépolis, Ispahan, Shiraz. Tras doce meses de peligros, enfermedades y privaciones llegó a Bombay el 16 de diciembre de 1816 (faltaron nueve días para que tardase un año completo). Allí, como enviado del pachá, siguió vestido de árabe. Dice que el viaje «fue realizado sin el placer y la ventaja de un amigo, compañero, intérprete, sirviente o ayudante europeo de ningún tipo; adopté la ropa, maneras y lengua del país continuamente durante todo el camino». Entre los viajeros que han visitado Mesopotamia hace referencia al judío español Benjamín de Tudela, quien estuvo en la zona entre 1159 y 1173 en un extraordinario viaje que no incluimos aquí, pues en ninguna fuente consta que fuera disfrazado, ya que los judíos eran tolerados en aquellas zonas. Incluso visitó las poblaciones de Taima y Khaybar, en plena península arábiga, en las cuales todavía quedaba una pequeña comunidad judía.

A Buckingham nunca le salían bien los negocios. Tampoco prosperó el intento de comercio de la India con Egipto. Le ofrecieron capitanear un barco al golfo pérsico. Lo efectuó y regresó a Bombay y a Calcuta, donde se instaló en junio de 1818. En octubre comenzó a editar un periódico, *The Calcutta Journal*, y le convencieron para que publicara sus viajes. En 1819 envió el manuscrito de *Travels in Palestine* a *Mr*. Murray, de Londres, por medio de su amigo Babington. A Bankes, en Egipto, le llegó un ejemplar del *Calcutta Journal* donde se decía que Buckingham iba a publicar un libro sobre Palestina. No le gustó que se le adelantara. Como creía tener todas las cartas escribió a su padre —muy influyente— para que hablara con Murray y detuviera la publicación. Usó su influencia y añadió que su hijo lo haría mejor. Murray rompió el contrato. El 1 de agosto de 1819 Buckingham escribió a Bankes, pero este ni abría las cartas y nunca le contestó. Bankes logró retrasar la publicación durante dos años. Incluso tacharon a Buckingham de blasfemo por decir que en el lago Tiberíades se producen tormentas que terminan de pronto y que uno de los milagros que se atribuyen a Jesús tiene una explicación física. Le quisieron quitar cerca de cincuenta páginas por blasfemo. En 1820 envió el manuscrito a Longman & Co. En 1821, por fin, apareció publicado *Travels in Palestine through the countries of Bashan and Gilead, east of the river Jordan, including a visit to the cities of Geraza and Gamala, in the Decapolis*.

Bankes regresó a Gran Bretaña y al verlo publicado se puso de acuerdo con la revista *Quarterly Review* para que sacara una mala crítica del libro, que parece ser que escribió él mismo, aunque no la firma. En enero de 1822 la *Quarterly Review*, en su número 52, denunció muchos errores del libro. El texto le llegó a Buckingham a Calcuta en agosto de ese año y este replicó aprovechando el *Calcutta Journal* del 14 de agosto de 1822. Le acusaban de errores geográficos e históricos, de usar materiales de Bankes, etc. El mismo Bankes le acusaba de que era incompetente para escribir y tomar sus propias notas. En 1825, Buckingham dedicó setenta páginas en letra pequeña del libro *Travels among the Arab tribes*, de Longman, a un apéndice donde intenta desmontar las maledicencias que han dicho sobre él. En el propio título dice: «con un apéndice conteniendo una refutación de ciertas infundadas calumnias interesadamente circuladas contra el autor por *Mr*. Lewis Burckhardt, *Mr*. John Bankes, y el *Quarterly Review*». Realizó una refutación de los treinta y cuatro puntos principales que le achacaban. Demandó a Bankes, pero este alegó que necesitaba la declaración de un testigo llamado Mohamed y que se suspendiera el juicio hasta que lo encontraran.

En 1823, por unas críticas de su periódico a la política y la actuación de la East India Company, le cerraron el diario y le expulsaron de nuevo de la colonia, por lo que regresó a Londres. Protestó y le concedieron una pensión indemnizatoria de quinientas libras. En 1827, en el libro *Travel to Mesopotamia*, en otro apéndice, cuenta que ha ganado todos los juicios por *Travels in Palestina* y que los mentirosos han sido condenados y él indemnizado en octubre de 1826. De hecho todos retiraron los cargos excepto William J. Bankes, un hombre muy especial, calificado de brillante y volátil, que entre 1815 y 1819 recorrió Egipto y Oriente Próximo.

Entre 1831 y 1837 Buckingham fue miembro del Parlamento por el distrito de Sheffield. En 1851 el Gobierno le concedió una pensión por sus actividades. En 1855, cuando estaba escribiendo su autobiografía, murió. Había escrito dos volúmenes —de cuatrocientas cincuenta páginas cada uno de los cuatro que pensaba redactar. Llevó una vida apasionante y muy intensa.



Mapa en donde se pueden ver los viajes que realizó Buckingham.

Después de todos estos intentos de recorrer la península arábiga, en 1819, el capitán George Foster Sadlier la cruzó abiertamente durante los meses de julio, agosto y septiembre entre los puertos de Qatif, en el golfo pérsico, y Yanbu, en el mar Rojo, buscando al pachá Ibrahim Alí para, por encargo del Gobierno británico, felicitarle por vencer a los wahabitas y proponerle luchar juntos contra los piratas del golfo pérsico. Fue el primero que cruzó la península, pero sin disfrazarse y con una gran caravana de quinientos

camellos. Lo relató en el libro *Diary of a journey across Arabia during the year 1819*. Fue publicado en Bombay en 1866.

En 1843 el alemán **Adolf von Wrede** fue a recorrer la zona del Hadramaut disfrazado. Escribió un libro sobre el particular en alemán que, desgraciadamente, no ha sido traducido a otras lenguas, por lo que no he podido consultarlo directamente. Por otra parte se ha escrito muy poco sobre él. Pero al menos que conste el homenaje.

Nació en Munster, Westfalia, el 14 de octubre de 1807. A los dieciséis años se marchó de casa y fue marino durante tres años. Después acabó en el ejército otomano y luchó contra los rusos. La *Enciclopedia Británica* informa que habitó un tiempo en Siria y Egipto. Aprendió árabe y las costumbres orientales y partió a Yemen desde El Cairo para estudiar las regiones del Wadi Doan y el Hadramaut. Partió del puerto de Mukalla y subió hacia el norte y después al oeste. En una ciudad le tomaron como espía de los europeos y le detuvieron: «Viajando disfrazado de egipcio que realizaba una peregrinación a la tumba del profeta Hud, logró pasar por tal a los ojos de los nativos durante un tiempo considerable. Sin embargo al final sospecharon de él y se descubrió que era europeo y cristiano. Fue encerrado en una prisión durante tres días, esperando la muerte a cada momento; pero el sultán de Grein logró aplacar a los beduinos fanáticos que querían matarle y le salvó la vida a condición de que abandonara el país sin dilación. Así lo hizo bajo la escolta del sultán, pero fue despojado de su guardarropa, su dinero, sus instrumentos y demás, aunque afortunadamente no de todos sus papeles y dibujos. Tras su regreso a El Cairo escribió un relato de sus investigaciones y aventuras». De regreso a Alemania no consiguió que le publicaran el libro y marchó a Londres, donde le dijeron que sí pero el editor se suicidó, por lo que su obra quedó inédita hasta que fue publicada en 1870 con el título *Reise in Hadramaut* (Viaje en Hadramaut). Todavía no ha sido traducida a otro idioma. Él, sin medios, regresó a Turquía, donde falleció en Constantinopla (Estambul) el 15 de marzo de 1863.

También en 1843, el francés **Joseph Thomas Arnaud** pudo visitar Saná, Marib y Sirwah. Algunos dicen que iba disfrazado de marroquí, pero en realidad no utilizó disfraz. Nació en la región francesa de Durance en 1812. Era farmacéutico, consiguió un trabajo como médico de un general turco estacionado en Yemen y aprovechó para hacer un viaje sin autorización a la ciudad de Marib (Saba). Estaba muy interesado en descubrir las especias que se decía había llevado la reina de Saba a Salomón. Esta, cuyo nombre era Balkis, tenía un palacio denominado Haram Balkis en la actual Marib que

entonces, según Ptolomeo, se denominaba Mariaba Metrópolis. Arnaud no encontró las especias pero sí el palacio, de cuyas ruinas copió cincuenta y seis inscripciones en la antigua lengua himiarita del lugar. Todo el mundo sabía que era francés. No les gustaba que los extranjeros visitaran las ruinas porque pensaban que buscaban tesoros escondidos. El problema lo tuvo cuando, de regreso de su segunda expedición a Marib, se quedó en la ciudad costera de Hodeida casi ciego por el sol. Tenía una pequeña tienda que regentaba su criado. Un derviche tomó varios objetos y no los quería pagar. Arnaud le dio unos palos en la espalda y el monje comenzó a decir que el francés era el causante de algunos incendios que se habían producido en la ciudad. La gente quiso lincharle. Logró salir con vida y se marchó a Yeddah y después a Alejandría y Francia, donde publicaron sus inscripciones. Más tarde se instaló en Argelia, donde falleció en 1882. Escribió un relato de su viaje: *Relation d'un voyage à Mareb (Saba) dans l'Arabie méridionale, entrepris en 1843*.

Bibliografía

BUCKINGHAM, James Silk, *Travels in Palestine*. Londres: Longman, 1821.

—, *Travels among the Arab tribes*. Londres: Longman, 1825.

—, *Travels in Mesopotamia*. Londres: Colburn, 1827. (Se lo dedica a *lady* Hester).

—, *Travels in Assyria, Media and Persia*. Londres: Colburn, vol. I en 1829, y vol. II en 1830.

William Gifford Palgrave
(1826-1888) (1862)

De oficial del Ejército británico a misionero disfrazado en Arabia y diplomático

Se le conoce como el jesuita aventurero. Nació en Westminster, Londres, el 24 de enero de 1826. Su padre era historiador, con título de sir, y dirigía los archivos oficiales. Su madre era hija de un banquero. Desde niño fue un superdotado. Entró en Oxford en 1844, estudiando becado en el Trinity College, igual que Burton. Dos años después se graduó en Humanidades y en Matemáticas. A los veinte años se alistó en un regimiento de infantería nativa de Bombay como teniente. La cultura india no le gustó nada, pues la consideraba injusta.

Se convirtió al catolicismo e ingresó en la Compañía de Jesús. En 1848 entró en el colegio jesuita de Madrás. Allí pasó los siguientes cuatro años y después se dirigió a Roma donde continuó sus estudios teológicos, que compaginó con los de árabe. En 1855 fue enviado a Beirut y dos años después fue ordenado sacerdote. Le encargaron predicar a los drusos, libaneses cristianos muy sui géneris a los que les está permitido fingir el pertenecer a cualquier otra religión. Allí perfeccionó su árabe.

Entre 1859 y 1860 hubo unas cruentas matanzas de cristianos en Líbano de las que por suerte se salvó. Tras pasar una temporada en Roma pidió ir a Arabia como misionero. Sus superiores accedieron. Consiguió el apoyo de Napoleón III de Francia, quien aportó diez mil francos a la operación por considerar que le podía beneficiar para su expansión colonial y comercial. No sabemos hasta qué punto llegaba su implicación.

En 1862 regresó a oriente e inició la aventura con otro jesuita griego, Gueraigueri. Fingirían ser cristianos árabes de Siria. Él sería el médico Selim Abu Mahmud El-Eys y su colega, su ayudante Barakat-Ash-Shami. Llevaban una buena provisión de medicinas y de material médico:

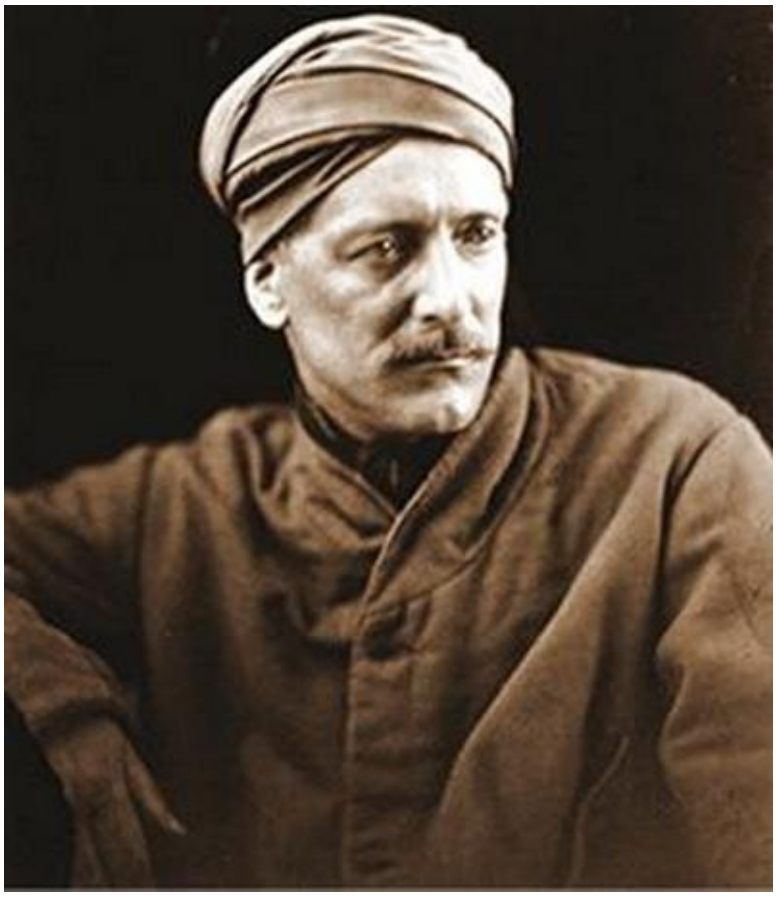
> Yo y mi compañero íbamos vestidos como viajeros normales del interior de Siria; modo en que ya habíamos realizado el camino desde Gaza, en la costa, hasta Ma'an [al lado de Petra], sin destacar ni ser interrogados. Nuestro traje consistía en una larga y fuerte blusa de cáñamo egipcio y, bajo ella, a diferencia de nuestros acompañantes beduinos, gozábamos del lujo de unos amplios calzones de algodón comunes en el este, mientras que nuestros pañuelos de cabeza, de colores, aunque eran simples, estaban ceñidos por bandas o *akkals* con alguna pretensión de elegancia; las holgadas botas de piel roja del país completaban nuestro atuendo.

En su equipaje llevaban ropas árabes más elegantes para cuando llegaran a ciudades. Su acompañante a veces se hacía pasar por su cuñado, por comerciante o como su alumno. Había aprendido un poco de medicina de unos libros occidentales que leyó y llevaba otros de Esculapio en árabe.

De Ma'an partieron el 16 de junio de 1862. Iban acompañados de tres beduinos no muy de fiar pues tenían fama de agresivos. Subieron hacia el norte, hacia el Wadi Sirham. Desde 30° N a 31° N y 38° E. A partir de allí comenzaron a ir al sureste, hasta Hail, atravesando el desierto del Nafud, con dunas de hasta diez metros de altura y fuerte viento simún. Marchaban hasta quince horas al día. Salían antes del amanecer, paraban un rato a mediodía, comían dátiles y un poco de pan amasado con sal y cocido bajo las brasas y seguían camino hasta medianoche. A los cinco días encontraron unos pozos para reavituallarse. Vieron avestruces. En un determinado momento uno de sus guías no podía continuar con ellos pues debían cruzar una zona donde había matado a alguien y si pasaba por allí, acabarían con él. A los guías beduinos no se les pagaba por anticipado pues ello suponía el peligro de ser abandonados o asesinados. Para cobrar, al igual que en Marruecos, debían retornar con un certificado de que había llevado a los clientes sanos y salvos. Solo entonces cobraban en el punto de partida.

Llegaron a la ciudad de Hail, donde alguien le reconoció como sacerdote católico, pero otro le identificó como un magnate de El Cairo y les dejaron en

paz. Fue recibido por el emir y, dada su condición de médico, recibió muchas peticiones de asistencia que resolvía con agua de canela y pastillas de miga de pan pero que debían funcionar por sugestión. Hizo muchas amistades y se informó en profundidad de todas las cuestiones políticas e intrigas de la ciudad, de toda Arabia y de los problemas con los wahabitas. Dice que les tomaban por cristianos sirios pero que les respetaban y eran tolerantes con ellos porque en la zona no eran wahabitas. Estuvo desde el 27 de julio hasta el 8 de septiembre trabajando como médico.



Fotografía de William Gifford Palgrave vestido de médico cristiano sirio, realizada en 1868 por Julia Margaret Cameron.

De Hail marcharon a Buraidah, donde llegaron el 16 de septiembre. Allí se encontraron con una caravana de peregrinos persas. Como eran chiíes les cobraban un alto impuesto por pasar. En el pasado había sido peor. Así, en 1856, les convencieron de que dejaran las cosas de valor y el dinero allí para evitar que se lo quitaran en el camino a La Meca o en el de regreso. El hijo

del gobernador les acompañó como guía. En medio del desierto les abandonaron. Perecieron todos y el gobernador se quedó con sus pertenencias y su dinero.

Palgrave hubo de esperar veinte días antes de poder continuar. Por fin encontró a Abu-Eysa, un nativo de Alepo que en 1852 se rebeló contra los turcos y hubo de huir. Recorrió el golfo pérsico y se dedicó al comercio con poca fortuna y como guía de peregrinos persas a los que trataba bien. En aquel momento debía regresar solo a Riad por lo que les permitió que le acompañaran. Como había visto a muchos europeos en Alepo, enseguida descubrió que ellos lo eran pero, como era muy tolerante y honesto, no dijo nada a nadie. El 3 de octubre salieron hacia Riad en una caravana de diez personas.

El emir les proporcionó un salvoconducto para transitar por sus tierras. Vieron monumentos megalíticos que significaban un pasado de prosperidad. Se les unieron cuatro derviches —monjes— de Kabul y Bujara que llevaban dos años de peregrinaje. No eran muy bienvenidos en Arabia, sobre todo por los wahabitas. Iban a pie. Palgrave estaba en contra de los viajeros que se hicieron pasar por musulmanes: «fingir una religión en la que el mismo aventurero no cree, realizar con escrupulosa exactitud prácticas de la más alta y sagrada importancia, que en su interior ridiculiza […] todo esto parece difícilmente compatible con el carácter de un caballero europeo, o incluso de un simple cristiano». Comenta que más grave aún que ser tomado por impostor era ser acusado de espía, para los que no había indulgencia. Cuenta el caso de un espía, europeo, del que no cita el nombre, que se hizo pasar por derviche y llegó a Riad, la capital. Allí sospecharon de él. Como decía que era derviche en camino a La Meca le dieron dinero, un camello y unos guías para se dirigiera allí. Pero en la primera parada, cuando se durmió, le mataron. Opina que pasarse por médico o comerciante era lo que menos sospechas despertaba. Afirma que el problema no era tanto ser cristiano (excepto en los lugares prohibidos y con los wahabitas fanáticos) sino ser europeo o agente de estos. Asegura que eran mejor vistos que los judíos. Por otra parte afirma que en muchas ocasiones eran tomados por mahometanos laxos puesto que no rezaban, al igual que ocurría con turcos, albaneses y kurdos. Hail está a 42° E; Eyoon y Buraidah a 44° E.

En su libro, Palgrave describe pormenorizadamente el itinerario con la flora, fauna, etc., así como la historia del wahabismo, pues pasaron por Horeymelah, lugar donde nació en 1703 Mohammed-Ebn-Abd-El-Wahab, su creador, que fue comerciante y visitó la India, Persia y Constantinopla. Tras

seis años en Damasco, Wahab retornó al Nejd, donde el islam estaba muy abandonado y corrompido. Quiso retornar a un islam en su sentido primitivo, el de Mahoma, y dedicó a ello el resto de su vida luchando contra los que no estaban de acuerdo y logrando en el siglo XIX el control de la actual Arabia Saudí. En la actualidad la corriente se conoce como salafismo.

Palgrave y sus compañeros de viaje llegaron a Riad, la capital del reino y de la región del Nejd, de donde proceden los caballos árabes. En la ciudad había una casta denominada *zelators*. Eran muy fanáticos, una especie de policía religiosa, y cuidaban de que la gente cumpliera sus obligaciones y no se desviara del Corán y del wahabismo. El *zelator* de su barrio quiso obligarles a ir a la mezquita. Llevó un grupo de gente armada de palos a su casa. Les preguntó por qué no habían contestado cuando pasaron lista en la mezquita que les correspondía. Dijeron que como no eran wahabitas rezaban por su cuenta, sin especificar que no eran musulmanes. Como eran amigos del emir y de su hijo les tuvieron que respetar. A un amigo persa, Naib, le pegaron por ser chií y solo se libró de morir apaleado porque sacó una pistola. Palgrave describe pormenorizadamente la ciudad y sus barrios. Visitó la ciudad de Kharfan, al suroeste, y retornó.

Mapa con el recorrido de William Gifford Palgrave procedente de su libro *Personal narrative of a year's journey through Central and Eastern Arabia (1862-63)* publicado en Londres en 1865.

Su viaje lo narró en dos gruesos volúmenes, que en un año tuvieron tres ediciones. El segundo comienza con la descripción de la vida en Riad, la historia de la dinastía wahabita y la vida cortesana. Ejerció de nuevo la medicina y describe a sus pacientes. Antes de pasar a consulta tomaba primero café con ellos distendidamente. Explica las condiciones higiénicas de Arabia y las principales enfermedades que padecían. También informa sobre los remedios y curas que practicaban. Su primer cliente fue Djowhar, el tesorero del emir Feisal, un negro, muy inteligente, antiguo esclavo liberado. Como era una persona muy importante le hizo mucha publicidad. El emir temió que fuera a conspirar contra él y le pagó para que se marcharan, pero Palgrave insistió en quedarse. La vida era muy estricta y hasta se prohibían los juegos infantiles en la calle y la música. Pensaban que todo el orbe estaba sometido al islam.

Por otra parte, al igual que en el Marruecos de Badía, había continuas intrigas por el poder, ya que no estaba reglamentada la sucesión ni la permanencia. Tanto el emir Feisal como su hijo Abdullah pretendían ponerlo de su parte. Este último le dijo que quería aprender medicina y Palgrave le dio clases durante tres semanas, dos o tres horas diarias. Después le pidió estricnina para acabar con su hermano y así evitar un competidor para heredar el emirato. Palgrave le respondió que sabía para qué la quería y que no tenía. Comenta que se parecía a Enrique VIII. Las relaciones se enfriaron. En una ocasión Abdullah le llamó porque tenía dolor de muelas, pero no le gustó ningún remedio de los que le propuso y Palgrave le aconsejó mascar tabaco, lo que estaba prohibido por el islam.

El 21 de noviembre por la noche le llamó de nuevo a su palacio y le acusó de ser cristiano y espía: «Sé perfectamente bien qué sois; no sois médicos, sois cristianos, espías y revolucionarios (*mufsideen*) venidos aquí para arruinar nuestra religión y estado, en nombre de los que os envían. El castigo para los que son como tú es la muerte, que sabes que estoy determinado a cumplir sin demora».

Reconoció lo de cristiano pero no lo de espía:

> «Perro que ladra, ni muerde ni caza» —pensé yo— y no me costó trabajo mostrar la calma que en realidad sentía. Así que, mirándolo fríamente a los ojos, repliqué: Pide perdón a Dios. Es una frase que comúnmente se lanza a quien ha dicho algo muy fuera de lugar. Él me respondió algo inesperado.

—¿Y eso por qué?

—Porque acabas de decir una completa tontería —respondí—. Cristianos, puede que sí; pero espías y revolucionarios… Como si no conociera todo el mundo en tu ciudad que somos simples médicos. Así que eso de matarme. No puedes y no te atreves.

—Puedo y me atrevo —respondió Abdullah—. ¿Quién va a impedírmelo? Vas a comprobarlo con tu cabeza.

—No puedes ni te atreves —insistí yo—. Llevamos aquí más de un mes como huéspedes de tu padre y tuyos, conocidos como tales, recibidos como tales… ¿Qué hemos hecho para que se cambien las leyes de la hospitalidad en Nejd? Es imposible que hagas lo que dices —continué, aunque pensando por un instante que sí que era posible—. El oprobio de ese acto podría ser demasiado para ti.

Se mantuvo un momento en silencio y luego dijo:

—Nadie tiene por qué saberlo. Tengo medios y puedo disponer de tu vida sin que nadie se entere. Todos los que están a mis órdenes pueden ocuparse del asunto cuando convenga, sin que jamás aparezca mi nombre.

Evidentemente iba ganando yo la partida. Así que aproveché la oportunidad y dije con una sonrisa tranquila:

—Eso no está en tus manos. ¿Acaso no me conocen tu padre y todos en este palacio? ¿Y tú hermano Saúd, como los demás? ¿Acaso no saben todos que he venido a visitarte? ¿O tal vez no hay nadie aquí —añadí lanzando una mirada a Majbub—, que no pueda decir a alguien lo que tú has dicho? Será mejor que dejes esas bobadas, ¿o quizá me tomas por una criatura de cuatro días?

Él susurró de nuevo la amenaza.

—Sois testigos todos los presentes —dije, con voz tan fuerte que se pudiera oír de un lado a otro de la sala— de que si a mí o a mi compañero nos ocurre algún percance desde Riad a la costa del golfo Pérsico, es Abdullah el responsable. Y las consecuencias caerán sobre su cabeza, mucho peores de las que él puede imaginar.

> El príncipe no replicó. Todos estaban callados. Majbub mantuvo los ojos fijos en el fuego. Abd el-Latif miraba mucho pero no decía nada.
>
> —¡Trae café! —gritó Abdullah a los criados. Un minuto después un esclavo negro se acercó con una sola taza de café en la mano. A una señal de su amo, se acercó a mí y me la entregó.

Palgrave se la tomó a pesar de temer que estuviera envenenada y pidió otra más para aparentar tranquilidad. Como las cosas se estaban poniendo muy feas decidieron marcharse. Abu-Eysa les preparó todo y, tras pasar cincuenta días en la ciudad, una noche, aprovechando cuando todo el mundo estaba en la oración, salieron de la población y se escondieron en un lugar cercano mientras Abu les traía un guía que les acompañara. A su regreso, Abu les dijo que Abdullah había preguntado por ellos y que les creía espías de Constantinopla o de Egipto.

El 28 de noviembre siguieron su camino. Pasaron por Yemamah, una zona muy cultivada y con muchos árboles. Continuaron hacia el este, hasta casi 50° E, punto en el que se desviaron hacia el norte hasta alcanzar la costa en Qatif a 26° N. Les recibieron bien por ir de parte del tesorero que había pasado por allí.

Palgrave —de nuevo se olvidan de Gueraigueri, el griego que le acompañaba— está considerado como el primer europeo que, en 1862, cruzó la península arábiga de este a oeste, pues hemos de recordar que en 1819 el capitán Sadlier, militar británico, la cruzó en sentido contrario, de Qatif a Yanbu, en misión oficial, como embajador, con una gran caravana y guías.

Desde Qatif, el griego Gueraigueri marchó con todos los documentos a Persia y Palgrave se dirigió a Mascate, capital del sultanato de Omán. De ahí fue en barco a Bahréin, en el golfo pérsico, descendió hasta Doha, capital de Qatar, y de allí cruzó el golfo a la ciudad persa de Linya que pertenecía en aquel momento al sultanato de Omán, que había estado ocupado previamente por los portugueses y los holandeses. Recorrió muchos puertos del golfo: Dubái, Ormuz, Lima, Sohar y Mascate. En el último trayecto el barco se hundió en medio de una galerna que les rompió las velas. Se salvó aferrado a un tablón de madera y después en una barca con quince personas entre pasajeros y tripulantes. Como estaba sobrecargada algunos pretendían que otros se tiraran al mar, pero él logró que achicaran el agua y tiraran las cosas antes que a las personas, y les fijó un rumbo a partir de las estrellas. Al

amanecer se encontraban junto a las costas de Omán. En Mascate fue auxiliado por el cónsul británico, ya que padecía fiebres tifoideas, y pasó allí una semana. Comenta que ya habían estado Niebuhr y James Welsted, que también había recorrido el golfo. Se encontró con unos conocidos de Bombay y se relacionaron en secreto para que no le descubrieran. El 22 de marzo partió hacia Basora en el actual Irak, en la desembocadura del Tigris, que remontó hasta Bagdad, donde llegó el 8 de abril. Le recibieron los europeos allí asentados y se encontró de nuevo con su amigo griego. Después regresaron a Alepo.

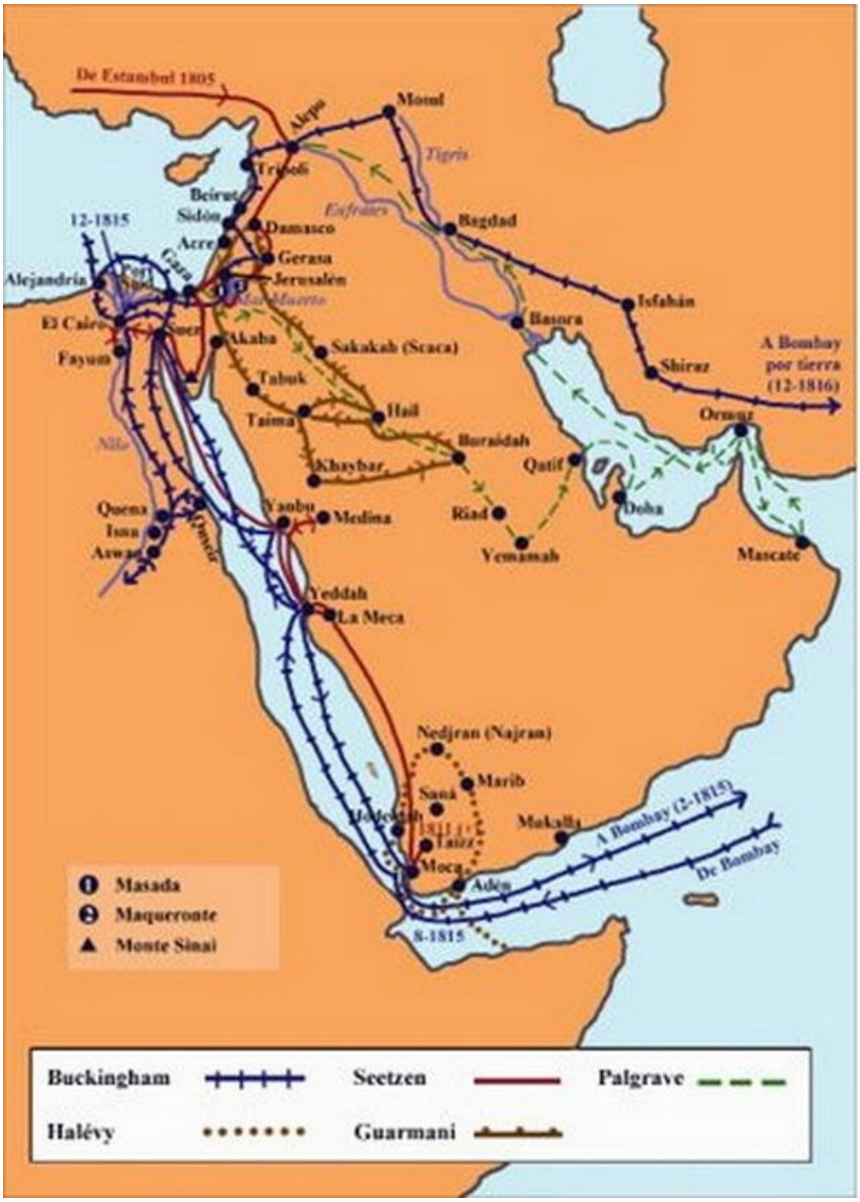
En 1865 publicó *Narración de un viaje de un año por Arabia central y oriental*, que fue leído por Lawrence y le abrió el apetito hacia esas regiones. Como podemos ver, unos fueron leyendo a otros y trataban de emularles o superarles. El libro tuvo mucho éxito. En él no cuenta sus motivaciones religiosas ni políticas. Se lo dedicó a Carsten Niebuhr, «el primero que abrió Arabia a Europa».

Palgrave comenta que las circunstancias del viaje, disfrazado, le impidieron realizar más investigaciones y:

> Verificar longitudes y latitudes, o determinar los grados de calor y frío, humedad y aridez. Peor aún, si me era en ocasiones imposible tomar una simple nota, mucho menos podía mostrar un cuaderno de dibujo o un aparato fotográfico […] Habiendo pasado muchos años, los mejores de mi vida, en el este, el dominio de la lengua árabe, hasta convertirse casi en mi lengua materna, y la experiencia y modos y maneras de los pueblos semitas, para darles su nombre genérico y simbólico, me aportaban ventajas que equilibraban los problemas […] Mi atención se dirigía a las condiciones morales, intelectuales y políticas de la Arabia viviente más que a los fenómenos físicos del país.

Un tiempo después, tras pasar quince años con ellos, decidió dejar la Compañía de Jesús y pasó al servicio diplomático británico. En 1864 dio una conferencia sobre su viaje en la Royal Geographical Society y al año siguiente se publicó el primer volumen de su libro. En 1866 fue nombrado cónsul en Sujum Kale (actual república de Georgia) y después en Trebisonda, en la costa turca del mar Negro. En 1868 se casó. Tuvo tres hijos. Fue también cónsul en Manila, Bulgaria, Bangkok y Uruguay, donde permaneció hasta 1888. Ese mismo año, Prusia le ofreció un puesto de cónsul en Bagdad

con la condición de que se hiciera protestante. Lo hizo pero murió ese mismo año, en Berlín, antes de tomar posesión.



Mapa ilustrando el viaje que realizó Palgrave.

Bibliografía

PALGRAVE, William, *Personal narrative of a year s journey through Central and Eastern Arabia (1862-63).* Londres: Macmillan & Co., 1865 (vol. I), 1866 (vol. II).

KIERMAN, Reginald Hugh, *The unveiling of Arabia: the story of Arabian travel and discovery*. Londres: Harrap, 1937.

TORBADO, Jesús, *Viajeros intrépidos. Las anécdotas del viajero*. Barcelona: Planeta de Bolsillo, 2000.

Carlo Guarmani
(1828-1884) (1864)

El italiano que recorrió Arabia al servicio de dos reyes haciéndose pasar por turco

Nació en Livorno, en la región italiana de Toscana, en 1828. Desde 1850 trabajó para el Gobierno francés como empleado de los correos galos en Jerusalén. No sabemos cuál era su función concreta pero, teniendo en cuenta los intereses coloniales franceses en la región y los múltiples viajes que realizó por la zona en sus catorce años de estancia, bien podemos suponer que el cargo quizás era una simple cobertura para otras actividades que en ocasiones él mismo confiesa, como cuando dice en una carta que pasó once años trabajando en un mapa del desierto de Siria y Arabia.

Durante esos años en Jerusalén, y en sus viajes, aprendió árabe y algunos dialectos, así como las costumbres de los beduinos. Estaba muy interesado en los caballos y en 1863 publicó un libro titulado *Al Kamsa. Seize ans d'étude en Syrie, en Palestine, en Egipte, et dans les deserts de l'Arabie*, en cuyo título se proclama que ya llevaba dieciséis años de estudio sobre los equinos árabes. *Al Kamsa* —título principal de la obra— significa en árabe «el cinco» —o los cinco— y se refiere al linaje de los mejores caballos árabes. El apelativo, según una fuente, deriva de la elección que hizo Mahoma de las mejores yeguas. Para ello tuvo a varios cientos de ellas tres días sin beber y atadas. Cuando las liberó, todas corrieron a beber pero hizo sonar el cuerno de guerra llamando a formación. Las cinco que regresaron al oírlo a pesar de la sed fueron elegidas como madres de su yeguada. Según otra versión, en el 3000 a. C., en la zona de Yemen, fueron a buscar caballos al desierto y

eligieron cinco yeguas. En el camino de regreso sufrieron mucha hambre y decidieron comerse una de ellas. Para escogerla pensaron hacer una carrera y sacrificar la última que llegase. El dueño de la perdedora pidió una revancha y perdió otra. Hicieron cinco pruebas y en cada una fracasó una distinta, por lo que perdonaron a todas y aguantaron como pudieron. En cualquiera de las dos versiones se añade que todos los caballos árabes descienden de esas cinco yeguas y por eso al equino árabe también se le denomina *Al Kamsa* (o *Al Khamsa*). Estos caballos se caracterizan por tener diecisiete costillas mientras los demás cuentan con dieciocho.

Representación de Carlos Guarmani en la portada del libro *Journey to Najd. Al Kamsa*. Edición de Andrew K. Steen, Londres, 2004.

En su estudio, Guarmani señaló que cuanto más pura fuera la raza del animal mejor sería el resultado en las sucesivas transmisiones de sus

cualidades. Por ello aconsejaba ir a los desiertos árabes para buscar las yeguas y sementales más puros con el fin de regenerar las razas equinas. Proponía adoptar la raza *safinal* y rechazar las demás, aunque fueran más bellas en apariencia. Añadía que el semental árabe era el único capaz de mejorar todas las razas equinas.

Hemos de tener en cuenta que en esa época la caballería era una parte importante de los ejércitos europeos y americanos. Los polacos, famosos por esta arma, ya habían establecido una granja de caballos árabes con ejemplares conseguidos por el rey Sigmund en Oriente Medio durante la segunda mitad del siglo XVI. En la actualidad se siguen pagando precios muy elevados por ejemplares de yeguas de Anaiza, la mejor zona de Arabia para su cría.

Tras la publicación de la obra de Guarmani sobre los *Al Kamsa*, en septiembre de 1863 le llamaron a París, donde el emperador francés Napoleón III, a través del general y consejero Fleury, asimismo director de las yeguadas imperiales, le encargó obtener purasangres árabes. La expedición también fue financiada por el rey Víctor Manuel II de Saboya (el padre del rey español Amadeo de Saboya). Le solicitaron que, a la vez que compraba los caballos, se informara de todo lo que pudiera sobre la región que recorría —el norte de la península arábiga— y en diciembre retornó a Palestina «encargado de comprar sementales para el Gobierno francés y para el rey de Italia, y tomé el compromiso de penetrar en el Nejd, en medio de sus poblaciones fanáticas. […] Tomé el vestido de los hijos del desierto, bien armado y acompañado de mi viejo y fiel criado Mohamed-el-Gezzeni».

Dejó Jerusalén el 26 de enero de 1864 vestido de beduino. Su criado Mohamed se quería volver porque se cruzaron con un funeral y ello era signo de mala suerte. Se hacía pasar por turco enviado de un gobernador de ese imperio para comprar caballos. Pasaron por Belén. Comenta que el agua del Jordán estaba casi congelada. Dormían al raso y pasaron mucho frío. Atravesaron lugares donde los bandidos atacaban incluso poblados de los belka, la tribu de la zona. El guía que llevaban le contó que antes era bandido. Enseguida se unieron al jeque Fendi-El-Feizi, que viajaba de regreso a su tribu, lo que les facilitó las cosas hasta que este llegó a su destino en la zona de la tribu de los beni-saker, a lo largo del *wadi* o cauce del río Galeita, cuyas costumbres Guarmani comenta pormenorizadamente. Resalta la hospitalidad de los beduinos aunque fueran pobres y que en cada campamento había una tienda para los huéspedes. En uno de ellos mataron una cabra para darles de comer. Carlo se hizo amigo del jeque y le cambió tres pistolas por un camello. Además, el árabe le dio una carta de recomendación para los miembros de las

demás tribus amigas: «En la carta de Fendi-el-Feizi yo figuraba bajo el nombre de Kalil-Aga, como enviado del gobernador otomano, encargado de comprar caballos en el desierto», con lo cual gozaba de una prueba de identidad.

La víspera de la partida llovió mucho e hizo viento. Se les inundó la tienda y el aire casi se la llevó. Guarmani comenta que fueron las mujeres las que se encargaron de fijar bien las estacas que la sujetaban y aseguraban mientras los hombres seguían durmiendo. Recalca que eran ellas las que se encargaban de casi todo en los campamentos aunque no fueran esclavas.

El 3 de febrero continuaron hacia Taima, por la región del Nafud, vistiendo pobremente para no incitar la envidia. Iba acompañado solo de Mohamed y de un nuevo guía, El-Dreibi. Llevaba una brújula e iba calculando las distancias recorridas: «Yo me ocupaba, con mi brújula, de trazar el camino sobre mi mapa, indicando las configuraciones del suelo y de las montañas vecinas». Por las noches, tras dejarles pastar, ataban las patas de los dromedarios para que no se marcharan. Cuando sentían a alguien, se escondían hasta comprobar que no eran peligrosos o enemigos. Durante cuatro días sufrieron una lluvia continua y se cubrían con pieles aceitadas para que fueran impermeables. Recorrieron el territorio de la tribu scerarat, muy pobres. Dice que se veían mujeres rubias con frecuencia. Muchos de ellos nunca habían bebido agua en su vida, hidratándose siempre con leche de dromedaria. Le cuentan que en el Neged, adonde se dirigía, estaban en guerra. Llegaron a Taima el 11 de febrero y se presentó al emir Rumman como jefe de las caballerizas del pachá Fuad.

Imagen de Carlo Guarmani con tocado turco, según una fotografía de la Biblioteca Nacional de Francia.

El 13 de febrero se marchó de la ciudad con un beduino como guía dejando allí a Mohamed y a Dreibi con el dinero. Durante tres días fueron en dirección sur-sureste por las montañas Harrat. Algunas tribus le enseñaron caballos pero no le gustaron, pues le parecían muy bajos, y siguió su camino durante dos jornadas más. El 30 de febrero llegó a la ciudad de Khaybar. En tiempos anteriores vivían muchos judíos y todavía se conservaba su castillo. Había muchos esclavos negros que se quedaron libres porque murieron casi todos los amos de una enfermedad por beber agua. Debido a ello, en ese momento casi toda la población era de color oscuro y se decía que el agua de allí no podía ser bebida por los blancos.

Después continuó al sur, hasta donde terminan las montañas citadas y se encuentra el camino que va de Persia a Medina (25° N y 41° E). Pasó por el oasis de Anaiza, donde como decíamos se encuentran los mejores ejemplares equinos. El príncipe Rashidi tenía quinientas yeguas cuidadas por trescientos esclavos. Dice que siguió parte de la ruta de Wallin pero en dirección opuesta. Viajó con una caravana de ciento ochenta hombres armados pero les atacaron

e hirieron a diez, de los que seis murieron. El 8 de marzo se encontró con el jeque Meflak, que iba a la guerra contra los negadíes —los habitantes de la región del Neged—, en el centro de la península. Decidió acompañarle. Iban doscientos de caballería y setecientos fusileros montados en dromedarios. Avanzaron hacia el este-noreste durante cuatro días. No consiguió comprar más caballos. Además de ser muy caros, no los querían vender. Cuenta la anécdota de un vendedor que dijo que aunque llenara toda la yegua de oro, ella seguiría valiendo más. Les atacaron el día 12. Perdieron todo el ganado y les hicieron sesenta muertos y doscientos heridos. Guarmani relata que les embistieron con diez mil hombres. Un aliado de Meflak atacó a los negadíes con cuatrocientos caballeros y cinco mil fusileros y les provocaron una masacre que ellos aumentaron. Tuvo oportunidad de ver luchar a la caballería. El día 16 compró dos sementales por cien dromedarios. Por cuidar a los heridos, Meflak le regaló otro.

El 22 de marzo encargó a unos hombres que llevaran los caballos a Taima para dárselos a Mohamed y él siguió su camino en dirección a Buraidah. Cuando avanzaban por la noche se guiaba por la estrella polar, aunque esto era más inexacto. Ya dice el proverbio árabe: «Los hombres, del norte; los caballos, del sur». Tras llegar a Buraidah continuó hacia el noreste. En un pueblo cercano encontró un personaje importante que le acogió y permitió que le acompañara hasta Hail, una ciudad importante, donde llegaron el primero de abril de 1864.

Cuando iba a entrar en la ciudad pudo ver el cadáver de un judío que se había hecho pasar por musulmán. Fue descubierto y linchado por la gente por negarse a decir la fórmula de la profesión de fe: hay un solo dios que es Alá y Mahoma es su profeta. Además se descubrió que su misión era la de comprar caballos para el *sha* de Persia. Guarmani comenta al respecto:

> […] cuando un hombre se mete en una empresa difícil, para tener éxito es preciso, sobre todo, que se decida a emplear todos los medios posibles, y a intentar incluso lo imposible, y que no se detenga ni se amilane ante cualquier obstáculo, sea como sea. En Egipto y en Palestina creyeron que era yo el que había sido asesinado, pues la noticia llegó enseguida a Taima y Tabuk y a los otros lugares por donde pasaban los peregrinos de La Meca. Lo supe en El Cairo. A monseñor Gobat, obispo de la iglesia anglicana en Jerusalén y a nuestro patriarca en la villa santa les informaron desde Alejandría; la noticia se propagó tan rápido que mi pobre familia lloraba mi muerte mientras yo comía

pilaff y realizaba mis oraciones con todo el respeto y la regularidad convenientes, a Dios de corazón, a Mahoma de palabra.

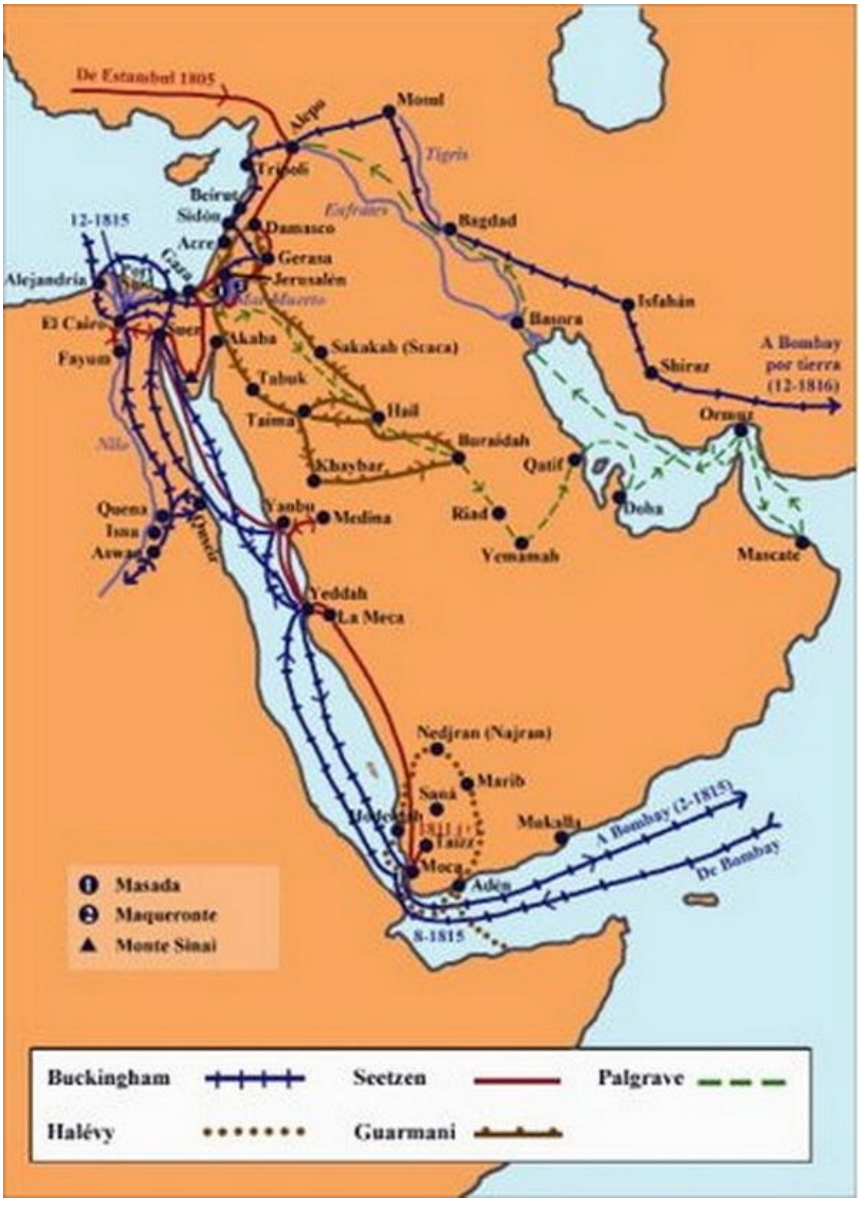
Cuando entró en la ciudad fue a hacer siete oraciones seguidas o *rikat*, pues por el viaje no había rezado. Le invitaron a casa del emir de la ciudad, llamado Talal. En la habitación que le asignaron grabó en la pared «Zulima, 1864», que era el nombre de su hija y el año. No aclara si realmente lo escribió así o lo tradujo al año musulmán. Explica detenidamente cómo encontrar «y reconocer la casa en la que habité, por si alguien alguna vez quiere seguir mi pista». Al día siguiente a su llegada le recibió el emir. Comenta que las tiendas cerraban entre las diez de la mañana y las tres de la tarde por el calor.

Descansó hasta el día 5. Después pasó unos días recorriendo los alrededores y el 12 de marzo fue hacia Taima, donde recogió a Mohamed y al guía Dreibi, con los que retornó a Hail el 28. Se enteró que el emir Talal iba a atacar a los de la tribu scerarat. Cruzó el desierto del Nafud, situado al norte de Hail. Llegaron a la población de Sakakah a 30° N y 40° E. Comenta que en esa zona las mujeres eran de costumbres muy ligeras. Allí se despidió de Talal y siguió el cauce del wadi Sirham donde el agua era muy abundante y ya no necesitaban la leche de las dromedarias, por lo que vendió las que tenía y solo dejó un dromedario para cargar el equipaje. Ellos montaban los caballos que habían comprado. Iban en una caravana. Cuenta que esa zona ya la había recorrido en 1851. Les llovió durante treinta y seis horas seguidas y el 11 de mayo les atacaron beduinos, pero lograron ponerles en fuga. El 22 llegaron a Etera y poco después a Kaf, ya en la frontera de la actual Jordania, a la latitud del mar Muerto. Desde allí pasó por Damasco, lago Tiberíades, Nazaret y, tras seis meses de viaje, llegó a Jerusalén.

Guarmani reconoce que no ofrece las latitudes y longitudes de las localidades por las que pasó y que es lo único que se le puede echar en cara a su itinerario, pero no tenía los medios para hacerlo. A partir de la página 85 —de las ciento treinta y nueve de su libro—, ofrece una serie de consejos a los futuros viajeros por la península, como que lo hagan a partir de finales de enero. Explica las costumbres de las diferentes tribus y grupos dentro de ellas, y cómo aprovecharlas. Informa sobre precios de dromedarios y mujeres, sobre los víveres necesarios, regalos a ofrecer a los anfitriones, características de las ciudades y poblaciones, etc. Explica los recorridos informando de cuántas horas de marcha es preciso realizar en determinada dirección: «1 h 20 min. En dirección S-SE» o «A diez horas en dirección ESE se encuentran las

montañas de Draf, y escondido a sus pies, el Gif-Uld-Suleiman, un largo y profundo valle que contiene doce pozos de agua potable». Los franciscanos de Jerusalén le publicaron el libro. Con su información se pudo preparar un mapa de la región recorrida.

A su muerte, en Génova, en el año 1884, la Sociedad de Geografía de Marsella señaló que su viaje al Nejd había sido de los más peligrosos, pero las necrológicas siempre son poco fiables.



Mapa con el recorrido que hizo Guarmani.

Bibliografía

GUARMANI, Carlo, *Itinéraire de Jérusalem au Neged septentrional*. París: Martinet, 1866.

—, *Al Kamsa. Seize ans d'étude en Syrie, en Palestine, en Egipte, et dans les deserts de l'Arabie*. París: Bologne, 1864.

Joseph Halévy
(1827-1917) (1870)

El turco que se disfrazó de rabino para descubrir el antiguo reino de Saba

Nació el 15 de diciembre de 1827 en Adrianópolis, la actual Edirne, una ciudad turca situada justo en la frontera con Grecia y Bulgaria. Era de familia judía. Fue profesor de escuelas hebreas en varios lugares, entre ellos Bucarest, y terminó instalándose en Francia.

En 1868 fue comisionado por la Alianza Israelita Universal para estudiar la situación de los judíos en Etiopía —denominados *falashas*— y en septiembre de 1869 la Academia de Inscripciones y Bellas Letras del Instituto Francés le envió a estudiar las inscripciones del reino de Saba —sabateos— y de los hamiaritas, en el actual Yemen.

Los judíos fueron expulsados de la Palestina urbana tras las rebeliones de los siglos I y II d. C. Uno de los lugares donde se asentaron fue la costa oeste de la península arábiga, consiguiendo un importante papel político y militar. También se instalaron en Etiopía y dieron lugar a los *falashas* o judíos etíopes, de los que ahora hay unos cien mil en Israel.

Halévy fue a Adén. Desde allí marchó a Lahadj, a seis horas al norte, cuyo sultán era vasallo de los británicos, pero no pudo continuar al septentrión porque los habitantes eran muy peligrosos y retrocedió. De Adén fue a Hodeida, en la costa del mar Rojo. Desde allí se dirigió a Sofan y a Saná por una zona muy montañosa pero muy tranquila, que ya había sido recorrida por Seetzen. En Saná sufrió unas graves fiebres que le mantuvieron en cama

durante un mes y, según sus propias palabras, le pusieron «a dos dedos de la muerte».

Deseaba ir a Marib. Tenía dos posibilidades: hacerlo directamente, unos cien kilómetros de distancia por una ruta muy recorrida por caravanas de sal y muy segura; o ir dando un largo rodeo que implicaba subir hasta la ciudad de Najran, que él escribe Nedjran. Suponía subir doscientos kilómetros y bajar otros tantos para llegar a Marib. Se decidió por la segunda.

Partió de Saná el 20 de febrero de 1870. En su memoria dice: «la exploración que vengo de efectuar con riesgo de mi vida, en regiones bárbaras donde ningún europeo había penetrado jamás, ha producido unos resultados muy satisfactorios, tanto considerados desde el punto de vista puramente arqueológico como si lo vemos desde el interés práctico que implica un conocimiento más amplio de la península árabe».

La memoria la ciñó al primer punto de vista y cuenta:

> Alquilé un burro con un guía judío para ir a descubrir el Yemen oriental. Para dar un motivo más plausible a mi viaje solicité al rabino de Saná cartas de recomendación para las comunidades judías establecidas en las tribus republicanas [sic]. Me vestí con la ropa de los israelitas de la zona, escondí mis cabellos a excepción de dos bucles que colgaban de cada sien, algo indispensable para hacerse reconocer como judío, esconder el pantalón y los zapatos y remplazarlos por una pieza de tela azul alrededor de los riñones y por unas babuchas adaptadas más o menos a mis pies. Todo esto me tomó media hora. Con este extraño atavío, dejé Saná el 20 de febrero a las cuatro de la tarde. Los peatones tenían la mala gracia de hacerme descender a cada instante de mi montura profiriendo insultos groseros [por ser judío], de modo que para poner fin a estas vejaciones, me vi obligado a marchar a pie, lo que al principio era muy penoso, pero terminé por acostumbrarme.

Halévy recorrió varias llanuras durante tres días. Por su extraña conducta, en Schira, donde había unas ruinas de la época de la reina de Saba, le confundieron con un «mesías» que predicaba entre los judíos y le detuvieron durante ocho días hasta que el rabino local convenció al jeque de que no era un peligroso instigador. Allí utilizaban todas las piedras de las ruinas para hacer cal, aunque tuvieran inscripciones, por lo que se debieron perder

muchas. Descubrió un río con abundante pesca que alimentaba a los judíos, ya que a los musulmanes de la zona no les gustaba el pescado. En varias ocasiones se queja de que le asediaban los curiosos, que querían saber qué buscaba, sobre todo teniendo en cuenta que se preparaban para entrar en guerra con unos vecinos, por lo que vio muy coartados sus movimientos.

Retrato fotográfico de Joseph Halévy de fecha y autor desconocidos. Fuente: **www.jewiki.net**

Fue a El-Medid, pero como coincidió con la pascua judía no encontró a nadie de esa religión que le acompañara y continuó con un guía árabe. Para caerles mejor, Halévy les decía a todos que era un rabino procedente de Jerusalén. No le admitieron en una posada porque temían que un judío hiciera abortar con mal de ojo a las vacas preñadas que tenían. Debido a ese temor los judíos en general no eran tratados del todo mal. Tampoco estaba bien visto matarles, pues no iban armados y no resultaba honroso. Los judíos se solían dedicar sobre todo a la artesanía.

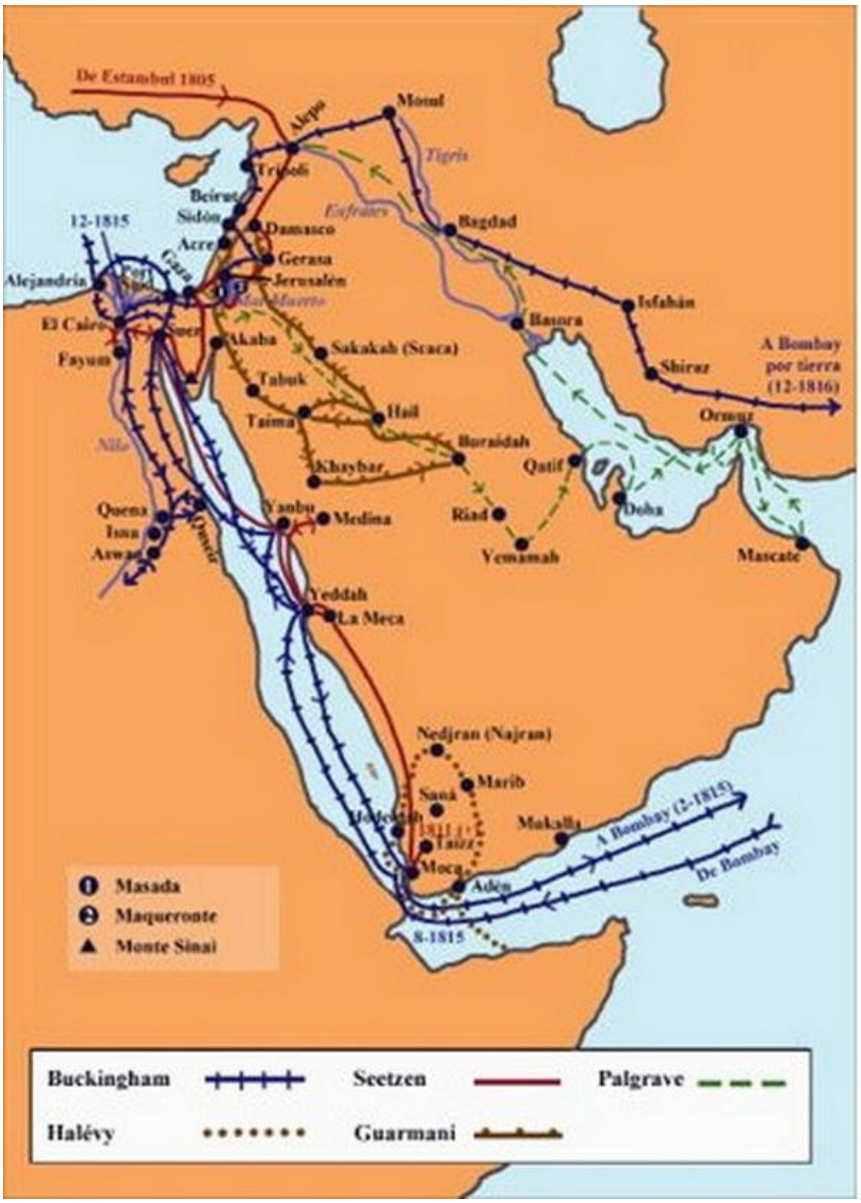
Había muchas ruinas por la zona, llamada Djaouf, y Halévy encontró muchas inscripciones. Creían que iba buscando tesoros, pues no entendían

que simplemente buscara inscripciones por sí mismas. Los israelitas le invitaron a pasar la pascua con ellos. Encontró el wadi Saba, el río donde dice el historiador Estrabón que acamparon los romanos que fueron por allí. Llegó a Medinat-Hsaram (Aram) y pasó dos meses explorando el cauce del wadi Saba. Las inscripciones también tenían dibujos de personas, animales y plantas.

Continuó al norte, a una zona llamada Djebellaoud. Subió hasta una ciudad que él denomina Nadjran y que se corresponde a la actual Najran, desde donde se accedía al centro de la península y a la actual Riad, la capital de Arabia Saudí. El guía le abandonó pero le acogieron en un campamento y le alimentaron con leche. Allí contrató otro guía que le maltrataba y robaba. Se juntaron a una caravana que iba al Hadramaut. Le trataron muy mal y le amenazaban continuamente, pero logró llegar a una población llamada Maklaf donde le invitaron los judíos para pasar las fiestas de pentecostés.

Después se dirigió a Marib. Era agosto. Había mucha hambruna por la región y la gente le quitaba su comida. Iba en una caravana que llevaba una escolta de dieciséis guerreros. En Marib no le dejaron copiar las inscripciones. Era la antigua capital. Está situada en la falda de las montañas por donde discurrían grandes torrentes tras las lluvias, por lo que decidieron construir una gran presa de 650 metros de largo y 18 de alto a partir del año 750 a. C. Dicha presa era capaz de regar treinta y cinco millas cuadradas (unos noventa kilómetros cuadrados) de cultivos y alimentar a cincuenta mil habitantes. En el siglo IV se rompió. Halévy la visitó. Habla de Arnaud, a quien conocimos en el capítulo dedicado a Buckingham. A unos que le querían matar les dijo que era de Jerusalén y que ese acto les traería mala suerte a ellos y a sus hijos. Temerosos, le perdonaron por si acaso.

Regresó con seiscientas ochenta y seis copias de inscripciones que consiguió descifrar e interpretar, por lo que pudo reconstruir la lengua sabatea. En 1879 fue nombrado profesor de lengua etíope en la Escuela de Altos Estudios de París, donde falleció en 1917.



Mapa en donde se puede ver el viaje que realizó Halévy.

Bibliografía

HALÉVY, Joseph, «Rapport sur une mission archéologique dans le Yemen» En: *Journal Asiatique*, 1872; tomo XIX: 6.ª serie, n.º 19.

—, «Voyage a Nedjran». En: *Bulletin de la Societé de Géographie*, 1873; 6.ª serie, julio-diciembre.
NICOLLE, David, *Atlas histórico del mundo islámico*. Madrid: Edimat libros, 2003.

Charles Doughty
(1843-1926) (1876)

Las penalidades de un cristiano disfrazado al que descubrieron

Charles Doughty nació en 1843 en Suffolk, al norte de Londres. Su padre era pastor anglicano, al igual que su abuelo. Su madre falleció a los pocos meses de que naciera y su otro progenitor cuando solo tenía siete años. No pudo ingresar en la Marina por un problema de vocalización. Cursó Geología en Cambridge. Era muy solitario y estudioso.

En 1865 trabajó en Noruega estudiando glaciares. También investigó volcanes. En 1875, con ocasión de un viaje a Grecia, decidió visitar Oriente Medio. Fue a Egipto, contrató un guía y recorrió la península del Sinaí durante tres meses. Después decidió visitar Petra yendo de un campamento beduino a otro a pesar de que no hablaba árabe. Allí le hablaron de la interesante ciudad de Madain Saleh (Al-Hijr o Hegra) donde hay restos arqueológicos preislámicos del periodo nabateo, el lugar más al sur de sus posesiones. Se le tenía como un lugar maldito en el que se decía que había habido un terremoto por adorar ídolos. Desde 2008 es Patrimonio de la Humanidad por la Unesco. Posee templos excavados en la roca al estilo de los de Petra. Está situada a 400 kilómetros al noroeste de Medina. Decidió visitarla a pesar de que eran diez días de peligroso camino, pues los habitantes de la zona no permitían el acceso a cristianos. Al final le convencieron de que era más seguro ir a Damasco y unirse a una caravana de peregrinos dejando bien claro que no pensaba ir a La Meca ni a Medina.

Buscó financiación pero no la encontró. Pasó un año en Damasco estudiando árabe y durante ese tiempo no habló con ningún europeo. Pidió permiso al gobernador para acompañar a la peregrinación hasta Madain Saleh pero este no se lo concedió a pesar de que dejaba bien claro que no pensaba visitar las dos ciudades sagradas, prohibidas a los no musulmanes (*harameyn*). Pidió ayuda al cónsul inglés, pero este le dijo que no se daba por enterado de su petición.

Fotograbado de Charles Montagu Doughty, en su aspecto occidental, procedente de la edición de 1908 de *Wanderings in Arabia Deserta*.

No le parecía correcto fingirse musulmán y siempre fue diciendo que era cristiano, aunque se hacía llamar Khalil para evitar continuas explicaciones. Su viaje lo relató en una larga obra de mil doscientas páginas publicada en 1888 titulada *Travels in Arabia Deserta*. Está escrita en un inglés muy difícil y anticuado, casi de la época renacentista, difícil de entender incluso para los propios británicos. En una edición posterior, de 1908, titulada *Wanderings in Arabia Deserta*, modernizó y abrevió el texto. Después, en una tercera de 1931, *Passages from Arabia Deserta*, lo simplificó mucho más. De ella se ha traducido la versión española: *Arabia Desierta*.

Lawrence, en la introducción a *Travels* que hizo en 1921, comenta sobre el libro y sobre la perspectiva que ofrece Doughty: «su visión es completamente inglesa y sin embargo su aspecto físico, sus modales, su

vestimenta y su habla eran árabes, los de un árabe nómada del desierto». En efecto, realiza una desaforada defensa del cristianismo como religión verdadera, inusitada incluso para aquella época y que no encontramos en otros autores.

Doughty llegó a un acuerdo con un persa para que le permitiera acompañarle en el grupo de los de esa nacionalidad. El domingo 13 de noviembre de 1876 se unió a una caravana de seis mil peregrinos y diez mil bestias entre dromedarios, mulas, caballos y asnos con dirección a La Meca. Él viajaba en una mula. El contingente se extendía a lo largo de dos millas (poco más de tres kilómetros) y unos doscientos metros de ancho. Los persas iban al final, por cismáticos y extranjeros, para evitar altercados.

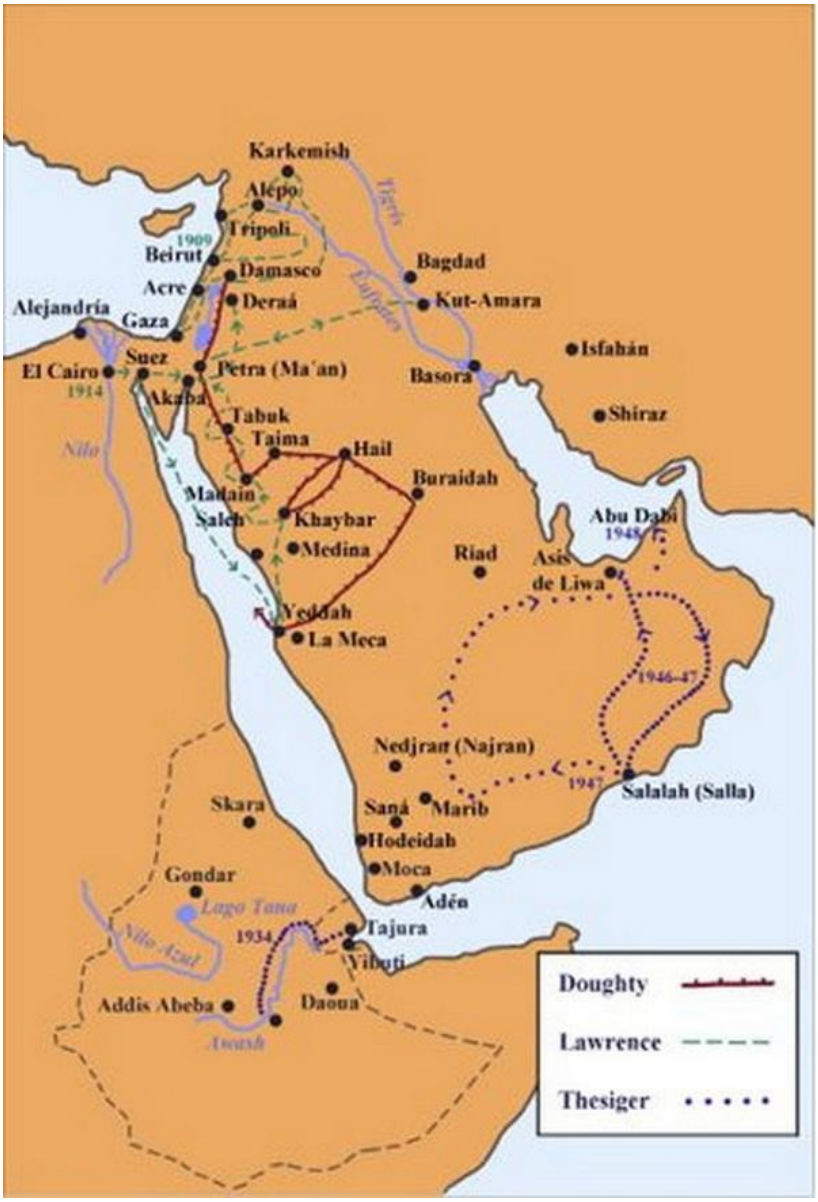
Este autor relata la lucha que había por colocarse al principio o en medio, pues los últimos, y los rezagados, eran presa fácil de los bandidos. Los que no podían seguir el ritmo eran abandonados. Él iba vestido como los locales: «Iba en aquel momento vestido como un sirio de poca fortuna, y listo para cabalgar con ellos; mezclado con los persas en el viaje de la peregrinación se me notaba menos, tanto por persas como por árabes». A pesar de ello, enseguida comenzaron a hablar de él como el *nasrany*, el cristiano. Su físico, era alto y pelirrojo, no ayudaba precisamente a pasar desapercibido.

Vio torturar a un presunto ladrón para que confesase dónde había escondido lo que había robado a su amo. Doughty les dijo que era alfaquín (médico) y les pidió que parasen o le iban a matar. No le hicieron caso y el descuidero acabó confesando dónde había enterrado el botín. Un persa le aconsejó que no se volviera a significar o le descubrirían y echarían de la caravana.

Cerca de Ma’an, la ciudad al lado de Petra —a unas cinco horas de marcha—, fueron asaltados por unos beduinos que les exigieron tabaco. Comenta que si uno llegaba a un campamento las leyes de la hospitalidad beduina exigían acoger al que arriba, pero, si eran ellos los que se cruzaban con una caravana, tenían derecho a asaltarla y robarla. También cuenta que al verle preguntaron quién era y les dijeron que era un *nasrany*, lo que no solía gustar a los beduinos, pues consideraban que los cristianos daban mala suerte pero, como no iba con ellos, le dejaron en paz.

En Ma’an le conocían de un viaje anterior en el que se detuvo allí veinte días y le llamaban el *frenjy*, el francés, como denominaban a todos los europeos. Como era cristiano tuvo muchos problemas para que le dejaran visitar Petra. En la peregrinación tuvo miedo de que le reconocieran los nativos. Acamparon fuera de la ciudad. No la visitó por si acaso y se alegró

mucho cuando dispararon la salva que indicaba reanudar el camino, que escuchó cuando miraba en secreto su altímetro aneroide, pues iba midiendo la altitud de los lugares por donde pasaba —a veces la indica en su libro—. Compró un dromedario y vendió la mula. Los que morían en el trayecto eran llevados hasta la siguiente parada y enterrados, pero los que no tenían criados ni amigos eran abandonados, como le ocurrió a algún derviche mendigo. Desde Ma'an no se paraba salvo por la noche. Iban unos setecientos persas. Comenta que todos los sirvientes damascenos que iban con los iraníes sabían que era *nasrany* y recuerda que tiempo atrás hubo una matanza de cristianos en esa ciudad, pero por el momento le respetaban.



El 4 de diciembre llegaron a Madain Saleh, una ciudad de tres mil habitantes con una guarnición turca, cuyo jefe le prohibió visitar las ruinas. Después de tantas peripecias, sufrimientos y trabajos, cuando había cumplido su sueño de llegar al lugar, no podía recorrerlas. Afortunadamente conoció a un jeque de la tribu fukara, Zeid, que le consiguió el permiso y le acompañó a la visita. Encontró casi un centenar de tumbas excavadas en las rocas, saqueadas, lo que podía indicar la prosperidad de los enterrados.

Hubo de esperar varios meses hasta que llegó una caravana de regreso de La Meca que le admitió. La caravana portaba una epidemia de viruela, por lo que decidió esperar y dedicarse a estudiar a los beduinos acompañado de Zeid, con quien se encaminó al noreste, a la ciudad de Taima. Pasó unos meses estupendos aprovechándose de la hospitalidad de los beduinos mientras estuvo con él. Cuando se separaron y continuó por su cuenta comenzaron los problemas y la hostilidad. A veces le culpaban de la escasez de agua o de las desgracias que les ocurrían. Le responsabilizaron de que un pozo se hubiera hundido y le obligaron a repararlo. Puso en práctica sus conocimientos geológicos y dirigió la reparación, que realizó muy profesionalmente, por lo que le perdonaron. Sufrió un problema visual que le redujo la visión durante un tiempo, en el cual no se pudo mover.

En octubre de 1877 llegó a la ciudad de Hail, en medio de la península arábiga, tras un viaje en el que quisieron dejarle abandonado varias veces. Fue recibido con hostilidad y le robaron hasta las sandalias mientras dormía. Había un lugar donde daban entre dos mil y tres mil cenas gratis a los peregrinos pobres y se alimentaba allí. Cuenta que contactó con un italiano, llamado Francesco Ferrari, que iba a La Meca fingiéndose musulmán y a quien conoceremos en este mismo capítulo.

Fotografía de Charles M. Doughty procedente del libro *Travels in Arabia Deserta*. La traducción del pie de foto original del libro reza: «Charles Montagu Doughty justo después de su regreso de Arabia. Las ropas son las que le proporcionó el Gran Jeque [gobernador] de La Meca».

En el viaje a Khaybar (situada a unos 150 kilómetros de Medina) fue insultado, golpeado y escupido, aunque soportó todo. Doughty no respondía y acababan por cansarse de maltratarle. Trataron de nuevo de abandonarle pero logró llegar a su destino. La ciudad era un sitio insalubre lleno de ratas y suciedad. Fue detenido por confesarse cristiano. Le requisaron sus posesiones y le acusaron de portar un peine, que consideraron un arma para matar musulmanes. La ignorancia, en todas las culturas, siempre es muy peligrosa y siempre son los más ignorantes los más intransigentes e intolerantes. Fue condenado a muerte, pero le permitían pasear por las calles, pues no había

modo de salir con vida de la ciudad. Era maltratado todos los días. Le ofrecieron convertirse al islam para salvarse, pero rehusó. El pachá de Medina no permitió que le mataran y le dejaron marchar, pero sin sus pertenencias. Escribió a este logrando recuperar sus cosas y contratar a un guía para regresar a Hail. Allí pretendieron circuncidarlo a la fuerza. Resistió las amenazas y al final le dejaron libre. En una ocasión en que quisieron denunciarle como cristiano, Doughty, rápidamente, le quitó un trozo de pan que estaba comiendo quien deseaba denunciarle y se lo zampó. Después le recordó que el Corán obliga a los que han compartido el pan y la sal a defenderse ante cualquier tribunal y situación.

A primeros de abril de 1878 salió de la ciudad pero no le dejaron conseguir un camello y hubo de seguir el paso de los animales de sus acompañantes. Sangraba con frecuencia por la nariz por el esfuerzo y el calor. En un momento dado le abandonaron y continuó como pudo, de campamento en campamento. Los que le encontraban le despreciaban en cuanto se enteraban de su religión. Le recibían en los campamentos porque las leyes del desierto impiden matar a un invitado mientras tenga en su estómago tu comida, por lo que si se deseaba asesinarle, siempre había que esperar a que pasase un tiempo desde que dejaba la tienda. Por si acaso Doughty llevaba siempre escondida una pistola. Logró llegar a la ciudad de Buraidah (44° E y 27° N). El emir le dio alojamiento, pero esa misma noche fue asaltado en su habitación. Consiguió recuperar sus cosas pero le expulsaron de la ciudad al día siguiente. La muchedumbre intentó matarle antes de partir y hubo de ser defendido por los soldados del emir, que le escondieron y le hicieron salir de madrugada.

En la siguiente población encontró a un comerciante que había vivido en la India y era de mente abierta. Le hizo un préstamo para continuar el viaje a la ciudad costera de Yeddah en una caravana en la que también le maltrataron. A los diecisiete días de viaje, cerca de La Meca, un viajero quiso acuchillarle. Sacó la pistola pero no se atrevió a disparar. Le despojaron del arma así como de todas sus ropas y dinero. Iban a dispararle cuando llegó un negro llamado Malub, de la guardia del gobernador de La Meca, y le salvó. Fue acompañado a Yeddah por la guardia del gobernador mequés, que le llevó hasta la residencia del cónsul británico en aquella ciudad de la costa del mar Rojo.

Fueron casi dos años de sufrimientos con insultos, apedreamientos, golpes y palizas que estuvieron a punto de matarle y que le costó mucho remontar. Regresó a Inglaterra y redactó *Travels in Arabia Deserta*.

Murió en 1926. Su obra fue un continuo referente para Lawrence de Arabia, que fue uno de los pocos que asistieron a su entierro.

De **Francesco Ferrari** solo he encontrado información a través de Doughty, quien, en el segundo volumen de su libro *Travels in Arabia Deserta*, nos relata su encuentro con él: estando en la ciudad de Hail coincidió con una caravana de peregrinos que descansaba dos días. La mañana en que partió fue a ver la marcha. Vio a uno que estaba con unos mercaderes de Bagdad, vestido como ellos, y comenzó a hablarle. De pronto le preguntó: «Si te hablo en francés, ¿me entenderías?». Le respondió afirmativamente y acto seguido Doughty le interrogó sobre su origen pues tenía una cara pálida de extranjero y barba castaña, aunque añade que en esas ciudades había gente de todos los lugares. El extraño le dijo: «Soy italiano, piamontés, de Turín». Doughty le preguntó qué le había llevado hasta ese lugar y a ese azaroso viaje, pues era fácil que le cortaran el cuello. También quiso saber si era musulmán, a lo que el extraño le respondió afirmativamente. Doughty continuó: «¿Confiesas entonces que no hay más Dios que Alá y que Mahoma es su profeta? —lo cual no me oirán decir a mí nunca— y que Alá les confunda». Ferrari respondió: «Sí, lo digo, y soy musulmán, como tal hago este peregrinaje». Doughty cuenta:

> Me dijo que había llegado a los países musulmanes hacía ocho años; tenía entonces solo dieciséis años de edad, y desde Damasco pasó a Mesopotamia; los últimos tres años había estado en una escuela islámica, cerca de Bagdad, y había sido circuncidado. Era un erudito en la no fácil tarea de la lengua árabe, que leía y escribía con perfección académica y podía hablar perfectamente. Durante un momento habló en árabe académico, en el modo como se hablaba antes, tal como se encuentra en el Corán, que él denominó con una aspiración islámica de jeque «la venerable y exaltada escritura». Como sus pedantes profesores, censuraba el fácil lenguaje del árabe vulgar. Cuando le dije que lo único que conseguía con lo farragoso del lenguaje del Corán era un dolor de cabeza y que me extrañaba que una persona nacida en un país de Roma, y bajo la fe cristiana, dejara de lado esas ventajas para convertirse en hermano de bárbaros asiáticos en una religión extraña, él respondió con molicie italiana y con algo de educación: «Ajá, bien, un hombre no siempre puede elegir pero a veces debe seguir la corriente». Él esperaba terminar su viaje y

ascender con la caravana siria de peregrinos *hadjis* para visitar las tierras tras el Jordán y las tribus [bin hameydy, bin sokhr], que poseen los mejores pura sangre en Moab; pero cuando escuchó que yo había paseado por allí, pareció que rebasaba mucho su propósito. Tenía en mente publicar sus viajes cuando regresara a Europa. Añadió que era pobre y que hacía su peregrinaje en compañía y pagado por un bondadoso personaje persa muy devoto e instruido. Una vez retornado a Italia pensaba limpiarse de la herrumbre de su vida islámica. Dijo que había oído hablar de mí, «el *nasrany*» cuando llegó a Hail, y del judío Abdullah, que había visitado el Moslemany pero que lo percibió como un hombre sin instrucción.

Había un gran alboroto en el campamento con el desmontaje de las tiendas de campaña y la carga de los equipajes y desperdicios; algunos ya estaban montados y cuando nos dimos la mano le pregunté «¿cuál es tu nombre? Y recuerda el mío pues estos son lugares y tiempos azarosos». El italiano respondió con poca vacilación —puede que sea verdad o puede que me engañara— Francesco Ferrari. La caravana se estaba moviendo y se apresuró a montar en su camello.

De Hail a La Meca hay al menos 500 millas (800 kilómetros) sobre vastos desiertos. Doughty continúa unas páginas después:

Cuando en la favorable revolución de las estrellas regresé a países pacíficos, deje noticia del vagabundo italiano Ferrari en su consulado de Siria, e inquirí por él en vano en Italia. Pensé que era mi deber, por cuanto es horrible la incertidumbre que se abate sobre las cabezas de cualquier extraño que se aventure en La Meca, donde, según he oído de musulmanes creíbles, no hay peregrinación en la cual algún infeliz no sea asesinado como cristiano intruso. Un soldado y su camarada, que cabalgaban con la peregrinación anual, hablando (con sinceridad) con ciertos cristianos de Damasco (conocido mío) el año antes de que yo saliera, dijo que vio a dos extranjeros retenidos en Mona durante la última peregrinación por sorprenderles escribiendo en unos cuadernos. Fueron investigados y se encontró que eran cristianos

> y vio cómo les ejecutaban y lo mismo ocurría la mayoría de los años. ¡Nuestros gobiernos cristianos han sufrido demasiado tiempo este bandidaje religioso! ¿Por qué no tienen residentes [cónsules] para el control de las naciones sobre La Meca? ¿Por qué no han ocupado la horrenda ciudad en nombre de las naciones, en nombre de la religión común de la humanidad y porque la cabeza del comercio de esclavos estaba allí?

En ningún otro documento he encontrado nada sobre Ferrari. Está claro que no logró su propósito de publicar su viaje. Otro enigma más para la historia.

Bibliografía

DOUGHTY, Charles, *Travels in Arabia Deserta*. Londres: 1888, varias ediciones; a partir de 1921 llevan introducción de Lawrence.

—, *Wanderings in Arabia Deserta*. Londres: Duckworth, 1926.

—, *Passages from Arabia Deserta*. Londres: Penguin Books, 1956.

—, *Arabia Desierta*. La Coruña: Ediciones del Viento, 2006. Trad. Miguel Temprano.

Thomas Edward Lawrence (Lawrence de Arabia) (1888-1935) (1910)

La noche que quitaron el disfraz a Lawrence de Arabia

Nació el 15 de agosto de 1888 en Tremadoc, Gales. Era hijo de la criada de su padre. Cuando contaba trece meses le trasladaron a Kirkcudbright, un puerto escocés. De los tres a los seis años vivió en Dinard, en la Bretaña francesa. Todas las fuentes indican que fue muy precoz en la lectura y aprendió mientras enseñaban a leer a su hermano mayor. A los cuatro años leía novelas policíacas. A los cinco comenzó a aprender latín y a los seis hablaba francés con fluidez. Poco antes le habían trasladado a la isla de Wight y poco después a Langley. En 1896, cuando cumplió ocho años, se estableció en Oxford. Era muy curioso y aficionado a la historia y al pasado. Ya a esa edad se dedicaba a buscar trozos de cerámica antigua y le encantaba hacer calcos de las placas mortuorias medievales. También se interesó por todo tipo de artilugios antiguos como armaduras, manuscritos, monedas, etcétera.

A los once se enteró de que su padre tenía otra familia, era un hijo ilegítimo y sus padres no estaban casados. Parece ser que ellos nunca se lo aclararon y lo hizo él a su madre al morir su padre en 1927. A los quince leía tratados sobre táctica militar y construcción de fortalezas. A los dieciséis publicó un artículo en la revista del City of Oxford High School con el título «Un anticuario y geólogo en Hants», sobre la descripción de una abadía del siglo XIII.

En 1907 ingresó en el Jesus College. Siguió con su interés hacia la historia antigua. Sus amigos decían que no mostraba ningún interés por las mujeres. Parece ser que solo una vez intentó acercarse a una y, tras ser rechazado, no volvió a intentarlo en su vida. Viajó varias veces a Francia —ocho entre 1906 y 1910—, para estudiar castillos e historia de los cruzados.

Fotografía de Thomas Edward Lawrence (Lawrence de Arabia) con uniforme, en 1918, durante la Primera Guerra Mundial, procedente de los archivos del Ejército británico.

Para conseguir la licenciatura le aconsejaron que preparara una tesis sobre los castillos de los cruzados. Su primer viaje a oriente fue en junio de 1909 en el buque *Mongolia*, que le llevó hasta Beirut. Recorrió, casi siempre a pie, el norte de Palestina, la costa libanesa hasta Siria occidental y llegó hasta la región del Éufrates. Asimiló rápidamente la cultura árabe y dice que vivía «como un árabe entre los árabes». Recorrió 1700 kilómetros y visitó treinta y siete de los cincuenta castillos de los cruzados. Fue muy bien recibido en los lugares donde iba. Le invitaban en las casas particulares y nunca le quisieron cobrar. Viajaba con una cámara fotográfica y un trípode que eran objeto de curiosidad. Llevaba una pistola para defenderse, lo que no le sirvió de mucho una vez que fue atacado, pues el ladrón le quitó el revólver y quiso dispararle.

Se salvó porque el ladrón no supo quitar el seguro y solo la emprendió a golpes con Lawrence. El asaltante fue detenido y le devolvieron sus pertenencias. Un periódico de Alepo publicó incluso su muerte. En los tres meses de viaje tampoco faltaron ataques de malaria. En junio de 1909 viajó a Siria. Recorrió 1400 kilómetros a pie durante cuatro años. Aprendió la lengua y costumbres de la zona.

Se graduó en junio de 1910. En diciembre abandonó Inglaterra para regresar a Beirut y de allí a la región de Karkemish, a unas excavaciones por cuenta del Museo Británico en el sur de la Turquía central, aunque recorrió el norte de Siria, Mesopotamia y la península del Sinaí.

Al llegar a Beirut mejoró su árabe durante dos meses y después marchó a las excavaciones, donde trabajó como supervisor y colaborador del investigador Hogarth. En julio los trabajos se interrumpían por el calor y Lawrence aprovechaba para recorrer a pie y vestido como un nativo la región del Éufrates. Disfrutó mucho su estancia y sus escapadas. Se integró muy bien con la población local y era conocido por todo el mundo. Cuando no llevaba ropa de trabajo usaba un chaleco árabe bordado en oro y blanco y una espléndida capa de hilo de oro y plata. Cada vez aprendía más de las costumbres locales y de su historia, sus rivalidades tribales, sus virtudes y defectos. Lawrence sabía tratar a los trabajadores y se interesaba por ellos como personas. A la vez, los alemanes estaban construyendo un ferrocarril para los turcos y el trato con sus empleados era muy distante, por lo que no cesaban de tener problemas.

Mantuvo una relación estrecha con el aguador Dahoum —Edward tenía veinticinco años y aquel quince—. Era mezcla de hitita y árabe. Le enseñó fotografía y otras habilidades. Solían nadar juntos y se cuidaban cuando ambos estuvieron enfermos. Lawrence le dedicó el libro *Los siete pilares de la sabiduría*. Le pidió que posara como modelo para una estatua desnuda que estaba tallando en piedra caliza y que colocó sobre el tejado de su casa. Regresó a Inglaterra en junio de 1914 y el árabe quedó encargado de guardar las excavaciones.

Dos estudiosos, Knightley y Simpson, plantean que mientras Lawrence trabajó en Karkemish servía al Gobierno británico informando sobre la construcción del ferrocarril de los alemanes. En aquella época era normal que los británicos que trabajaban en el extranjero, en regiones sensibles, cuando regresaban fueran entrevistados por funcionarios del Foreign Office, máxime si habían estado en el Imperio otomano. Hogarth, en concreto, mantenía mucha relación con el Foreign Office y se servía de Lawrence para conseguir

información, dada la facilidad de este para integrarse en cualquier lugar. Los alemanes recelaban de él y este disfrutaba haciendo que sospecharan aún más.

Fotografía del aguador Dahoum con quien Lawrence tuvo una estrecha relación mientras trabajaba en las excavaciones de Karkemish y a quien dedicó el libro *Los siete pilares de la sabiduría*.

En agosto de 1914, cuando estalló la guerra, estaba en Oxford. A pesar de su corta estatura fue admitido por sus conocimientos de Oriente y le encargaron hacer mapas. El 30 de octubre Gran Bretaña declaró la guerra al Imperio otomano y buscó una alianza con los árabes. Rápidamente, en diciembre, fue transferido a El Cairo y destinado a inteligencia militar, y participó en misiones de reconocimiento en el desierto bajo la excusa de buscar ruinas por el oeste del Sinaí y la región entre Akaba y Petra contratado por la Palestine Exploration Fund. Se trataba de una tapadera arqueológica para reconocer la región y completar lo más posible los mapas. Lawrence era muy versátil y tenía gran capacidad de adaptación a cualquier situación. Se dieron cuenta de su proverbial memoria fotográfica y su capacidad de

observación. En 1915 murieron dos de sus hermanos en los frentes de Francia. Según algunas fuentes, en abril de 1916 fue enviado en secreto a Irak para sobornar con un millón de libras al jefe de las tropas turcas que asediaban al ejército británico en Kut-al-Imara (Kut-Amara), pero fracasó en la misión.

Los generales ingleses pensaban que una rebelión árabe contra los turcos permitiría que Inglaterra pudiera derrotar, sin aportar tropas, a Turquía, aliada de Alemania. En junio de 1916, el jeque de La Meca, Hussein Ibn Alí, se sublevó contra la ocupación otomana. Se creó una Oficina Árabe, a la que Lawrence solicitó el traslado. Realizó muchas propuestas que no fueron aceptadas. Sobre su conocimiento de la región y sus gentes, explica:

> Había pasado muchos años recorriendo de un lado para otro el oriente semita antes de la guerra, aprendiendo las costumbres de los campesinos, tribeños y gentes de ciudad de Siria y Mesopotamia. Mi pobreza me había obligado a mezclarme con las clases más humildes, aquellas con las que raramente entran en contacto los viajeros europeos, de modo que mis experiencias me proporcionaron un punto de vista inusitado, que me capacitó para comprender y poder visualizar tanto a la gran masa de los ignorantes como a aquellos ilustrados cuya opinión es de peso, no tanto para el día de la fecha, como para el mañana. Además de esto, había podido observar en parte el modo como las fuerzas políticas actúan en la mente de los habitantes del Medio Oriente, y había podido apercibirme en concreto de los claros signos de decadencia que por todas partes mostraba el poder imperial turco.

Respecto a los militares turcos y los soldados de remplazo comenta: «Resultaban no ser en realidad sino el tajadero de las más bajas pasiones de sus mandos. Y tan bajo los valoraban estos, que no utilizaban con ellos ninguna de las precauciones habituales. El examen médico de varios grupos de prisioneros turcos dio como resultado que casi la mitad de ellos habían adquirido enfermedades venéreas por vías antinaturales».

El 12 de octubre de 1916 escribió en su diario: «Mañana me marcho a pasar unos días fuera. Espero estar de vuelta en unos quince días, o incluso antes». Fue a Yeddah para ayudar al jeque Abdullah a tomar Medina. Consiguió que los ingleses proporcionaran a los árabes las armas y municiones que necesitaban. Se convirtió en nexo entre los árabes y los

británicos y le admitieron muy bien, pero de oficial de enlace pasó a tener mucha influencia con Feisal, hijo del líder de todo el Hiyaz, quien le regaló un traje de árabe que siempre llevaba puesto. Era muy elegante, blanco y dorado. En la introducción de su libro comenta: «En mi propio caso, el esfuerzo de estos años por vivir y vestir como los árabes, e imitar sus fundamentos mentales, me despojó de mi yo inglés, y me permitió observarme y observar a Occidente con otros ojos: todo me lo destruyeron. Y al mismo tiempo no pude meterme sinceramente en la piel de los árabes: todo era pura afectación. Fácilmente puede uno convertirse en infiel, pero difícilmente llega uno a convertirse a otra fe».

En Medina había once mil turcos. Decidieron no atacar la ciudad sino romper las comunicaciones y entorpecerlas al máximo. Los éxitos fueron logrando que más tribus se unieran a la rebelión. Desarrollaron una guerra de guerrillas atacando sobre todo los suministros a través del ferrocarril a Medina. Los franceses e ingleses se preocupaban por el límite septentrional de la nación árabe pues Francia controlaba lo que son ahora Líbano y Siria. Gran Bretaña ocupaba Egipto y Palestina.

En junio de 1917, con dos hombres, fue en misión secreta a Baalbek y Damasco para propiciar un levantamiento en la zona. Después tomaron Akaba. El capitán Williams escribe al respecto: «Lawrence acaba de regresar, vestido de árabe, de pasar una temporada de lo más aguerrida y audaz en Arabia. Desde Ma'an fue remontando la línea de ferrocarril hasta llegar cerca de Palmira y, desde allí, a Damasco, destruyendo varios puentes por el camino; a continuación retrocedió hasta Palestina y se entrevistó con jefes árabes y drusos, a quienes encontró políticamente afines al jeque. Entonces, el 2 de julio, ordenó que los árabes destacados en los alrededores de Ma'an atacaran a los turcos; como consecuencia, fue aniquilado un batallón turco al completo y los árabes consiguieron el control de la costa».

El general Allenby, responsable británico de la región, ordenó a Lawrence que realizara un reconocimiento de los alrededores de la ciudad de Deraá. Partió a mediados de noviembre de 1917 disfrazado de lugareño pobre, sin las vistosas ropas que solía llevar. Alrededor del día 20 fue detenido y sufrió una situación muy traumática e inesperada. A continuación reproducimos algunos fragmentos del capítulo de su libro donde narra la aventura:

> Para redondear adecuadamente nuestro espionaje por las cóncavas tierras del Hauran era necesario visitar Deraá, su principal ciudad. […] Mi plan consistía en darme una vuelta por la estación y la

ciudad con Faris, y reunirnos con Nisib a la puesta de sol. Faris era la mejor compañía para esta ronda, ya que era un campesino insignificante, lo suficientemente viejo para ser mi padre, y de aspecto respetable. La respetabilidad era relativa, al empezar nuestro paseo bajo el húmedo día de sol que había venido a sustituir la lluvia de la noche anterior. El suelo estaba enfangado, íbamos descalzos, y nuestras sucias ropas mostraban las huellas del endiablado tiempo al que habíamos estado expuestos. Yo llevaba puesta la empapada ropa de Halim, con una harapienta chaqueta *harani*, y cojeaba aún como consecuencia de la rotura de pie que me había producido durante la voladura del tren de Yema. […]

Subimos el curvo talud de la vía férrea de Palestina, y desde su altura pasamos revista a la estación de Deraá: el terreno era demasiado abierto para admitir un ataque por sorpresa. Decidimos dirigirnos hacia el este por delante de las defensas: pasamos, pues, frente a los almacenes alemanes, con alambre de púas por todas partes, y rudimentos de trincheras. Las tropas turcas se movían desidiosamente entre las tiendas y las letrinas excavadas al lado de ellas.

Thomas Edward Lawrence con ropas árabes lujosas. Autor desconocido. Cuando se internó en Deraá se vistió con ropas humildes y no fue descubierto a pesar de que habían puesto precio a su cabeza.

En la esquina del aeródromo situado al sur de la estación torcimos hacia la ciudad. Había viejos aparatos Albatros en los hangares, y hombres tumbados alrededor. Uno de ellos, un soldado sirio, empezó a preguntarnos por nuestras aldeas, y si había «gobierno» donde vivíamos. Probablemente estaba pensando desertar y buscaba un refugio. Logramos quitárnoslo de encima y nos escabullimos. Alguien nos llamó en turco. Seguimos andando, sin darnos por aludidos; pero un sargento vino por detrás y tomándome bruscamente por el brazo me dijo: «El Bey te quiere ver». Había demasiados testigos para luchar o escapar, así que fui con él. A Faris no le hizo el menor caso.

Fui llevado atravesando una alta valla hasta un conjunto de barracones rodeados de algunas cabañas y unos pocos edificios. Penetramos en una habitación de adobe, en cuyo exterior había un terraplén, donde tomaba asiento un carnoso oficial turco, con las piernas cruzadas. Casi ni me miró cuando el sargento me puso ante él y le hizo un largo informe en turco. Me preguntó mi nombre: yo le respondí que Ahmed Ibn Bagr, circasiano de Kuneitra.

—¿Desertor?

—Los circasianos no hacemos el servicio militar. Se volvió, me miró fijamente y dijo con lentitud:

—Eres un mentiroso. Enrólalo en tu sección, Hassan Chowish, y haz lo que haga falta hasta que el Bey mande a buscar por él.

Me llevaron a un cuarto de guardia, ocupado en su mayor parte por largas literas de madera, donde se hallaban tumbados o sentados una docena de hombres con los uniformes desabrochados. Me quitaron el cinto y el cuchillo, me hicieron lavarme cuidadosamente, y me dieron de comer. Pasé allí todo el día. Bajo ningún concepto me dejaron marchar, pero intentaban

tranquilizarme. La vida de soldado no era del todo mala. Tal vez al día siguiente me dejarían ir, si cumplía los deseos del Bey aquella noche. El Bey parecía ser Nahi, el gobernador. Si se enojaba, decían, podrían enviarme al centro de recluta de Baalbek. Yo hice como si, en mi interior, nada hubiera peor en el mundo que aquello.

Poco después del anochecer tres hombres vinieron a buscarme.

Me llevaron escaleras arriba hasta las habitaciones del Bey; o, más bien, a su dormitorio. Era un tipo corpulento, circasiano también, al parecer. Se hallaba sentado en la cama con una bata de noche, temblando y sudando como si tuviera fiebre. Cuando me empujaron hacia el interior del cuarto se hallaba con la cabeza baja, e hizo señas con la mano a los guardias de que se fueran. Con voz ahogada me dijo que me sentara en el suelo frente a él, y se quedó sin decir nada; mientras, yo observaba la parte superior de su enorme cabeza, sobre la que el erizado pelo no sobresalía más que la barba de varios días que adornaba sus mejillas y barbilla. Al fin se me quedó mirando, y me dijo que me pusiera en pie: luego que me diera la vuelta. Le obedecí; se dejó caer hacia atrás sobre la cama, y me arrastró con él hacía sus brazos. Cuando vi lo que quería, me desprendí de él y me puse en pie, contento de igualarme a él en fuerzas, caso de tener que luchar.

Empezó a acariciarme, diciéndome cuán blanco y tierno me encontraba, lo finas que tenía las manos y los pies, y que me libraría de todo deber y obligación, haciéndome su ordenanza, y hasta dándome una paga, si quería ser su amante.

Yo me mostré obstinado, lo que lo [*sic*] hizo cambiar de tono, ordenándome con voz cortante que me quitara la ropa. Al verme vacilar echó mano de mí; y yo lo rechacé. Palmeó entonces para llamar al centinela, quien se apresuró a entrar y me sujetó.

Finalmente se acercó a mí arrastrando ruidosamente los pies, con brillo en la mirada, y se puso a manosearme por todas partes. Lo aguanté un momento, hasta que empezó a propasarse; y entonces le pegué un rodillazo.

Pensé que iba a matarme, y lo sentí: pero se limitó a pellizcarme un trozo de carne sobre las costillas, lo atravesó con no poco

trabajo, e hizo girar la hoja del cuchillo dentro. Sentí el dolor y di un respingo, mientras la sangre empezaba a fluirme del costado y manaba hasta el muslo. El Bey se sintió complacido y chapoteó un poco con ella sobre mi estómago con la punta de sus dedos. […]

Me bajaron a patadas hasta el pie de la escalera, y me extendieron sobre un banco de guardia, sin dejar de aporrearme. Dos se sentaron sobre mis tobillos, apoyándose sobre la parte trasera de mis rodillas, mientras los otros me retorcían las muñecas hasta hacerlas crujir, y luego me las aplastaban y me aplastaban el cuello contra el banco.

Viéndome tiritar, en parte creo, de frío, lo hizo silbar junto a mi oído, advirtiéndome que antes del décimo golpe estaría pidiendo clemencia, y al vigésimo empezaría a solicitar las caricias del Bey; y empezó de seguido a fustigarme furiosamente de través con toda su fuerza, mientras yo apretaba los dientes para aguantar aquel castigo que recorría como una llamarada todo mi cuerpo…

Recuerdo al cabo golpeándome con su bota claveteada para hacerme levantar; y esto fue verdad, porque al día siguiente mi lado derecho se hallaba amoratado y lacerado, y una costilla dañada me provocaba una aguda punzada cada vez que respiraba. Y recuerdo haberle sonreído estúpidamente, porque una deliciosa tibieza, probablemente sexual, empezaba a invadirme; y que él levantó el brazo y cargó con toda la fuerza de su látigo sobre mis ingles.

Por las magulladuras, debieron golpearme aún más: pero lo siguiente que pude percibir es que estaba siendo arrastrado por dos hombres, cada uno de los cuales se disputaba una de mis piernas como si fueran a descoyuntarme. Mientras, un tercero iba montado sobre mí a horcajadas. Momentáneamente estaba mejor que siendo azotado. Entonces se oyó la voz del Bey. Arrojaron agua sobre mi cara, relimpiaron algo de la porquería, y me alzaron entre varios entre náuseas y pidiendo clemencia, hasta donde el Bey estaba; pero esta vez me rechazó a toda prisa, por estar demasiado desgarrado y ensangrentado para entrar en su cama, culpándoles de su exceso de celo, que me había desgraciado, cuando seguramente se habían empleado conmigo

como de costumbre, y toda la culpa estaba en mi propia carne, que cedía más fácilmente que la de los árabes.

De modo que el cabizbajo cabo, y el más joven y apuesto de los soldados, tuvieron que quedarse allí, mientras los otros me bajaban a la calle por la estrecha escalera. El frío de la noche sobre mi ardiente piel, y el inmóvil brillo de las estrellas tras el horror de la hora pasada, me advirtieron que los hombres deben soportar los deseos de sus oficiales o pagar por ello, como yo había hecho, con mayores sufrimientos.

Halim había ido a Deraá por la noche, y sabido por la falta de rumores que la verdad no se había descubierto. Les conté un alegre cuento de engaños y sobornos, que prometieron no contar a nadie, riéndose en grande de la simplicidad de los turcos.

Su consideración me ayudó por un momento a sobrellevar una carga que el paso de los días no dejó de confirmarme: que aquella noche, la ciudadela de mi integridad se había perdido irrevocablemente.

No fue descubierto, era el más encarnizado enemigo de los turcos pero el deseo del gobernador le nubló la vista y solo fue para él una presa sexual. Se libró de la muerte al no descubrirse su verdadera identidad, pero parece ser que aquello se le quedó grabado para siempre. Cuando se enroló con nombre supuesto en la RAF pagaba a un escocés para que le flagelara hasta alcanzar placer y parece ser que su madre le azotó hasta los dieciocho años.

En 1918 los turcos ofrecían una recompensa de quince mil libras por la cabeza de Lawrence pero ignoraban su aspecto y estaba prohibido que los periódicos publicaran fotos suyas. Cuando conquistaron Deraá, el 28 de septiembre de 1918, cuenta: «Yo había llegado a palpar allí la iniquidad humana: y odiaba por ello de tal modo Deraá que cada noche me iba a dormir con mis hombres al aeródromo». En la batalla de Tafas se ensañó con los prisioneros turcos; mataron a cinco mil que se batían en retirada y decidieron no hacer prisioneros.

Después de Deraá y Tafas pasó del puritanismo idealista a «una intensa necesidad de penitencia mediante la degradación y la humillación, una necesidad que se acompañaba de un concepto de sí mismo cada vez más bajo. Además le quedó un deseo compulsivo de recibir azotes, atribuible de forma directa a la experiencia de Deraá». Ya desde niño asociaba el sexo a pecado

por la relación de sus padres, de la que se sentía culpable. Hasta un parto le parecía degradante. En su juventud no demostró interés por las chicas y al terminar sus estudios, en Oriente Medio, no tenía muchas oportunidades y se sentía muy feliz entre hombres.

Según John E. Mack, que ha preparado una completa biografía sobre Lawrence, hay tres versiones sobre el incidente de Deraá. La primera, fechada en junio de 1919, fue un informe para el cuartel general británico en El Cairo donde dice que le identificaron como Lawrence:

> Me adentré en Deraá disfrazado para espiar las defensas; Hajim Bey, el gobernador, me capturó y me identificó en virtud de la descripción que de mí había aportado Abd el-Kadir (Me enteré de los detalles de su traición por la conversación de Hajim y por los carceleros). Hajim era un fogoso pederasta y se encaprichó de mí. Así que me mantuvo bajo custodia hasta la noche, cuando trató de poseerme. Yo no estaba dispuesto a ello y me impuse con ciertas dificultades. Hajim me envió al hospital y me escapé antes del amanecer, ya que no me encontraba tan malherido como él pensaba. Estaba tan avergonzado por el follón que había montado que lo silenció todo y nunca informó de mi captura, ni de mi huida. Volví a Azrak muy molesto con Abd el-Kadir y regresé a Akaba.

La segunda corresponde a la edición de *Los siete pilares de la sabiduría* de 1922, donde afirma que no le identificaron, y es la que hemos transcrito. Según Mack había un párrafo que estaba en el manuscrito original pero fue borrado de la edición para suscriptores y decía:

> Me sentía muy enfermo, como si alguna parte de mí se hubiera muerto en Deraá aquella noche, dejándome tullido, imperfecto, solo la mitad de mí mismo. No debió de ser la profanación, porque nadie tenía un concepto del cuerpo más bajo que yo. Posiblemente, debió de ser el quebranto del espíritu producido por ese dolor desenfrenado que me destrozaba los nervios y me había degradado a la condición de bestia cuando me obligaron a postrarme ante él, y que había viajado conmigo desde entonces, fascinación, terror y deseo morboso, lascivo y vicioso quizá, pero igual que los esfuerzos de las polillas por alcanzar la luz.

Meinertzhagen, posterior compañero de Lawrence, afirmó en 1959 que este le contó que «fue sodomizado por el gobernador de Deraá y recibió trato similar por parte de sus sirvientes, pero que no podía publicar el relato del incidente porque había sido demasiado degradante y había penetrado en su naturaleza más íntima». Por otra parte, los que le conocieron entonces relatan lo afectado que estaba posteriormente y no quisieron indagar sobre el tema. George Bernard Shaw sostuvo que Lawrence sintió atracción por el turco.

La tercera versión corresponde a una carta personal de 1924 a una mujer, Charlotte Shaw, amiga suya, en la que se explaya sobre lo sentido: «Por miedo a resultar herido o más bien para ganar cinco minutos de tregua en medio de un dolor que me volvía loco, entregué la única posesión con la que nacemos: la integridad del cuerpo. Es un asunto imperdonable, una posición irrecuperable, y es lo que me hizo renunciar a una vida decente y al ejercicio de mis nada deleznables ingenios y talentos». A ella también le confesó que reescribió el pasaje de Deraá nueve veces y su inclusión le provocó el tardar varios años en decidirse a publicar el libro. En 1925, estando en el ejército con nombre falso, le cuenta: «Soy demasiado tímido para salir a buscar cosas sucias. Me da miedo parecer un principiante en el tema cuando lo encuentre. Por eso no puedo salir a sufrir en los burdeles de Lincoln o Navenly con los compañeros. Ellos se creen que es porque soy superior, orgulloso, raro o "pijo", como dicen. Y es porque no sabría qué hacer, cómo conducirme, dónde acabar».

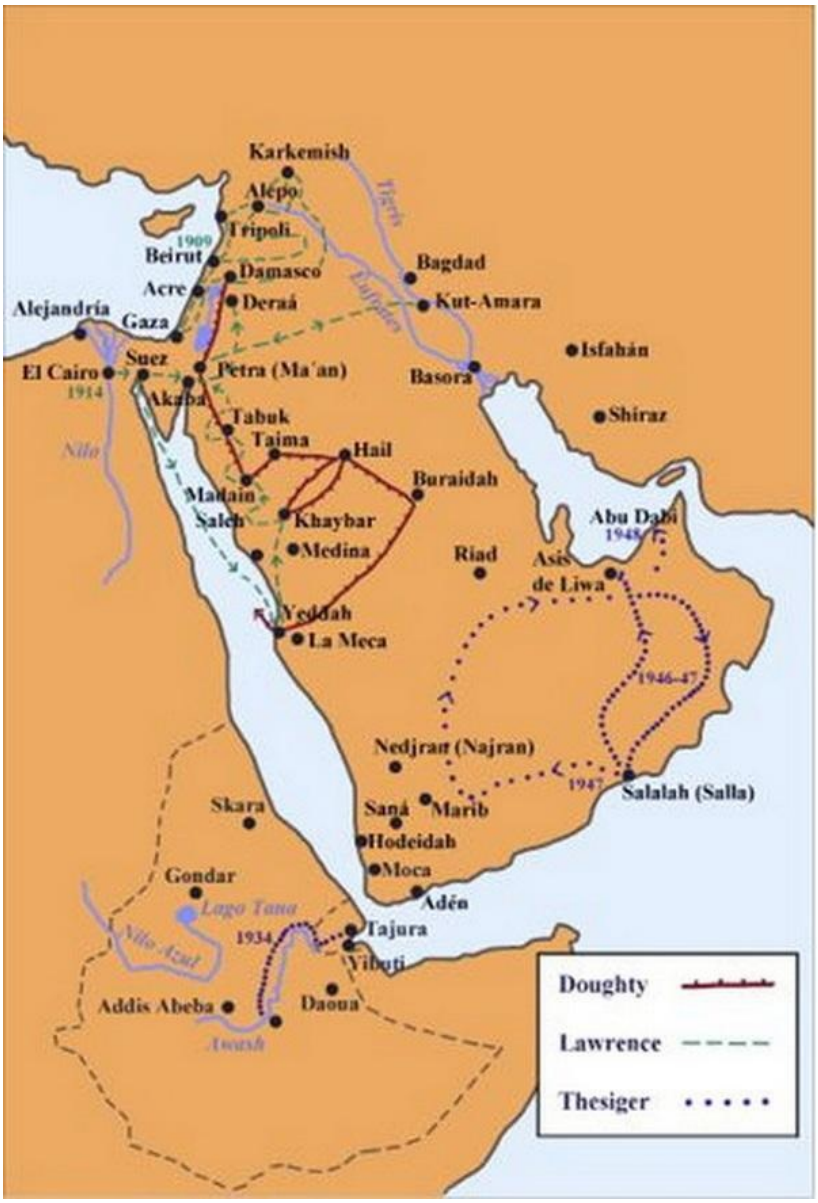
En 1968, Bruce, un compañero del Cuerpo de Tanques, debido a sus penurias económicas quiso contar su relación con Lawrence y la vendió al *Sunday Times*, que publicó una serie de cuatro artículos bajo el título de «La vida secreta de Lawrence de Arabia» en junio de 1968. Lawrence pagaba a Bruce por flagelarle y además le tenía en mucha consideración. Bruce pensaba que era un castigo ordenado por alguien. Lawrence se había inventado a un tío que le había castigado a recibir azotes y por eso encargaba a Bruce que lo hiciera y le pagaba por ello. Por ejemplo, entre junio y octubre de 1933, sufrió cinco flagelaciones de entre treinta y setenta y cinco latigazos cada una. Se conocieron en 1923 y su relación está documentada. Según Mack, en cartas de 1934 «Bruce cuenta a Lawrence su reciente matrimonio, le expresa gratitud, le garantiza que el secreto está a salvo y afirma que no quiere perder el contacto con él». En 1923, revisando el capítulo de Deraá, tuvo cinco noches de pesadillas y fue cuando pidió por primera vez a alguien que le azotara y golpeara hasta eyacular. A Charlotte Shaw le confesó que en

el fondo disfrutó lo de Deraá y la necesidad compulsiva de repetirlo le atormentaba.

Thomas Edward Lawrence tras la Primera Guerra Mundial cuando ingresó en el ejército con nombre falso y en la motocicleta con la que sufrió el accidente mortal en mayo de 1935.

Lawrence temía que una vez terminada la guerra no hicieran caso a los árabes, a quienes habían prometido completa independencia, como así ocurrió al repartirse la zona Gran Bretaña y Francia. En febrero de 1921 regresó a Egipto para trabajar en el Departamento de Oriente Medio pero no le gustaron las intrigas políticas y en diciembre regresó a Londres. Incluso declinó el ofrecimiento del rey Jorge V de nombrarle sir. La fama le resultaba muy incómoda. En agosto de 1922 se alistó en la RAF con un nombre supuesto: John Hume Ross, pero se descubrió su verdadera identidad y se le dio de baja. Se publicó *Los siete pilares de la sabiduría,* pero solo se imprimieron doscientos doce ejemplares. En febrero de 1923 se alistó con otro nuevo nombre, T. E. Shaw, en una unidad de blindados. En 1925 fue trasladado a la RAF como mecánico y sirvió en Pakistán.

Falleció el 19 de mayo de 1935 tras pasar seis días en coma al golpearse la cabeza cuando conducía una motocicleta por una carretera local y se salió de la calzada al intentar evitar atropellar a dos chicos que se le cruzaron.



Mapa con los viajes que hizo Lawrence a lo largo de su vida.

A la vez que Lawrence, en otra parte, en Mesopotamia, actuaba Harry Saint John Philby, un militar que se convirtió al islam y se hacía llamar Sheikh —jeque— Abdullah. Su tumba, en Beirut, lleva la inscripción: «el más grande de los exploradores árabes». Durante la Primera Guerra Mundial sirvió con Gertrude Bell en Basora y Bagdad, entre 1915 y 1917. En 1930 se hizo musulmán.

Bibliografía

LAWRENCE, Thomas Edward, *Los siete pilares de la sabiduría*. Madrid: Júcar, 1989.

MACK, John E., *Lawrence de Arabia*. Barcelona: Paidos Testimonios, 2003.

Wilfred Patrick Thesiger (1910-2003) (1945)

El inglés que era más beduino que los propios beduinos

Nació el 3 de junio de 1910 en un *tukul*, una cabaña con techo de paja del complejo de la embajada británica en Addis Abeba, la capital de Etiopía, donde estaba destinado su padre como diplomático. Su madre recorrió embarazada, a lomos de una mula o a pie, el trayecto entre el puerto del mar Rojo y Addis Abeba, por lo que Wilfred ya fue un viajero desde antes de nacer. Su tío —vizconde de Chelmsford— era el virrey de la India.

Cuando de niño salía a cabalgar en su *pony* iba escoltado por lanceros hindúes de la guarnición de la legación. A los ocho años le llevaron en una mula, durante tres semanas, desde Yibuti a Dire Dawa —donde el conocido traficante Henry de Monfreid invertía sus beneficios—. A los nueve murió su padre y regresó con su madre a Gran Bretaña. Entró en un internado donde le pegaban hasta hacerle sangre. En cuanto tuvo edad le enviaron interno al duro y famoso colegio de Eton. Después estudió Historia en Oxford, entre 1930 y 1933, donde fue capitán del equipo de boxeo de la universidad. Era muy misógino y todos los que le conocieron coinciden —él mismo lo manifestaba— en que estaba por encima del sexo. Incluso llegó a decir: «Es una pena que no se pueda tener hijos en botellas». Todo llegaría. Es el paradigma del chiste británico: «*No sex please, we are British*».

Fue invitado personalmente por Haile Selassie al acto de su coronación como emperador porque, muchos años antes, en unos disturbios, habían escondido a su hijo en la embajada británica con grave riesgo de sus vidas.

Conoció a los marineros del *Altaír* de Monfreid, que le hablaron de su antiguo jefe, ya retirado en Francia. Tras la coronación pasó un mes por la zona de los afar-danakil.

Quiso recorrer el río Awash porque alguien le dijo que era la única zona que quedaba por explorar en Etiopía. La Royal Geographical Society le financió parte de la expedición. El dinero que le faltaba lo consiguió vendiendo por cuatrocientas libras los anillos de oro que le había regalado Haile Selassie. Se dice que fue el primer europeo en visitar el sultanato de Aussa y el lago Abbe, zona de los afar-danakil que ya había recorrido Monfreid. Montó una expedición con veintitrés hombres armados de trece fusiles más quince soldados del rey. Lo que más le motivaba es que habían exterminado previamente a tres contingentes que lo habían intentado. La riqueza de los afar se medía por el número de testículos que habían cortado a sus enemigos y que guardaban en casa. Todavía, en 1980, un amigo residente en Addis Abeba me contaba que continuaban con la costumbre.

Ayllú, sultán de la región de Aussa, le preguntó: «¿Por qué se juega la vida para seguir el curso de un río?». Le dejó su bastón de plata para que le respetaran y le regaló cuatro toros para que comieran. Thesiger golpeaba ritualmente todos los días a los porteadores y soldados para mostrar quién mandaba. Conoció a un anciano de ciento veinte años que tenía una colección de ciento cuarenta pares de testículos. Para poder casarse debían matar primero a uno de la tribu de los asaimara. A los veintitrés años resolvió la duda sobre el final del recorrido del río Awash, llegando a los lagos salados y, sobre todo, al lago Abbe, al lado de la frontera de Yibuti, donde terminaba dicha corriente, con mal olor por el cloruro de sodio.

Después continuaron hasta Asserla, el primer puesto francés en Yibuti, al mando de un sargento, y a otro más importante, con veintidós soldados al mando de un capitán, que poco después fue masacrado. El 20 de mayo de 1934 llegó a la población costera de Tajura, seis meses después de haber bajado en la estación de Awash del tren que une Yibuti con Addis Abeba.

Desde 1935 trabajó para el Departamento Político en Sudán, como ayudante de comisario de distrito. Por suerte, a su jefe le gustaba mucho cabalgar y visitar sitios nuevos. Thesiger llegó a recorrer 400 kilómetros en 96 horas de camello, setenta de ellas sobre la silla. Mató a setenta leones de los que atacaban a la gente. Allí ya se vistió de árabe por comodidad, pues era más saludable llevar el rostro tapado y ropas holgadas.

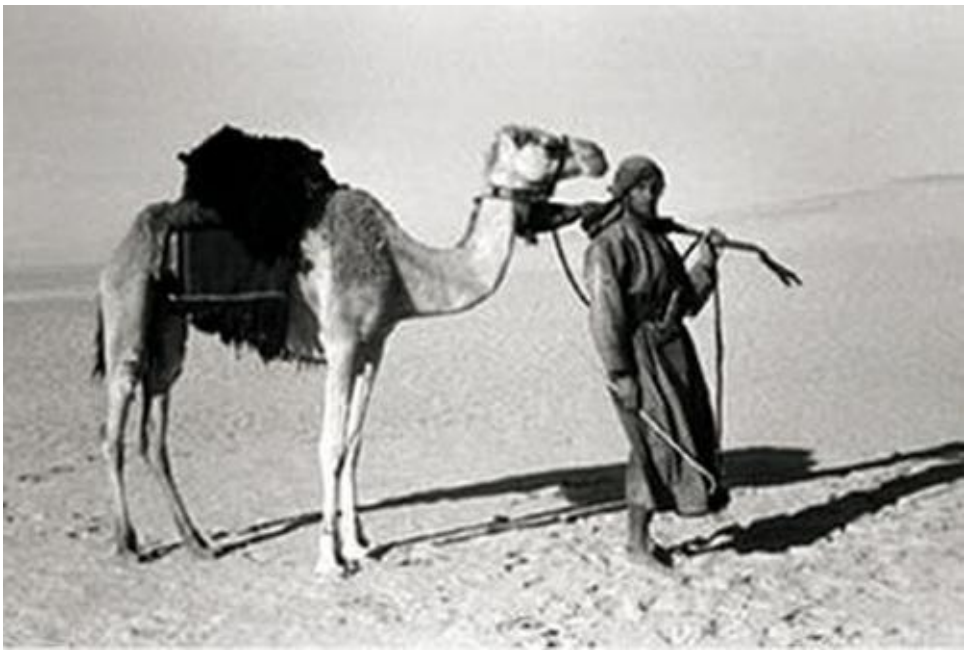
Le quedó una renta de cuatrocientas libras anuales de herencia de su abuela por lo que decidió dejar el trabajo en Sudán cuando le iban a trasladar

a la capital, a un destino burocrático. En noviembre de 1937 regresó a Londres vestido con galabía, turbante y barba. Visitó Marruecos con su madre y después pasó dieciocho meses en Egipto. En 1938 se perdió tres meses por el desierto libio y argelino del Tibesti, con comida para ese período consistente en harina, tasajo, cebollas, azúcar y té, además de odres para el agua, mantas, pieles de oveja, una tienda y un fusil. Medía 1,88 metros y era fibroso.

En 1940, con motivo de la Segunda Guerra Mundial, trabajó tras las líneas italianas de Etiopía para levantar a la población contra los latinos. Participó en la toma de la Somalia italiana logrando rendir una guarnición de dos mil quinientos hombres —Leguineche dice que fueron doce mil—, con una fuerza atacante de solo cien efectivos que los romanos creían muy superior. Le valió la apreciada medalla de la Orden de Servicios Distinguidos (D. S. O.). Posteriormente se unió a las fuerzas especiales del Special Air Service (S. A. S.), donde realizó acciones de comando y llegó al grado de mayor o comandante. Luchó en los desiertos de África del Norte contra Rommel. Ya en estos momentos a veces vestía ropas árabes, sobre todo los pañuelos, como hacían los miembros de algunas unidades. Durante algún tiempo fue oficial de enlace con las unidades griegas que luchaban junto a los aliados. Sufrió una herida de metralla que creyó había sido una simple rozadura hasta que, veinticinco años después, en 1967, al operarse le encontraron un trozo de metralla en la pierna.

En 1945, a los treinta y cinco años, con la victoria, causó baja en el ejército. En 1946, participó en un programa de la United Nations Food and Agricultural Organization (FAO) de lucha contra la langosta en el sur de Arabia, y se enamoró de la zona. Se hacía pasar por mercader sirio y orinaba en cuclillas como ellos. Su trabajo consistía en recoger muestras de langostas y conocer sus desplazamientos. Se buscó dos ayudantes, Bin Kabina, de dieciséis años y Ghabaisha, mayor. Recorrió dos veces el denominado Territorio Vacío (*Empty Quarter*) hasta 1950. En octubre de 1946 comenzó la primera travesía, que le llevó tres meses desde Salla (Salalah), en Omán, al oasis de Liwa, en los actuales Emiratos Árabes Unidos. Los beduinos le llamaban Umbarak —‘el bendito’— o Umbarak bin London —‘el bendito de Londres’—. Él a ellos les denominaba *bedus*. Le decían que el día que se convirtiera al islam sería exactamente igual que ellos. Caminaba descalzo salvo en las zonas pedregosas y se le formaron callos. Llevaba un saco de dormir, taparrabos, camisa y turbante. Leguineche opina que consiguió ser más beduino que los propios beduinos. Tampoco entendían estos que a los

treinta y cinco años no tuviera mujer Les decía que cuando regresara a Londres se casaría. Entró sin permiso oficial del rey a pesar de trabajar para la ONU. Se hacía pasar por mudo para evitar problemas con los desconocidos. En una ocasión en que pasaban bastante hambre lograron cazar una liebre. Cuando la estaban cocinando aparecieron unos beduinos. La ley de la hospitalidad del desierto exigía que los recién llegados comieran antes. Estos acabaron con la presa mientras Thesiger y sus guías les miraban. Dos días después llegaron a un campamento y el anfitrión mató un dromedario para ellos. Al final de la travesía comenzó a circular entre los nómadas el rumor de que por allí había un cristiano y empezaron a sospechar de él, pero logró terminar el recorrido.



Fotografía de Wilfred Patrick Thesiger en la época en que atravesó desde Hadramaut hasta Abu Dabi, en 1948, junto con varios beduinos, haciéndose pasar por uno más y mudo. Pitt Rivers Museum, Reino Unido.

Bertrand Thomas ya había recorrido la zona en diciembre de 1930 con escolta oficial. En enero de 1932 lo intentó Harry Saint John Philby, pero una disentería se lo impidió. Después lo intentó de nuevo con catorce beduinos y treinta y dos camellos y lo consiguió pasando muchas penalidades. Era el

padre del famoso Philby que fue periodista en la Guerra Civil española y después espía de los rusos.

El 17 de diciembre de 1947 Thesiger comenzó la segunda travesía desde Hadramaut a Abu Dabi, el camino que habían recorrido en parte Páez y Montserrat como prisioneros en el siglo XVI, a los que hace referencia, y alaba las informaciones aportadas por el primero.

Wilfred llevaba doce camellos y escoltas. Llegaron a marchar catorce días seguidos. El guía, Bin Tafl, no le caía bien; sin embargo este admiraba al británico y dijo sobre él: «Era tan resistente como nosotros. Montaba y disparaba como un beduino, pero nunca pudimos considerarle del todo como uno de los nuestros porque era cristiano, no musulmán. Esto no significaba que le hiciéramos de menos. Era un jeque. Nadie hizo nunca lo que él en Arabia, ni nadie lo hará en el futuro». Le preguntaban continuamente qué hacía allí. No se creían lo de las langostas. Le hicieron una canción que decía: «El jeque de los cristianos tiene un peligroso motivo pero nadie sabe cuál es». Cuando estaban con extraños sí le seguían el juego para evitar que les atacaran por llevar un cristiano con ellos. No consiguió muchas muestras ni mucha información sobre las langostas. Pero ya se sabe cómo funciona la ONU. Terminó la misión en 1948 cuando le detuvieron por entrada ilegal. Le encerraron en una cárcel de la ciudad de Laila hasta que Philby le sacó y le animó a escribir sobre las dos travesías. Le insultaban y escupían por la calle por ser cristiano. Su dinero lo lavaban para que no fuera impuro. Su guía, Ghabaisha, le aconsejó salir lo antes posible pues hicieron correr el rumor de que matarle valía igual que peregrinar a La Meca. Tras ocho días de penalidades lograron llegar al oasis de Liwa y a Abu Dabi.

Thesiger distinguía entre los beduinos de los oasis —las ciudades para ellos— y los de la arena. Algunos de estos últimos podían aguantar una semana sin agua ni alimentos. Pasó cinco años con Bin Kabina, a quien quería como a un hijo. Le había alquilado a su padre por dos riales al día. A Ghabaisha y a los demás, como eran adultos, les pagaba cuatro. Ambos eran de la tribu de los rashidis, que solían estar en guerra contra los katirs. En 1953 murió el rey Ibn Saud y reinó Feisal. En 1970 regresó para realizar un reportaje y volvió a ver a Kabina, que tenía la ilusión de que su hijo fuera telegrafista, lo que apenaba al inglés.

De 1950 a 1958 recorrió en diversas ocasiones los pantanales del sur de Irak entre la desembocadura de los ríos Tigris y Éufrates. Al principio no le aceptaban y no comían o bebían donde lo había hecho él. Eran chiíes. Allí le llamaban *sahib*, ‘señor’. Vestía de europeo y ejercía de médico e incluso de

circuncidador. En un solo día hizo ciento quince operaciones. Cuando las realizaba él no había septicemias. Los otros cobraban un gallo, él lo hacía gratis. Era contradictorio. No era partidario de utilizar DDT para acabar con los mosquitos que provocaban el paludismo pero sí repartía medicinas para ser aceptado. En todos esos años solo tuvo una diarrea. Cuando regresaba a la civilización hablaba con médicos y tenía libros donde aprender. Había un cónsul británico en Basora. Entre 1953 y 1955 visitó Pakistán —ciudad de Chitral, el Karakorum y Gilgit—. Mató a dos mil jabalíes (*yabali* en árabe) porque les comían las cosechas.

Fotografía de Wilfred Patrick Thesiger en Sudán en 1935, durante una cacería. Pitt Rivers Museum, Reino Unido. A su muerte su colección de 38 000 negativos pasó al Gobierno británico como pago de impuestos.

En 1957 escribió *Arenas de Arabia*, donde describe pormenorizadamente la vida de los beduinos. La editorial Longman le adelantó cien libras esterlinas. Pasó cuatro meses encerrado en un hotel de Copenhague donde escribía hasta catorce horas seguidas. El libro se publicó en 1959. Comenta: «Por desgracia, los mapas que contribuí a crear ayudaron a otros guiados por

objetivos más materialistas a corromper a unos pueblos cuyo espíritu brilló en el desierto como una llama».

En 1958 el ejército iraquí derrocó al rey y él se marchó a Kenia porque no quería vivir con la república. Se estableció cerca del lago Turkana, en el norte. Tardó un mes en llegar pues fue en camello y andando porque no le gustaban los coches pero al final claudicó y se compró un Land Rover que dejaba en Barugai. Tenía unas botas del famoso zapatero londinense Lobbs que le duraron treinta años. En 1961 se estableció en Maralal, un lugar con luz y agua. Recorrió la costa keniata y tanzana. Regresó a la civilización y recorrió en coche España, Portugal y Marruecos. Pasó tres años en Kenia. Vivió la proclamación de la independencia el 12 de diciembre de 1963.

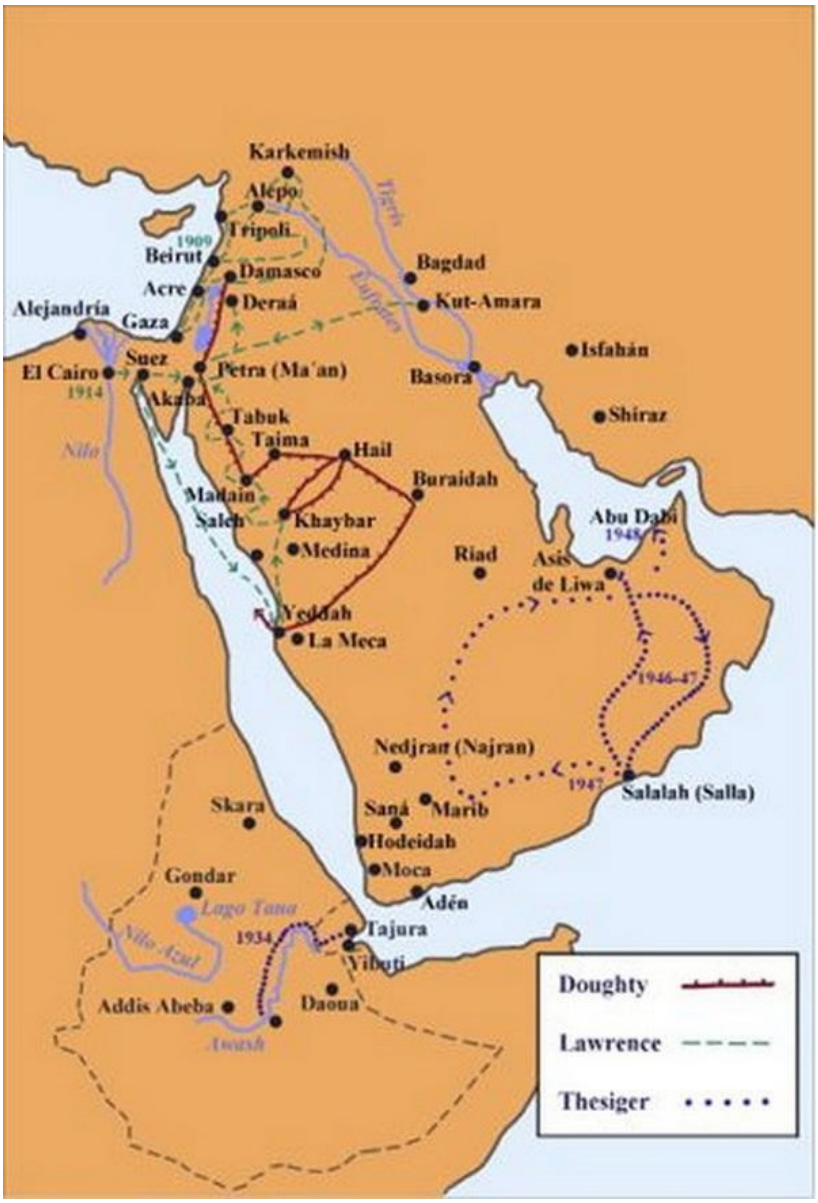
En 1965 visitó Afganistán y el Kurdistán. Al año siguiente Haile Selassie le invitó a celebrar los veinticinco años de reinado y participó en Yemen en la guerra entre monárquicos y republicanos durante seis meses, cuando ya tenía cincuenta y seis años.

En 1980 hubo una guerra entre Irán e Irak. Los de los pantanales donde habitó él eran chiíes como los iraníes. Después de la guerra, Sadam Husein les castigó desecando los pantanos y el 95 % de estos desapareció entre 1970 y el año 2000. La población pasó de medio millón a unas cuarenta mil personas.

A los ochenta y dos y ochenta y tres años vivía en Kenia, sin dinero, en una habitación alquilada a un hindú. Dormía con su guardaespaldas en la misma habitación porque no tenía dinero, pues le desplumaron. Se calcula que mantenía a unos treinta keniatas. En 1990 enfermó de párkinson y regresó a Gran Bretaña. Con los años se le descoyuntaron los huesos de las piernas por haber andado tanto. Se calcula que recorrió unos ciento sesenta mil kilómetros.

Es *commander* de la Orden del Imperio británico (*Order of the British Empire*) desde 1968 y medalla del fundador de la Royal Geographical Society en 1948, además de otras muchas condecoraciones de diversos países. De todos sus viajes coleccionó treinta y ocho mil negativos que se encuentran en el Pitt Rivers Museum de Oxford. Parte de la colección es accesible a través de internet.

Falleció el 24 de agosto de 2003. Algunas fuentes dicen que, según manifestaciones propias, murió virgen. Según Leguineche, sus últimas palabras fueron: «No tengo a nadie con quien charlar, amigos con los que hablar de mi mundo, un mundo hecho de arena y silencio».



Mapa con el recorrido de los viajes de Thesiger.

Bibliografía

THESIGER, Wilfred. *The life of my choice*. Londres: Harper Collins, 1987.
—, *Arabian sands*. Londres: Penguin, 2007
—, *Arenas de Arabia*. Barcelona: Península, 1998.

LEGUINECHE, Manuel, *El último explorador. La vida del legendario Wilfred Thesiger*. Barcelona: Seix Barral, 2004.

FLEMING, Fergus, *La mirada del explorador: relatos de aventuras y descubrimientos*. Barcelona: Paidos, 2006.

ORIENTE PRÓXIMO, MEDIO Y ASIA CENTRAL, MUNDOS CERRADOS AL EXTRAÑO

Introducción

Tras recorrer la península arábiga continuamos al este para visitar lo que queda de Oriente Próximo y seguir por Oriente Medio y Asia Central para, finalmente, llegar a Tíbet y China, zonas también prohibidas durante una larga época.

En primer lugar debemos aclarar que el término Oriente Próximo (*Near East*) es equivalente en español al más utilizado de Oriente Medio (*Middle East*). Para los británicos Oriente Próximo es Europa occidental y el Medio son los países ribereños del Mediterráneo oriental (Turquía, Siria, Líbano, Israel, Egipto, etc.). Debido a la gran influencia de los medios de comunicación anglosajones, algunos periodistas españoles con más proyección pública que cultura, en muchas ocasiones confunden el término. En España siempre se ha considerado Oriente Próximo a Líbano, Israel, Turquía, Jordania, Siria, Irak, Arabia Saudí, Yemen y demás estados del golfo pérsico. Por Oriente Medio o Asia Central se entendía Irán, Afganistán y Pakistán más las ex repúblicas soviéticas situadas al norte de estos países; y por Extremo Oriente a India, China, Corea, Japón y el Pacífico.

Oriente Próximo, en su sentido tradicional, fue muy importante en la Edad Antigua y Media por sus culturas y por hechos religiosos y políticos que tuvieron lugar allí como las civilizaciones de Mesopotamia, los imperios hitita, asirio y persa y la aparición del judaísmo, el cristianismo y el islam. Era muy codiciado y llevó a Alejandro Magno a conquistarlo en el siglo IV a. C. Después, un sector de la región formó parte del Imperio romano, que a partir del año 395 d. C. se dividió en occidental y oriental. Este último pasó a denominarse Imperio bizantino y fue absorbido posteriormente por el islam. En el siglo VIII los abasidas trasladaron la capital del califato de Damasco a Bagdad, con lo cual el centro neurálgico político y cultural se trasladó más a oriente. A partir del 809 tuvo lugar una guerra civil en el califato y surgió el

de Córdoba. En 1258 los mongoles conquistaron Bagdad. Por occidente la zona fue atacada por los cristianos mediante las cruzadas, a partir del año 1097. Estas darán lugar a que los fieles de dicha religión nunca fueran ya bienvenidos en la región.

Entre los siglos XIII y XVI la zona fue un conglomerado de reinos más o menos grandes hasta que en 1520 el sultán Solimán el Magnífico consiguió que el Imperio otomano (turco y sunita) se extendiera desde cerca de Viena hasta Mesopotamia, pero hubo de luchar con el Imperio safávida (chií y persa). Ambos imperios decayeron en el siglo XVIII y el primero se vio acosado por afganos, rusos y otomanos. En cuanto a estos últimos sufrieron a su vez el acoso de los wahabitas de la actual Arabia Saudí, de Napoleón y de Gran Bretaña. Por otra parte, Grecia se independizó en 1823, Egipto en 1839 y los países balcánicos a finales del XIX. La inauguración del canal de Suez en 1869 convirtió la zona en estratégica para los intereses comerciales y militares de Occidente en plena segunda revolución industrial. Gran Bretaña consiguió hacerse con las acciones de la compañía del atajo y estaba en pleno apogeo su lucha callada con Rusia para apoderarse de Asia.

Por otra parte, se considera Asia Central la zona que va desde el mar Caspio hasta China y desde el sur de la actual Rusia hasta las fronteras norte de Irán y Afganistán. En la actualidad incluye las repúblicas de Turkmenistán, Uzbekistán, Kazajistán, Kirguizistán y Tayikistán. Se trata de una zona muy árida con dominio de los nómadas hasta el siglo XVI, en que los sedentarios se fueron haciendo con el control. Buena parte de ella está recorrida por la denominada Ruta de la Seda que conectaba comercialmente Asia con Europa. El pueblo más importante de esta región eran los turcomanos, pastores nómadas del actual Turkmenistán. Desde el siglo XVI estos se dedicaban al bandidaje, asaltando caravanas y vendiendo como esclavos a los prisioneros hasta que a partir de 1860 fueron cayendo bajo dominio ruso, control que fue completo a finales de siglo. Tras 1856, con el fin de la guerra de Crimea, va a ser el escenario de la rivalidad ruso-británica que los primeros denominaban «Torneo en las sombras» y los segundos Gran juego.

Hasta ese momento era una zona muy peligrosa y casi nadie se aventuraba por esas tierras. Se sabía muy poco de ella. El interés político-militar y comercial sobre la región hizo que se enviaran exploradores y científicos para informarse.

Niebuhr, nuestro primer explorador de estas regiones, es un buen enlace entre los capítulos anteriores y este, ya que recorrió varias zonas: la península arábiga y Oriente Medio en su significado clásico español.

Carsten Niebuhr
(1733-1815) (1762)

El granjero que quería medir el mundo prohibido

Nació el 17 de marzo de 1733 en el norte de Alemania. Quedó huérfano de madre a las seis semanas y de padre en la pubertad. Trabajó como granjero en casa de unos tíos en su primera juventud pero no le gustaba la vida del campo. Vio a un agrimensor midiendo fincas y decidió que él estudiaría para ello. A los veintidós años, con el poco dinero que le correspondió de la herencia, fue a Bremen y después a Hamburgo para aprender geometría, topografía y agrimensura. Hubo de prepararse desde el principio pero aprendía muy rápidamente. En 1757 continuó estudios en Gotinga. En 1758, a sugerencia del profesor de la universidad de esta ciudad Johan Michaelis, fue invitado a participar en la primera expedición de exploración científica de Egipto, Siria y Arabia organizada por el rey Federico V de Dinamarca. Fue seleccionado porque no encontraron ningún otro matemático que quisiera ir. En los casi dos años que tardaron en partir estudió con ahínco astronomía, dibujo, historia, mecánica y árabe. No podía creer que ya durante ese tiempo le pagaran un sueldo por prepararse.

En el otoño de 1760 fue a Copenhague, donde le nombraron teniente de ingenieros del ejército. La expedición estaba compuesta por un lingüista y orientalista danés, Friedrich von Haven; un botánico sueco, Pehr Forrskal, a quien consideraba muy inteligente y preparado; un médico y zoólogo danés, Christian Kramer, a quien evaluaba muy negativamente; un pintor alemán, Georg Baurenfeind, y un ex soldado sueco, Bergren. No había jefe designado como tal en el grupo.

Retrato de Carsten Niebuhr vestido como occidental de fecha y autor desconocido.

Partieron de Copenhague el 7 de enero de 1761 en un buque de la armada danesa. Aprovechó el viaje para practicar realizando mediciones lunares y calculando posiciones y contrastaba sus resultados con los de los marinos del barco. Pasaron por Marsella, donde descansaron dos semanas en las que se enamoró de la cultura francesa, y también por Malta y Constantinopla. En la travesía sufrió una disentería, pero se recuperó. En la capital turca el buque regresó a su país y ellos continuaron en otro a Alejandría donde llegaron a finales de septiembre de 1761. Durante el recorrido los miembros de la expedición ya habían tenido múltiples discusiones entre ellos. Pasaron un año en Egipto visitando Suez, el monte Sinaí y ascendiendo por el Nilo. Niebuhr aprovechó para realizar numerosas mediciones. Preparó un mapa de la parte norte del Nilo y de la zona de El Cairo que después fue muy útil a los invasores franceses.

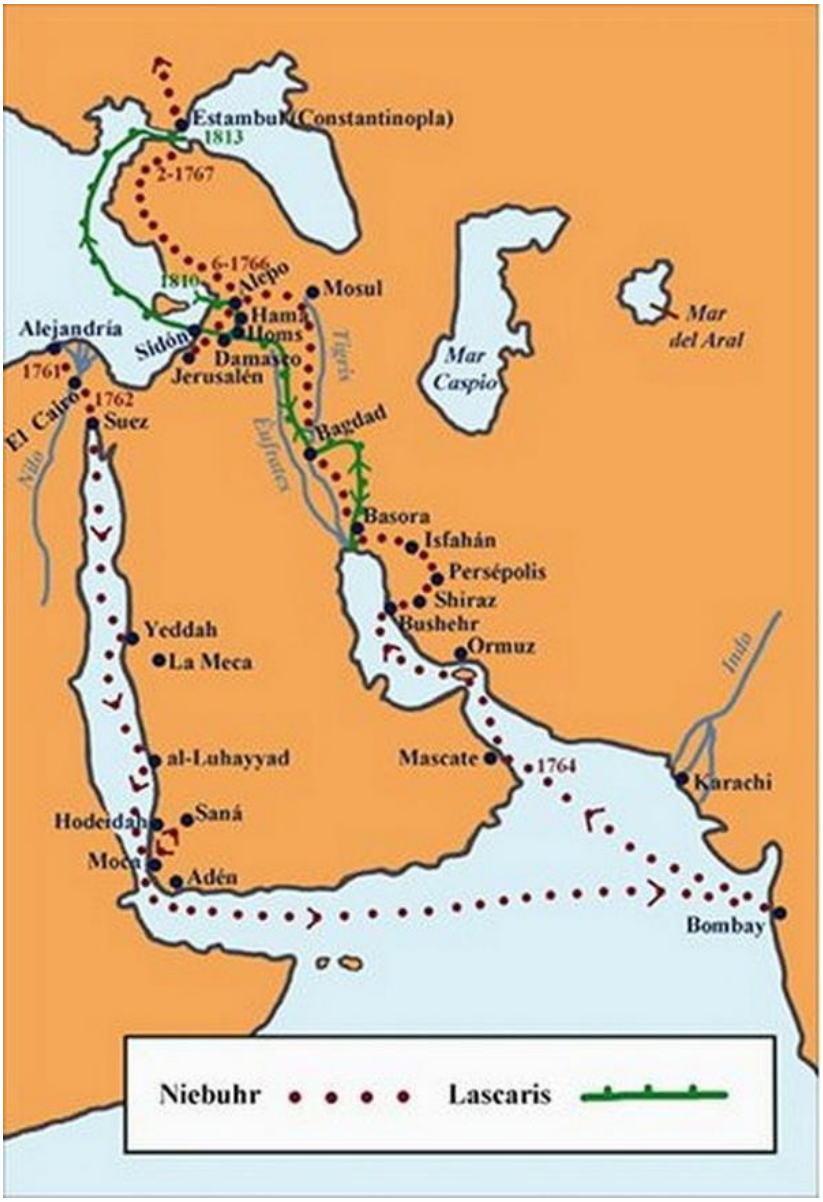
Disfrazados de peregrinos musulmanes zarparon de Suez en octubre de 1762 con destino a Yeddah. Desde allí continuaron descendiendo por la costa arábiga del mar Rojo en un barco abierto o *tarrad*. Deteniéndose en la costa de vez en cuando llegaron hasta al-Luhayyad, en el norte del actual Yemen. Por aquella época no tuvieron problemas aunque que se les notaba enseguida que eran europeos a pesar del disfraz, debido a la falta de habilidad lingüística de algunos y al hecho de ir en grupo. Niebuhr fue levantando una carta náutica del mar Rojo. Continuaron el viaje en burro y llegaron a Bayt-El-Faqih. Von Haven y Niebuhr contrajeron disentería pero consiguieron llegar a Moca. Allí, el gobernador destruyó todas las muestras de plantas que había

coleccionado Forrskal por considerarlas mágicas. Von Haven falleció en mayo de 1763. En esta ciudad dejaron buena parte de la documentación a unos británicos para que la enviaran a Europa y Dinamarca. Se dirigieron por tierra a Taiz y Saná. Forrskal falleció en el camino, también de disentería. Los tres supervivientes continuaron su ruta muy apesadumbrados por las pérdidas. Pasaron por la localidad de Hoddafa, donde había inscripciones en lengua hamiárica pero no las copió, de lo cual siempre se arrepintió.

En Saná, la actual capital, fueron arrestados al llegar pero después el imán les recibió con toda hospitalidad y hasta les hizo regalos. Sin embargo no soportaban el clima y el 5 de agosto de 1873 regresaron a Moca, donde los otros supervivientes cayeron enfermos con fuertes fiebres. A pesar de ello embarcaron rumbo a Bombay, en la India. Durante la travesía fallecieron Bergren y Baurenfeind. Kramer lo hizo al poco de llegar a puerto, en febrero de 1764. Niebuhr se quedó solo. Dice que sobrevivió porque se adaptó a las comidas nativas. Para evitar volver a contraer disentería se alimentaba solo de pan y un té o tisana de arroz, evitando todo alimento animal. Cada vez era más capaz de pasar por árabe. Le recibieron muy bien en la India. Comenta que había muchos aventureros de varios países buscando fortuna y huyendo de algo. Permaneció allí catorce meses, hasta finales de 1764. Entonces regresó a Mascate, en el actual sultanato de Omán. Desde allí navegó a Bushire (Bushehr), en Irán.

Por tierra se desplazó a Shiraz y Persépolis, donde pasó varias semanas visitando las ruinas, copiando inscripciones y dibujando los restos. Fue a Basora, Bagdad —donde llegó en noviembre de 1765—, Mosul y Alepo —en junio de 1766—. En la biografía que preparó su hijo, este dice que pasó dieciocho meses sin ver a un solo europeo y que no tenía ya ninguna dificultad en pasar por oriental. Se encontraba tan a gusto en su papel que en las zonas de Oriente Próximo donde había conventos cristianos ni siquiera los visitaba. Recorrió Palestina, donde determinó la posición de bastantes lugares. En Jerusalén levantó varios mapas y planos en agosto de 1766. Llegó a Constantinopla el 20 de febrero de 1767, seis años después de su anterior visita.

Continuó por el Danubio y por Polonia, donde fue muy bien recibido. De allí fue a Gotinga y a su pueblo natal, donde se enteró de que había heredado unas tierras de su tío. El 20 de noviembre de 1767, tras un viaje de siete años, regresó a Copenhague, donde se extrañaron de lo poco que había gastado en la expedición.



El informe oficial fue publicado en 1772 e incluía detallados mapas que fueron los mejores durante cien años. Niebuhr era muy bueno en matemáticas y en geometría y durante el viaje fue muy observador. El libro fue publicado en 1773. Al año siguiente apareció una traducción al francés y en 1889 al inglés. En 1776 publicó un segundo volumen *Voyage en Arabie & d'autres pays circonvoisins*, que en 1792 fue traducido al inglés en Edimburgo.

En 1773 le ofrecieron realizar otra expedición para visitar el río Niger y el reino de Bornu —en el norte de la actual Nigeria—, pero se casó con la hija del médico del rey, se olvidó del viaje y continuó su carrera en el Ejército danés. Después editó los trabajos del botánico Forrskal en 1775, *Descriptores animalium* y *Flora aegyptiaco-arabia*, y en 1776, *Icones rerum naturalium*.

Todos sus estudiosos destacan y están de acuerdo en la profundidad y exactitud de sus mediciones. Realizó pruebas del grado de fiabilidad de las brújulas y de sus mediciones. Algunos contemporáneos añaden que solo hablaba de lo que había visto y estudiado en profundidad.

En 1778 fue enviado a cartografiar el norte de Noruega, que entonces pertenecía a Dinamarca. No deseando abandonar a su familia dejó el ejército y tomó un puesto administrativo como recaudador de impuestos en Meldorf, donde también compró una granja ruinosa.

Se quedó ciego y falleció en abril de 1815, a los ochenta y dos años. Su hijo —famoso historiador— publicó una breve biografía sobre él. La Universidad de Copenhague ha puesto su nombre a un instituto de investigación, el Carsten Niebuhr Institute.

Bibliografía

NIEBUHR, Carsten, *Description de l'Arabie*. Copenhague: Nicolas Möller, 1773.

—, *Voyage en Arabie & d'autres pays circonvoisins*. Utrecht: S. J. Baalde, 1776.

—, *Travels through Arabia and other countries in the East*. Edimburgo: R. Morrison, 1792.

NIEBUHR, Barthold Georg, *The life of Carsten Niebuhr, the oriental traveller*. Londres: T. Clark, 1836.

Théodore de Lascaris (1774-1817) (1810)

El agente que preparó la invasión napoleónica de Asia

Ramón Mayrata, en la novela *Alí Bey el Abasí. Un cristiano en La Meca*, contaba la historia de Lascaris. Pensé que era una licencia que se tomaba para dar más color y dramatismo a la historia. Era bastante pertinente. Pero, posteriormente, encontré un artículo sobre él. Descubrí que también estaba relacionado con otros viajeros como los Blunt y Hester Stanhope.

Théodore de Lascaris de Vintimille había nacido en Niza en 1774, donde todavía existe el palacio de los Lascaris. Era de ascendencia noble y parece ser que entre sus antepasados estaba el mismo emperador de Bizancio, quien en 1261 se unió en matrimonio con los nobles italianos Vintimille.

Cuando Napoleón invadió Malta, Lascaris se encontraba allí. Según algunas fuentes, facilitó a los franceses la toma de la isla, por lo que no tuvo más remedio que marcharse con ellos, ponerse a sus órdenes y acompañarles a la campaña de Egipto donde el corso, de quien se hizo amigo, llevó a veinticinco mil hombres. El objetivo era acabar con los turcos, con el Imperio otomano, que controlaba todo Oriente Próximo, apoderarse de la zona y continuar hasta la India para acabar con el Imperio británico. Pero perdió una batalla contra Nelson en Abukir y al final, en 1801, hubo de repatriar todas las tropas de la zona. A pesar de ello Napoleón deseaba regresar, conquistar todo oriente y continuar a la India a través de Asia Central.

Cuando controlaba toda Europa y estaba listo para atacar Rusia decidió preparar el camino en Asia. Encargó a Lascaris unir a los jeques árabes de

Mesopotamia, lograr que rompieran su pacto con los turcos, que se aliaran con él y preparar el terreno para un ataque a la India británica por tierra, con un ejército de cien mil hombres, a través de Siria, Mesopotamia y Persia. Además, debía conseguir toda la información posible —caminos, pozos, etc. — sobre la ruta a la India.

Los diarios de Lascaris se perdieron, pero su criado Fathallah también escribió uno, adquirido en 1830 por el poeta Lamartine, quien lo tradujo y publicó. Es el que seguimos en este relato. Para cumplir la misión, Lascaris fue a la ciudad siria de Alepo. Allí se hizo amigo de Fathallah Sayigh, un sirio de esa ciudad, comerciante joven en bancarrota, a quien regaló un violón, pues le gustaba mucho la música. Le tomó como profesor de árabe y cuando ya dominaba el idioma le propuso que fueran como comerciantes a Hama y Homs, unas ciudades al norte de Damasco, a vender tejidos y diversos artículos por valor de once mil piastras (le pagaba cien al mes como profesor).

Partieron con una caravana el 18 de febrero de 1810. Al llegar a Hama, en lugar de vender, Lascaris se dedicaba a tomar medidas del castillo y a dibujarlo, por lo que le denunciaron y detuvieron. Dijo que era de Chipre. Consiguió la libertad sobornando a las autoridades y partieron camino de Homs el 25 de marzo. Allí conocieron a Naufal que pasaba la mitad del tiempo arreglando armas a los beduinos y les informó sobre sus costumbres. Pasaron treinta días allí. A partir de ese momento Lascaris se hacía llamar jeque Ibrahim-El-Cabresi (el chipriota). Compraron cosas que solían usar los beduinos pero les dijeron que se las quitarían y les matarían. Todo el mundo les atemorizaba. Con un guía se dirigieron a Palmira, en medio del desierto, pero debieron pagar para que les dejaran pasar. Allí vendieron sus mercancías para pasar desapercibidos. Con el tiempo los beduinos les invitaban a visitarles en sus campamentos y les agasajaban. Les vendían las cosas muy baratas, con pérdidas, tantas que Fathallah se enfadaba porque no entendía el negocio. A pesar de todo quería al de Niza como a un padre. Lascaris comenzó a hablar mal de los turcos, a decir que deseaban dividir a los beduinos y que se pelearan entre ellos para dominarles, lo mismo que los wahabitas.

Regresaron a Damasco a finales de diciembre de 1810, pasaron allí el invierno y en marzo de 1811 regresaron con las tribus beduinas. Cada vez se alejaban más de Damasco, llegando a orillas del río Éufrates. En un momento dado, Lascaris confesó a Fathallah sus verdaderas razones y su misión. Este aceptó seguir con él. Como vendían muy barato, los que ya comerciaban con los beduinos les difamaban diciendo que eran brujos y que iban a dejar

estériles a las mujeres. Lograron descubrir a los intrigantes. Uno de ellos les acusó ante los turcos de ser espías de los franceses, pero Lascaris también se llevaba bien con los otomanos y al delator no le sirvió de nada.

Logró hacerse amigo del *drayhy*, el jefe más importante de los beduinos, y consiguió que todas las tribus se unieran para luchar contra los wahabitas que pretendían dominarles, y contra los turcos. Consiguió que firmaran un tratado en el que acordaban separarse de los turcos, luchar contra los wahabitas, obedecer al jefe de los beduinos, guardar secreto del acuerdo, ayudarse entre sí, castigar a los que rompieran la alianza y no escuchar a los que calumniaban a Ibrahim (Lascaris) y a Fathallah. Lo fueron firmando a partir del 12 de noviembre de 1811. Recorrieron el actual Irak dando a suscribir el acuerdo de parte del *drayhy*. Lógicamente, este les prometió riquezas.

Fathallah narra todas las guerras en las que participaron. Llegaron a Bagdad, donde Lascaris se entrevistó en secreto con el cónsul francés y recibió una buena suma de dinero para continuar sus actividades. Fueron después a las fronteras de Persia y al Shatt-El-Arab, el río que se forma con la confluencia del Tigris y el Éufrates y desemboca en el golfo pérsico. La fuerza de las tribus se medía por el número de tiendas de campaña y en el relato da buena cuenta de este hecho en cada campamento que visitaban. Lascaris se forjó buena fama hasta el punto de que afirmaban que era un profeta y por tanto debían hacerle caso y obedecerle en todo. Logró la paz con los wahabitas y que su rey, Saud, se uniera contra los turcos.

Hester Stanhope, a quien conoceremos a continuación, invitó a Lascaris a visitarla. Fue a verla pero se mostró muy pesada con sus preguntas, acabaron discutiendo y se marchó enseguida. Algunas fuentes consideran que Hester trabajaba para los servicios secretos británicos, lo que explicaría su curiosidad.

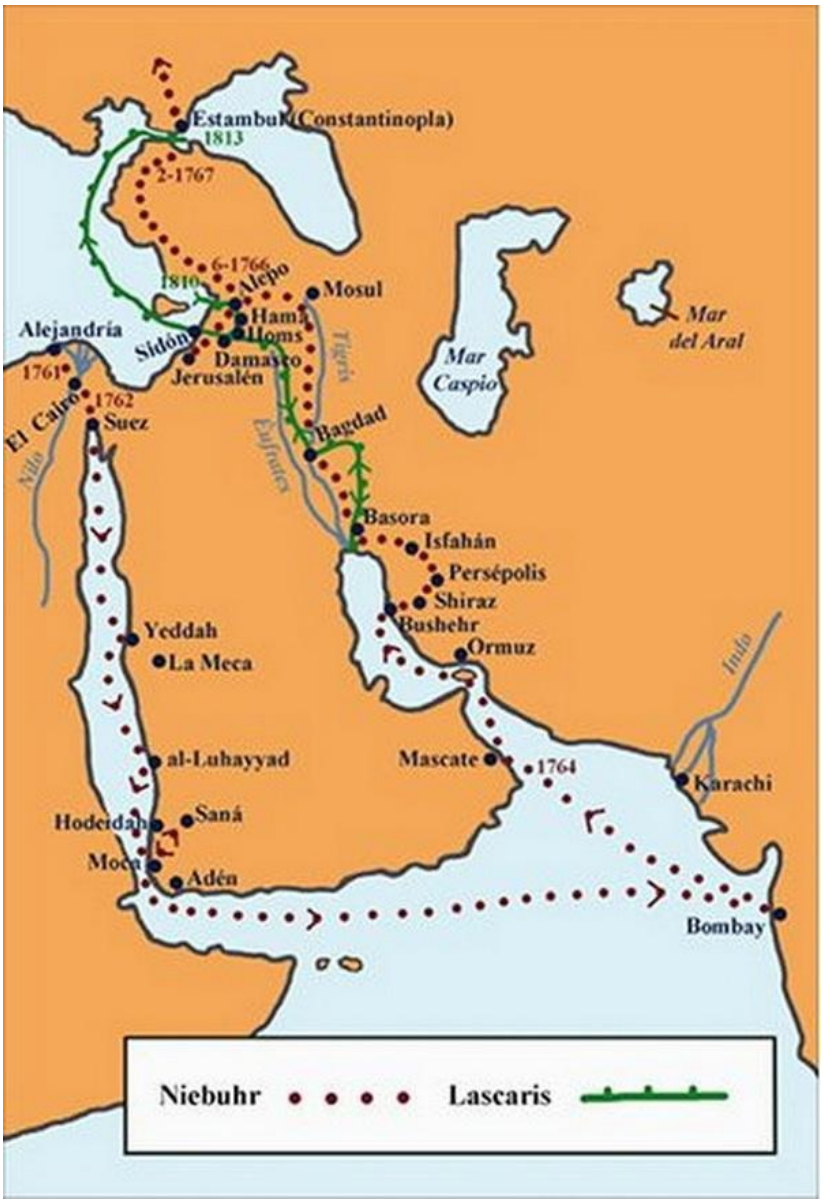
Considerando que había logrado su misión, Lascaris regresó a Constantinopla, dominada por la peste. Tras pasar tres meses en cuarentena se enteró de la derrota de Napoleón en Rusia, de la retirada a Francia y de la caída definitiva. Todo su trabajo no sirvió de nada. Para colmo de males los nuevos cónsules franceses, enviados por el nuevo rey, no le ayudaron. Lascaris se desesperó y regresó a Siria. Después fue a Egipto. Fathallah se enteró de la muerte de su compañero, ocurrida en El Cairo el 23 de abril de 1817 (en otras fuentes dicen que falleció en 1815 o 1819), donde había hallado refugio como preceptor del segundo hijo de Mehmet Alí, el gobernador de Egipto. No se sabe si murió de disentería o le envenenaron el café, como era muy frecuente en aquella época y en aquella región. También

supo que los británicos se habían quedado con su diario y todas sus pertenencias.

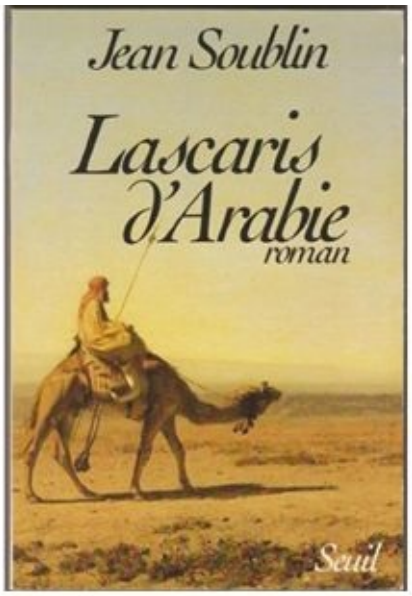
En el libro *Aventures merveilleuses mais autentiques du capitaine Crocorán* (Aventuras maravillosas pero ciertas del capitán Crocorán) de A. Assolant, publicado en 1898, podemos leer:

> Los agentes de Napoleón, Lascaris entre otros, que recorría Siria y el desierto bajo el nombre de Scheik Ibrahim, ya habían limpiado la ruta y preparado a los pueblos para grandes acontecimientos. En las vastas llanuras de Mesopotamia, entre los wahabitas, en las montañas de Persia, se sabía que el invencible sultán Bournaberdis, el brazo derecho de Alá, iba a tirar al mar a los ingleses y todo el mundo estaba preparado para proporcionarle víveres, bestias de carga e incluso refuerzos, fuera por obediencia a los decretos de Alá, fuera por odio a los ingleses, pues, hace falta decirlo, si cesaban un momento de ser los más fuertes de la India, les harían picadillo. […] Si Napoleón hubiera vencido a los rusos y a los ingleses, Lascaris sería hoy más célebre que Talleyrand y Metternich.

Lascaris incluso preparó una lista de las etapas que debía seguir el Ejército francés entre Estrasburgo y Calcuta. Había pasado cuatro años reconociendo el desierto disfrazado y viviendo aventuras asombrosas, sufriendo mil penalidades para nada. Fue un precursor de Lawrence de Arabia.



Mapa con los viajes de Lascaris.



Portada de una novela sobre Théodore de Lascaris titulada *Lascaris d'Arabie*, de Jean Soublin, publicada en París en 2006 donde se relatan sus aventuras según el diario de su criado Fathallah.

Respecto a la hospitalidad árabe, cuenta que fueron acogidos por una pobre viuda de una tribu beduina que mató su única oveja en su honor. Al decirle que no la desperdiciara, contestó: «Si entras en la casa de una persona viva y no encuentras hospitalidad allí, es como si hubieras visitado a un muerto». Ello no era óbice para que atracaran a cuantos se encontraban en su camino, pero si eras recibido en la morada, y sobre todo si compartías una comida, eras tratado como un hermano.

Bibliografía

LAMARTINE, Alphonse de, *Souvenirs, impressions, pensées et paysages pendant un voyage a Orient*. París, 1835.

AURIANT, *La vie du chevalier Théodore de Lascaris ou l'imposteur malgré lui*. París: Gallimard, 1940.

CHELHOD, Joseph, *Le desert et la gloire. Les memoires d'un agent syrien de Napoleón*. París: Galllimard, 1991.

SOUBLIN, Jean, *Lascaris d'Arabie*. Paris: Phébus, 2006.
ASSOLANT, A., *Aventures merveilleuses mais authentiques du capitaine Crocorán*. París, 1898.

Lady Hester Lucy Stanhope (1776-1839) (1810)

La sobrina del primer ministro británico que acabó viviendo como un árabe

Nació en el condado de Kent el 12 de marzo de 1776. Pertenecía a una familia de la aristocracia, hija mayor de un lord y de una hermana de William Pitt, primer ministro de la época, por lo que normalmente se antepone el *lady* a su nombre. Su madre murió cuando ella tenía cuatro años y su padre se volvió a casar. Este era una persona muy extravagante, de ideas ilustradas y dedicado a la ciencia. Construyó el primer barco de vapor y una máquina calculadora. Hester no se conformó con el papel que se asignaba a la mujer. Le gustaba la caza, los caballos, el liderazgo y la geografía. Medía 1,80 m y era de complexión fuerte. Estaba dotada de una gran inteligencia e incluso se parecía físicamente a su tío.

Marchó a vivir con su abuela y después con su tío William Pitt. Durante bastantes años se dedicó a ser su ama de llaves. Fue una época muy feliz para ella pues le permitía estar en contacto con las personalidades más importantes del país. Se hizo famosa por ridiculizar a quien consideraba mediocre, lo que le creó algunos enemigos. Durante ese tiempo sostuvo un romance con lord Granville, pero parece que este tuvo miedo de ella y la dejó plantada marchándose a la embajada de San Petersburgo.

En enero de 1806 su tío falleció y su mundo se vino abajo. Se quedó con una pensión de mil doscientas libras anuales que no le permitía mantener el estilo de vida que había llevado, por lo que decidió marcharse a otro lugar más barato. Algunas fuentes dicen que en esos años estaba comprometida con

el general John Moore, muerto en la retirada británica de La Coruña en 1808. Parece ser que sus últimas palabras fueron para ella.

Stanhope marchó a Gales, y en 1810 a Gibraltar, donde estaba destinado un hermanastro. Pero enseguida, acompañada de su dama, *Mrs*. Fry; su médico y relator de sus peripecias, Charles Meryon —el que atendió a Burckhardt— y otros sirvientes, marchó a Malta, Atenas y Constantinopla. Allí pasó una temporada y en el invierno de 1811, cuando tenía treinta y seis años, se embarcó rumbo a Egipto pero naufragó cerca de la isla de Rodas en 1812. Al haber perdido la mayor parte de sus pertenencias se vistió de hombre.

Al llegar a El Cairo adquirió una indumentaria masculina completa y lujosa con bordados en oro. Fue recibida por el pachá Mehmet Alí. Siempre se negó a llevar velo, en su lugar lucía turbante masculino. Muchos la tomaban por un hombre turco. En Egipto conoció a un pachá que la invitó a su palacio de Damasco. En el camino visitó Jerusalén, Jaffa y Acre. Obligó a *Mrs*. Fry a vestirse también de hombre, con pantalones, pero nunca logró que cabalgara a horcajadas, como hacía ella. Le aconsejaron que no entrara en Damasco sin velo, pero Hester se negó y, quizás por el esplendor de sus vestidos, su riqueza y el poder que inspiraba su séquito, la población, a pesar de que supieron que se trataba de una mujer, no la insultó sino que quedaron anonadados y la seguían con entusiasmo. Incluso derramaban café delante de ella, lo que era signo de respeto. Le gustaron los usos de los beduinos y adoptó sus costumbres y ropa.

Decidió visitar las ruinas de la antigua ciudad romana de Palmira, a unos 200 kilómetros de Damasco debiendo cruzar el desierto, donde habitaban los peligrosos beduinos. El 29 de marzo de 1813 organizó una caravana de cincuenta camellos, contrató un grupo de beduinos armados como escolta y, vestida de príncipe druso, se encaminó a las ruinas donde llegó el 14 de abril y fue recibida con todos los honores. Realizó una entrada tan espectacular que la llamaban la reina del desierto. De hecho se coronó con flores en las ruinas del templo de Zenobia. En todos los lugares era recibida como alguien importante, incluso sobrenatural.

Litografía procedente del libro *Memoirs of the lady Hester Stanhope*, de Charles Meryon, publicado en 1845 y conservado en la Biblioteca Pública de Nueva York. Se la representa con el atuendo que utilizaba en sus desplazamientos.

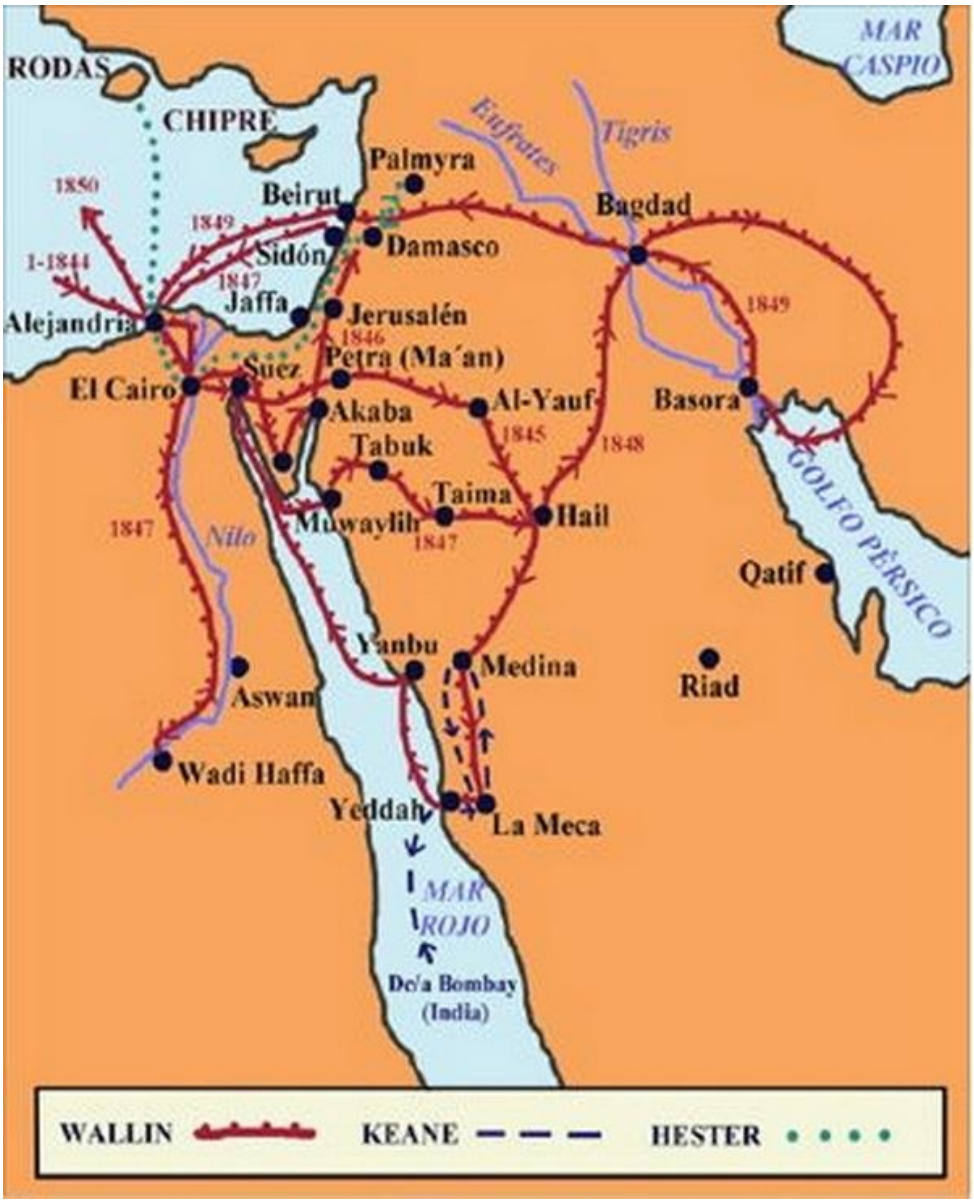
Más tarde se estableció en los montes del Líbano, cerca de la ciudad costera de Sidón, en una mezcla de castillo y monasterio en ruinas que reconstruyó en parte. En 1816 se mudó a una casa en una colina al lado del pueblo de Djoun, donde se quedó ya para siempre. Pagaba un alquiler de veinte libras anuales. Al principio tenía un ejército personal, Se creía con poderes políticos y se enfrentó con Bashir, emir de la región, por dar asilo a sus oponentes, sobre todo drusos. En una ocasión ordenó castigar a los

asesinos de un viajero francés. Su médico y biógrafo, Charles Meryon, estuvo con ella hasta 1817; *Mrs*. Fry y el resto de la servidumbre británica también la abandonaron hartos de sus excentricidades.

Dedicaba su tiempo a fumar pipas de agua y hachís. Se aficionó a la astronomía y esperaba que las estrellas le dijeran el momento en que, acompañada del Mesías, debía entrar en Jerusalén, para lo cual tenía reservados dos caballos sagrados. Era de carácter muy difícil. Se dice que trató de obstaculizar a los espías franceses, como hemos tenido ocasión de leer con Lascaris. También se comenta que creó una red de información para los británicos. Según el escritor francés Chateaubriand, en una entrevista que mantuvo con ella, esta le dijo: «Tengo una carta escrita por Alí Bey poco antes de morir, y también un paquete de ruibarbo envenenado al que creía se debía su muerte. Quiso que estos dos objetos fuesen enviados al Ministerio de Marina de Francia. Hasta ahora no he osado confiarlos a nadie. Prométame que los entregará cuando quiera que vuelva a París y se cumplirá la última voluntad del viajero». Parece ser que Badía tenía previsto entrevistarse con Hester, y cuando ella supo de su muerte, adquirió algunos de sus objetos además de la carta que le envió.

A partir de 1836 dejó de percibir las rentas de su tío pues se las embargaron para hacer frente a numerosas deudas que había contraído en una expedición que organizó para buscar las ruinas de la ciudad de Ascalón y el tesoro de tres millones de monedas de oro que se decía ocultaba. La expedición fue un fracaso. Solo encontraron una estatua antigua, que enfadada destrozó. Escribió a la reina Victoria y al duque de Wellington para solucionar el embargo, pero no le hicieron ningún caso. Tuvo que deshacerse del ejército privado y despedir a algunos sirvientes de los cincuenta que llegó a tener; otros se fueron porque no les pagaba. Otros le robaban para cobrarse ellos mismos. Guardaba las cosas de valor bajo su almohada. Acabó sola, pobre y llena de deudas en la montaña que escogió como morada. Cayó en depresión. Dormía de día y pasaba toda la noche hablando. Al final se quedó sola con sus gatos. En 1837 enfermó y escribió al doctor Meryon, que fue a visitarla durante un tiempo.

Murió el 22 de junio de 1839 en la más absoluta pobreza y rodeada de decenas de gatos. En cuanto expiró, se llevaron lo poco que quedaba en la casa. Al lugar donde vivía se le denomina ahora Dahr As Sitt que se puede traducir por ‘el montecillo de la señora’.



Mapa que recoge el viaje realizado por *lady* Hester.

Bibliografía

MERYON, Charles, *Memories of the lady Hester Stanhope*. Londres: Nabu Press, 2010.

Chokan Valikhanov
(1835-1865) (1858)

El ruso que se hizo pasar por chino para permitir al zar la conquista de Asia Central

Nació en noviembre de 1835 en la provincia de Kostanay, en el actual Kazajistán. Era descendiente directo de Ablai Kan, que reinó entre 1771 y 1781. Su nombre musulmán era Mohamed Khanafiia. De niño vivió en una tienda circular o *yurta* y se alimentaba principalmente de leche de yegua fermentada. A los seis años le enviaron a una escuela en lengua *chagatai*, la del país, donde también aprendió árabe, pues eran musulmanes. A los doce le llevaron a la academia militar de Omsk, en Siberia, donde aprendió ruso e inglés además de su formación militar y donde conoció al después famoso Fiodor Dostoievski —enviado allí como castigo por conspirar contra el zar—, con quien mantuvo una relación muy estrecha y correspondencia hasta su fallecimiento.

En la escuela era el único kazajo pero destacó por su inteligencia. Al graduarse fue destinado a los servicios de inteligencia y en 1855, con veinte años, fue enviado a una misión en la región del lago Issyk Kul (aproximadamente 76° E y 43° N), a los pies de la cadena montañosa del Tian Shan, cuyas cumbres forman la actual frontera con China. Recorrió la zona, que había formado parte de la antigua Ruta de la Seda. Estuvo por allí hasta 1856 y después fue enviado a otra, de Alma-Ata (Almaty), al norte del lago Issyk Kul, hasta la ciudad china de Kuldja, cerca del desierto de Taklamakán donde viven chinos musulmanes. Dado que hablaba árabe y *chagatai* —la lengua franca de la gran región—, así como el aspecto oriental de sus

facciones, no tuvo ningún problema en pasar desapercibido entre los chinos musulmanes de la zona sobre la que le encargaron informarse.

Retrato de Chokan Valikhanov con uniforme del Ejército ruso en el que realizó importantes misiones de inteligencia.

Respecto a la caravana en que se integró, comenta: «Era conocido en el grupo por el nombre de Alimbai, y me hacía pasar por un familiar del jefe de la caravana, el rico Mussabai». Se sirvió de todas las ocasiones que se le presentaron para conseguir información. Pasó unos meses viviendo con nativos de la zona y los aprovechó consiguiendo valiosos datos sobre sus actitudes hacia los rusos, así como sus costumbres y dialecto. A su regreso elaboró un detallado informe y fue admitido como miembro de la Sociedad Rusa de Geografía.

En junio de 1858 se embarcó en una nueva misión tras la frontera china como miembro de una expedición de cuarenta y tres hombres, sesenta y cinco caballos y ciento un camellos, como si se tratara de una caravana comercial. Intentaba estudiar la posibilidad de utilizar a los nativos uigures de la zona, musulmanes, en una eventual rebelión contra los chinos para tomar la región.

Partieron de la ciudad de Semipalatinsk (50° N y 80° E). Pasaron por el extremo este del lago Baljash, por Alma-Ata, Naryn y el paso de Torugart. Logró cruzar la frontera china sin ser descubierto y en octubre llegó a la

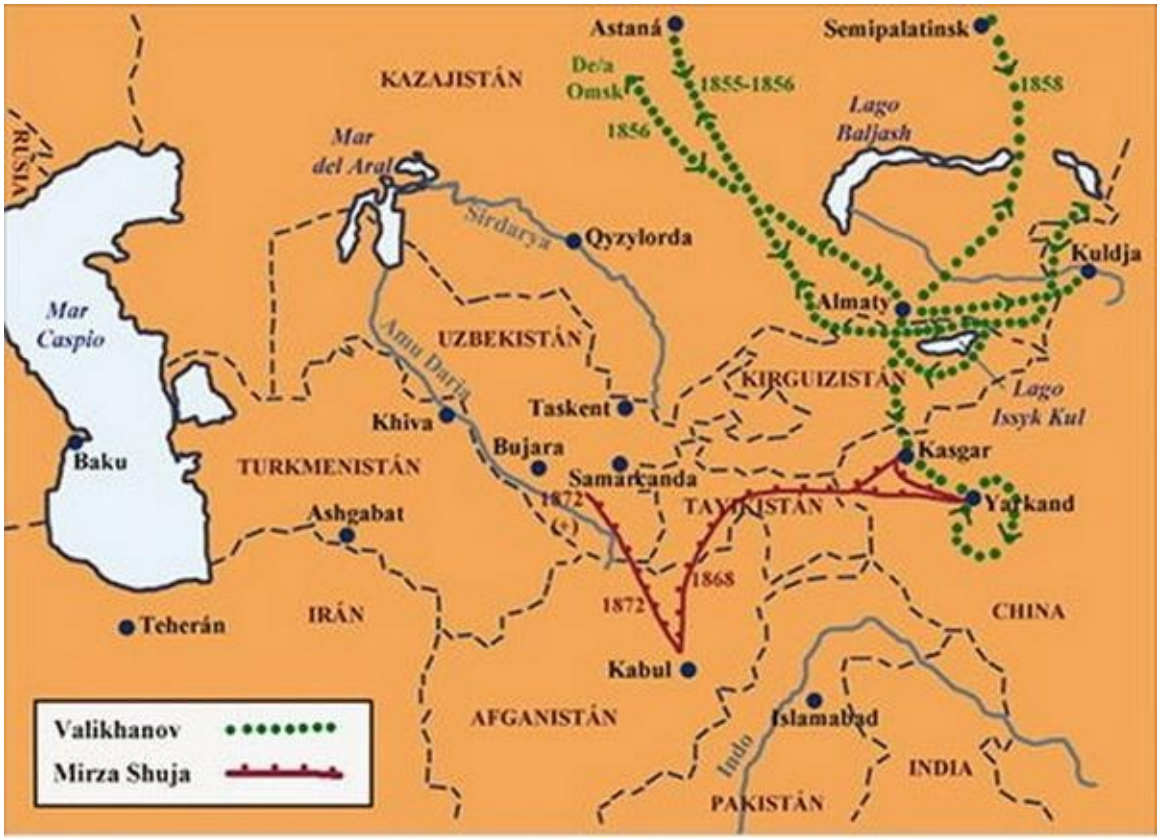
ciudad de Kasgar (39° N y 75° E), en la falda sur de la cordillera de Tian Shan y en la actual frontera de China con Kirguizistán. Comenta sobre la ciudad: «Kasgar es el destino de muchos mercaderes asiáticos de todas las partes del continente. Aquí uno puede encontrar tibetanos, persas, hindúes, tártaros, afganos, armenios, judíos, gitanos y cosacos huidos de Siberia».

En aquella época Kasgar a veces estaba controlada por los chinos y en otras por los tayikos y kirguizos quienes, cuando la conquistaban, esclavizaban a los soldados y civiles chinos, les cortaban la coleta —lo que eran un signo de desprecio— y los vendían. En una de las ocasiones en que estaba bajo control de estos pueblos —en agosto de 1857—, llegó a esa ciudad el botánico alemán Adolf Schlagintweit. Este, junto con dos de sus hermanos, había sido enviado por la East India Company británica para explorar y estudiar las cadenas montañosas del Himalaya, Karakorum y Kunlun —esta última ya en el norte del Tíbet—, en una expedición que duró tres años, desde 1854 a 1857. Fue recomendado por el famoso científico Von Humboldt pues, previamente, Schlagintweit había realizado un concienzudo estudio de los Alpes. A principios de 1857 sus hermanos regresaron a la India británica y él continuó hasta Kasgar. No sabemos si además de la misión científica llevaba otra política. En esta ciudad fue detenido por el emir, que había expulsado momentáneamente a los chinos. Tomó a Schlagintweit por espía de estos y le decapitó el 26 de agosto de 1857. Los británicos no dieron ninguna explicación ni exigieron ninguna responsabilidad para evitar problemas.

Valikhanov llegó tras una de las reconquistas chinas de la ciudad y vio que el camino de entrada a la población estaba flanqueado por jaulas donde tenían presos a los que se habían resistido a su ocupación. El jefe de la caravana en la que estaba integrado Valikhanov era conocido de los gobernantes y les admitieron sin problemas. Conoció lo ocurrido al alemán un año antes e incluso pudo comprar el cráneo de Schlagintweit, que aún conservaban sobre una pirámide de restos de testas cortadas.

Fue hasta la ciudad de Yarkand, en los límites del desierto de Taklamakán. Pasó medio año preparando mapas de la zona y anotando toda la información pertinente a la que tuvo acceso mientras seguía en su papel de comerciante. En abril de 1859 comenzaron a sospechar de él y abandonó la zona. Realizó una detallada descripción de la geografía de la región de Kasgar desmontando algunas asunciones falsas con las que se trabajaba. En su informe también presentó una evaluación de las murallas y defensas de las

ciudades, así como un itinerario con distancias, características del terreno y elementos identificadores.



Regresó a San Petersburgo, donde fue recibido con todos los honores. Por un tiempo se dedicó a participar en la vida social y cultural de la capital del imperio. Aunque en su región natal predominaba el islam él era partidario de la cultura occidental y de imponerla en todo el imperio. En la primavera de 1861 contrajo tuberculosis y regresó a su Kazajistán natal para intentar reponerse, pero no lo logró y se truncó su prometedora carrera de geógrafo, etnógrafo, historiador y científico. En 1862 le propusieron para sultán de la región, pero debido a su mala salud dieron marcha atrás. A pesar de ello colaboró asesorando al Estado Mayor ruso en la conquista de Asia Central, en la toma de Almaty (Alma-Ata), junto al lago Issyk Kul y en la ocupación del actual Kirguizistán, zonas que conocía por sus exploraciones encubiertas o abiertas.

El 10 de abril de 1865 falleció antes de cumplir los treinta años por lo que alguien dijo de él que fue «un meteoro sobre el campo de los estudios asiáticos». Su efigie aparece en los billetes de Kazajistán, algunas

instituciones llevan su nombre y le han erigido varias estatuas, pues es considerado como un héroe nacional. Tras su viaje a la región del lago Issyk Kul escribió *Manas*, una obra épica sobre los kirguizos que está considerada por la Unesco como patrimonio inmaterial de la humanidad. El relato de sus expediciones fue traducido al inglés el año de su fallecimiento.

Bibliografía

VALIKHANOV, Chokhan, *The Russians in Central Asia*. Londres: Edward Stanford, 1865.

BELGALIN, C., *Chokhan Valikhanov*. Moscú: Detskaya Literatura, 1976.

Arminius Vámbéry
(1832-1913) (1861)

El húngaro que caminaba con muletas pero llegó disfrazado hasta Afganistán

Nació el 19 de marzo de 1832 en Hungría, en un pueblo situado en una isla del río Danubio. Era de familia judía y pobre. Su padre murió cuando tenía unos meses. Su madre se casó de nuevo para salir adelante. Desde niño mostró una facilidad asombrosa para el aprendizaje de idiomas pero, tras tres años de escolarización, hubo de dejar la escuela a los doce por problemas económicos debido a nuevos hermanos que fueron naciendo. Durante bastantes años debió caminar con muletas por una cojera en la pierna izquierda a causa de un problema congénito.

Trabajó como sastre de señoras y como profesor particular del hijo del posadero de su pueblo, dos años mayor que él y que le maltrataba por ser pobre y judío. Después, unos conocidos le ayudaron para que pudiera seguir con sus estudios de bachillerato (*gymnasium*). A los catorce se marchó a una ciudad cercana, trabajando de lo que podía, viviendo, según sus declaraciones, a pan y agua. En las vacaciones escolares se marchaba a recorrer mundo y visitó Viena y Praga yendo a pie o en carros de campesinos; pedía asilo en las parroquias, donde hablaba en latín con los curas que le acogían y alimentaban. Como dice él mismo: «La educación y una alegre disposición son una preciosa moneda que sirve en todos los países; tiene un gran valor con los jóvenes y los viejos, con los hombres y mujeres; y el que las tiene a su disposición puede muy bien llamarse rico aunque su bolsillo esté vacío».

Desde 1847, a los quince años, dejó el *gymnasium* porque le parecía mal organizado y se dedicó a trabajar como profesor privado y a estudiar idiomas por su cuenta. A los dieciséis años hablaba latín, francés y alemán —además del húngaro— y estaba aprendiendo turco, italiano, inglés, sueco, ruso y serbio.

Oleo de Armín Vámbéry pintado en 1861 por Mihály Kovács. Se encuentra en el museo del castillo de István Dobó (Eger, Hungría).

A los veinte, en 1852, viajó a Constantinopla en un vapor por el Danubio y el mar Negro. No llevaba dinero y comía porque se hizo amigo del cocinero italiano, a quien declamaba poemas de Petrarca. Aprovechó el viaje para mejorar su turco. Vámbéry llevaba un sombrero con la bandera húngara en la cinta que lo rodeaba. Al llegar se encontró con un compatriota que le invitó a vivir con él en la mísera habitación donde se alojaba. Vio que sus botas se movían y despertó a su amigo. Este le dijo que eran solo ratas jugando con ellas. Salió de allí en cuanto pudo. Trabajó como profesor de francés, pues era un idioma de moda entre la clase alta al acabarse de efectuar en su país una alianza con Francia y Gran Bretaña contra los rusos. En las casas donde enseñaba le daban de comer bien. También conseguía dinero como recitador de poemas en los cafés. Después fue maestro del hijo de un pachá, general de

división del ejército, y vivía en casa de este. Aprendió mucho sobre el islam y Asia. Tras seis años de estancia publicó un diccionario turco-alemán y algunos trabajos filológicos y aprendió otras lenguas del Imperio otomano.

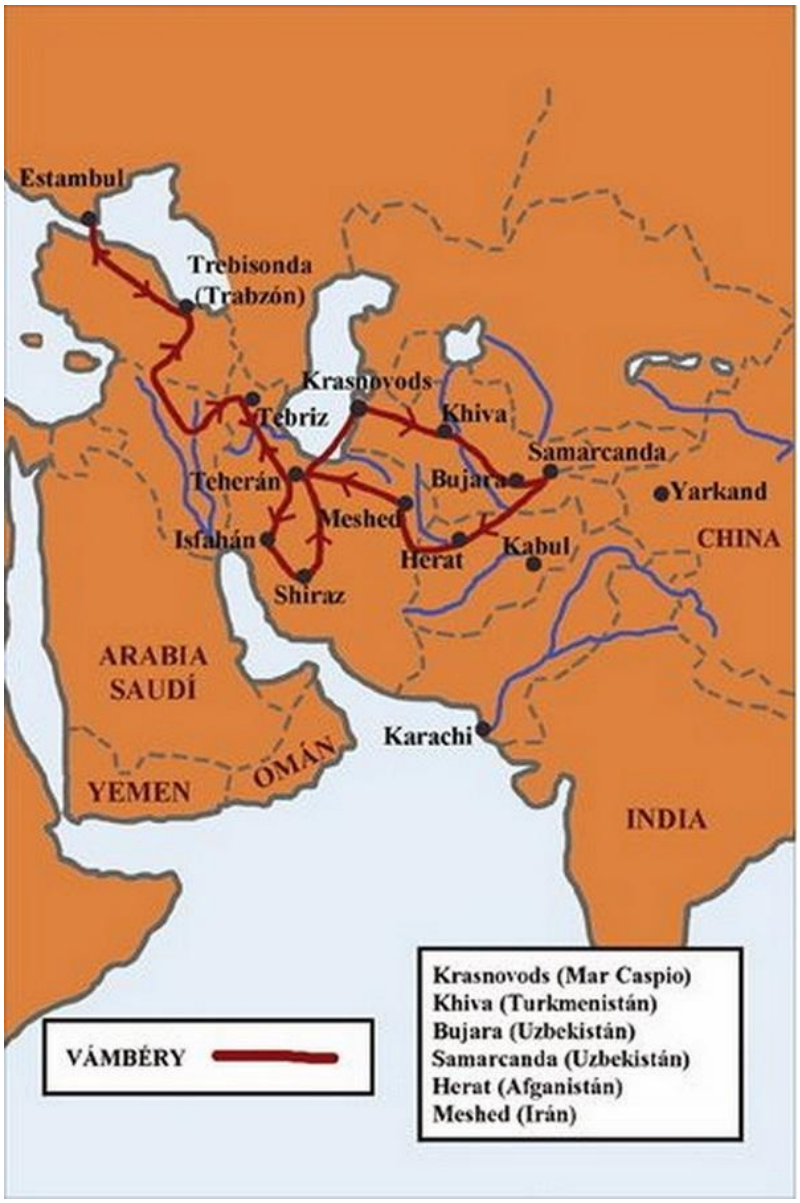
En 1861 regresó a Budapest. La Academia Húngara de Ciencias le otorgó una beca de mil florines para estudiar las similitudes de la lengua húngara con las de Asia Central aunque dudaban de que una persona con su problema físico pudiera realizar el viaje. Él les contestó que para viajar, más que piernas o dinero, lo que se necesitaba era una «lengua inteligente».

Después de tres meses de estancia, en otoño de ese mismo año, regresó a Constantinopla. Se dedicó a preparar el viaje, papeles, recomendaciones, etc. Se planteaba a veces si merecía la pena dejar los lujos que había conseguido en Turquía tras haber pasado tanta hambre en su juventud, pero deseaba viajar. Fue a Trebisonda, en la costa asiática del mar Negro. Desde allí fue como *effendi*, como caballero turco, llevando una insignia de tal en el fez o gorro. Se hacía llamar Abdul Rashid Effendi. Salió el 21 de mayo de 1862. Marchó hacia Teherán, con unos caballos, su propietario armenio y un ligero equipaje. Se unió a otros armenios. Pasó por Erzurum, en el Kurdistán, donde tuvieron que ir con las armas listas. Les atacaron unos bandidos pero cuando le vieron a él, con aspecto de jefe, y les habló con autoridad, les dijeron que solo estaban buscando ganado perdido. Les abroncó y se marcharon. Cruzó el Éufrates y pasó a Persia el 5 de junio de 1862. Explica que allí eran chiíes. Sus compañeros armenios contrataron a unos hombres para que les protegieran. Llegaron a Khoy y Tabriz (Tauris) donde se quedaron sus amigos armenios y él descansó dos semanas. De allí partió a Teherán, donde llegó el 13 de julio tras quince días de viaje.

En su libro *Travels in Central Asia*, publicado en Londres en 1865 y que el mismo año se tradujo al francés bajo el titulo de *Voyages d'un faux derviche*, cuenta su viaje a partir de Teherán. Diferencia entre sus investigaciones y «los hechos relatados en el libro actualmente ofrecido al público», refiriéndose a que no incluye sus investigaciones filológicas y se limita a sus peripecias, pero ofrece también abundante información histórica, geográfica, política, económica y sociológica. Relata que hizo su viaje «vestido de harapos, apenas alimentado, expuesto a morir de miseria, amenazado de los más horribles suplicios».

En Teherán fue a la embajada turca porque conocía al embajador desde su estancia en Constantinopla. Este le acogió y le presentó al resto del cuerpo diplomático francés, inglés, austríaco, italiano y belga acreditado allí.

Vámbéry quería ir a Samarcanda por la ciudad afgana de Herat pero había una guerra en la zona y por el norte era imposible durante el invierno por lo que decidió esperar hasta marzo de 1863 y la primavera. Aprovechó la espera para estudiar persa y viajar a Isfahán y Shiraz. En enero de 1863 regresó a Teherán. La embajada otomana otorgaba un subsidio a los derviches o peregrinos sunitas que atravesaban Persia pues al ser chií el país no les ayudaban. Vámbéry aprovechaba para hablar con ellos e informarse de sus países y de sus idiomas. Como les trataba muy bien, todos iban a verle y de hecho se encargaba él de los subsidios para quitar trabajo a la embajada. El término derviche designa una persona que vive de la mendicidad y practica el ascetismo, y a la que se reconoce sabiduría espiritual. Suelen vivir en hermandades religiosas, algunas de ellas itinerantes o nómadas. Los más conocidos son los derviches giradores de Turquía, que rezan mediante danzas.



El 20 de marzo se le presentaron cuatro derviches representantes de veinticuatro peregrinos de la Tartaria china (de la zona de Kasgar y Yarkand) que le informaron de las rutas posibles. El jefe se llamaba Hadji Bilal. Decidió acompañarles, pues le venía muy bien su destino. Debía encontrar una excusa. Pensó que un oriental puro «no aceptaría jamás como válido un móvil simplemente científico: le parecería absurdo e incluso sospechoso que un Efendi quiera correr tantos riesgos y problemas por algo abstracto», por lo que les halagó diciendo que deseaba visitar esa región donde el islam era tan puro y visitar los santos de Khiva, Bujara y Samarcanda, lo que para ellos sí

tenía sentido. Ya veremos después que detrás de esa excusa había otra más secreta. Los tártaros le dijeron que ya le veían como un derviche por su religiosidad aunque fuera bien vestido. Se ofrecieron como guías pero le avisaron del peligro de que les hicieran prisioneros y les vendieran como esclavos, de que les mataran y de pasar hambre y sed. Pidió al jefe Bilal que le aconsejara sobre la forma de comportarse y les visitó en el caravasar o albergue donde estaban alojados. Eligieron ir por la zona de los turcomanos yomut, menos agresivos que otros pero que vivían en una región con menos agua y más desértica.

La víspera del día de partida se despidió de sus amigos de la embajada, se fue con los derviches y se vistió como ellos. La madrugada del 28 de marzo de 1863 salieron de Teherán hacia el noreste, hacia Sari y el mar Caspio. Los más pudientes llevaban un burro y los pobres iban a pie. Estos solo tenían un bastón y un cuenco donde les echaban la comida que mendigaban. La gente trataba bien a los peregrinos porque así obtenía parte de sus beneficios espirituales. Cuando el jefe Bilal hablaba, al final todos decían amén agarrándose la barba con la mano. Mientras caminaban recitaban pasajes del Corán. Entre ellos iba uno que cuando pronunciaba dos veces seguidas el nombre de Alá caía en lo que para Vámbéry era una crisis epiléptica pero para ellos era algo muy sagrado. Otro había ido doce veces a La Meca. Pasaron por las faldas del monte Elbrus. Vámbéry a veces dejaba su burro a los peatones que iban más cansados. Los derviches le querían porque hacía la peregrinación «por inspiración divina». En el camino al mar Caspio se cruzaron con dos tigres.

El 10 de abril de 1863 tomaron unas barcas en la orilla sur del Caspio y subieron costeando hasta que llegaron a lugares en poder de los rusos como Ashourada y después a Gomushtepe, donde arribaron el 13. El mismo Vámbéry dice en el libro que esa ocupación de los rusos preocupaba a los británicos. Esperaron poder partir a Khiva con una caravana. El gobernador les trató muy bien. Tuvo ocasión de ver cómo los turcomanos esclavizaban a los persas que caían en su poder. Si no les pagaban un rescate, les vendían como esclavos.

Comenzaron los rumores sobre él: «algunos tejedores de conjeturas no podían renunciar a la idea de que yo era un hombre influyente, un enviado diplomático del sultán, acreditado ante el embajador turco en Teherán y que tenía a sus órdenes mil fusiles y estaba metido en no sé qué proyecto misterioso contra Rusia y Persia». Por suerte los rusos lo tomaron a broma pero le entraron prisas por partir. Se formó una caravana. Les alquilaron

camellos para llevar la harina, uno para cada dos peregrinos. Bilal decía que la pobreza era lo mejor para evitar atracos. Vámbéry llevaba algo de dinero escondido para el regreso. Estaba previsto viajar veinte días para llegar a Khiva. Salieron de la costa un poco al sur de la actual ciudad de Krasnovods y de la bahía de Kara Bogaz. Se dirigieron hacia el noreste. Todos los derviches dormían apelotonados en una tienda. Iban lentos porque la caravana llevaba bueyes para el kan o gobernador de Khiva. A los pocos días de salir, uno de los jefes de la caravana sospechó de él y contó que unos años antes llevaron a alguien que iba tomando notas del recorrido y dibujando; y que el kan de Khiva le ejecutó. Le querían echar de la caravana pero al final le dejaron con la condición de que no llevara papel ni lápices —que denominaban plumas de madera— para no poder escribir ni dibujar. Vámbéry montó en cólera y les soltó un discurso religioso repitiendo de vez en cuando «Dios lo sabe». El teatro le salió muy bien y le pidieron excusas. A partir de ese momento se cuidó mucho de preguntar tanto como lo hacía hasta el momento y se conformaba con escuchar. Las notas solo las tomaba cuando hacía sus necesidades fisiológicas pues esos momentos eran respetados como de intimidad. Escondía sus hojas entre las ropas y en las largas y anchas mangas de sus harapos.

Caravana turcomana de camellos que cruzaban Turkmenistán y Uzbekistán como la que acompañó a Armín Vámbéry en su exploración.

Durante el recorrido se alimentaron de pan, agua y grasa de carnero. Tras cruzar los montes Balkan y la actual ciudad de Balkanabat se dirigió al noreste, por el actual Turkmenistán. Tenían delante un gran desierto al que se conoce como desierto negro, donde habitan los turcomanos ozbeg y yomut. Vámbéry relata las peleas entre las diferentes tribus. Se robaban unas a otras como lo más normal del mundo. Cuenta cómo unos turcomanos con los que estaba asaltaron a unos vecinos persas, les robaron todo, mataron a la madre y apresaron al padre y a la hija de quince años. Después celebraron el botín conseguido y compara la alegría de los ladrones y asesinos y la pena del prisionero, atado con cadenas a un poste y su hija, que lloraba con desconsuelo.

Describe los ritos de cortejo y boda entre los ozbeg. La dote se contaba en cuántas veces nueve vacas, ovejas o monedas iba a consistir el precio que debía pagar el novio. El mínimo siempre era dos veces nueve. El máximo seis veces nueve. También debía comprar el kilo de ornamentos de plata que toda mujer que se precie debía tener. Entre ellos se incluía una tiara o corona alta en forma de tronco de cono que las hacía mucho más altas. Se decía que una mujer turcomana no se sentía debidamente vestida si no llevaba sobre sí una o dos libras de plata en ornamentos.

Al llegar a Khiva, Vámbéry tenía miedo de que le descubrieran, pues el kan tenía la costumbre de matar o esclavizar a los extranjeros sospechosos. El traductor al francés dice que Vámbéry le comunicó que llevaba unas pastillas de veneno para tener una muerte rápida y dulce, lo que también apoyaría la tesis del espionaje. Al llegar a la aduana un afgano que iba con ellos dijo que llevaban un espía francés o ruso. Vámbéry alegó que era turco. Le llevaron frente a un hombre que estuvo viviendo en Estambul y al ver que hablaba como los de allí le creyeron e incluso fue recibido por el kan de Khiva, que le regaló veinte ducados y un asno. Visitó las cárceles y tuvo ocasión de ver cómo ejecutaban lentamente a los condenados y cómo apedreaban a las adúlteras. Vámbéry comenta: «No obstante sus costumbres tan bárbaras y los espectáculos tan indignantes fue en Khiva y sus alrededores donde pasé, bajo el disfraz de Derviche, las mejores jornadas de todo mi viaje […] los paseantes me llenaban de regalos, ropas, provisiones, etc.». Le daban tanto que después lo repartía con los otros derviches y decía que tenía «un asno robusto, el cinturón lleno de dinero, un buen guardarropa y provisiones abundantes; en definitiva, equipado de maravilla para mis futuros viajes». Los lugareños llevaban un fez negro, alto y con la parte de arriba más ancha que la

de abajo. Pasó un mes en la ciudad y recorrió los alrededores hasta cuatro días de navegación por el río y regreso. Sus acompañantes derviches aprovechaban para comer gracias a las ofrendas de la gente.

De Khiva marcharon a Bujara (65° E-40° N) siguiendo el río Oxus. Las ciudades a veces tenían un *kalenterkhane* o albergue para los derviches. Vámbéry llevaba un pasaporte especial del kan de Khiva que decía: «Se notifica a los guardianes de fronteras y a los recaudadores de peajes que se ha dado permiso a Hadji [aunque no había visitado La Meca] Mollah Abdul-Rashid-Efendi y que nadie le debe molestar» y logró que se interpretara como que afectaba a todos los del grupo. El río era muy ancho y se tardaba media hora en cruzarlo. En general les recibían muy bien en los poblados nómadas, que a veces tenían espacios para cobijar a los derviches peregrinos. En uno de los pueblos por los que pasó le ofrecieron opio: «Me encuentro con dos derviches medio desnudos a punto de tomarse su dosis de opio de mediodía. Me ofrecen un poco y se quedan atónitos cuando la rechazo. Me preparan té. Mientras lo bebo ellos se tomaron su dosis del veneno opiáceo y en media hora estaban en el reino de la felicidad; entonces, aunque vi muestras de contento interno, detecté movimientos convulsivos que mostraban algo así como la agonía de la muerte. Me hubiera gustado esperar a que despertaran y me contaran sus sueños, pero nuestra caravana se marchaba y estaba obligado a unirme a ella».

En otra ocasión refiere que tuvo que beber agua de un río con tanta arena que los dientes le rechinaban como si comiera tierra, aunque el sabor era dulce y agradable. Explica cómo los nómadas kirguizos montaban sus tiendas:

> Por fin se alcanza el lugar fijado por el guía. Un habitante de la ciudad se imagina que se va a producir mucha confusión. Pero todo el mundo sabe lo que tiene que hacer, todo tiene su lugar. Mientras el patriarca desensilla su caballo y lo deja suelto para que paste, las chicas jóvenes juntan las ovejas y camellas que quieren dispersarse y deben ser ordeñadas. Mientras tanto se ha descargado la tienda y la matrona toma el entramado de madera que da forma a las paredes y lo coloca en su lugar escupiendo a derecha e izquierda mientras lo hace. Otro coloca los palos doblados que forman la bóveda del tejado. Un tercero coloca en lo alto una especie de cobertura redonda llamada *ed*, que sirve de chimenea y ventana a la vez. Mientras cubren la estructura de madera con cortinas de fieltro los niños ya han colgado dentro los sacos de

provisiones y colocado el trípode para el fuego. Todo se ejecuta muy rápido. Parece que se erige por magia y por magia es el desmontaje.

La mayoría de los trabajos los realizaban las mujeres. En una ocasión en que le regalaron un pequeño saco de trigo y se puso a molerlo los hombres se rieron de él por hacer una tarea femenina. También relata la anécdota de un compañero derviche que pidió alojamiento en una tienda. Su anfitrión dijo que no tenía nada para ofrecerle y le pidió prestadas cinco monedas para darle de comer. El derviche se las prestó y el turcomano le dio bien de cenar y le dejó dormir en el mejor lugar de la tienda. A la mañana siguiente, cuando abandonó la tienda le robó su monedero, su peine y su té, que eran todas sus pertenencias. Después tomó cinco monedas del monedero que le acababa de robar y se las dio al derviche diciéndole que ya estaban en paz.

Fueron hacia el este y cruzaron un nuevo desierto donde sufrieron sed y tormentas de arena. Llegaron a Bujara, donde eran muy fundamentalistas y donde las mujeres ya llevaban un burka que les tapaba toda la cara. Se alojaron en un monasterio y de nuevo alguien informó a las autoridades de su llegada pero en el convento les respondieron que «Rashid no es solamente un buen musulmán sino un *mullah* [‘sabio’] de los más instruidos: elevar contra él la mínima sospecha es ponerse en estado de pecado mortal».

Fortaleza de Bujara delante de la cual fueron ejecutados Conolly y Stoddart.

En la ciudad había muchos comerciantes hindúes. Tuvo ocasión de ver a unos derviches *nakishbendi* o derviches danzantes como los giróvaros de Turquía. Como a él se le consideraba un santo le solicitaban su bendición y se la pagaban; pero las autoridades seguían sospechando de él y le pusieron contraespías. Se enteró de que dos militares ingleses, **Arthur Conolly** y Stoddart, habían sido ejecutados allí. El primero, en 1829, regresó de un permiso desde Londres a la India por tierra. En teoría, por voluntad propia. Atravesó Rusia; después, haciéndose pasar por un comerciante hindú llamado Khan Alí, recorrió Persia, Afganistán y Pakistán. Visitó y estudió las ciudades afganas de Herat y Kandahar, de interés para los británicos. Atravesó el paso de Bolan. El 14 de enero de 1831, tras más de seis mil kilómetros desde Moscú, llegó a territorio controlado por los británicos en el Rajastán indio. En noviembre de 1841 le encargaron ir a Bujara como oficial inglés para conseguir la liberación del teniente coronel Charles Stoddart, acusado de espionaje. Arthur también fue detenido y ambos ajusticiados, cortándoles la cabeza, el 24 de junio de 1842.

A Vámbéry le hicieron un juicio. Cuenta que en lugar de responder preguntaba y en lugar de defenderse atacaba. Su ardor religioso les impresionó tanto que le aceptaron como un buen musulmán y casi como un santo por peregrinar a esas tierras. Le dejaron en paz e incluso el kan de Bujara, Rahmet-Bi, le dio una carta de recomendación para el emir de Samarcanda. Por supuesto visitó los lugares sagrados de la ciudad.

Tras veintidós días de estancia partieron para Samarcanda, distante unos 200 kilómetros. Ya quedaban menos en el grupo e iban en dos carretas. La mítica ciudad de Marco Polo se encuentra en el actual Uzbekistán, al norte de Afganistán. Es Patrimonio de la Humanidad por la Unesco. La población es de origen tayiko. Se encontraba en la Ruta de la Seda que unía Europa y China. Alejandro Magno la conquistó en el 329 a. C. Después fue una de las ciudades más importantes del Imperio persa. A partir del siglo VII cayó bajo control musulmán. En el año 751 se obtuvo allí el secreto de la elaboración del papel, se estableció la primera fábrica fuera de China y desde allí se trajo a Europa. En 1220 fue saqueada por Gengis Kan. En 1370 Tamerlán la hizo capital de su imperio, que abarcaba de Turquía a la India. En 1404, el rey castellano Enrique III envió al embajador Ruy González de Clavijo para establecer una alianza contra los turcos pero la muerte de Tamerlán lo impidió. En 1499 fue tomada por los uzbekos. Tras asaltarla los persas en el siglo XVIII fue abandonada. Desde 1784 era posesión de los emires de

Bujara, al sur del actual Uzbekistán. Desde los tiempos del conquistador Tamerlán no habían vuelto a pasar europeos por la zona.

Pasó ocho días en ella. Le recibió el emir, que le regaló ropa y dinero. Describe pormenorizadamente la ciudad y sus monumentos civiles y religiosos. Tras seis meses de viaje, el 28 de septiembre de 1863, se separó de Bilal, quien siguió su camino hacia la Tartaria china. Vámbéry sintió no poderle decir la verdad sobre su verdadera identidad.

Se unió a una caravana para regresar por Herat. Primero fue al sur, a Kerki, a orillas del río Oxus de nuevo, ciudad fronteriza del kanato de Bujara. Allí esperó ocho días a la caravana que iba a Herat. La componían cuatrocientos camellos, noventa asnos y algunos caballos. Al cruzar a Afganistán hubieron de pagar muchos impuestos. A los persas también les trataban muy mal y todos eran esclavos, o libertos tras comprar su propia libertad. Continuaron al sur, por Andkhoy, donde se dice que murió Moorcroft —véase más adelante, en otro capítulo—; y Maimama, donde le llamaron para ver si cuatro personas que decían ser turcos huidos de los rusos decían la verdad sobre su procedencia o eran espías de Moscú. Vámbéry lo certificó y les salvó. Se quedó ocho días. Esa zona era escenario de las frecuentes guerras entre los emires de Bujara y de Herat. Camino de esta ciudad le picó un escorpión:

> Me tumbé junto a una pared y pronto me quedé profundamente dormido. Después de aproximadamente una hora fui súbitamente despertado por un indescriptible y violento dolor en mi pie y, saltando y chillando fuerte, sentí como si cientos de agujas envenenadas estuvieran pinchándome la pierna y concentrándose en un pequeño punto cerca del dedo gordo de mi pie derecho. Mis gritos despertaron al más viejo de los turcomanos (tártaros), que dormía cerca y, sin preguntarme, exclamó: «Pobre Hadj, te ha mordido un escorpión, ¡¡¡Que Dios te Ayude!!!». Con estas palabras tomó mi pie y lo agarró con toda violencia por el tobillo y lo apretó tan fuerte como si lo fuera a partir en dos. Buscó la herida y la chupó con tanta fuerza que la sentí por todo mi cuerpo. Después le sustituyó otro y después me dejaron descansar diciendo que sabríamos la decisión de Alá cuando llegara la oración de la mañana. Si sobreviviría o si dejaría este mundo de vanidades.

Continuó el dolor y, olvidando su incógnito, llegó a chillar en húngaro. El dolor se le extendió hasta la cabeza pero solo por el lado derecho. Sentía tanto dolor que se pegaba cabezazos contra el suelo, por lo que le tuvieron que atar a un árbol e inmovilizarle la testa. Al final cayó dormido. Se despertó con la llamada a la oración y notó que el dolor disminuía. Estaba exhausto pero se tenía de pie. Le explicaron que el demonio que había entrado con la picadura se había ido con la oración de la mañana.

Ármin Vámbéry vestido de derviche en una fotografía tomada probablemente en Teherán, en marzo 1863, antes de comenzar su aventura.

Seis semanas después de salir de Samarcanda llegó a Herat. En su relato comenta el cambio de vestimenta de la gente, que llevaba algo parecido a los afganos de hoy en día. Se había gastado casi todo su dinero y vendió el burro. Intentó que le admitieran gratis en una caravana con destino a Teherán pero

no lo consiguió. Fue a ver al príncipe, hijo del rey de Kabul, que casualmente visitaba la ciudad, para pedirle dinero. Este le acuso de ser inglés y Vámbéry le respondió con seguridad y enojo: «Aquel que, aunque sea en broma, trata de infiel a un verdadero creyente, es él mismo un infiel». El príncipe se quedó desconcertado y le dijo que nunca había visto a uno de Bujara que se le pareciera. Vámbéry aclaró que era de Estambul y le enseñó su pasaporte turco. Quedaron como amigos y el príncipe le dio algún dinero. A pesar de todo se sentía vigilado y algunos agentes provocadores se hacían pasar por rusos para ver si caía en una trampa.

Por fin, el 15 de noviembre de 1863, salió de Herat con dirección a Meshed, en la esquina nororiental del actual Irán. En el camino vieron que se les acercaba un tropel. Creyeron que eran turcomanos que les atacaban para esclavizarles como solían hacer con frecuencia en Irán pero, cuando se acercaron, comprobaron que era un gran rebaño de asnos salvajes.

Una vez en Meshed se vistió de nuevo de *effendi* turco con ropas modernas y fez. Cuenta que allí visitó a un militar inglés, el general Dolmage, quien le acogió en su casa. Se quedó con él hasta el 26 de diciembre de 1863. El hecho lo cuenta muy de pasada, sin darle importancia y sin explicar qué hacía un militar británico en esa lejana zona. En lugar de seguir con la caravana continuó a Teherán él solo, con otro acompañante y dos caballos. Llegó a Teherán el 19 de enero de 1864. Allí fue a la embajada turca, donde le acogieron de nuevo y cuenta que también le recibieron muy bien en la británica, sin explicar tampoco el porqué. El 28 de marzo fue de Teherán a Trebisonda, ya en Turquía, y después a Estambul y Londres.

La segunda parte del libro, desde la página 275 a la 395, la dedica a un estudio sobre los turcomanos, su organización, tribus, poblaciones y costumbres. Sobre las distintas ciudades que visitó, sobre todo Khiva y Bujara, realiza un amplio informe. Refleja incluso los sueldos de funcionarios y empleados. Habla de ciudades chinas que no visitó pero sobre las que consiguió información como Taskent y Kasgar. También informa sobre las costumbres de Kazajistán y Kirguizistán.

En el último capítulo realiza un análisis de la rivalidad entre Inglaterra y Rusia y dice que no había competencia entre ellos. «Nos felicitamos de que Rusia tome a su cuenta la tarea costosa y meritoria de civilizar estas regiones lejanas. Inglaterra no tiene el más ligero motivo para envidiar esta política progresiva» y termina con sorna: «En cuanto a saber si el león británico y el oso ruso lucharán un día directamente por la posesión de estas regiones

lejanas, o si llegan a repartírselas pacíficamente, un humilde derviche, dedicado simplemente a los estudios filológicos, no sabría presentirlo».

Aunque solo tomó notas en secreto para evitar cualquier sospecha de sus compañeros de camino, como tenía una prodigiosa memoria, pudo realizar un profundo estudio antropológico de los pueblos y etnias que conoció: ousberg, kirguizos, tártaros, turcomanos, etc. En junio de 1864 fue a Londres y ese mismo año publicó *Travels in Central Asia* en inglés. En su libro, que al año siguiente se traduciría al francés, cuenta las experiencias que hemos leído.

Posteriormente, entre 1865 y 1905, fue profesor de lenguas orientales en la Universidad de Budapest. Opinaba que el húngaro tenía una raíz común con el turco pero triunfó la teoría de un origen finlandés. Parece ser no obstante que las tres lenguas tienen una raíz compartida.

Escribió varios libros sobre sus viajes así como una autobiografía y memorias en 1884. En 1889 Vámbéry fue invitado al castillo de Windsor para imponerle una medalla por su «amistad» con Inglaterra y entonces conoció a Bram Stoker, autor de *Drácula*. Dicen que fue Vámbéry quien le contó al escritor la historia original. Después le aportó asesoramiento histórico sobre la figura de Vlad Tepes y fue quien propuso el nombre de Drácula, que en rumano significa ‘demonio’. Stoker, en la página 357 de la novela hace un guiño a su asesor al hablar una persona de «su amigo Arminius de Budapest». Vámbéry se retiró en 1905 y murió el 15 de septiembre de 1913.

En 2005, al hacerse públicos los archivos de esa época de los National Archives de Kew, donde se custodian todos los documentos oficiales británicos, se descubrió que Vámbéry había actuado como espía y agente para el Foreign Office británico dentro del denominado Gran juego, para evitar que los rusos controlaran Asia Central y pusieran en peligro el dominio británico de la India. Era considerado por los ingleses como su oreja en Constantinopla. Proporcionó información sobre las debilidades del Imperio otomano y sus relaciones con el Imperio austrohúngaro y Rusia.

En Kew se ha descubierto abundante correspondencia del Foreign Office con él, pero no sus respuestas. Gran parte de las cartas son las indicaciones de pagos que recibía por sus informaciones. Incluso se le estableció un sueldo fijo de ciento cuarenta libras anuales, una buena cantidad en la época, y una pensión vitalicia. El viaje que realizó hasta Samarcanda fue para conseguir información para los británicos. Por supuesto, al igual que Badía, en sus libros de viajes no cuenta lo confidencial, lo cual entregó únicamente al Foreign Office británico. Sin embargo no pudo evitar plasmar parte de sus descubrimientos en el libro y, como hemos visto, los últimos capítulos son

todo un compendio de economía y política de la región del Turkestán. Por otra parte, desde Constantinopla fue directamente a Londres en lugar de regresar a casa, como hubiera sido lo lógico.

Como muchos de los personajes que estamos conociendo era una figura controvertida. Trabajó para Inglaterra en contra del Imperio austrohúngaro. Por otra parte dijo «el oriental nace y muere con una máscara, el candor nunca existirá en el este» («*The Oriental is born and dies in a mask; candor will never exist in the East*»), cuando él mismo se colocó una máscara, el disfraz de derviche, y engañó a mucha gente desde Constantinopla hasta Samarcanda. En Gran Bretaña era muy respetado, aunque algunos opinaban que no fue muy útil pues el Turkestán terminó en poder de Rusia, y esta ocupó Samarcanda en 1868, adelantándose a los británicos.

Bibliografía

VÁMBÉRY, Arminius, *Travels in Central Asia*. Londres: Harper & Brothers, 1865.

—, *Voyages d'une faux derviche dans l'Asie Centrale*. París: Hachette, 1865.

—, *Sketches of Central Asia*. Londres: WMH. Allen Co., 1868.

—, *Arminius Vámbéry, his life and adventures*. Londres, 1883.

—, *Life and adventures of Armenius Vámbéry*. Nueva Delhi: Asian Educational Services, 1914 (1.ª ed. en 1883).

—, *The story of my struggles*. Londres: TF Unwim, 1904.

BUSCHIK, Richard, *El hombre a la conquista de la tierra*. Barcelona: Luis de Caralt, 1960.

Freya Madeleine Stark
(1893-1993) (1928)

La mujer que leyó *Las mil y una noches* y las hizo realidad

Nació el 31 de enero de 1893 en París. Sus padres eran primos carnales, aunque él, pintor, había vivido siempre en Inglaterra y ella en Italia. Se conocieron cuando él visitó Roma para ver a sus tíos. Primero se instalaron en Devon. Después vivieron en París, donde nació Freya. Al año la llevaron a vivir a Asolo, en Italia, al norte de Venecia. Estaba delicada de salud y debía pasar temporadas en cama o sin salir de casa, por lo que se aficionó a leer. Cuando tenía nueve años alguien le regaló el libro *Las mil y una noches* y desde ese momento deseó visitar Oriente. Al año siguiente, su madre —con las hijas— se marchó a vivir a Turín con un joven pintor italiano, Roascio, que le había presentado su marido.

En 1905, mientras visitaban una fábrica del artista, a Freya se le enredó el cabello en una máquina que la arrastró. Solo se liberó cuando Roascio tiró fuertemente de ella. Salvó la vida pero perdió la piel de la sien derecha, la oreja, el párpado y el cuero cabelludo de ese lado. Tardó mucho en recuperarse, pues intentaron muchos injertos de piel que no lograron corregir el problema, quedando desfigurada la parte superior derecha de su cara. Con el tiempo aprendió a peinarse de modo que pudiera disimular un poco el problema. Por otro lado le gustaba cultivarse e ir a las tertulias. Estudió mucho por su cuenta y leía continuamente. Decidió aprender árabe y para ello viajaba con frecuencia a San Remo, donde le enseñaba un viejo monje capuchino. Leyó a Richard Burton, Kipling, Burckhardt, Blunt y Doughty.

Fue a Londres a estudiar a la School of Oriental Studies. Trabó conocimiento con William Kent, profesor de lenguas escandinavas, y se enamoró de él. Ella siguió con sus estudios árabes a pesar de que él deseaba que aprendiera islandés. Durante la Primera Guerra Mundial trabajó como enfermera en el frente de Italia, en el mismo donde Hemingway conducía ambulancias, pero no hay constancia de que se conocieran. Poco después, en 1923, Kent murió de un ataque al corazón mientras los dos escalaban montañas en Italia. Se quedó sola con el cadáver mientras acudía la ayuda. En su honor, poco después, escaló el Cervino, siendo la segunda mujer que lo logró.

En 1926 falleció su hermana Vera, un año más joven que ella. En 1927 decidió marcharse a Beirut. Permaneció allí durante un año mejorando su árabe. Después se estableció en la aldea de Brummana, cerca de la capital, con unos misioneros cuáqueros. La gente no entendía que aprendiera árabe por puro placer.

El Líbano ya padecía los problemas entre los integrantes de las diferentes religiones y facciones: suníes, chiíes, drusos e ismailíes entre los musulmanes; católicos, ortodoxos, protestantes y maronitas entre los cristianos. Los franceses privilegiaron a los cristianos maronitas. Los drusos se levantaron contra los galos y fueron confinados en las montañas cercanas a Siria. Freya deseaba conocer a los drusos, vestidos con pantalones bombachos y con grandes bigotes. Y a sus mujeres, de velo blanco, pañuelo negro y vestidos negros con corpiños de terciopelo. Los drusos eran musulmanes muy heterodoxos; no rezaban cinco veces al día, solo lo hacían en mezquitas y tenían creencias muy extrañas.

Fue a Damasco en tren el 14 de marzo de 1928. Vestía de mujer islámica, lo cual le permitió viajar a su antojo. Primero vivió en una casa sin ninguna comodidad pero con muchas pulgas y mucho frío. Conoció a Amatalatif, la hermana de un jeque de la tribu de los azm, una de las más importantes de Siria, y en su compañía recorrió el país. Poco después llegó su amiga Venetia Buddicom, a la que conocía desde hacía siete años.

Contrataron a Naím, un guía druso que las sacó de Damasco de madrugada, vestidas de árabes y montadas en asnos. Cruzaron sin problemas varios puestos de control franceses. Venetia sufrió mucho por las pulgas y prefería dormir en los huertos, más limpios en ese aspecto. Llegaron al Jebel-El-Druz, zona drusa, por caminos casi intransitables para los burros. Fueron descubiertas por los franceses y la policía militar las detuvo. Las trataron con toda delicadeza pero las interrogaron. A pesar de que el territorio estaba

sometido a la ley marcial, dijeron que estaban preparando una guía turística para la agencia Cook, destinada a turistas ingleses. Las retuvieron durante tres días. Después las liberaron e incluso les dejaron un coche oficial para terminar el recorrido, eso sí, en dirección a Damasco.

Fotografía de Freya Stark tomada en 1928 tras su primer viaje vestida de hombre árabe.

De regreso a Gran Bretaña, Stark publicó un artículo en noviembre de 1928 en la *Cornhill Magazine* con el seudónimo de Tharaya, para evitar que los franceses la identificaran; sin embargo contaba lo que le había ocurrido con ellos, por lo que hasta el policía más torpe hubiera sido capaz de adivinar su identidad.

Fue a Canadá para visitar su padre, que contaba setenta y cinco años. Regresó a Londres, donde estudió el asunto de la secta de los asesinos. Decidió que no podía dormir tranquila si no visitaba ese lugar y se encaminó a Bagdad, donde llegó en octubre de 1929, con treinta y seis años cumplidos. Estudió persa mientras se relacionaba con la colonia británica, pero se alojó en el barrio de las prostitutas, lo que causó un gran escándalo.

Vestida de musulmana de nuevo, acompañada de una amiga nativa, entró en la mezquita de Kadhimain, santuario de los chiíes donde están las tumbas del séptimo y noveno imanes. Como infiel, podía ser ajusticiada si la descubrían. Decía que «sentía algo extraño al saber que la propia vida dependía de mantener el engaño».

Consiguió mapas del servicio de inteligencia británico y, con el libro de Marco Polo, en abril de 1930 partió hacia el valle de Alamut, formado por el río del mismo nombre, también llamado valle de los asesinos. Se encuentra al norte de Irán, a unos 50 kilómetros al sur del mar Caspio. Allí se encuentra la roca de Alamut, un castillo situado a 1800 metros de altura del que solo quedan las ruinas. El cenit de su fuerza se produjo entre 1090 y 1164 hasta que los mongoles destruyeron sus fortalezas y su poder.

Antes de ella, ocho europeos habían visitado el lugar. Uno de ellos había sido Lawrence de Arabia. En realidad se llamaban así debido a la deformación de la palabra *hashishiyyin* que significaba ‘comedores de hachís’. A los occidentales les sonaba como *assassins* en inglés y en francés, y se acabó denominando al grupo *assassins*, hecho al que contribuyeron su ferocidad y facilidad para usar la espada con los extraños que entraban en su zona, a los que solían ejecutar.

Fue hasta Qazvin, en Persia (Irán), en coche, con unos persas que regresaban a su país. Allí conoció a un médico, Asad, que era el propietario del castillo de Alamut. Este le proporcionó un mulero de confianza y una carta para un hermano que vivía a la entrada del valle. También le acompañaban dos criados que la trataban como a su hija, como ellos mismos declaraban, y le regalaban flores continuamente. Logró llegar a la roca y a las ruinas del castillo que ella describe como tétricas pero que le llenaron de satisfacción, pues cumplió su objetivo.

En 1931, tras pasar por Londres, regresó al lugar y descubrió un castillo que nadie conocía, el de Lamiasar, en el valle de Shahrud, que había logrado resistir las invasiones mongolas en el siglo XIII, y lo estudió en profundidad. Buscó en vano un tesoro de la Edad de Bronce, que según se decía estaba enterrado por allí. Aprendió a usar barómetros, brújulas de reflexión y

clinómetros, lo que le permitió cartografiar la región y corregir errores en los mapas que le había prestado el Ejército británico, hecho por el que fue felicitada por la Royal Geographical Society. Dijo: «Debo confesar que nunca he pensado por qué vine, mucho menos por qué vine sola. Viajaba por el simple placer de hacerlo». También afirmó: «la gran y casi única ventaja de ser mujer es que una siempre puede hacer parecer que es más estúpida de lo que es sin que nadie se sorprenda».

En 1934 publicó *Los valles de los Asesinos* y la Royal Geographical Society le concedió el premio Back Memorial por sus viajes por Persia. Fue la tercera mujer en recibirlo. Siempre se sintió desplazada por estar soltera.

Boda de Freya Stark con el diplomático británico Steward Perowne en 1947. A los cuatro años se separó tras un desengaño.

Wilfred Thesiger la criticó por ir vestida de hombre árabe, como hizo en ocasiones: «Ahí está ella, vestida como un hombre con daga, canana, rifle y todo lo demás. ¿Por qué? Si ella hubiera querido vestirse como un árabe debería haber llevado ropas de mujer en lugar de esta ridícula cosa de vestirse como un hombre o como un chico, que la condena de principio a fin». Pero ya conocemos la filosofía de Thesiger respecto a las mujeres y su relación con ellas.

A mediados de la década de los treinta Stark recorrió también algunas zonas de la península arábiga como la denominada ruta del incienso en la fértil zona del valle o wad de Hadramaut, pero iba acompañada de escolta y con permiso de las autoridades, por lo que no necesitó disfrazarse, salvo por capricho. Por razones de salud hubo de cancelar su búsqueda de las ruinas de la ciudad de Shabwah.

Durante la Segunda Guerra Mundial colaboró con el servicio secreto británico para lograr que los árabes se mantuvieran al lado de los aliados. Por ello, en 1953 se le concedió la Cruz del Imperio Británico y en 1972 se la nombro Dama del Imperio, de manera que pudo anteponer la palabra *Dame* a su nombre.

A los cincuenta y cuatro años se casó con un diplomático. Vivió un tiempo con él en el Caribe, donde estaba destinado, y a los cuatro años se separaron pues parece ser que solo se había casado con ella para ocultar su homosexualidad y tener más posibilidades de promoción laboral. Tras el desengaño fue a Turquía y en los sesenta siguió la ruta de Alejandro Magno, sobre la que escribió tres libros. Acerca de la necesidad de visitar sitios nuevos comentó en una ocasión: «Despertarse sola en una ciudad extraña es una de las sensaciones más placenteras del mundo».

A los ochenta y un años atravesó algunos pasos del Himalaya. Falleció el 9 de mayo de 1993, unos meses después de cumplir cien años. Como suele ocurrir con los mitos, se le atribuyen hechos no realizados y se exageran los efectuados, pero es algo anejo al ser humano y su capacidad de comunicación.

Bibliografía

STARK, Freya, *Los valles de los Asesinos*. Barcelona: Ediciones Península, 2001.

—, *La ruta de Alejandro*. Barcelona: Alba, 2000.

FLETCHERGENIESSE, Jane, *La nómada apasionada*. Barcelona: Planeta, 2001.

TÍBET, LHASA Y AFGANISTÁN, VEDADOS A LOS EUROPEOS

Introducción

Dejamos el área de influencia del islam para dirigirnos a un mundo completamente distinto donde también los extraños, sobre todo europeos, tenían prohibida la entrada por cuestiones religiosas y por temor a ser invadidos y colonizados.

El Tíbet siempre había sido una zona poco accesible por su situación y orografía, pero durante siglos no hubo impedimento para acceder a ella. El budismo entró en el siglo VIII y el primer monasterio budista —el de Samye— se construyó en el año 779. Hasta el siglo X fue un estado independiente con nobles y monjes que se repartían la mayoría de las tierras y de los súbditos. De hecho, hasta 1930 la mitad de la población eran siervos.

En el siglo XIII fue invadido por los mongoles, que se unieron con la dinastía autóctona y llegaron al acuerdo de que los monjes se convertirían en consejeros del rey. En el siglo XVII se estableció la teocracia, con el gobierno del dalái lama. El siglo comenzó con una guerra civil y en 1642, el quinto dalai lama, Ngawang Lozang Gyatso, asumió a la vez los poderes espirituales y políticos, creando un estado teocrático.

En 1630, jesuitas portugueses encabezados por Antonio de Andrade llegaron desde Goa y lograron fundar una misión en una provincia del oeste del Tíbet pero, a la vista del éxito que tenían, los lamas lanzaron a la población contra ellos y la tuvieron que cerrar en 1635.

En 1661 otros dos jesuitas —uno belga y uno austriaco— visitaron Lhasa desde Pekín. En 1716 llegaron unos capuchinos italianos que se asentaron a pesar de la hostilidad de los lamas. No consiguieron casi ninguna conversión y cerraron en 1733. En 1718 la visitó un holandés.

En los primeros años del siglo XVIII los chinos quisieron imponer su autoridad mediante un comisionado al que asesinaron los tibetanos. Ante este

hecho, China invadió el país y dejó una buena guarnición con el nuevo enviado.

Por otra parte, recordemos que en 1600 se había creado en Gran Bretaña la East India Company para el comercio en Oriente con derecho a conseguir territorios, acuñar moneda y tener su propio ejército (vimos que Burton y Palgrave se alistaron en esa milicia), construir sus fortalezas, declarar guerras e imponer sanciones (expulsó a Buckingham de la India). En las primeras décadas del siglo XIX la compañía utilizó la India como criadero de opio para traficar en China con unos beneficios fabulosos, como veremos más adelante. La East India Company fue como un estado, de hecho y de derecho, hasta que en 1858, al encontrarse con problemas financieros, la corona de Gran Bretaña tomó el control directo de la India con la creación de la India Office, bajo la dirección de un secretario de Estado (equivalente a ministro). Previamente, los accionistas —realeza, nobleza y altos cargos del gobierno y administración— se habían embolsado sus buenos beneficios. Al disminuir estos y aumentar los gastos, como ya hemos apuntado, se nacionalizó y así los ciudadanos británicos se vieron obligados a asumir los desembolsos. A la vez se crearon compañías que se aprovechaban de la infraestructura colonial que pagaban todos. Un negocio perfecto. En 1858, también tuvo lugar un motín de soldados nativos que se utilizó como excusa para la nacionalización.

Desde 1769 la East India Company estaba interesada en el oro y la plata del Tíbet. En 1774 la compañía envió a George Bogle como embajador ante el panchen lama para establecer relaciones comerciales y, de paso, reconocer el país. Estuvo un año allí pero tras su regreso murió enseguida de viruela. En su informe habló de oro, sal, colas de yak, lana de *pashmir* —cachemir— y bórax, por lo que aumentó el interés. En 1788 Nepal invadió el Tíbet y después lo hizo China, que asimismo dificultaba el acceso. Los lamas, por su parte, no querían dejar entrar a los europeos porque temían que sustituyeran el budismo por el cristianismo, y desde 1792 se prohibió el acceso al país a los occidentales. En 1841 un reino indio intento invadirlo. Los británicos iniciaron un plan para conseguir información sobre el Tíbet que veremos en esta sección y les permitió ocupar la capital, Lhasa, en 1904 y lograr que la frontera con India quedara totalmente abierta para ellos y para el comercio. Los tibetanos acabaron prefiriendo a los británicos antes que a los chinos pero, por cuestiones geoestratégicas, aquellos se retiraron enseguida ante una invasión china al año siguiente. En 1907 Rusia, Gran Bretaña y China firmaron un tratado por el que se cedía la soberanía a esta última.

Durante el siglo XX se han producido numerosos conflictos entre el Tíbet y China que siguen sin solucionarse. Los tibetanos se equivocaron y el verdadero peligro no vino de los británicos sino de sus vecinos. En 1966, durante la Revolución cultural, se destruyeron dos mil seiscientos noventa y dos monasterios. En 1979 las autoridades chinas abrieron el Tíbet a los turistas extranjeros.

En la actualidad, el Tíbet es una región autónoma de la República Popular China y teniendo en cuenta que en su suelo hay uno de los cinco únicos yacimientos mundiales de litio, tan importante en la fabricación de baterías para todo tipo de productos electrónicos, está claro que Pekín no va a abandonar su control.

En cuanto a Afganistán, hemos visto que Vámbéry intentó la penetración desde el oeste. También se intentará desde la India con agentes de incógnito. Determinadas zonas fueron una pesadilla para los británicos, como lo fueron después para los soviéticos cuando invadieron el país en 1978; y lo son en la actualidad para las fuerzas de la ONU que ocupan el país y gastan la mayor parte del esfuerzo en autoprotegerse. De hecho, el Ejército estadounidense se ha visto obligado en algunas ocasiones a utilizar tropas especiales disfrazadas de afganos y caballos para poder llegar a determinados lugares.

William Moorcroft
(1767 o 1770 - 1825 o 1838) (1812)

Llegó a Asia por amor a los caballos y la recorrió por amor a la aventura

Nació en 1767 —1770 según otras fuentes— en el pueblo de Ormskirk, en el condado inglés de Lancashire. Era hijo de Anne Moorcroft, soltera e hija de un granjero. Enseguida le enviaron a Liverpool como aprendiz de cirujano —*surgeon*—. Entonces no tenía el mismo significado que ahora pues su formación era muy limitada y lo que entendemos ahora por médico o cirujano se denominaba *physician*. De hecho, en la Marina británica estaban encuadrados junto a los barberos, que en aquella época también se dedicaban a extraer muelas y dientes.

Debido a una epidemia que afectó a los caballos británicos fue llamado para tratarlos y se sintió especialmente atraído por ellos. Su buen hacer y su facilidad para entenderlos impresionó a todos hasta el punto de que se le concedió una beca para estudiar Veterinaria en Francia, en Lyon, el mejor lugar en aquella época. Llegó en 1789, el año en que estalló la Revolución francesa. Cuando terminó sus estudios ejerció en Londres, donde montó un hospital equino en Oxford Street. Participó en el establecimiento del primer centro universitario de veterinaria en Gran Bretaña, inventó métodos quirúrgicos para la cojera equina y patentó varias máquinas para fabricar herraduras.

En 1803, ante el peligro de una invasión francesa, se alistó en una unidad de caballería donde le conoció Edward Parry, uno de los directivos de la todopoderosa East India Company y le convenció para que dirigiera las

cuadras de la compañía en Bengala, India. En 1808 partió a su nuevo destino. Los establos estaban muy mal organizados, lo mismo que la reproducción. Modificó muchos procedimientos y las cosas mejoraron enormemente. Incluso estableció el cultivo de mil quinientas hectáreas de avena para mejorar la alimentación de los caballos.

Una vez solucionados las problemas, a partir de 1811 se dedicó a recorrer el norte de la India buscando buenos sementales para la reproducción pero no encontró nada que le resultara adecuado. Se enteró de que en el Tíbet había muy buenos ejemplares y decidió ir. Le ordenaron que, de paso, elaborara la cartografía del camino y se encaminó allí en 1812. Le acompañaron el capitán Hyder Young-Hearshey —hijo de inglés e india— y unos nativos. Hearshey y él iban disfrazados de comerciantes locales, de *gosains*, e incluso llevaban una buena cantidad de mercancías para disimular. Antes de comenzar la expedición Hearshey discutió con Moorcroft porque este se empeñaba en usar sus botas de montar inglesas favoritas que no pasarían desapercibidas y podrían descubrirles. Al final entró en razón y utilizó calzado hindú. Recorrieron el Ganges hasta llegar a los pies del Himalaya, cerca de Dehradun y Joshimat, donde llegaron el 26 de mayo de 1812. Recorrieron las orillas del río Dauli, un afluente del Ganges, el cual midieron concienzudamente. Uno de los expedicionarios se encargaba de calcular distancias con pasos medidos e iguales de 4 pies (120 centímetros) cada uno y anotaban lo recorrido para llegar a cada elemento geográfico, como podemos leer en su diario, titulado *A Journey to Lake Mansarovara in Un-Des*, que ofrece ejemplos de las notas utilizadas para los levantamientos cartográficos posteriores: «A 1381 pasos, altos de montañas cubiertas con nieve en todas direcciones. A 2297 pasos, cruzamos un arroyo que viene desde el este. A 2437 comienzo a ascender el más tremendo lugar que nunca he visto. A 7610, alcanzamos nuestro lugar de descanso tras diez horas de marcha. Los *coolis* o 'porteadores', en su mayor parte mujeres, llegaron al mismo tiempo. El Dauli es mucho más reducido en anchura pero la corriente es muy fuerte». En algunas ocasiones estaba tan débil que debía andar a gatas y se lesionaba las rodillas: «1 de junio, comenzamos nuestra marcha a las 7:30. A 2345 pasos el río se convierte en una sucesión de rápidos, y tiene su cauce disminuido en cerca de veinte yardas de anchura. A 3407 pasos pasamos dos cuevas, una pequeña y una grande. El Dauli tiene como dieciocho yardas de anchura. A 10 971 pasos vemos varios cedros y paramos. El Dauli está mucho más reducido». También nos ofrece ejemplos de la vida en la región: «En

Tapovan, un fuerte joven se me ofreció él mismo para ser mi esclavo de por vida si yo le alimentaba».

Acuarela mostrando a Moorcroft y Hyder Young Hearshey camino del lago Manasarovar del Tíbet, disfrazados de comerciantes hindúes en 1812. El autor es el propio Hearshey y se encuentra en la British Library de Londres.

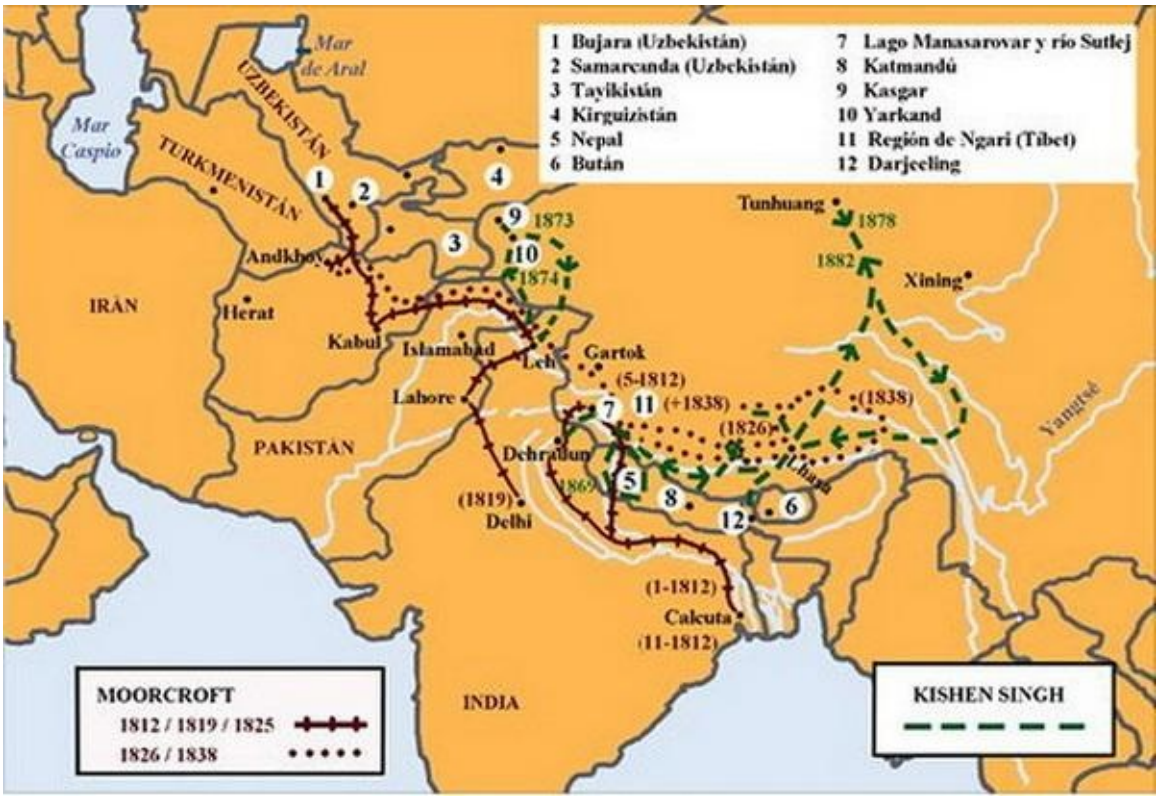
Dicen que fue el primer europeo en cruzar el Himalaya, pero se olvidan de los que en siglos anteriores ya lo hicieron. Cruzó la frontera con el Tíbet el 1 de julio y allí les detuvieron. No querían dejarles pasar pero con regalos y promesas de beneficios lograron que se les permitiera e incluso consiguieron un guía de la zona. Moorcroft recorrió la llanura entre el Himalaya y las montañas Kunlun. Llegaron a la ciudad de Gartok, capital de la región y sede del gobernador del oeste del Tíbet, donde comerciaron con lana de cachemir y les dejaron seguir hasta el lago sagrado de Manasarovar, donde llegaron el 5 de agosto, y al lago Rávan.

Moorcroft descubrió el nacimiento del río Indo, que desemboca en Karachi, en el actual Pakistán; y el del Sutlej. Sufrió muchos problemas de salud y de movilidad. En el regreso se tuvieron que esconder de los gurkas —mercenarios nepalíes—, pues cruzaron su territorio siguiendo un río. Las relaciones de Nepal con la East India Company eran tan malas que en 1814 se

declararon una guerra que duró hasta 1816. Los expedicionarios llegaron a Calcuta en noviembre de 1812.

En aquel momento sus jefes todavía no estaban interesados en la lana de cachemir ni en los descubrimientos geográficos en el Tíbet y la compañía le sancionó por no llevar los caballos que le habían encargado. Pero Moorcroft ya había sido envenenado por la enfermedad del viajero y cada vez le apetecía más recorrer nuevos lugares.

Se enteró de que en Bujara, en el actual Uzbekistán, había un gran mercado de caballos con muy buena fama y en 1816 solicitó ir. Aprobaron su propuesta pero le advirtieron firmemente que se limitara a buscar caballos y no a realizar exploraciones geográficas. Estaba ilusionado por conseguir caballos turcomanos, ya descritos y alabados por Marco Polo, capaces de recorrer 100 millas (160 kilómetros) al día jornada tras jornada.



La burocracia era lenta y no le dieron la aprobación definitiva hasta 1819, momento en que Charles Metcalfe, jefe de asuntos políticos y secretos de la East India Company lo permitió. Después pasó un año reclutando gente. Contrató a Mir Izzat Allah para que le guiara, pues conocía la zona; a Gulam, un afgano que también le había acompañado a la expedición del Tíbet; y a

George Trebeck, de diecinueve años, recién llegado a la India pero hijo de un alto cargo, como segundo jefe, lo que debió ser una imposición aunque se llevó muy bien con él. En total iban trescientas personas, entre ellos doce gurkas como escolta, dieciséis mulas y mercancías por valor de cuatro mil libras.

Los dos europeos iban vestidos de locales para pasar desapercibidos. Fueron a Lahore y a Leh, capital del reino budista de Ladakh, con el que, por su cuenta, firmó un tratado de protectorado en nombre de su compañía que parece ser se contradecía con otro que tenían firmado con el Imperio Shik, por lo que la empresa no reconoció el tratado y castigó a Moorcroft sin sueldo. Pasó dos años en Ladakh esperando el permiso chino para ir a Bujara por Yarkand. Aprovechó el tiempo de espera recorriendo la zona. Por fin decidió continuar por el sur, por Kabul, donde llegó en junio de 1824 y a Bujara el 25 de febrero de 1825. Al regreso, en Andkhoy, en el Turkestán afgano, en la frontera de Afganistán y Turkmenistán, cerca de la ciudad de Mazar-i-Sharif parece ser que enfermó de fiebres y, según una versión, murió el 25 de agosto de 1825. Trebek, el joven de diecinueve años, murió unos días después. En 1841 se lograron recuperar las pertenencias de Moorcroft, diarios incluidos, y la Asian Society los editó y publicó con el título de *Travels in the Himalayan Provinces of Hindustan and the Punjab, in Ladakh and Kashnair, in Peshawur, Kabul, Kunduz and Bokhara, from 1819 to 1825*.

No hay unanimidad respecto a la muerte de Moorcroft. A Huc, un viajero francés —a quien conoceremos a continuación— el jefe de los *katchi*, los comerciantes musulmanes hindúes de Lhasa, le habló de Moorcroft y le dijo que había sido asesinado en 1838. La *Enciclopedia Británica*, en su edición de 1911, dice: «De acuerdo con el abad Huc, Moorcroft llegó a Lhasa en 1826 y vivió allí doce años, siendo asesinado en su camino de vuelta a la India en 1838». Aquí nos encontramos con otro de los múltiples misterios de la historia. No obstante, hay varios factores que pueden ayudar a pensar que realmente no murió en 1825:

En primer lugar la intervención en el viaje de Metcalfe, jefe de asuntos políticos y secretos de la East India Company. Ya veremos que fue costumbre posterior el que los militares o funcionarios que realizaban operaciones de exploración secretas primero pidieran la excedencia para no comprometer a su gobierno, o en este caso a la compañía, igual o más poderosa que un estado.

En segundo lugar, empezaba a interesarles la zona, como dicen en el prefacio del libro *Travels in the Himalayan…*: «Todo lo que hay entre China e

India es algo desconocido, y de lo que hay entre India y Rusia la información que tenemos es en cierto grado conocimiento de la moderna investigación europea, y es, en su mayor parte, obsoleto y equivocado». Añaden que Rusia estaba efectuando investigaciones desde el norte y ellos debían hacerlo desde el sur, sin explicar que esa carrera la estaban efectuando ya desde hacía décadas, en lo que denominaban Gran juego. Reconoce que Moorcroft exploró el Himalaya pero, para no comprometerse, ponen la iniciativa en él de una forma ambigua y con circunloquios: «No solo sin la incitación del Gobierno de la India, sino sin su aprobación expresa. Un permiso indiferente y frío fue la sola incitación que tuvo *Mr*. Moorcroft detrás del estímulo de su propia disposición emprendedora y su mente especulativa».

En tercer lugar, respecto al momento de su fallecimiento, podemos leer en el libro que cuando murió: «No iba acompañado de ninguno de sus socios europeos o de sus sirvientes más cercanos, y fue traído sin vida en un camello, después de una corta ausencia de ocho días. La salud de *Mr*. Trebek [murió a los pocos días] no permitió que examinara el cuerpo».

En cuarto lugar, Huc no conocía nada de la East India Company ni de Moorcroft como él mismo dice. Y su relato tiene bastante sentido. Así como el del jefe de los cachemires de Lhasa. Este, un día presentó a Nisan —que había sido el criado de Moorcroft— a Huc, quien cuenta:

> Moorcroft llegó a Lhasa en el año 1826; vestido de musulmán y hablando *farsie* [una de las lenguas de Afganistán], él se expresaba en este idioma con tanta facilidad que los cachemires de Lhasa le tomaron por uno de sus compatriotas. Alquiló una casa en la ciudad donde vivió durante doce años con su criado Nisan, al que había traído de Ladakh, y que creía él mismo tener un amo cachemir. Moorcroft compró varios rebaños de cabras y de bueyes y confió su guardia a pastores tibetanos, que los tenían en las montañas en los alrededores de Lhasa. Con el pretexto de ir a visitar a sus rebaños, el falso musulmán recorrió libremente el país y se aprovechó de sus frecuentes excursiones para preparar mapas y dibujos. Creemos que, como no aprendió la lengua tibetana, se abstenía de tener relaciones directas con la gente de la comarca. En fin, después de haber vivido durante doce años en Lhasa, Moorcroft tomó el camino de Ladakh, pero mientras estaba en la provincia de Ngari fue asaltado por una tropa de bandidos que le asesinaron. Los autores de esta muerte fueron

> perseguidos y detenidos por el gobierno tibetano que recuperó una parte de los efectos personales del viajero inglés, entre los cuales había una colección de dibujos y mapas. Fue solamente en ese momento, a la vista de los objetos, que las autoridades de Lhasa supieron que Moorcroft era inglés.
>
> Antes de separarse de su sirviente, Moorcroft le había dado una carta, diciéndole que la mostrara a los habitantes de Calcuta si alguna vez iba a esa ciudad, que eso bastaría para hacerle rico. Era sin duda una carta de recomendación. La recuperación de los efectos de Moorcroft dio tanto que hablar en el Tíbet que Nisan, temiendo encontrarse comprometido, destruyó su carta. Él mismo nos dijo que ese papel tenía una escritura parecida a la nuestra.
>
> Los hechos que hemos contado nos han llegado del regente, del gobernador de los cachemires, de Nisan y de otros varios habitantes de Lhasa. Antes de llegar a esta ciudad nosotros jamás habíamos oído hablar de Moorcroft.

Huc dice que se contradice una versión con la otra, pero con su buen humor comenta que a ellos también les dio por muertos una publicación británica diciendo que «los mongoles les habían atado a la cola de sus caballos y les habían arrastrado hasta que murieron», lo que lógicamente le hacía mucha gracia. Otro misterio para la historia.

Bibliografía

MOORCROFT, William, *Travels in the Himalayan provinces of Hindustan and the Punjab, in Ladakh and Kashnair, in Peshawur, Kabul, Kunduz and Bokhara, from 1819 to 1825*. Londres: John Murray, 1841. Vols. I y II.

—, *A journey to Lake Mansarovara*. Calcuta: Asiatic Researches. Vol. XII, 1816.

Evariste Huc
(1813-1860) (1844)
y
Joseph Gabet
(1808-1847) (1844)

Los misioneros franceses que cruzaron China y Tíbet disfrazados de monjes budistas

Evariste Huc, también conocido como abad Huc, nació en Caylus, en el departamento francés de Tarn et Garonne, el 1 de agosto de 1813. Su padre era empleado municipal y se dice que su madre le ofrendó antes de que naciera para que propagara el Evangelio. Estudió en el seminario de Toulouse. A los veintitrés años, en 1836, entró en la Congregación de los Lazaristas, también llamada Congregación de la Misión, de París. En la Francia de aquella época se decía que los misioneros en Oriente, si no morían estrangulados, vivían martirizados. En China, desde el ascenso al poder de Kin-Kug, en 1799, los misioneros habían sido expulsados del país y muchos cristianos chinos se fueron más allá de la muralla, a Mongolia (los franceses la denominaban Tartarie). Tras el Tratado de Nankín de 1842, después de la primera guerra del Opio, se permitió a algunas potencias tener embajadas en Pekín, pero no misiones —salvo en algunos lugares de la costa.

Huc fue ordenado sacerdote en 1839 y enviado a China, donde pasó año y medio en el seminario de la orden en Macao —que pertenecía a Portugal— aprendiendo chino. Su primer destino fue la cercana Cantón, como

responsable de una misión. Después fue enviado a otra en Hei-Shui, en el valle de las Aguas Negras, a unos 480 kilómetros al norte de Pekín, cerca de la frontera con Mongolia, donde se habían refugiado algunos cristianos tras unas persecuciones. El abad tenía facilidad para los idiomas y estudió algunos dialectos. Las condiciones meteorológicas eran muy duras y Huc habla de granizos de seis kilos.

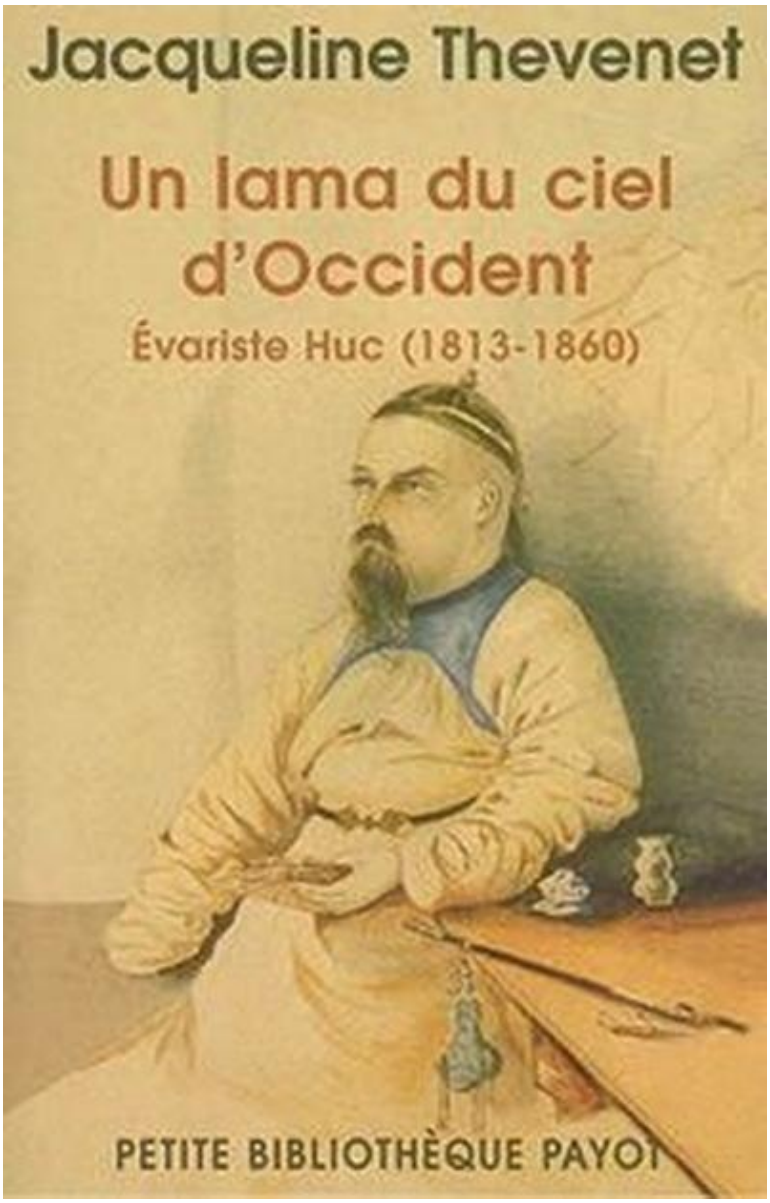
En 1844 el vicario apostólico de Mongolia, Martial Mouly, le ordenó intentar llegar a Lhasa y, de camino, estudiar las costumbres de los mongoles nómadas, o tártaros, que pretendía evangelizar posteriormente. Huc comenzó los preparativos del viaje. Le acompañaba el también lazarista Joseph Gabet, quien se había ordenado en 1833 y había sido destinado a Macao en 1835 y a Mongolia en 1837, pero el protagonismo se lo lleva Huc, pues fue él quien redactó el libro *Souvenirs d'un voyage dans la Tartarie, le Thibet, et la Chine pendant les années 1844, 1845 et 1846*, donde se relata el viaje. También iba con ellos un joven mongol llamado Samdadshiemba. Este era un antiguo aprendiz de lama budista que a los once años se había escapado del convento porque su maestro le maltrataba. Había pasado unos años de vagabundeo hasta que conoció a Gabet, quien le convirtió al catolicismo y se quedó con él.

Los viajeros llevaban un caballo, una mula, tres camellos y un perro. Portaban un mapa y una brújula. Para pasar más desapercibidos en el viaje los tres se disfrazaron de lamas, de monjes budistas. Debe de ser el único caso en que un sacerdote de una religión se disfraza de ministro de otra:

> Partimos, bien decididos a abdicar de nuestras antiguas costumbres y hacernos tártaros. Antes de ponernos en ruta debíamos realizar una operación de gran importancia, debíamos cambiar de traje y, de algún modo, metamorfosearnos. Los misioneros que residen en China, llevan todos, sin excepción, las ropas de los chinos; nada les distingue de los seglares, de los comerciantes; nada les da exteriormente el mínimo carácter religioso. Es terrible que estemos obligados a llevar estas ropas seglares, pues son un gran obstáculo para la predicación del Evangelio. Pero entre los tártaros, un "hombre negro" [con pelo, por oposición a los lamas que llevan la cabeza rapada, blanca] que se pone a hablar de religión solo provoca risa o desconfianza. […] Decidimos adoptar el traje seglar de los lamas tibetanos, decimos seglar, porque tienen otro especialmente religioso del que se visten cuando rezan en las pagodas o asisten a sus ceremonias idolátricas. […] Nos vestimos con un gran traje amarillo que se ajustaba en el lado derecho por unos botones

dorados; estaba sujeto a los riñones por una ancha faja roja; encima del traje nos pusimos un chaleco rojo terminado en su parte superior por un pequeño cuello de terciopelo violeta; un bonete amarillo, coronado por un pompón rojo completaba nuestro nuevo traje.

Se cortaron la trenza que se habían dejado crecer cuando iban disfrazados de chinos y se afeitaron el parche de pelo de la coronilla de donde salía aquella. Como buenos lamas ya no podían fumar ni beber alcohol.



Portada del libro *Un lama du ciel d'Occident. Evariste Huc (1813-1860)*, de Jacqueline Thevenet, donde se representa a Huc con

aspecto oriental.

Después de recorrer una decena de kilómetros se terminaron los campos cultivados y entraron en lo que allí denominan la tierra de las hierbas, las grandes estepas salvajes con más o menos vegetación donde pastan los rebaños de ganado. Al principio encontraban refugios de tierra, con un gran horno central encima del cual se sentaban, comían y dormían. Los chinos con los que se encontraban les insultaban a veces, pues menospreciaban a los tártaros. Se encontraron con un monje que vivía solo y se dedicaba a cuidar del camino, por lo que cobraba una pequeña cantidad a los que pasaban por allí. El perro les servía para avisar de la llegada de extraños cuando estaban acampados, pues había bastantes bandidos en la zona. El fuego lo hacían con excrementos secos de animales. Desayunaban té con harina de avena. Algunos mongoles les pedían que les hicieran el horóscopo, que les leyeran el futuro y les resolvieran dudas, pues los lamas se dedicaban a ello, y cobraban el servicio. Ellos se negaron a hacerlo, lo que sorprendió a los nativos. Samdadshiemba sí sabía hacerlo pero, por no contradecir a sus jefes, que lo consideraban algo supersticioso, se abstenía de practicarlo. También sabía «leer» los excrementos de cordero, negros, pequeños y redondos, que manipulaba hasta que le «decían» algo. Como se había visto obligado a vagabundear desde niño conocía todos los trucos para decir algo lo suficientemente ambiguo para acertar o salir del paso. De vez en cuando les iba desgranando anécdotas de su vida. Ellos seguían llevando sus breviarios católicos que leían cada mañana al levantarse.

Llegaron a Tolon Noor (actual Tolun a 42° N y 116° E). Está a unos kilómetros de la antigua Xanadú, la capital del emperador mongol del siglo XIII, Kublai Kan. La ciudad estaba constituida por un barrio chino y uno mongol, este con muchos templos y dos mil trescientos monjes. Por ello, en chino la llamaban Lama-Miao o ciudad de los lamas. Ahora pertenece a la región autónoma china de Mongolia Interior. Huc y sus acompañantes aprovecharon para alimentarse bien y comprar lo que necesitaban. El 1 de octubre de 1844 abandonaron la ciudad.

Cuando se encontraban con tártaros les recibían muy bien y se trataban con mucha consideración. En el libro ilustra los principios de las conversaciones:

—Señores lamas, ¿cuál es vuestra patria?

—Somos del cielo de Occidente.

—¿Sobre qué sitio habéis hecho pasar vuestra sombra benefactora?

—Venimos de la villa de Tolon-Noor.

—¿Os ha acompañado la paz?

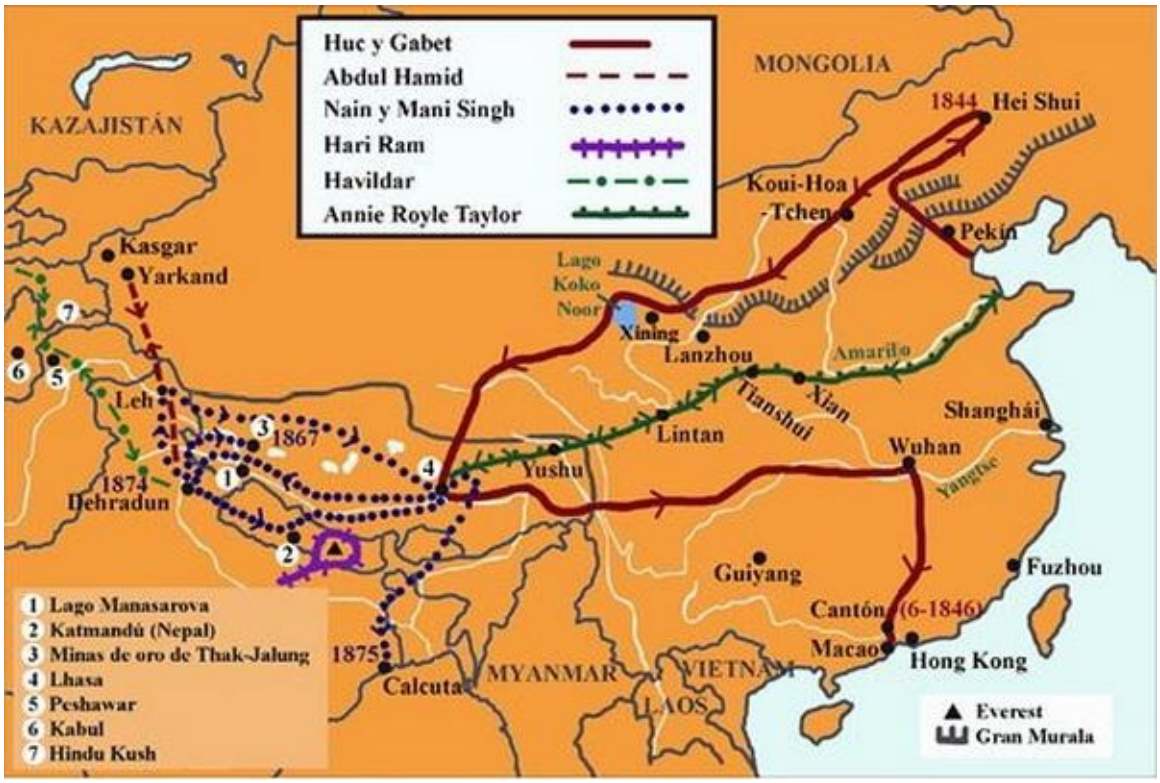
En una ocasión les cayó una gran tormenta. Los nativos les acogieron en sus tiendas ya montadas y les trataron muy bien. Los dos franceses tenían en cuenta todos los preceptos de los mongoles, como no entrar jamás en una tienda con un arma o incluso un bastón, pues todo ello se debía dejar en la puerta; colocarse siempre en el lado izquierdo de la tienda —destinado a los hombres—, etc. La zona por donde pasaron en primer lugar se denominaba Tchakar. Después recorrieron la región de Chaburté, húmeda y pantanosa. El día de la celebración de la Fiesta de los Panes de la Luna, el día 15 de la octava luna, se acercó un mongol rico con grandes rebaños de bueyes, corderos y caballos para invitarles a la celebración. Ese día se pagaba un extra a los empleados y siervos, se hacían regalos y se invitaba a comer a todo el mundo. Al que les convidó le dijeron que procedían de un país de occidente sin especificar cuál y al comentar la festividad aprovecharon la situación para predicar un poco: «En nuestro país de occidente, les dijimos, no se conoce esta fiesta de los Panes de la Luna, solo adoramos a Jehová, creador del cielo y de la tierra, del sol, de la luna y de todo lo que existe». Aunque al rico le acompañaba un lama, no tuvieron problemas en decir lo que fuera pues la mayoría de los lamas tenían una formación religiosa muy básica y no discutían por cuestiones de fe. Por otra parte, no podemos saber en qué medida estas declaraciones son un adorno o añadido de Huc al redactar el libro. Al comer el cordero de la fiesta, como homenaje, les dieron a ellos dos la cola, grande y grasa en los corderos mongoles. Les daba envidia ver el resto del asado, tan apetitoso, mientras ellos debían comer el trozo de grasa. Se les ocurrió partirla en trocitos y repartirla a todo el mundo, lo que tomaron los otros como un acto de infinita bondad y ellos se pudieron dedicar a la apetitosa pierna. Los mongoles llamaban a los chinos *kitat* y se llevaban mal con ellos, pues les maltrataron y masacraron. El de Huc es un libro muy interesante desde el punto de vista etnográfico sobre los mongoles.

En un pequeño poblado de chinos comerciantes perdieron el caballo y la mula cuando los dejaron pastando. Creían que han sido los chinos, que tenían fama de ladrones, pero avisaron a unos mongoles, fueron con sus caballos a

buscarlos y los encontraron. Enseguida llegaron a una zona desértica donde hallaron una ciudad amurallada, perfectamente conservada pero medio cubierta de arena. En el siglo XIII eran los tártaros los que controlaron el Imperio chino durante un siglo, hasta medidos del XIV.

En una ocasión les pidieron que curasen a un enfermo, pues también era tarea de los lamas. Ellos se limitaron a rezar con sus breviarios. Al ver esos libros tan raros les pareció algo mágico y el enfermo mejoró. En agradecimiento les escoltaron durante un tiempo.

Pasaron por Kou-Kou-Hot (Koui-Hoa-Tchen en chino), con una guarnición de diez mil soldados manchúes. Allí se compraron abrigos de piel de cordero y gorros de piel de zorro para el invierno. Llevaban un mes de viaje. Cruzaron el desierto de Ordos —la parte sur del desierto del Gobi, dejando a su izquierda la Gran Muralla— donde sufrieron mucha sed y hambre. Pasaron por Tchagan-Kouren donde les informaron que el río Amarillo (Hoang-Ho o Huang-He) estaba desbordado y no se podía cruzar pero siguieron adelante y negociaron atravesarlo en barco —con camellos incluidos— tras regatear. En medio del agua uno de los jorobados se levantó y estuvo a punto de hacer volcar la barca. A pesar de que llevaban cuatro remeros la corriente les arrastró un buen trecho.



Tras dos meses desde que salieron del Valle de las Aguas Negras, y después de cruzar el río Amarillo, entraron en la provincia china de Gansu a principios de noviembre de 1844. Siguieron al sur entre el río y las colinas Ale Shan (39° N, 107° E). Allí, en la ciudad de Che-Tsui-Dze (Shit-Shui-Shan), el hotelero les indicó el itinerario que debían seguir hasta llegar al lago Koko Noor. Descansaron dos días y se pusieron de nuevo en camino. La zona era fértil y estaba cultivada. En un pueblo se encontraron con una caravana china de camellos que seguía su misma ruta por lo que se unieron a ellos. Era zona china y como les creían tibetanos les intentaban cobrar de más. Cruzaron la gran muralla por Chongwei (37° N, 105° E) y debieron pasar por una zona arenosa difícil de transitar. En uno de los pueblos apareció en el albergue un buda viviente y su cortejo que regresaba del Tíbet. Les vio un breviario y lo examinó. Reconocieron que eran cristianos y al decir el lama que sus religiones estaban enfrentadas, contestaron: «Sí, le respondimos nosotros, tienes razón, tus creencias y las nuestras están en estado de hostilidad; el objetivo de nuestro viaje y de nuestros esfuerzos, no te lo ocultamos, es que nuestras oraciones sustituyan a las que usan en los lamasterios». Dijo que ya se lo imaginaba y se dedicó a mirar las ilustraciones del libro. El lama pensaba que eran rusos o ingleses. De nuevo podríamos preguntarnos en qué medida sucedió así o Huc se ve en la necesidad de justificarse como misionero ante los lectores y, sobre todo, ante la autoridad eclesiástica.

A continuación entraron en una zona montañosa y llegaron a Xining y a Tang-Keou-Eu cuatro meses después de salir. Era ya el mes de enero de 1845. Había gente de muchos lugares, todo el mundo iba armado de sables y se peleaban por nada. Iban a marcharse con un grupo de ocho que se dirigía a Lhasa pero se enteraron de que en ocho meses pasaría una embajada tibetana que debía regresar de Pekín. Decidieron esperarla durante ese tiempo, que aprovecharon para estudiar tibetano e incluso su literatura. Cruzar solos las montañas era muy peligroso pues estaban llenas de bandidos. Contrataron un profesor y alquilaron una casa. Pasado un tiempo el maestro, lama, les invitó a la cercana lamasería de Kum-Bum donde alquilaron una habitación, siguieron con las clases y con sus rezos católicos. Allí vivían cuatro mil lamas en casitas alrededor de una montaña. A los tres meses les dijeron que como llevaban mucho tiempo se debían poner los hábitos sagrados de los lamas: traje rojo sin mangas, echarpe rojo y mitra amarilla. Confesaron que no eran budistas y que se marchaban pero les dejaron quedarse en una casa, a media hora de camino de la lamasería, para que puedan seguir asistiendo a las clases.

En septiembre de 1845 les anunciaron la llegada de la embajada. Se aprovisionaron para cuatro meses de viaje [cinco ladrillos de té, dos estómagos de carnero llenos de mantequilla, dos sacos de harina de trigo y ocho sacos de *tshamba* (harina de cebada tostada que se toma mezclada con el té hasta formar una pasta)] y compraron otro camello para llevar las vituallas. La caravana estaba compuesta por quince mil bueyes de pelo largo, mil doscientos caballos, mil doscientos camellos y dos mil hombres. Se unieron a ella. El jefe de la embajada era el Talé Lama. Llevaban una escolta de trescientos soldados chinos y doscientos tártaros armados de lanzas, sables, flechas y fusiles de mecha.

Partían cada día dos horas antes de salir el sol y caminaban hasta medio día. Para despertar a la gente realizaban un disparo con un pequeño cañón y otro para dar la orden de salida. Primero fueron hacia el oeste, a los seis días atravesaron un río y al salir se les quedó helado el pelo a los bueyes. Cruzaron las altas y difíciles montañas nevadas de Nan Shan junto al lago Koko Noor (Chin Hai) (37° N, 100° E). Gabet cayó enfermo y estuvo a punto de morir pero como no podían abandonar la caravana le ataron al camello para que no se cayera.

Llegaron a Lhasa el 29 de enero de 1846 tras dieciocho meses de viaje. Además de los visitantes previos que enumeramos en la introducción, Huc habla de Odorico de Pordenone en el siglo XIII, y de los capuchinos franceses Joseph de Asculi y François de la Tour en el siglo XVII. También comenta que en 1792 los tibetanos cerraron sus puertas a los europeos. A pesar de ello en 1811 entró Thomas Manning, un viajero excéntrico que visitó el país acompañado de un criado chino. Fue aceptado porque curó a muchos soldados chinos cerca de la frontera, por lo que se le permitió acompañarles hasta la capital. Se entrevistó con el dalái lama y permaneció cinco meses en Lhasa, pero regresó sin información relevante. Después ya no pudieron volver a entrar libremente hasta que en 1904 Younghusband ocupara militarmente Lhasa. Por otra parte, nadie lo había hecho desde China.

En la ciudad había gente de muchas procedencias. Incluso había una mezquita para los *katchi*, los comerciantes musulmanes de Cachemira. La gente no lograba decidir de dónde eran Huc y Gabet. Por sus facciones pensaban que eran hindúes budistas, *azaras*, pero como ellos eran de piel más clara que los hindúes les llamaban *azaras* blancos. Otros les decían que eran ingleses de Calcuta, que habían ido a examinar las fuerzas del Tíbet, a hacer mapas y ver cómo se podían adueñar del país. Huc dice con sorna que «estaba muy feo que les tomaran por súbditos de su Majestad Británica». Para evitar

problemas se presentaron al regente y líder religioso tibetano: «Declaramos que éramos del cielo de Occidente, de un gran reino llamado Francia, y que habíamos venido al Tíbet para predicar la religión de la que éramos sacerdotes. Qué felicidad encontrarnos por fin en una tierra hospitalaria y poder respirar libremente, después de haber vivido tanto tiempo en China, siempre en tensión, siempre fuera de la ley, siempre preocupados de engañar al gobierno de Su Majestad imperial».

Huc afirma que era lógico que temieran a los británicos después de que se hubieran apoderado de la India y habla de las semejanzas entre budistas y católicos, pues ambos tenían un reino: Lhasa y el Vaticano. Estas afirmaciones le traerían después problemas con la autoridad católica por atreverse a comparar la «religión verdadera» con otra.

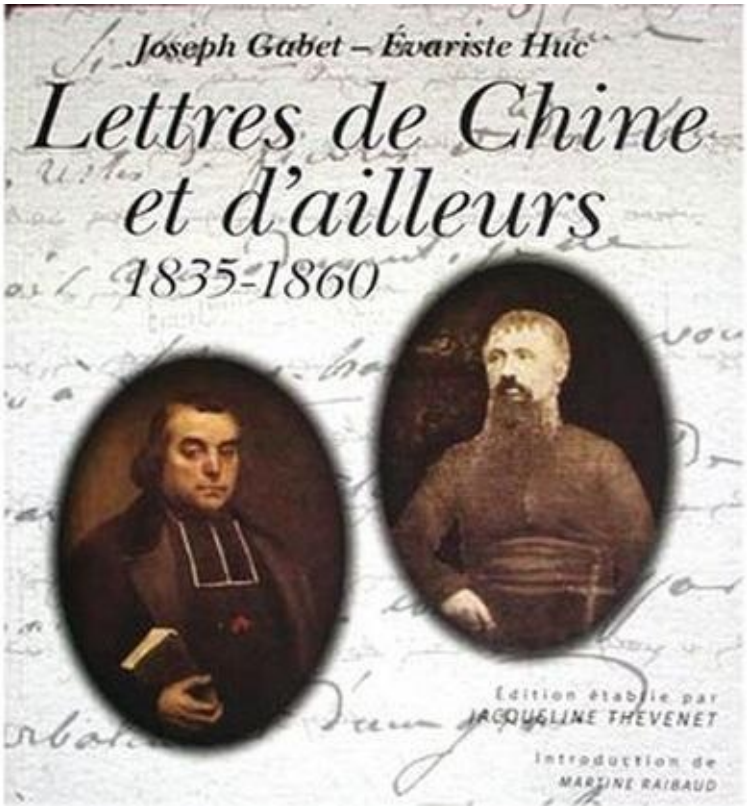
Tras entrevistarse con ellos, el regente les dio permiso para abrir una capilla e incluso les cedió una casa. El gobernador-embajador chino Ki-Chan, también les entrevistó y les retuvo en el palacio. Después les llevó a un tribunal y les registraron todo. El jefe de los *katchi* fue a verles y les dijo que si tenían mapas, los escondieran, pues los tibetanos y chinos temían mucho a los occidentales que hacían mapas y les contó la historia de Moorcroft: «En este país tienen mucho miedo a los mapas, les tienen un temor extremo, sobre todo después del asunto de un cierto inglés, llamado Moorcroft, que se introdujo en Lhasa, donde se hacía pasar por cachemir. Tras vivir aquí doce años se marchó, pero fue asesinado camino de Ladakh. Entre sus efectos personales encontraron una gran cantidad de mapas y de dibujos que había hecho durante su estancia en Lhasa. Este hecho volvió a las autoridades chinas muy desconfiadas sobre este tema».

Como ellos solo llevaban un mapamundi y un plano del Imperio chino impresos en Francia estaban tranquilos. Les registraron todo y les liberaron. Tomaron posesión de la casa y de la capilla. Tuvieron mucho éxito y la gente les visitaba. Vendieron los animales por veinte onzas de plata de las que dieron la mitad a Samdadshiemba.

De pronto, dicen que celoso por el éxito que tenían con su predicación, el gobernador chino Ki-Chan les llamó y les expulsó. Salieron el 15 de marzo de 1846, vigilados por una escolta de soldados chinos. Curiosamente la expulsión les permitió recorrer una zona desconocida de China con toda comodidad pues fueron a caballo o transportados en palanquines llevados por porteadores. A principios de junio llegaron a China, tras tres meses de viaje, y a primeros de octubre arribaron a Cantón y Macao. Cuenta Huc que el 12 de

septiembre, en el *Bengal Catholic Herald* de la India, se publicó que habían muerto.

Gabet regresó a Francia para recuperarse. Tras lograrlo, en 1849 marchó a Sudamérica, a Río de Janeiro, donde dejó la orden y falleció en 1853. Aunque no ha pasado a la posteridad tanto como su compañero, debemos recordar que era el jefe de la misión por ser más veterano y más ducho en la lengua tibetana. Huc se dedicó a escribir la crónica del viaje en un libro, *Souvenirs d'un voyage dans la Tartarie, le Thibet, et la Chine pendant les années 1844, 1845 et 1846*, que se publicó en París en 1850. Tuvo mucho éxito, pues hasta entonces no se conocía nada de Mongolia y fue enseguida traducido al inglés y después a otros idiomas europeos, incluido el español —aunque en la Biblioteca Nacional solo hay ejemplares de sus obras en francés—. Algunos no creían que hubiera estado de verdad en el Tíbet y, sobre todo, en Lhasa. Curiosamente, trató tan objetivamente a la religión budista en el libro que fue incluido en la lista de libros prohibidos de la Iglesia católica porque, además, como hemos visto, quiso ver alguna similitud entre ambas religiones. No realizó mediciones geográficas ni situó puntos en sus coordenadas pero es una obra muy interesante.



Portada del libro *Lettres de Chine et d'ailleurs, 1835-1860*, editado por Jacqueline Thevenet, en el que se incluyen 73 cartas de Gabet y 98 de Huc. En la portada se puede ver a Gabet (derecha) y Huc (izquierda) en su aspecto occidental.

En 1849 volvió a cruzar China para regresar a Mongolia pero unas inundaciones en el camino le impidieron incluso llegar a Pekín y se quedó en una misión católica de Zhejiang. Tuvo problemas de salud y regresó a Macao y a Francia, donde llegó en julio de 1852. En 1853 se le concedió la Legión de Honor. Después, en 1854, escribió un libro, *L'Empire Chinois*, donde relata el viaje que realizó, vigilado, entre Lhasa y Cantón.

El 26 de diciembre de 1853 dejó la congregación. Convenció a Napoleón III de que conquistara oriente y en 1858 este realizó una primera acción militar y en 1861 conquistó Vietnam con la excusa de que habían maltratado a unos misioneros franceses, aunque Huc no llegó a verlo porque había fallecido en París a finales de marzo de 1860. Los galos lograron implicar en esa guerra al Gobierno español porque también habían maltratado a un religioso hispano. Francia consiguió casi toda Indochina y España hacer el ridículo. Además de los libros publicados, contribuyó a publicaciones religiosas francesas como los *Annales de la propagation de la foi* y los *Annales de la Congrégation de la Mission*. Como estudió en profundidad el budismo, publicó un folleto titulado *Les quarante-deux points d'enseignement proférés par Bouddha*.

Bibliografía

HUC, Evariste, *Souvenirs d'un voyage dans la Tartarie, le Thibet, et la Chine pendant les années 1844, 1845 et 1846*, 2 vols. París: Gaume Frères, 1860. Existen otras ediciones de 1850 y 1992.

—, *L'Empire Chinois*, 2 vols. París: Gaume Frères, 1857.

—, *Lettres de Chine et d'ailleurs, 1835-1860*. París: Les Indes Savants, 2005.

Los *pundits*
(1863)

Los nativos hindúes que se hacían pasar por comerciantes y exploraban para los británicos

Se conoce por el nombre de *pundits* (‘maestros’) a los exploradores o geodestas hindúes que utilizaron los británicos durante la segunda mitad del siglo XIX para cartografiar el Tíbet y otras zonas al norte de la India. Solían ir disfrazados de peregrinos o comerciantes y así exploraron y cartografiaron gran parte del Karakorum, el Himalaya y el Tíbet.

Los más conocidos —con los años en que realizaron sus viajes— son los siguientes: Abdul Hamid (1863-1864), Mani Singh y Nain Singh (1865-1867), Mirza Shuja (1867), Kishen Singh (hermano de Nain, 1878), Hari Ram (1871-1871 y 1893), Babu Sarat Chandra Das (1879-1882) y Kinthup (1880-1884)

Como ya sabemos, en 1812 Moorcroft recorrió disfrazado de comerciante local parte del Tíbet y, entre 1826 y 1838, permaneció en Lhasa disfrazado de afgano. Su muerte descubrió sus actividades geográficas y se puso más cuidado tras la prohibición de entrada de europeos. En 1846 llegaron los misioneros franceses Huc y Gabet desde China, pero fueron expulsados enseguida por las autoridades chinas tras seis semanas de estancia.

Durante el siglo XIX, desde 1802, los británicos establecieron en la India el proyecto del Gran Mapa Topográfico de la India (*Great Trigonometric Survey of India* o GTSI), que tenía por objeto elaborar mapas del subcontinente. Comenzó con la medición de una línea base cerca de Madrás de 7,5 millas (12 100 metros) por parte del oficial William Lambton.

Posteriormente, por triangulación, se fueron midiendo distancias que se constituían en nuevas líneas base. Como hemos indicado, la triangulación consistía en medir con exactitud una línea que será la base de un triángulo. Desde los extremos de esa línea se tomaba un punto y se calculaba la longitud de los lados que servían de base para otros triángulos. George Everest trabajó en ello y fue jefe del Survey en 1830. En 1856 se midió la montaña que lleva su nombre.

Al principio calculaban que el trabajo de cartografía les iba a llevar cinco años, pero se extendió durante todo el siglo. Los ángulos también permitían medir alturas. Los del GTSI efectuaban sus mediciones con una rueda provista de un ciclómetro que contaba las revoluciones y una brújula.

La East India Company tenía su propia academia militar en Addiscombe. Después de estudiar allí, Montgomerie llegó a la India como teniente en 1852, a los veintiún años. Tenía conocimientos de trigonometría esférica, cálculo diferencial e integral y astronomía. Midió la altura del K2, que es la montaña n.º 2 de la cadena del Karakorum, la segunda más alta del mundo. No se conocía siquiera la situación de Lhasa, la capital, lo mismo que sus ríos. Le encargaron elaborar mapas precisos del Tíbet pero sin arriesgar vidas de británicos ni meterse en problemas. Ante la imposibilidad de penetrar ellos mismos decidieron enviar a nativos de la zona, disfrazados de peregrinos o comerciantes, a los que sí estaba permitida la entrada —en la documentación oficial secreta se les denomina claramente espías—, a pesar de que el gobierno colonial tenía reticencias en formar a hindúes en técnicas cartográficas, incluso básicas. Como no había alternativa no tuvieron más remedio que aceptar la solución. El capitán Montgomerie, en 1860, decidió utilizar hindúes como topógrafos y exploradores, pues les resultaba más fácil disfrazarse como mercaderes o como peregrinos. Les pagaban un salario de entre dieciséis y veinte rupias. Fueron entrenados por Charles McGregor, fundador del Departamento de Inteligencia del Ejército de la India.

También les utilizaron para informarse sobre otras regiones, como ocurría con las zonas fronterizas con el Imperio ruso, pues ambas potencias se encontraban inmersas en el denominado Gran juego para frenar el avance del otro en la región. En el caso del Tíbet, debido a la orografía, era muy importante determinar las alturas. Ya existían los barómetros, incluso el barómetro aneroide, sin mercurio, inventado por Vidie en 1844, pero, para evitar que llevaran instrumentos sofisticados que pudieran dar lugar a sospechas, los viajeros, disfrazados de lugareños tibetanos, llevaban termómetros escondidos en los bastones y se fijaban a qué temperatura hervía

el agua para medir la altitud sobre el nivel del mar en la que se encontraban. Se les entrenó como topógrafos y aprendieron a utilizar instrumentos como el sextante y a medir alturas mediante el punto de ebullición del agua.

Los *pundits* utilizaban los molinillos o ruedas de oración budistas, en cuyo interior se llevaban oraciones escritas. En lugar de preces escondían mapas y papeles con sus anotaciones.

Moorcroft, en su viaje de 1812, fue el primero que midió distancias a través de pasos de distancia controlada (de cuatro pies —en la acepción de medida, 120 centímetros— cada uno), contando los del pie derecho. Los *pundits* también aprendieron a controlar su paso para que doscientos de su pie derecho cubrieran exactamente 1 milla (1609 metros). Para llevar la cuenta llevaban unos rosarios de cien cuentas, muy parecidos a los que llevaban los lugareños, de ciento ocho.

Las ruedas o molinillos de oración no contenían preces sino mapas y papeles. Cuando alguien se acercaba la hacían girar como si estuvieran rezando o en éxtasis y así les dejaban en paz. En su parte superior llevaban escondida una brújula. Este último elemento era un invento chino del siglo IX. Los *pundits* apuntaban la dirección que marcaba el aparato y los pasos dados con cada rumbo. En expediciones posteriores también llevaban un

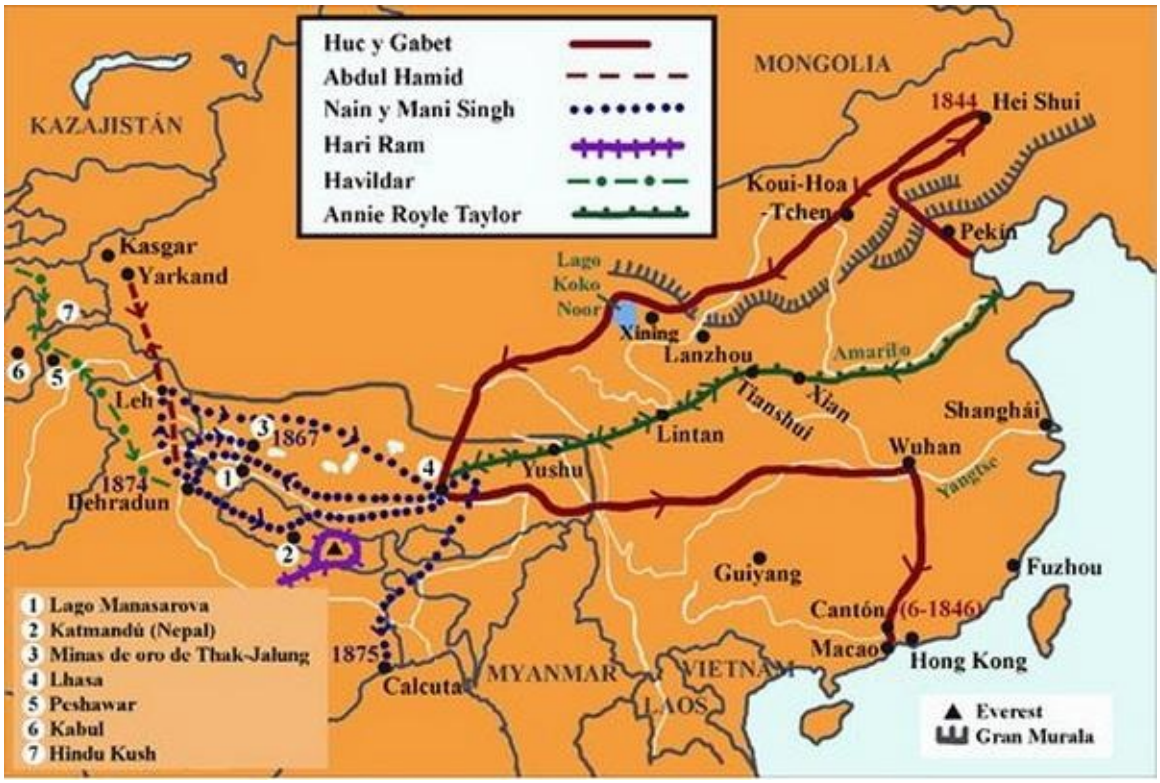
sextante y un barómetro aneroide. Este mide la altitud mediante la presión atmosférica que varía en función de la altura sin tener que hervir agua. Conseguían información para elaborar mapas de rutas concretas y datos sobre todo lo que había en ellas. A veces llevaban mercurio para preparar horizontes artificiales.

Para calcular la longitud geográfica (distancia del observador al meridiano más cercano) medían el ángulo del sol o de una estrella por la noche y calculaban la diferencia en tiempo entre la hora local y la de Greenwich mediante cronómetros dobles de precisión. Cada hora de diferencia supone quince grados de longitud, lo que indicaba a cuántas millas estaba de Greenwich (cuatro segundos de tiempo en el ecuador es una milla).

En 1861 se intentó recorrer el Tíbet partiendo desde Shanghái pero las guerras en el interior chino lo impidieron. En mayo de 1862, Montgomerie solicitó utilizar a los *pundits*. Algunos fueron descubiertos. En ocasiones eran simplemente expulsados pero en otras eran torturados y a veces ejecutados.

Abdul Hamid

Fue el primero que realizó una misión secreta, en 1863, al entrar en la ciudad de Yarkand, en Asia Central, en poder de China, para comprobar su posición exacta, lo que hizo disfrazado de mercader. Le siguieron muchos que durante treinta años se dedicaron a elaborar mapas del norte de la India, del Tíbet y de Nepal. Fue desde Leh, en el norte de la India hasta Yarkand, a 500 kilómetros de distancia. Los chinos llegaron a sospechar de él. Para regresar, en 1864, se integró en una caravana. Cuando ya llegó a territorio británico enfermó, parece ser que por comer unas plantas silvestres venenosas. Se logró recuperar sus pertenencias y papeles, entre ellos la posición de Yarkand, que difiere en seis minutos de la aceptada actualmente en latitud y quince minutos en longitud.



Mapa con el recorrido que hizo Abdul Hamid.

En 1865 los británicos comenzaron a cartografiar el Tíbet en secreto. Estaba en poder de los chinos y estos tampoco deseaban que los extranjeros viajaran allí. Los lamas no reconocían la soberanía china y no daban valor a los salvoconductos que emitían sus autoridades y, por su parte, temían la llegada de extranjeros que se dedicaran a actividades misionales. Gran Bretaña había firmado un tratado con China por el que tenía acceso al Tíbet pero no se llevaba a la práctica.

Mani Singh y Nain Singh

En 1862 Montgomerie había recibió permiso para entrenar a dos espías y enviarlos a Lhasa. Eran de la etnia bhotia, que durante el verano se dedicaba al comercio entre Kumaon —en la India— y el oeste del Tíbet. Cambiaban harina, arroz y manufacturas británicas por lana tibetana, oro, ponis y bórax.

Los seleccionados fueron Mani Singh y su primo Nain Singh (nacido alrededor de 1825 y fallecido en 1882). Ya habían acompañado como guías a europeos en la región, quienes les habían calificado como «inteligentes, honestos, listos y dignos de confianza».

Los nativos siempre estaban deseosos de trabajar para los europeos pues eran bien pagados para los niveles de la región. El nombre clave de Mani Singh era Patwar. A Nain se le llamó Pundit porque era maestro de escuela en Bhota y ya después fue el nombre genérico para todos ellos. Tenía treinta y tres años cuando inició el entrenamiento. Leía y escribía en tibetano, aprendió a utilizar el sextante y a orientarse con una brújula. Se les entrenó a andar con paso medido, a reconocer las estrellas y a medir latitudes. Con todo ello podían determinar una ruta cartográfica. Mani se formó en Dehradun, en el norte de la India y partió a Nepal, junto con su primo, en 1865. Llegó hasta Katmandú y continuó por el río Tsangpo hasta Lhasa. Logró entrevistarse con el Lama pero, mientras permanecía en la ciudad prohibida, dos mercaderes de la zona de Cachemira descubrieron su secreto. Pasó un tiempo temiendo que le delataran pero no lo hicieron y logró salir sano y salvo de la ciudad, recorrer de nuevo el Tsangpo, medir el lago Manasarovar, en el oeste del Tíbet y regresar a la India trayendo la localización exacta y la altitud de Lhasa, así como el recorrido del río Tsangpo.

Regresó en 1867 para terminar la exploración del oeste del Tíbet y logró visitar las minas de oro de Thak-Jalung que ya había citado Herodoto. Solo buscaban oro cerca de la superficie porque pensaban que ahondar más era hacer sufrir a la Tierra.

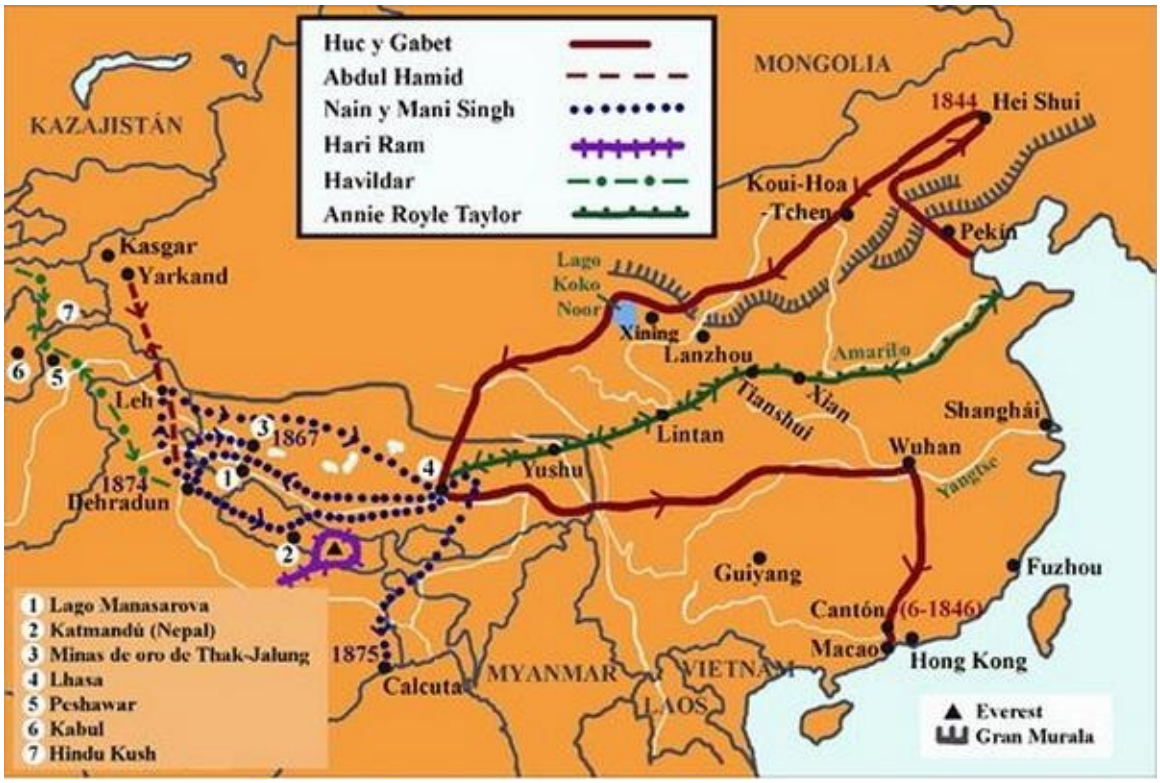
En 1868, Walker —uno de sus jefes— publicó algunas de las andanzas de Nain Singh en el *Journal* de la Royal Geographical Society. Incluso dio a conocer el truco de las ruedas de oración, de los rosarios de cien cuentas, de los sextantes escondidos y de los disfraces. Aunque no se desvelaron las identidades de los *pundits*, la noticia llegó a los tibetanos, que se hicieron aún más desconfiados aunque los numerosos peregrinos que circulaban hacían difícil el control. Entre sus suscriptores había gente de todos los países, especialmente rusos, de modo que se enteraban de lo que hacían sus competidores, aunque hemos visto que Valikhanov también publicó sus descubrimientos y fueron traducidos rápidamente. Curiosamente, parece ser que los chinos, que en teoría controlaban el Tíbet, no se enteraron del asunto. La razón de la publicación de algo tan sensible fue el simple deseo de notoriedad, tan intensamente inserto en la naturaleza humana.

Fotografía de Nain Singh (1825-1882), maestro de escuela (*pundit* en hindú) que dio nombre a todos los exploradores hindúes encubiertos utilizados por los británicos.

Nain Singh regresó a Lhasa por otra ruta alternativa, por el norte, lo que proporcionó valiosas informaciones a los británicos. En la ciudad de Gartok casi le descubrieron el sextante que llevaba en el doble fondo de una caja de donde sacó coral para regalar a la mujer de un jefe local. Este se encaprichó del contenedor, magníficamente decorado y le costó evitar que se lo quedara. La zona era tan fría que la gente vivía en tiendas que montaban bajo el nivel del suelo para evitar los vientos. En su viaje contó dos millones y medio de pasos, equivalentes a 2000 kilómetros, en 18 meses.

Efectuó su última misión vestido de monje saliendo de Leh el 15 de julio y llegando a Lhasa el 18 de noviembre de 1874, tras recorrer 1095 millas (1762 kilómetros). Al llegar coincidió con un mercader de Leh que conocía su verdadera ocupación. Temiendo que le delatara abandonó Lhasa hacia la India, todo al sur, por el camino más directo. Dijo que se iba de peregrinaje a un templo al norte de Lhasa, pero por la noche regresaron al sur y siguió el curso del Tsangpo, cruzó el Himalaya al actual Bután y logró llegar a territorio británico el primero de marzo de 1875 y poco después a Calcuta. En

total recorrió 1405 millas (2261 kilómetros) entre Leh y Udalguri. Nain se retiró de las exploraciones y pasó a formar a jóvenes exploradores. Su medida de la situación de Lhasa solo se equivocó en 2 minutos, y en 92 metros de altitud. En 1876 la *Geographical Magazine* hizo público su nombre, la Royal Geographical Society reconoció su contribución, le concedió su medalla de oro y el Gobierno británico le concedió un premio económico y unas tierras que completaban su pensión. La Sociedad Geográfica de París le regaló un reloj de oro. Murió en 1895 de un ataque al corazón.



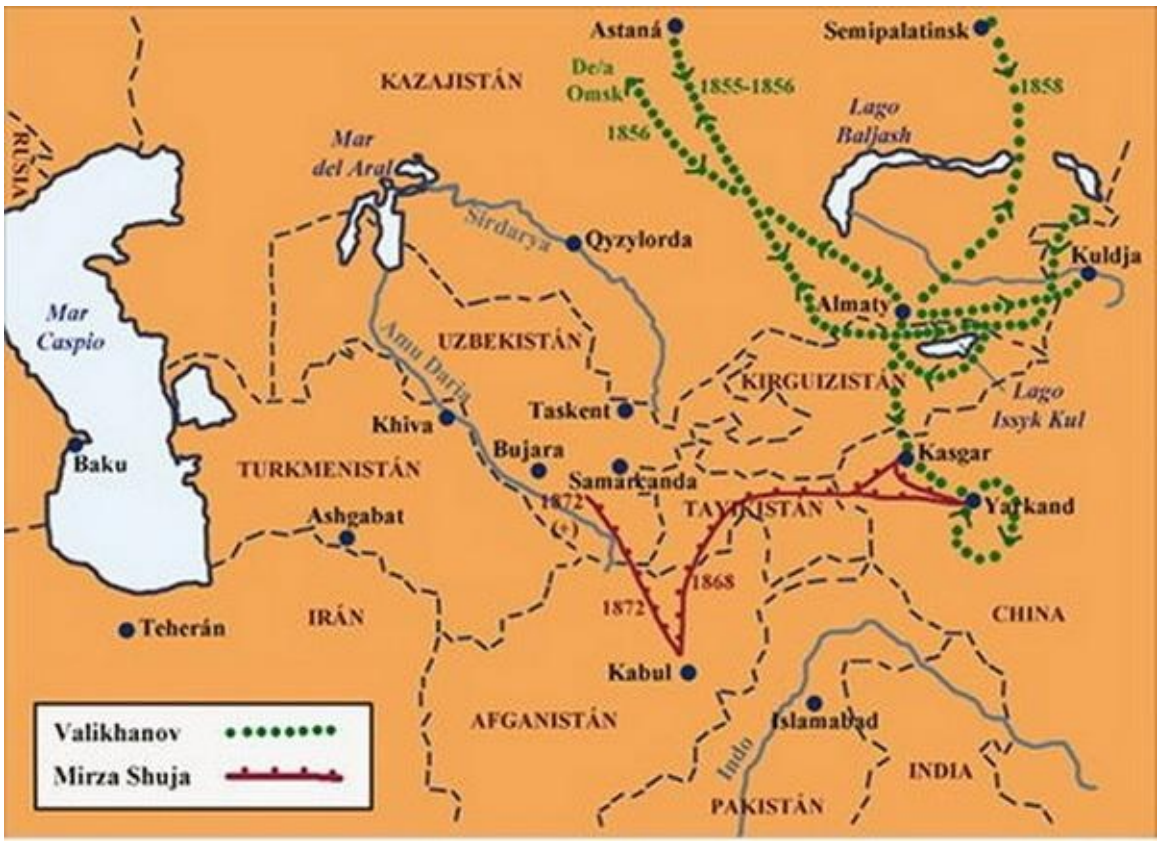
Mapa con los viajes de Nain y Mani Singh.

Mirza Shuja

Era un platero que recorría con frecuencia el trayecto entre Kabul y Yarkand fabricando y vendiendo joyas. En 1867 tenía unos cuarenta y cinco años. Le

llevaron a Kabul, donde le enseñaron inglés. No sabía de números y no parecía tener mucha capacidad para aprenderlos.

Recorrió una ruta de 2179 millas (algo más de 3500 kilómetros) entre Kabul y Yarkand, pasando por Kasgar, cuya situación no se conocía —Abdul Hamid solo había llegado a la cercana Yarkand—, que se puede ver en este mapa.



En una ocasión le vieron en Kieghiz tomando un rumbo con la brújula y le preguntaron qué era eso. La cambió por una mala que servía para buscar La Meca y se la regaló a los curiosos. Realizaba observaciones por la noche o a escondidas. Estuvo cuatro meses retenido en Kasgar (también Kashgar o Khasi), a la vez que lo estaba también el explorador Hayward —del que se hablará posteriormente— y un comerciante británico.

En una ocasión le llevaron un sextante y una brújula para preguntarle cómo se usaba —quizás pertenecían al alemán Adolf Schlagintweit, que fue descubierto y decapitado allí— y él aparentó ignorancia. Pasó dos años de viaje hasta regresar a Dehradun, el cuartel general del GTSI.

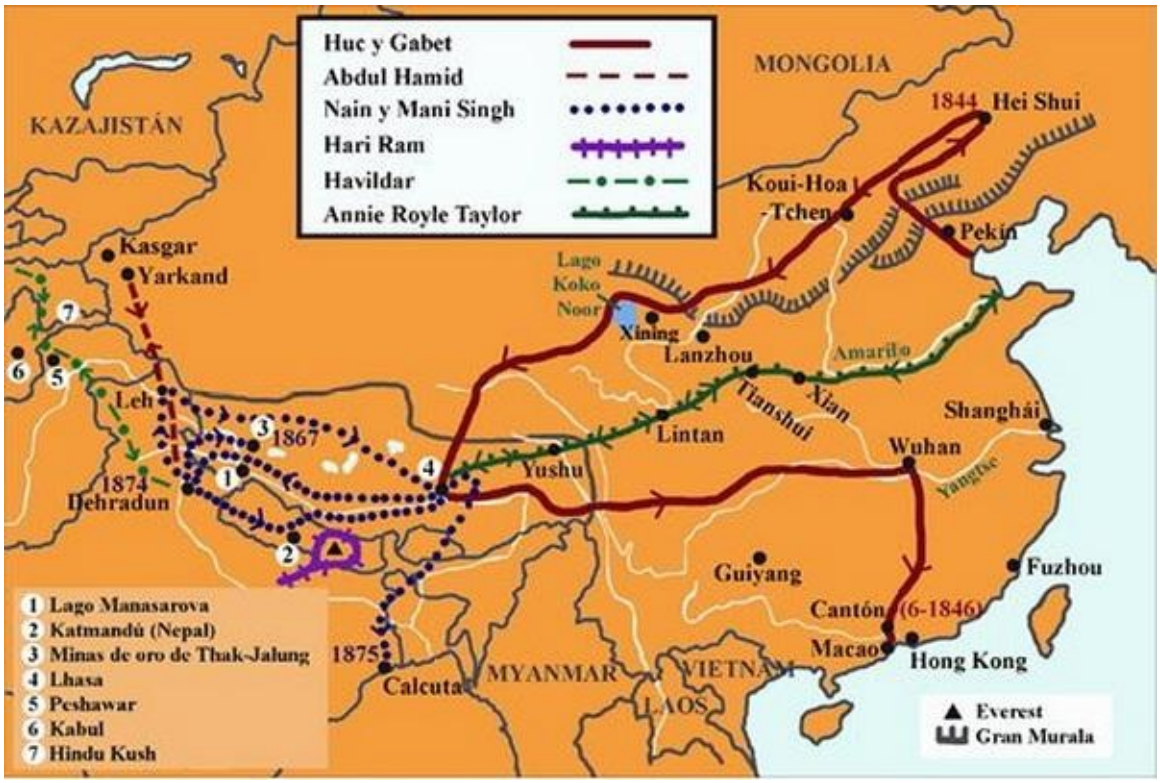
En 1872 fue enviado a otra misión con su yerno, a Bujara (cerca de Samarcanda), pero fueron asesinados por sus guías mientras dormían.

En 1873 Montgomerie regresó a Gran Bretaña por enfermedad. Hasta 1875 se ocupó de modo interino el capitán Henry Trotter. Nombró a muchas poblaciones como *Bilmen* hasta que se dio cuenta de que significaba 'no lo sé'. Después se nombró jefe del GTSI al coronel Walker, el que había publicado los secretos de los *pundits*.

Hari Ram

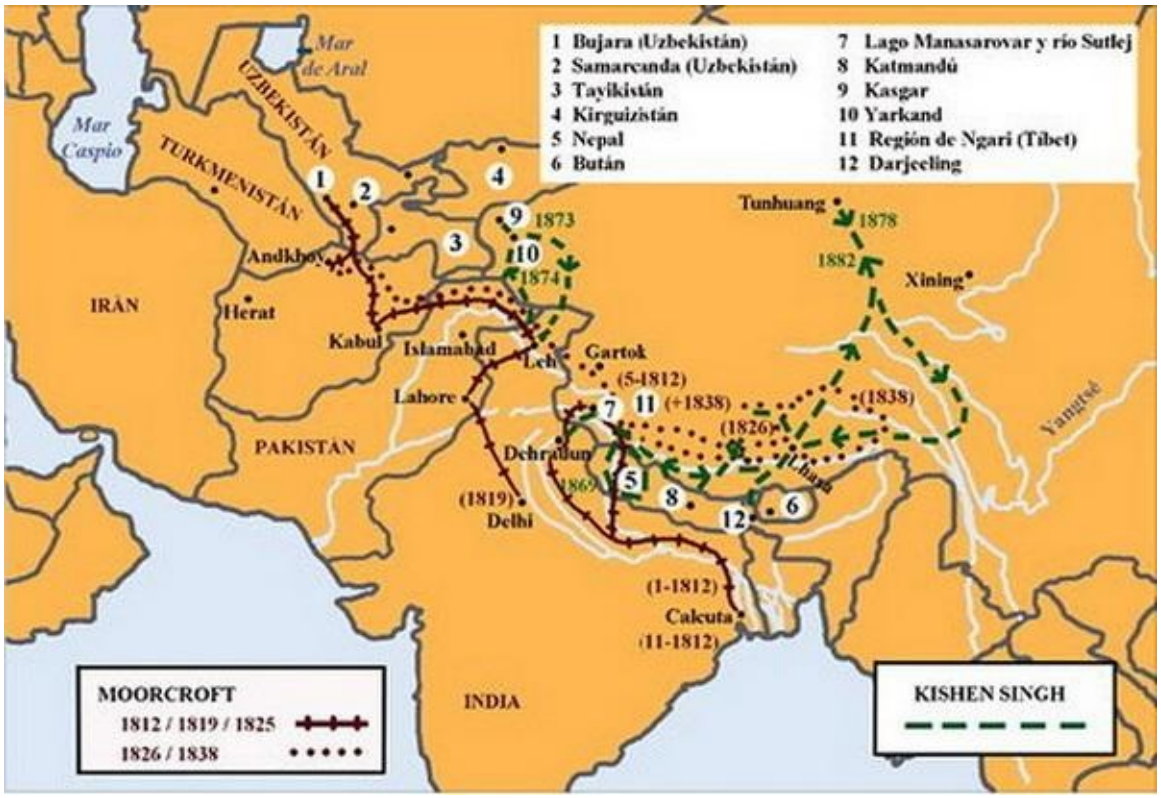
Desde 1865 los *pundits* habían cruzado Nepal sin prestarle atención. En 1870 se decidió que también había que cartografiarlo y se lo encargaron a Hari Ram. Era de Kumaon. Fue hasta el Everest y regresó, recorriendo un total de 1190 millas (1915 kilómetros). Le descubrieron y no le dejaron entrar en la zona pero, gracias a los conocimientos médicos que también le proporcionaron los británicos, logró curar a la esposa del gobernador de la región y este, agradecido, le permitió recorrer la zona y el río Bhote Kosi. El recorrido le obligó a cruzarlo en quince ocasiones para salvar obstáculos, cañones, aguas bravas, etc. Atravesó precipicios salvados por troncos o cuerdas, a veces distantes un lado del otro menos de treinta pasos pero con escalofriantes vacíos debajo de quinientos metros de altura. Durante 1871 y 1872 topografió 20 000 km^2 de territorio desconocido. Curiosamente, a pesar de rodear toda la zona donde se encuentra el monte Everest, las montañas que lo circundan le impidieron verlo, aunque fue el primero que lo circunvaló.

Sus termómetros se acabaron rompiendo. Fue detenido en el Tíbet y llevado bajo arresto hasta la frontera. En otro viaje atravesó Nepal de oeste a este. Sus viajes se pueden ver en este mapa.



Kishen Singh

Era hermano de Nain —otros dicen que primo—. Entre 1869 y 1872, partiendo de Dehradun, recorrió parte de Nepal y Tíbet (Gartok, río Tsangpo hasta Lhasa). Regresó por el norte del lago Tengri Nor y el Tsangpo. En 1873, partiendo de Leh, llegó hasta Yarkand y Kasgar; y recorrió el oeste del desierto de Taklamakán. Sus viajes se pueden ver en este mapa.



En su misión más larga partió de Darjeeling el 24 de abril de 1878 y regresó el 12 de noviembre de 1882 tras recorrer 2800 millas (4500 kilómetros) tras ir a Lhasa, cruzar a China, llegar a la actual Mongolia Exterior y regresar por otra ruta más larga, hacia el este y regresando a Lhasa.

Fue acompañado de su primo Chumbil y de un sirviente que les abandonó a mitad de camino. Llevaba un sextante y un recipiente de mercurio para disponer de un horizonte artificial, dos brújulas, unos prismáticos, un barómetro aneroide y varios termómetros. También contaba con un rosario de cien cuentas y una rueda de oración. Viajaban disfrazados de mercaderes. La ruta era un triángulo con vértices en Lhasa, Saitu y Koko Noor (por donde pasó Huc); y en Kanting, en la provincia china de Sichuán.

Fotografía de Kishen Singh, *pundit* que entre 1878 y 1882 recorrió 2800 millas desde el norte de la India hasta Mongolia y regresó por otra ruta sin ser descubierto.

Llegó a Lhasa el 5 de septiembre de 1878 y pasó allí un año esperando para unirse a una caravana con destino a Mongolia. Aprovechó el tiempo para conseguir valiosa información sobre la ciudad, sus costumbres y lo que había cambiado desde la visita de Singh en 1866. En la población vivían mercaderes de China, Nepal, India y Mongolia. La vida estaba dominada por la religión.

Cerca estaba Potala, en una colina, donde vivían los lamas. Preparó un detallado plano de la ciudad y sus alrededores. También aprovechó para aprender mongol y poder hablar con la gente de la caravana. Salieron el 17 de septiembre de 1878. Kishen añadió otros tres sirvientes a los dos que ya llevaba. El total de la caravana era de ciento cinco personas —sesenta mongoles y el resto tibetanos—. Fueron por rutas por donde era menos probable que les atacaran los bandidos e iban armados de rifles y espadas.

Marchaban desde el amanecer hasta las cuatro de la tarde. A los que se ponían enfermos les dejaban abandonados con algo de agua y comida. Marchaban a una altitud de 5000 metros —15 000 pies—. Allí no se cultivaba nada y solo había rebaños de yaks cuyos excrementos utilizaban como combustible. Uno de sus criados perdió un pie por congelación. Llegaron a las montañas Kunlun el 25 de octubre. A partir de allí había más hierba para los animales y compraron caballos nuevos. Los mongoles se separaron de la caravana y solo quedaron los tibetanos. Poco después les atacaron doscientos bandidos a caballo. Les robaron casi todo pero no se llevaron sus instrumentos de cartografía. Los tibetanos decidieron regresar a Lhasa, pero Kishen despidió a tres de sus sirvientes y él, con Chumbil y Gangaran, siguió su camino. Ya había pasado un año y siete meses desde que dejara Darjeeling. Recorrió la provincia de Tsinghai, a unos 8500 pies de altura (2600 metros). Iban montados en bueyes. Para ganar algo de dinero, durante el invierno se emplearon como cuidadores de los camellos de un lama. En abril de 1880 Gangaran decidió abandonarlos por miedo a ser atacado de nuevo. Se llevó los caballos que acababan de comprar, el dinero y un telescopio.

Kishen y Chumbil se tuvieron que emplear como criados durante varios meses. En enero de 1881 dejaron Yembi y siguieron al norte, hasta Tunhuang (Jiayuguan), en el extremo septentrional de la provincia de Gansu. Cuando iban a regresar al sur les detuvieron, acusándoles de espías. Mientras decidían sobre su culpabilidad les tuvieron retenidos en la ciudad. Hubieron de malvender los caballos que habían comprado para el regreso. Kishen se dedicó a vender fruta pero contrajo unas fiebres y no podía caminar. Tras varios meses mejoró su salud. Llegó un lama al que conocían y certificó ante el gobernador que eran buenas personas y comerciantes. Les dejaron ir con él como sirvientes. En agosto de 1881 marcharon hacia el sureste de China, por la provincia de Sichuán, siguiendo el río Yangtsé. Como el lama les obligó a montar a caballo no podían contar los pasos. Logró establecer una correspondencia entre sus pasos y los del equino y contaba las veces que la

pata delantera derecha pisaba el suelo. Después se comprobó que lo hizo con bastante exactitud.

Desde Tosun Noor regresaron hacia Lhasa, al monasterio de Thubden Gompa, donde llegaron a finales de octubre, pero hubieron de esperar dos meses a que les pagara el lama. Después recorrieron otras 400 millas (664 kilómetros) para llegar al sureste del Tíbet, también como criados en una caravana. En febrero de 1882 entraron en territorio tibetano. En aquel tiempo Walker había oído el rumor de que les habían detenido en Lhasa, habían cortado las piernas a Kishen para que no realizara más expediciones y a Chumbil le habían ejecutado; llevaba más de cuatro años sin saber de ellos.

Recorrieron el sureste del Tíbet cruzando valles sin cesar: bajar, cruzar ríos, subir, bajar de nuevo, cruzar más ríos^ Hubieron de cruzar el Yangtsé, el Mekong y el Salween, ya que los tres ríos corren paralelos en menos de 50 millas (80 kilómetros) de anchura. Para cruzar el segundo había una cuerda de piel de ciento treinta pasos de larga. Se ataban a una madera y a la cuerda de piel y cruzaban al otro lado del río. Atravesaron la región de los mishmis, los cuales secuestraban a niños en la región de Assam y los vendían como esclavos en el Tíbet.

Estaban ya a solo 30 millas (48 kilómetros) de territorio británico, pero los que intentaban cruzar esa zona solían ser asesinados, por lo que hubieron de seguir hasta Lhasa para evitar problemas. Como de nuevo estaban sin dinero, mientras llegaba el deshielo Kishen se dedicó a recitar salmos tibetanos por las casas para que le dieran limosna. El 9 de julio reanudó la marcha. El 17 de octubre llegó de nuevo a Lhasa y el 12 de noviembre de 1882 arribó a Darjeeling. Según Walker, «llegaron en un estado cercano a la indigencia, sus fondos exhaustos, sus vestidos hechos jirones y sus cuerpos demacrados por la dureza y privaciones que habían soportado».

El viaje había durado más de cuatro años y medio. Kishen recorrió en este viaje 2800 millas (4500 kilómetros) —con un total de cinco millones y medio de pasos— y en otros, otras 1950 millas (unos 3000 kilómetros). Fue el que más recorrió de los *pundits*: 4750 millas en total (7643 kilómetros). Su mapa de Lhasa fue utilizado en la conquista de la ciudad en 1904 por Younghusband, el cual alabó la precisión de sus mapas a pesar de que los cronómetros fallaban en aquellas regiones por los cambios de temperatura. Se encontró con que su hijo había muerto mientras él estaba ausente. Le dieron varias medallas y reconocimientos.

Retrato de Francis Younghusband, militar británico que en 1904 conquistó Lhasa apoyándose en las informaciones facilitadas por los *pundits* desde 1863.

Babu Sarat Chandra Das

El escritor Rudyard Kipling inmortalizó a los *pundits* en su libro *Kim*, y el personaje del agente secreto Hurree Chunder Mookerjee está basado en Das. *Kim* trata sobre Kimball O'Hara huérfano de madre inglesa y padre irlandés, pero de piel oscura, que se hace pasar por indio. Se convierte en *chela* o criado de un monje tibetano, recorre un río sagrado y participa como espía en el Gran juego que enfrentaba a Gran Bretaña y Rusia por controlar Asia Central.

Das tenía estudios, era sofisticado y también estudioso de lenguas y etnografía. Había nacido en Chittagong, en el este de Bengala, en 1849. Estudió Ingeniería Civil en el Presidential College de Calcuta. En 1874

trabajó como director de un internado en Darjeeling para huir de Calcuta, donde había contraído la malaria. El objetivo de la escuela era formar intérpretes, geógrafos y exploradores que pudieran ser útiles si en un futuro el Tíbet se abría a los británicos. Incluso se consiguió tener como profesor de tibetano a un lama que también se convertiría en espía. A tres alumnos les enviaron a Dehradun —escuela del Survey—. Das aprendió tibetano para poder relacionarse con los alumnos, muchos de los cuales eran de Sikkim, un reino al sur del Tíbet con población tibetana. A los tibetanos se les enseñaba inglés y cómo trazar mapas.

La lectura de un libro sobre exploraciones avivó su deseo de visitar el Tíbet y recibió una beca de trescientas rupias para estudiar tibetano en Sikkim. Por medio del lama profesor logró que le concedieran permiso para ir al Tíbet, pues el primer ministro deseaba aprender hindú y Das era un buen candidato ya que hablaba tibetano. El pasaporte también incluía ponis, comida y alojamiento para el trayecto. El viaje lo tuvo que autorizar el mismo virrey de la India, lord Lytton, en 1879. Nain Singh le instruyó sobre cartografía, el uso del sextante, la brújula prismática, el termómetro de punto de ebullición y cómo medir los pasos. Le acompañó el lama Ugyen Gyatso, el que le consiguió el puesto, un guía y dos *coolis* o porteadores.

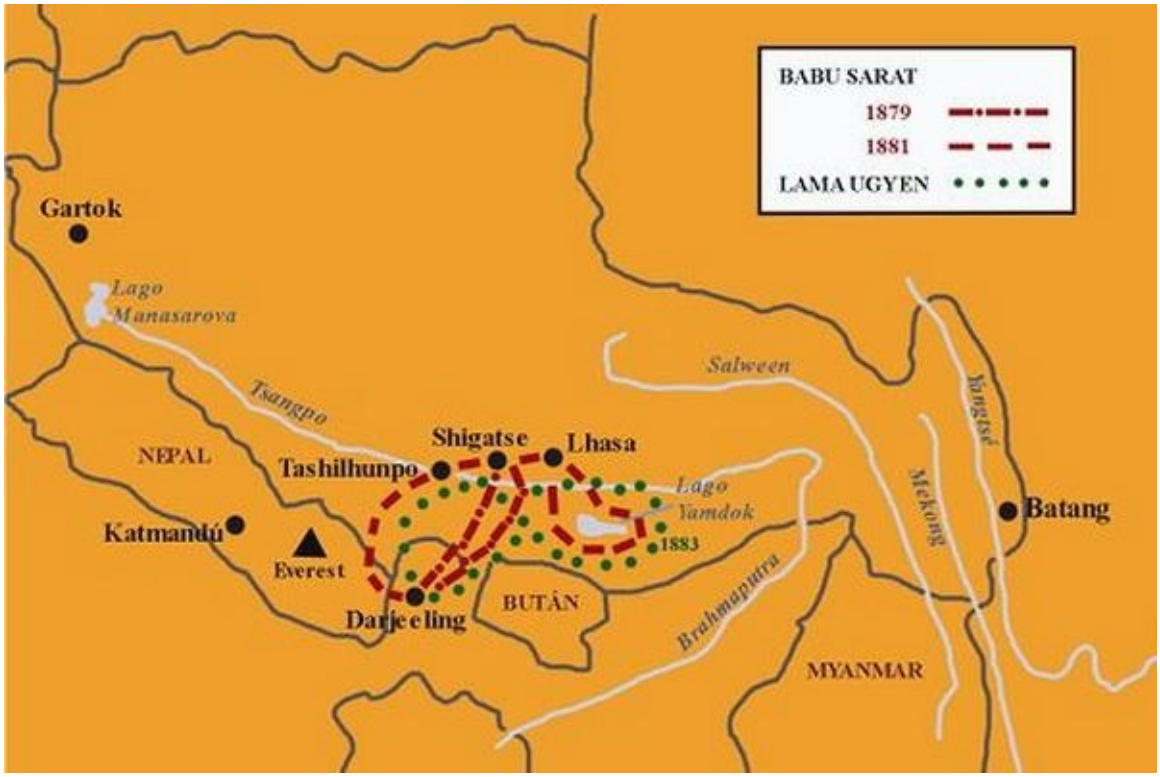
Salieron de Darjeeling en junio de 1879. Su nombre secreto era SCD. Llevó consigo una cámara fotográfica, ciento cincuenta rupias, dos escopetas y dos paraguas. En el viaje cada noche hervía agua y medía las estrellas si se veían. Das sufrió problemas de altura, pues cruzaron los Himalayas, y hubo de ser transportado a caballito por los *coolis*.

Llegó a Shigatse el 7 de julio de 1879. El jefe de Tíbet era el panchen lama y después le seguía el primer ministro, al que iba a dar clases Das. Le regaló la cámara de fotos. Después le presentaron al panchen lama. Le mantenían estrechamente vigilado. En un momento dado hubo de esconderse para no ser reconocido por comerciantes tibetanos de Darjeeling. A finales de agosto regresó porque el primer ministro tuvo que marchar al norte a solucionar unos problemas políticos. Este le regaló un yak cargado de cuarenta libros y le pidió que regresara al siguiente abril con una prensa litográfica, vacunas contra la viruela, una caja de música y otros objetos para los que le dio dinero. Le prometió que le llevaría a Lhasa.

En el regreso cruzó el paso de Domkya para llegar a Sikkim —midió dieciocho mil quinientos pies de altura; es decir, 5500 quinientos metros—. Actualmente Sikkim es un estado de la India, el menos poblado y el segundo más pequeño. Está situado entre Nepal y Bután. Gran Bretaña se lo arrebató al

primero en 1814 en la guerra Gurja. Mientras estaba en el Tíbet, en 1879 el ruso Nikolai Prejevalski intentó entrar en el país pero fue rechazado y se envió a tres mil monjes guerreros para detenerle.

La aportación de Das fue muy interesante, pues recorrió rutas no cartografiadas entre la frontera de Sikkim y Shigatse, pero lo más importante fue la creación de un lazo diplomático con el primer ministro tibetano. El regreso, previsto para abril de 1880, fue imposible debido a unas guerras interiores en Sikkim. Por ello se dedicó a perfeccionar la lengua tibetana así como su conocimiento de historia y religión. También mejoró sus técnicas de cartografía.



En 1881 la paz regresó a Sikkim y solicitó de Croft veinte mil rupias para explorar el territorio entre Lhasa y Pekín, pero le dijeron que se limitara a establecer contactos en Lhasa y que no hiciera muchos mapas para no quemarse y no poner en peligro su misión diplomática, que era la más importante. El 7 de noviembre de 1881 partió de nuevo hacia el Tíbet con cinco mil rupias en oro, coral y perlas. Se le subió el sueldo a trescientas rupias al mes y otras cien para su esposa en caso de fallecimiento. Al lama

Ugyen Gyatso le pagaban cien y a su mujer una pensión de veinticinco si fallecía.

Una vez que dejó Darjeeling, Das cambió sus ropas por las de un lama tibetano. Pasó por Sikkim y por Nepal y el 9 de diciembre llegó a Tashilhunpo en el Tíbet, donde había quedado con el primer ministro. Este no estaba, por lo que aprovechó la espera para continuar sus estudios. En abril de 1882 Das fue de Tashilhunpo a Domgtse, donde padeció un ataque de fiebre, posiblemente viruela. Fue atendido en un monasterio donde le dieron «pastillas sagradas» con reliquias del Buda Kassapa. Pagó para que pescaran y devolvieran quinientos peces del lago Yamdok, lo cual estaba muy bien visto en la religión tibetana. Se curó, marchó a Lhasa y tuvo oportunidad de ver la zona del lago donde se tiraban las cabezas de los muertos.

El 30 de mayo Das llegó a la capital con aspecto de enfermo y gafas negras por una enfermedad ocular. Se alojó en un templo y exploró la ciudad. Incluso fue recibido por el dalái lama, de unos ocho años de edad. Como la epidemia de viruela se estaba extendiendo por Lhasa regresó a Tashilhunpo —incluso el primer ministro estaba afectado—. De pronto comenzaron a circular rumores de que era un agente británico. Por si acaso, envió de regreso a Ugyen Gyatso con todo el material y a mediados de octubre se marchó él también. Aprovechó el viaje para recorrer el Tsangpo y la región. Llegó a Darjeeling el 27 de diciembre.

Se diferenciaba de los demás *pundits* en que no era de las montañas y en su educación, lo que le permitió hacerse amigo del primer ministro y obtener valiosa información política. Fue el primero que preparó un diccionario inglés-tibetano, que se publicó en Calcuta en 1902, y trabajó para el Gobierno británico como traductor de tibetano y agente secreto. Se le premió con el título de raj —rajá— Bahadur y se le nombró miembro de la Orden del Imperio Indio. En 1887 la Royal Geographical Society le concedió el *Back Premium*, consistente en los intereses de un legado de seiscientas libras establecido por un benefactor, pero no la medalla de oro de la institución, que era lo que él deseaba. Murió en enero de 1917.

Ugyen Gyatso

Como hemos visto, uno de sus ayudantes y colaboradores fue el lama **Ugyen Gyatso**, natural de Sikkim. Fue profesor de tibetano en la escuela de Das y su

ayudante desde 1874. Además de su salario de cien rupias al mes cobraba una rupia por cada milla explorada y cartografiada y cuatro rupias por cada día parado. En su exploración de junio de 1883, la última, le acompañaron su mujer y su cuñado. En ella entró en el Tíbet sobornando a los aduaneros. La presencia de su esposa ayudó después a que pareciera un peregrino genuino. Cartografió el lago Yamdok, a 13 800 pies de altura (4200 metros), que tiene forma de escorpión; aunque ya había sido visitado por Das en 1882, no lo había cartografiado. Cerca de la frontera con Bután corrió peligro cuando dos funcionarios registraron su equipaje en el monasterio donde se hospedaba mientras recorría los alrededores. Su esposa intentó ocultar lo comprometedor pero lograron encontrar algunas cosas. Fue denunciado como espía británico y los tres fueron encarcelados. De nuevo sobornó a los policías y le dejaron marchar pero quemaron su cuaderno de notas y le hicieron jurar que no visitaría Lhasa. Tras dar unas cuantas vueltas por el país entró en la ciudad prohibida por la noche, llevando carne y huesos para los fieros perros que la guardaban. Se escondió en un lugar que también utilizaban los ladrones y asesinos de la ciudad, que estuvieron a punto de terminar con él. Al fin logró refugiarse en casa de un conocido. En sus recorridos por la ciudad fue reconocido por un mendigo de Darjeeling, el cual le hizo chantaje para no denunciarle. Ya con el miedo en el cuerpo no volvió a salir a la calle salvo para marcharse a los pocos días de llegar. Cruzó la frontera con Sikkim furtivamente por la noche. Regresó a Darjeeling el 15 de diciembre de 1883 tras seis meses de ausencia.

Ugyen Gyatso proporcionó conocimientos de nuevas rutas, como el camino más directo entre Darjeeling y Lhasa y validó otras anteriores. Posteriormente, en 1884, escribió el relato del viaje de Kinthup, otro *pundit* que era analfabeto. Se le concedieron varias condecoraciones y cargos importantes. Murió en 1915 dejando dos viudas.

Kinthup

Nació alrededor de 1849. Nain Singh pensaba que el río Tsangpo que descubrió y recorrió fluía a través del Tíbet de oeste a este y desembocaba en el golfo de Bengala tras unirse al Brahmaputra. En el verano de 1880 Kinthup fue enviado a recorrerlo bajo el disfraz de criado de un lama chino que se prestó al engaño. Iban pidiendo limosna. Se trataba de probar que el Tsangpo

era un afluente del Brahmaputra y que desembocaba en el golfo de Bengala. Para ello debía tirar al río, cada día, durante diez jornadas, cincuenta troncos marcados. Había gente esperando en la desembocadura para reconocerlos, pues estaban grabados con un símbolo convenido de antemano.

El lama no le ayudó mucho y se dedicó a beber con todo el que se encontraba y a perseguir mujeres. En una ocasión tuvo un asunto con la esposa del hombre que les alojaba. Kinthup hubo de esperar durante cuatro meses, hasta que el marido se enteró, se interrumpió el romance y escaparon corriendo después de pagarle veinticinco rupias por el atentado a su honor. Recorrieron parte del Tsangpo hasta una cascada de 150 pies (45 metros) de alto. Después, en marzo de 1881, se alojaron con un funcionario y en sus sesiones de bebida el lama le informó de las actividades de Kinthup, por lo que este fue detenido. Más tarde se enteró de que le había vendido como esclavo al funcionario. Tras pasar varios meses en esa situación, en marzo de 1882 logró escapar y recorrió el Tsangpo hacia el este. Se refugió en un monasterio budista, donde acabó encontrándole el lama golfo, pero los monjes pagaron un rescate y le salvaron. Trabajó para ellos y a los pocos meses le dieron permiso para realizar una peregrinación. Aprovechó para cortar y marcar los troncos durante un mes. Los escondió, pues pensó que ya nadie estaría esperándolos en la desembocadura ya que habían pasado años. En otra peregrinación fue a Lhasa. Encontró a un paisano a quien entregó una carta para los británicos, en concreto para el capitán Hartman, donde le explicaba lo que le había ocurrido y les anunciaba que iba a tirar troncos, cincuenta cada día como había establecido, y les indicaba las fechas en que lo llevaría a cabo. Desgraciadamente, cuando llegó la carta, el capitán ya había partido para Gran Bretaña y la desecharon.

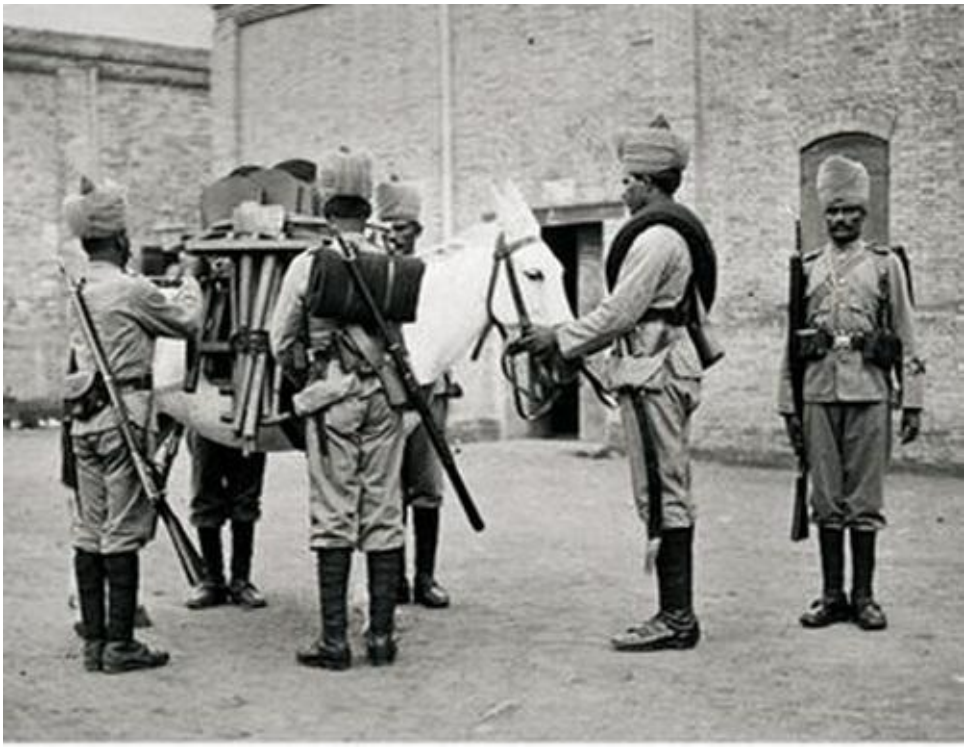
Kinthup regresó al monasterio, trabajó otros nueve meses y, en la fecha indicada, salió a lanzar los troncos. Quiso seguir el curso del Tsangpo pero llegó a la región de los abors, muy guerreros y peligrosos, así que hubo de retroceder y regresar por el camino más largo, y trabajar de nuevo como criado para conseguir fondos.

El 17 de noviembre de 1884, tras cuatro años de ausencia, regresó a Darjeeling. Se enteró que su carta no había sido recibida e incluso le trataron de mentiroso. Enfadado, dejó de trabajar para los británicos y se hizo sastre. Después, en 1888, acompañó a un médico militar en varias expediciones. Treinta años después, un oficial británico, el coronel Eric Harley, realizó un viaje siguiendo los escritos de Kinthup y comprobó que eran muy exactos. Le buscó, y le encontró trabajando como sastre en Darjeeling. Solicitó una

pensión para él. Se la denegaron pero le concedieron una gratificación de mil rupias y, sobre todo, el reconocimiento a su labor. Los viajes realizados por Kinthup se pueden ver en la página 344.

En 1871, un soldado zapador de la etnia havildar, cuyo nombre se desconoce, fue enviado al norte de Afganistán con la excusa de comprar halcones. Como representaba el papel de persona rica, en ocasiones alquiló escoltas para defenderse de los bandidos. Cruzó el Hindu Kush. Su ruta fue después utilizada en operaciones militares británicas. Llegó a Peshawar tras cuatro meses de viaje, lo que permitió a los británicos saber cómo ir desde esta ciudad al Hindu Kush en una ruta de 268 millas (431 kilómetros). Algunos tramos coincidían con la ruta de Mirza y pudieron comprobar que coincidían.

Los *pundits* actuaron entre 1863, cuando Montgomerie envió a Abdul Hamid a Yarkand, y 1893, cuando Hari Ram y su hijo recorrieron Nepal y el Tíbet. Exploraron la frontera norte de la India y Afganistán, Tíbet e intentaron solucionar el misterio de los ríos Tsangpo y el Brahmaputra. Hasta el siglo XX toda la información que tenían los británicos sobre Nepal procedía de la cartografía realizada por Hari Ram.



Ingenieros zapadores havildares del Ejército británico, que abrían caminos en el montañoso norte de la India, cargando las herramientas

en una mula. Uno de ellos también trabajó como *pundit*.

Tras la valiosa labor informativa de los *pundits*, quien va a materializar la conquista militar de Lhasa va a ser Francis Younghusband, quien también deseaba entrar disfrazado en Lhasa. Ya de joven había cruzado desde Pekín hasta la India. También recorrió la meseta de Pamir y el Karakorum a finales del siglo XIX, pues obtenía con frecuencia permisos para «ir de caza» que en realidad servían para comprobar si había presencia rusa en la zona, pero no iba disfrazado. En 1891, en una de sus correrías, tropezó con el coronel ruso Yanov y varias decenas de cosacos que le «llevaron escoltado» fuera de la región. Hubo protestas británicas y los rusos se retiraron. El virrey de la India, ante el miedo de que Rusia se les adelantara, le ordenó que consiguiera un acuerdo con el Tíbet. En 1903, al mando de un pequeño ejército, cruzó el Himalaya. Llevaba camellos y miles de yaks y mulas. Se habla de que en una breve batalla, los ingleses mataron a setecientos tibetanos (otros dicen dos mil setecientos) en cuatro minutos. También dicen que el fuego comenzó por una equivocación. Los tibetanos también iban armados con espadas y viejos mosquetes. Younghusband tomó la fortaleza de Gyangze. En 1904 llegaron a Lhasa pero el dalái lama había huido. Los tibetanos le aceptaron, pues preferían depender de los británicos antes que de los chinos. Firmaron un acuerdo con el regente y prohibieron la entrada a los extranjeros para fastidiar a los rusos. Solo dejaban entrar a chinos y británicos.

Percival Landon, corresponsal del *The Times* que acompañó a la expedición de Younghusband, dijo de los *pundits* que cuando se escribiera debidamente la historia de la exploración de Asia, el trabajo de esos solitarios espías debía recibir el primer lugar en el cuadro de honor. Posteriormente, Younghusband fue nombrado presidente de la Royal Geographical Society.

Durante la Segunda Guerra Mundial, ante las dificultades de los aviones para ir de la India a China cruzando el Himalaya se buscó una ruta por tierra y en 1942 la Oficina de Servicios Estratégicos de Estados Unidos recorrió el Tíbet en secreto para buscar ese camino. Curiosamente, la exploración la llevó a cabo Ilia Tolstoy, nieto del novelista ruso, exiliado en Estados Unidos.

La realidad suele superar a la ficción. Como hemos indicado, Rudyard Kipling, premio Nobel de literatura en 1907, se basó en los *pundits* para relatar las aventuras de Kim (Kimball O'Hara): era un niño huérfano de madre inglesa y padre irlandés de piel oscura que vivía en la ciudad india de Lahore, al cuidado de una señora. Se marchó a recorrer el país con un lama.

En el antiguo regimiento de su padre —Mavericks— le detuvieron pero encontraron cosida en su ropa una documentación que demostraba que era hijo de un antiguo soldado de la unidad y el capellán le llevó ante el jefe. Le enviaron a estudiar a otra ciudad, a un internado, durante tres años. Después le entrenaron como miembro del servicio secreto aprovechando que se podía hacer pasar por indio por lo oscuro de su piel y su manejo de las lenguas indígenas. Se le proveyó de una contraseña y de un colgante que le identificaba. En las vacaciones trabajaba para el servicio secreto o le dejaban viajar por su cuenta.

En la novela se refleja la lucha secreta entre Gran Bretaña y Rusia por el oro del Tíbet. Podemos leer: «Sin embargo, Kim no sospechaba que Mahbub Alí, reputado como uno de los mejores tratantes de caballos del Punjab, comerciante rico y aventurero cuyas caravanas penetraban cada vez más lejos en los países lejanos, estaba inscrito en uno de los libros secretos del Departamento de Investigación de la India con la clave C.25.IB. Dos o tres veces al año C.25 les contaba un cuento, que, pese a lo mal que estaba expresado, resultaba muy interesante, y en general era bastante cierto, ya que se contrapesaba con las declaraciones de R.17 y M.4. Estos cuentos se referían a todo tipo de información sobre los perdidos principados de las montañas, sobre los exploradores no ingleses y sobre el comercio de armas de fuego. Eran, en resumen, una pequeña parte de toda esa enorme masa de "información recibida" sobre la cual basaba sus actuaciones el gobierno en la India».

Kim también estudió con Lurgan, un comerciante inglés de joyas que le enseñó muchas habilidades de observación y de enmascaramiento. A los dieciséis años, consideraron que ya había aprendido bastante y podía comenzar a actuar, por lo que fue seis meses con Mahbub. Le gustaba trabajar para el servicio secreto. Luego trabajó a las órdenes de Hurree Chunder Mookerjee, R.17, licenciado en la Universidad de Calcuta, jefe directo de Kim, que le motivó para estudiar sobre todo «el arte y la ciencia de medir». Aprendió a recitar capítulos del Corán para hacerse pasar por musulmán, a tomar medidas con los pasos, a orientar mapas y a preparar informes. Le enviaron al Himalaya. Consiguieron detener a dos espías rusos que participaban en el Gran juego. Kim consiguió quitarles toda la documentación que llevaban y Huree se los llevó haciéndose pasar por guía. Como vemos, Kipling se limitó a novelar la realidad. Parece ser que el espía Kim Philby adoptó el pseudónimo en honor a Kimball.

Henry Savage Landor fue un pintor y viajero británico. En 1897, cuando todavía estaba prohibido a los europeos viajar por el Tíbet, decidió realizar un acto de gran valentía y, con un gran séquito y vestido a la europea, quiso recorrer el Tíbet. Como es lógico, fue detenido, y torturado. Llevaba un complejo equipo de fotografía que perdió, así como las instantáneas ya realizadas. Como era buen pintor las sustituyó por pinturas y dibujos. Lo cuenta en su interesante libro *In the Forbidden Land*.

En la ciudad de Dehradun el Gobierno indio ha establecido el Museo de la Exploración de la India, con abundante información sobre los *pundits*.

Bibliografía

FLEMING, Fergus, *Off the map: tales of endurance and exploration*. Nueva York: Grove Press, 2006.

HOPKIRK, Peter, *Trespassers on the roof of the world: the secret exploration of Tibet*. Nueva York: Kodanska Globe, 1995.

SAVAGE LANDOR, Henry, *In the forbidden land: an account of a journey in Tibet capture by the Tibetan authorities, imprisonment, torture, and ultimate release*, 2 vols. Londres: William Heinemann, 1898.

STEFOFF, Rebeca, *Accidental explorers. Surprises and side trips in the History of discovery*. Nueva York/Oxford: Oxford University Press, 1992.

STEWARD, Jules, *Spying for the Raj. The Pundits and the mapping of the Himalayas*. Sutton: The History Press, 2006.

WALLER, Derek J., *The Pundits: British exploration of Tibet and Central Asia*, Lexington: University Press of Kentucky, 2004.

George W. Hayward
(1839-1870) (1868)

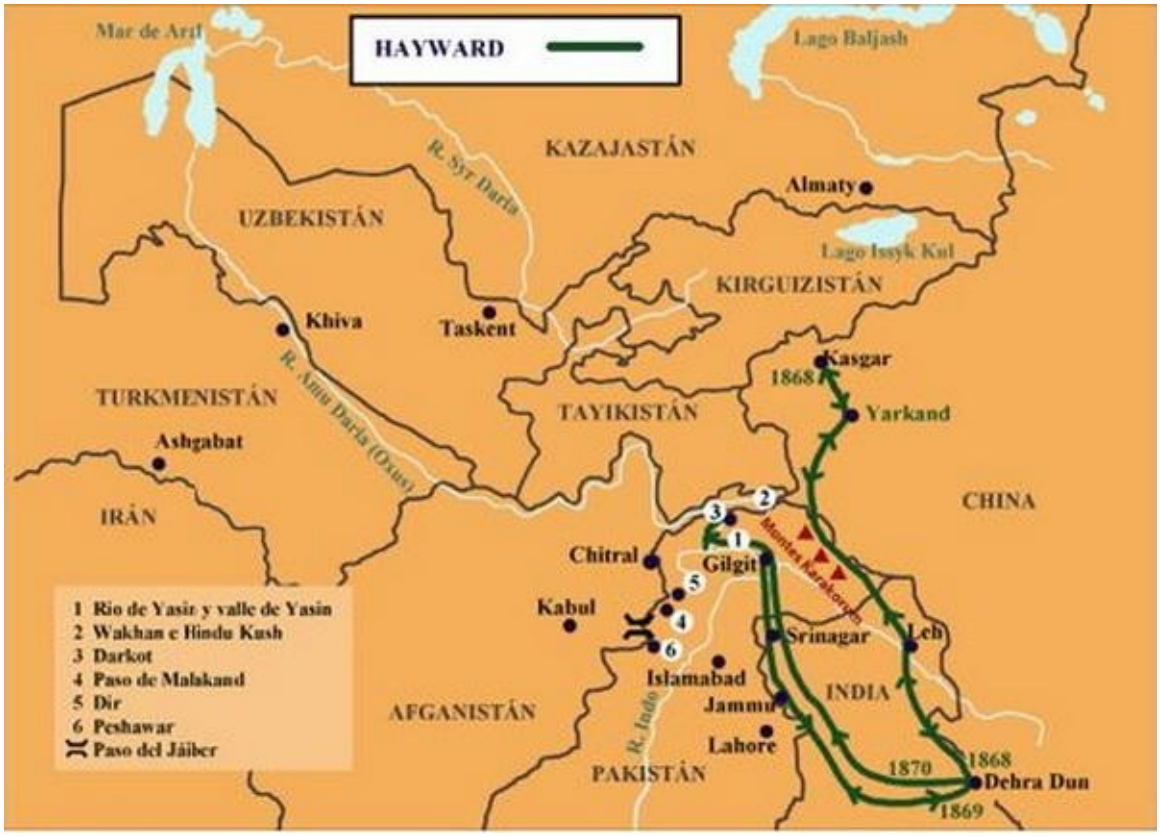
El hombre incapaz de reconocer el peligro

Nació en Yorkshire, cerca de Leeds, en 1839. A los veinte años entró como alférez en el ejército y fue destinado a Multan, en el actual Pakistán. En 1863 se hizo teniente comprando el cargo, pues hasta 1871 se podían comprar grados en la infantería y caballería del Ejército británico. En 1865 vendió su comisión —su puesto— y dejó el ejército. Le gustaba mucho cazar las cabras montesas de los Himalayas. En 1868 regresó a Londres y se ofreció a la Royal Geographical Society para explorar los Pamir (actual Tayikistán) y los Himalayas occidentales. Se le proporcionaron trescientas libras, que serían equivalentes a unas ochenta y siete mil actuales y equipo para intentar alcanzar y cartografiar las montañas del Pamir. Fue el único financiado por la Society en esa época del Gran juego, pero hemos de tener en cuenta que el vicepresidente, Rawlinson, era a la vez miembro del Consejo de Gobierno de la India y estaba muy interesado personalmente en la geoestrategia de la zona.

En 1868 fue enviado oficialmente a visitar la meseta de los Pamir, lo que se denomina «el tejado del mundo» y el nacimiento del río Oxus. La verdadera razón era explorar la región del Karakorum y sus rutas de aproximación, por razones de estrategia militar, por si se declaraba la guerra entre Rusia y Gran Bretaña. Su conocimiento era un objetivo para ambas potencias.

Viajó a Ladakh y a Kasgar para aproximarse a los Pamir desde allí. A la vez, Robert Barkley Shaw (1839-1879), explorador, plantador de té y tío de Younghusband, estaba yendo de Yarkand a Kasgar con una caravana oficial para intentar establecer un negocio de té en la zona. Escribió *Visits to High*

Tartary, Yarkand and Kashgar. A veces iban a unos cien metros uno del otro, pero solo se vieron dos veces. La misión de Shaw era puramente comercial y llevaba una caravana grande, Hayward se dedicó a cartografiar los Himalayas del oeste y la zona de Ladakh e iba solo. En el viaje a Yarkand durmió al raso con temperaturas de veinte grados bajo cero y se libró de morir de hambre comiéndose crudo un yak. Era capaz de hacer 30 millas (48 kilómetros) al día en la nieve por la zona del Indus y del río Gilgit.

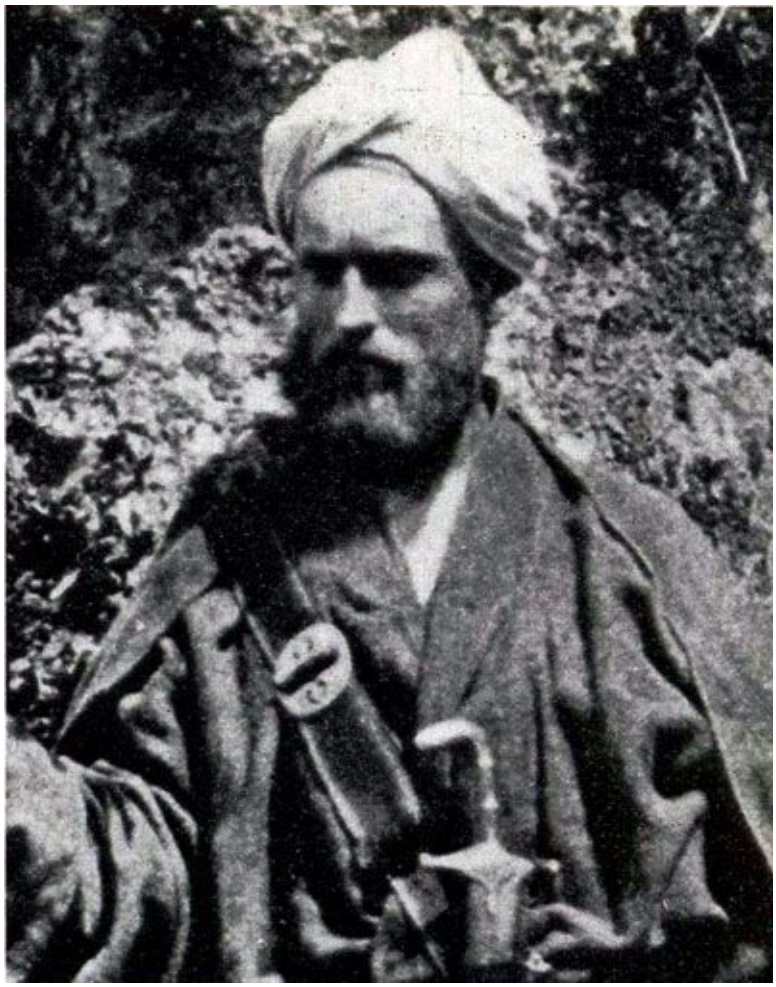


Yakub Beg se había nombrado rey de Kasgar después de expulsar a los chinos. En Kasgar (Kashi), George fue detenido durante un tiempo hasta que le dieron permiso para continuar. Shaw también fue retenido. No les maltrataron, simplemente les mantenían encerrados y aislados. El *pundit* Mirza Shuja también estaba retenido y envió a Shaw una nota secreta pidiéndole su reloj para establecer la longitud de Kasghar, pues no había otro en la ciudad. Shaw temió que fuera un truco de Yakub y no le respondió. Parece ser que este estaba esperando instrucciones de Rusia, con la que estaba en tratos. Hayward intentó escapar en varias ocasiones pero siempre le capturaron. Como los rusos no respondieron a Yakub, este les dejó marchar.

También liberó a Mirza Shuja. Todos regresaron a la India, vigilados hasta Ladakh para que no siguieran otro camino. Shaw consiguió un acuerdo comercial para vender su té y Hayward abundante información que le valió la medalla de oro de la Royal Geographical Society, aunque no consiguió el objetivo oficial de llegar al Pamir. Los que han ganado esa medalla tienen un retrato en el *hall* de entrada de la sociedad. El de Hayward es una fotografía vestido de comerciante *pathán*.

Rawlinson le encargó continuar hasta los montes Pamir y el Turkestán, al oeste de lo que había explorado. Pensó seguir la carretera hacia el norte, por el paso del Jáiber y la ciudad de Peshawar a través de los reinos de Dir y Chitral y después por Wakhan. El gobernador de la provincia del Punjab no se lo permitió, pues la zona estaba también vedada a los extranjeros, que eran molestados, hostigados, expulsados o asesinados. Entonces decidió disfrazarse de comerciante *pathán*. El problema, además de lo accidentado del terreno, eran los nativos como los chitralis, los kirguizos y los wakhis, con fama de sanguinarios. Antes de salir escribió a Rawlinson explicándole las dificultades.

Viajaba vestido de comerciante nativo pero llevaba un fusil de retrocarga moderno y abundante material de cartografía, por lo que algunos decían que su engaño no podía durar mucho. Se decía de él que era «patológicamente incapaz de reconocer el peligro». En noviembre de 1869 inició otro viaje al Himalaya y recorrió 300 millas (480 kilómetros) hasta Gilgit, en el norte del actual Pakistán, durante dos meses de invierno, sin apenas equipo y pasando por una zona de guerra entre hindúes y musulmanes. El cruce le tomó dos meses cuando en verano se podía lograr en menos de veinte días. Buscando un nuevo acceso para el Pamir visitó el valle de Yasin, donde le convencieron de que esperara hasta el verano para cruzar el Hindu Kush (cuyo significado es ‘matador de hindúes’).



Fotografía de George W. Hayward vestido de comerciante *pathán* para sus exploraciones de las grandes cadenas montañosas al noroeste de la India.

Llegó a Gilgit a primeros de 1870. Como no podía seguir al norte regresó a Cachemira y el Punjab, con ceguera, debido a la excesiva luz de la nieve. Describió las atrocidades del maharajá de Cachemira —aliado de los británicos—, en una guerra con la gente de Yasin pero no le hicieron caso, ni el virrey de la India, lord Mayo, con quien se entrevistó, ni en una carta que publicó en el periódico *The Calcutta Pioneer* donde denunció las matanzas de mujeres y niños. Para llegar al corazón de los británicos describió a los dards, los habitantes de Yasin, como rubios de ojos azules —pues tenían esas características—, para intentar que se identificaran más fácilmente con ellos,

pero no tuvo éxito. Enfadado, dejó de trabajar para la Royal Geographical Society y siguió explorando por su cuenta.

El 10 de junio de 1870 dejó la ciudad de Srinagar, volvió a cruzar las montañas de Cachemira y llegó hasta Gilgit y el valle de Yasin. Este valle se encuentra situado al norte del actual Pakistán. Los ingleses, tras la muerte de Hayward, al tener la información, temían que los rusos invadieran la región a través del valle, ya que ofrece el mejor camino entre el Oxus y el Indus. La entrada es muy seca y rocosa y la altitud del fondo del valle va desde los 2160 metros al sur a los 2700 al norte. Los picos que lo bordean alcanzan los seis mil. El lugar ofrece unos paisajes preciosos con el fondo del valle verde y fértil y las laderas que lo bordean totalmente peladas.

Hayward estuvo a punto de llegar al río Oxus y a su nacimiento, que era su objetivo personal, así como a la meseta de los Pamir, pero la noche del 18 de julio de 1870, estando cerca de la población de Darkot, le avisaron de que le iban a asaltar. Montó guardia toda la noche con su fusil preparado. Al amanecer se quedó dormido y le atacaron, le ataron las manos a la espalda y le asesinaron en el bosque. Según una fuente, el autor fue su amigo Mir Wali, jefe del valle de Yasin, tras una discusión, pues no quería que se hicieran mapas de su valle. Según otra fuente, fue el maharajá de Cachemira como venganza por la carta que había escrito al periódico denunciando las atrocidades de los cachemires en el valle de Yasin.

Su cadáver fue recuperado por un soldado cachemir bajo un montón de piedras y llevado a Gilgit, donde fue enterrado en una tumba pagada por el maharajá a quien había denunciado en su artículo. Parece ser que este intentó culpar a Mir Wali de su muerte. En su tumba se puede leer: «A la memoria de G. W. Hayward, medalla de oro de la Royal Geographical Society de Londres, que fue cruelmente asesinado en Darkot, el 18 de julio de 1870, en su viaje para explorar la estepa Pamir. Este monumento es erigido a un galante oficial y experto viajero, a instancias de la Royal Geographical Society». El lugar se denomina actualmente el «valle del forastero».

La importante información sobre el Karakorum, el Turkestán del oeste, Yarkand y Kasghar hicieron de Hayward un famoso explorador. Sus narraciones son muy precisas y detalladas incluyendo las relativas a las tribus.

En 1930 el coronel Reginald Schomberg encontró en Darkot una familia que tenía la pistola, el telescopio y la montura de Hayward. Sobre su aventura se escribieron varias obras y un poema titulado *He fell among Thieves* (‘Cayó entre ladrones’) de sir Henry Newbolt, donde narra el hecho y le hace revivir su infancia antes de expirar.

Bibliografía

HANNIGAN, Tim, *Murder in the Hindu Kush: George Hayward and the Great Game*. Sutton: History Press, 2011.

HOPKIRK, John, *The Great Game*. Londres: John Murray, 2006.

KEAY, John, *The Gilgit Game: the explorers of the Western Himalayas (1865-1895)*. Oxford: Oxford University Press, 1990.

William Watts McNair (1849-1889) (1883)

El topógrafo que cartografió el Afganistán prohibido

Nació el 13 de septiembre de 1849. En 1867, a los dieciocho años, entró en el Great Indian Survey Department. Se le destinó al Grupo Topográfico de Rajputana, donde pasó doce años. Era muy bueno con la mesa de mapas, una mesa portátil con una mira o alidada para posicionar accidentes geográficos y realizar bosquejos. Enseguida se le reconoció como un estupendo cartógrafo. En otoño de 1879 acompañó a la columna del paso del Jáiber y participó en la batalla de Kabul en 1879-1880. Cartografió una buena parte del país al sur de esta ciudad y de las zonas fronterizas, donde ningún otro británico había entrado. También realizó parte de la triangulación de Baluchistán.

En 1883 realizó un viaje a Kafiristán mientras estaba en excedencia. Fue el primer europeo que visitó esa zona y que cruzó el paso de Lowari hacia la ciudad de Chitral. Lo hizo disfrazado de *hakim* o médico musulmán. Fue oficialmente sin permiso pero probablemente la *leave* o excedencia era una argucia para no implicar a su gobierno, pues este había dado instrucciones oficiales a sus súbditos de no cruzar la frontera afgana. Parece ser que sir Charles McGregor, teniente general, se lo «ordenó» extraoficialmente y por eso solicitó el permiso.

En las memorias de McNair de la Royal Geographical Society se dice: «Para que el lector pueda ver qué perfecto era el disfraz de McNair durante su expedición a Kafiristán, he fijado a esta Memoria un retrato de McNair tomado un año o dos antes de su muerte, y al papel leído ante la Royal

Geographical Society, y uno del grupo tal como iba vestido durante el viaje, con McNair en el centro, y sus amigos mahometanos [*Sahib* Gul y Hussein Shah] alrededor de él».

Retrato de William Watts McNair en atuendo occidental según fotografía de la web **www.himlayanclub.org**

Kafiristán significa ‘país de los infieles’ y sus habitantes siempre estaban en guerra con los musulmanes, por quienes estaban rodeados. Se dice que para ellos matar musulmanes era un deber religioso. De hecho, no se podían casar hasta que no habían acabado con uno. Eran unos doscientos cincuenta mil y ocupaban tres valles en las laderas sur del Hindu Kush hasta el río Kunar. Cultivaban la vid y elaboraban vino. No habían sido conquistados desde Alejandro Magno. Hasta que llegó McNair no había entrado otro europeo en la región y hasta entonces solo se les conocía por fuentes indirectas poco fiables. McNair, en su diario, escrito en secreto, nos relata parte de la expedición:

> Saiad [nombre de guerra de un explorador nativo], cuyo verdadero nombre no necesito mencionar, me fue presentado hace más de un año por el mayor Holdreich para instruirlo. Esto dio

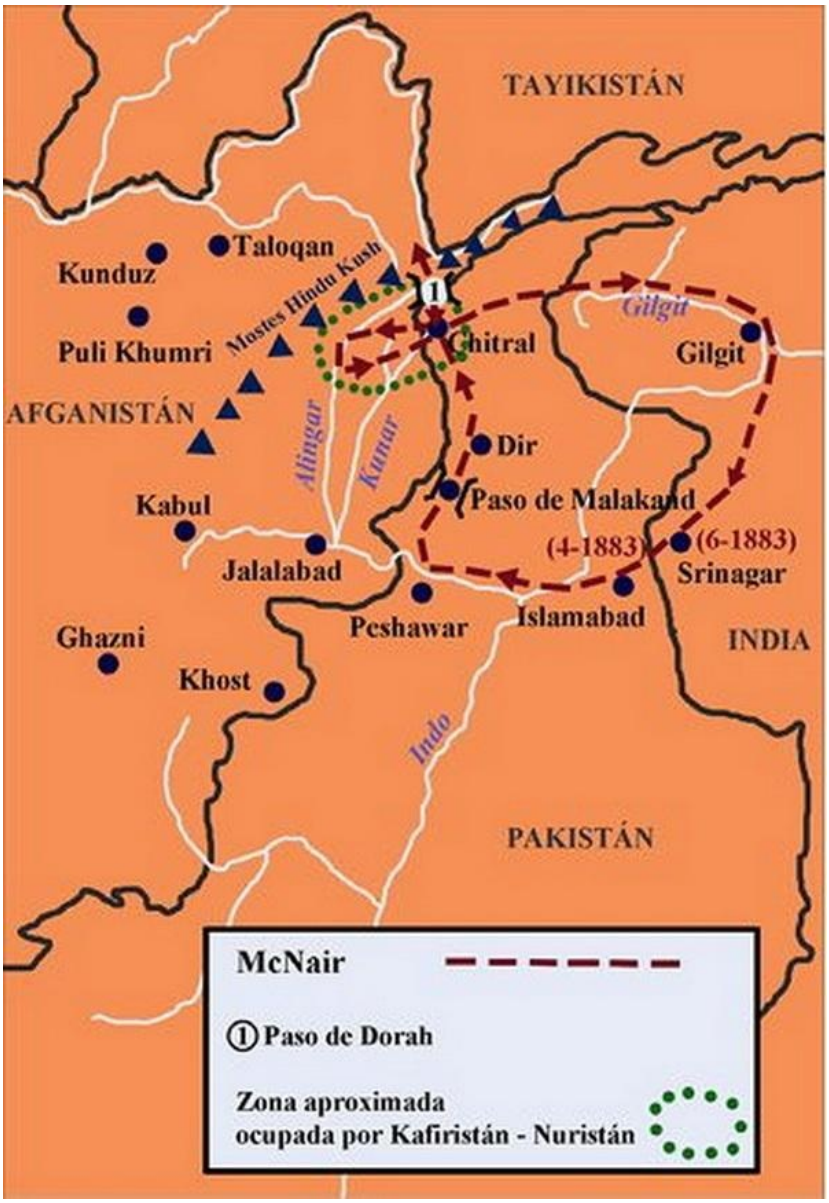
lugar a una amistad mutua, y al explicarme que tenía planeado ir a la región de los kafires, y que iba a acompañar a los meahs Hussein Shah y *Sahib* Gul (que cada año van a Chitral bien a través de Dir o por el valle del Kunar) hasta Birkot y después seguir el río Arnawai, cruzar las colinas hacia el oeste y regresar a Jalalabad, bien por el río Alingar o por el Alishang, le sugerí acompañarlo disfrazado de *hakim* o de *tabib*, es decir, de médico nativo. Él iba a ir acompañado de Meah Gul, un kafir converso. Los dos meahs debían ser consultados, y después de algunas dificultades logré conseguir su acuerdo, habiéndoles convencido de que todo era bajo mi propio riesgo, y que en caso de que me detuvieran ellos estarían libres de toda responsabilidad. Seguidamente envié mis papeles para una excedencia [*furlough*] de un año con permiso para pasar la primera mitad en la India. Me fue concedida y comenzaba el 27 de marzo. El 9 de abril estaba en Nowshera, y antes de las tres de la mañana siguiente estaba con la cabeza afeitada y con una mezcla suave de cal y aceite de nuez aplicada en manos y cara, y luciendo el traje peculiar de los meahs o kaka khels, y en compañía de Hussein Shah, salí bajo la personalidad de Mir Mahomed o Hakim *Sahib*.

Los meahs o kakak khels son respetados en Afganistán y Kafiristán y estos no les atacan porque después de matar a unos meahs sufrieron una epidemia de cólera que atribuyeron a un castigo divino por la matanza. Si dices que eres un meah o un kaka khel, palabras que significan lo mismo, tienes no solo acceso donde otros son sospechosos, sino que ejerces una especie de chantaje (temor), pero eres tratado con hospitalidad, y atienden gratis a tus necesidades diarias, como fue el caso con nosotros a menudo.

El 13 de abril abandonaron las posiciones británicas. El grupo estaba compuesto por cuarenta personas incluyendo a los acemileros de las quince mulas que les acompañaban. Como provisiones de boca solo llevaban azúcar y té. Portaban tejidos ingleses para vender, como solían hacer las caravanas y además cargaban con cajas de música, prismáticos, relojes, un revólver con municiones, sal, cuentas de vidrio, conchas, agujas, gafas fabricadas allí, zapatos y varios frascos y galipotes de medicinas.

Él llevaba escondidas una brújula magnética y una prismática, un termómetro aneroide para medir el punto de ebullición y calcular la altura y una mesa para planos que había preparado ex profeso para la ocasión y podía ser tomada como un libro de medicina de un *tabib* o médico. Si le sorprendían, escondía el plano en realización y lo cambiaba por un papel con recetas médicas. Todo ello lo transportaba en una bolsa de piel de oveja llamada *gooda* que solían llevar los viajeros en esa zona y que pasaba desapercibida.

Dominaba la lengua urdu tan bien como el inglés y solo hablaba en ese idioma durante su viaje al hacerse pasar por hindú. Hablaba pastún con acento por lo que no lo utilizaba pero le venía muy bien para enterarse de lo que oía haciendo como que no entendía.



Cruzaron el paso de Malakand a 3575 pies de altura (1100 metros aproximadamente) con abundante agua, robles y arbustos. Tras ascender, bajaron con mucha dificultad al valle del río Swat. En su diario deja claro el propósito militar de su viaje, pues escribe: «El descenso al valle del Swat no es muy fácil; tanto las bestias de carga como los peatones tienen que ir buscando camino practicable, pero una compañía de zapadores bengalies o de Madrás podrían, en unas pocas horas, solucionar las dificultades lo suficiente para permitir que una batería transportada en mulas pueda seguir a la infantería».

El río Swat tenía cincuenta pies de ancho y tres o cuatro de profundidad (15 metros x 1). Para cruzarlo utilizaron flotadores hechos de pieles de animales selladas e infladas. Estuvo a punto de ser sorprendido cuando realizaba mediciones de ángulos en la mesa de planos pero logró esconder la alidada en su manga. A los cuatro hombres que llegaban, armados de fusiles de chispa, les dijo que estaba buscando raíces medicinales y acabaron recolectándolas para él. Le costó mucho acostumbrarse a sentarse como lo hacían los nativos y a comer con las manos de un cuenco común, pero se adaptó. Cuando llegaron a Shahzadgai, donde se quedaron siete días, pasaba la jornada atendiendo enfermos, entre ellos el mismo jefe de la ciudad, a quien logró sanar.

El día 24 llegaron a Kumbar, donde se corrió el rumor de que la expedición iba acompañada de dos europeos disfrazados. Por lo visto, un nativo de confianza de los británicos había difundido el informe porque se llevaba mal con dos de los acompañantes de McNair y había enviado cartas a algunos jefes de la zona informando del particular y de que eran espías británicos. Uno de los jefes, el de la ciudad de Dir, había encargado a los meahs que le llevaran un médico hindú, lo explicó a los demás y se acabaron las sospechas. También se hacía pasar por un místico al que le gustaba subir a las montañas para meditar con su caja de libros. Una vez solo, arriba, la convertía en mesa de topógrafo para realizar los mapas.

Desde Kumbar (a 4420 pies, 1347 metros) fueron a Dir (5650 pies, 1722 metros) pasando por unas montañas de 8340 pies (2540 metros) donde hay una fuente de piedra. Dir tenía seis mil habitantes. Allí tuvieron que dejar a los animales y contratar porteadores pues el camino era muy difícil y debían atravesar el mítico paso de Lowari, a 10 450 pies de altura (unos 3200 metros) y nevado. En los 50 kilómetros de camino a la ciudad de Chitral tuvieron oportunidad de ver muchos cadáveres de musulmanes asesinados por los kafir. Allí entregaron al jefe o *badshah* muchos regalos, como dos revólveres, binoculares, telas, té, azúcar, sal, zapatos y adornos para las mujeres. El *badshah* aludió a los rumores de que McNair era inglés pero le dijo que le daba igual, que él era amigo de los británicos. No les dejó continuar de momento porque los pasos de montaña estaban cerrados por la nieve pero podían ir al paso de Dorah, a otros 50 kilómetros al noroeste de la ciudad, adonde también le apetecía ir a McNair, y salieron hacia allí el 13 de mayo. Lo cruzó, a 14 000 pies (4300 metros), y mostró que era accesible a animales cargados. Esto supuso abrir una ruta entre Badakhshan y Jalalabad. El paso de

Dorah había sido explorado por el *pundit* Havildar en 1870-1871. Esto se puede ver en el mapa de la página 286.

Después McNair regresó a Chitral el 22 de mayo y pudo continuar a Kafiristán, que ocupa un área de quinientas millas cuadradas (casi mil trescientos kilómetros cuadrados) al sur del Hindu Kush y al norte de las montañas Kunar. El nombre provenía de la palabra *kabir* que significa 'infiel o idólatra', pues no eran musulmanes. Al oeste está limitado por el río Alingar; al norte por el Hindu Kush, al este por la ciudad de Chitral y al sur por el río Kunar y su valle. Las tres tribus principales son los ramgals, vaigals y bashgals, y cada una ocupa un valle. Está al noreste del actual Afganistán, en la frontera con Pakistán. En total tenía una población de unas doscientas mil personas, de apariencia aria y vestidas de negro. Es un país muy boscoso y salvaje. Los kafires ahumaban los quesos con excrementos, castigaban al adúltero a pagar media docena de vacas al marido ofendido y a la mujer se la castigaba pegándola. No enterraban a los muertos sino que dejaban los féretros al aire libre. A poco de llegar le dijeron a McNair que los kafires estaban en guerra con los musulmanes asmar y no debía internarse. Varios de sus acompañantes sufrieron congelaciones en los pies.

Los rumores sobre su identidad le hicieron regresar antes de lo previsto para evitar problemas y volvió a primeros de junio por Mastuj, Yasin, Gilgit y Srinagar. Cuando llegó, el virrey, lord Ripon, le reprendió oficialmente pero parece ser que le felicitó en privado. Regresó a Gran Bretaña y pudo jugar unos partidos de *cricket*, deporte en el que era muy bueno. El 10 de diciembre de 1883 leyó su aventura en la Royal Geographical Society y al año siguiente esta institución le otorgó una medalla y le nombró miembro. Además le concedió el premio Murchison por su valiosa información sobre los pasos del Hindu Kush, el valle del Swat, Chitral y las costumbres de los kafires, así como por la descripción de la ruta entre Kabul y Jalalabad.

Fotografía de William W. McNair (centro) junto con sus acompañantes *Sahib* Gul (izquierda) y Hussein Shah (derecha), incluida en sus memorias, mostrando su aspecto antes del viaje.

Murió el 13 de agosto de 1889, cuando era topógrafo —*surveyor*— de tercer grado, mientras realizaba la cartografía de Baluchistán, al sur de Pakistán. Estaba llevando a cabo una tarea muy difícil en una zona muy montañosa, seleccionando picos para establecer estaciones. Cayó víctima de unas fiebres tifoideas complicadas con una hemorragia intestinal y se le concedió permiso por enfermedad. Logró llegar a Dehradun y Mussooriee, donde falleció a los cuarenta años tras haber trabajado veintidós en el Survey Department.

En 1890 el coronel George Roberston pudo entrar de nuevo en la región y pasó un año viviendo con los kafiristanís como británico.

En 1895 el emir Abdul Rahman Khan invadió los valles de Kafiristán y obligó a sus gentes a convertirse al islam. Cambió el nombre a la zona por el de Nuristán y a ellos les denominó nuristanís (‘iluminados’) pues ya no eran kafires (‘infieles’). Los valles de Rumbur, Bimburet y Birir fueron conquistados por los británicos antes de que Rahman llegara a ellos y quedaron anexionados a Pakistán con una mezcla de islamismo y tradiciones politeístas en las que algunos ven semejanzas con la mitología griega clásica. La tradición dice que los kafiristaníes eran descendientes de las tropas de

Alejandro Magno cuando conquistaron estas tierras en su camino hacia la India, pero esta teoría no tiene mucho fundamento.

Sobre Kafiristán, Joseph Rudyard Kipling escribió en 1888 *El hombre que pudo reinar* y en base al libro se produjo una conocida película.

Bibliografía

Royal Geographical Society, *Proceedings. Memoir of William Watts McNair*. Londres: Edward Stanford, 1890.

—, KIPLING, Rudyard, *El hombre que pudo ser rey y otros relatos*. Madrid: Alianza, 2010.

Annie (Hannah) Royle Taylor (1892)

La misionera insoportable que quería convertir al dalái lama al cristianismo

Nació en el condado inglés de Cheshire, el 7 de octubre de 1855. Era hija de un directivo de una gran línea marítima. De niña tuvo problemas de corazón, por lo que fue muy mimada por todos, ya que los médicos dudaban de que pudiera sobrevivir. A la edad de dieciséis años —trece según otros—, se convirtió al evangelismo y decidió hacerse misionera. Sus padres intentaron evitarlo sin éxito. Ella siguió con su idea y vendió sus joyas para pagarse unos cursos de medicina. Trabajó en los barrios pobres de Londres y Brighton y después se unió a la China Inland Mission. En 1884 se embarcó con rumbo a Shanghái. En aquella época estaba muy mal visto enviar misioneras solteras y lo normal era mandar misioneros casados o solteros a pesar de que desde 1860 ya existía en Estados Unidos un movimiento —el *Women Missionary Movement*— para luchar por su derecho a predicar e incluso financiaban a algunas misioneras. En Gran Bretaña, en 1882, la China Inland Mission tenía cincuenta y seis esposas y noventa y cinco mujeres solteras trabajando en misiones en equipos de varias de ellas o en parejas. En 1886 enviaron a Taylor al interior, a la provincia de Lanzhou, pero hubo de regresar dos años después por problemas de salud y la trasladaron a Australia, donde decidió evangelizar el Tíbet. Se llevaba muy mal con sus compañeros y se la calificaba de lobo solitario, por lo que se le permitió trabajar sola. Como su padre era muy rico, decidió trabajar en las misiones por cuenta propia y abandonó la China Inland Mission.

En 1889 se estableció en Darjeeling, al norte de la India. Poco después fue a Sikkim para estudiar tibetano en un monasterio budista donde parece ser que intentaron envenenarla. Consiguió convertir al cristianismo a un joven de diecinueve años llamado Pontso que había huido de un amo que le maltrataba. Taylor le curó una herida grave. Después la acompañó en un viaje a China, a Tianshui, donde fundó una misión en 1891. El Tíbet se convirtió en su obsesión. Tenía un ferviente deseo de conocer al mismo dalái lama y la pretensión de convertirlo al cristianismo. Lhasa significa ‘el asiento de los dioses’ y ella deseaba que ese dios fuera el suyo.

Retrato de Annie Royle Taylor vestida de tibetana con gorro de piel de zorro mongol en una fotografía de William Carey realizada en 1902.

Era una persona inquieta e inestable. También se la describe como compleja, extraña, intrépida y con coraje. Organizó una expedición y el 2 de septiembre de 1892 dejaron la ciudad de Tau-Zhou (actual Lintan, 34° N y 103° E), en la provincia de Sichuán. Además de Pontso le acompañaba una

pareja compuesta por Noga, un chino musulmán y su esposa tibetana, que iban a realizar el viaje a Lhasa. Accedieron a acompañarla y guiarla a cambio de que les pagara los gastos del viaje. Llevaba tres criados, dieciséis caballos, comida y equipo para dos meses. Se afeitó el cabello y se vistió como una tibetana. Marcharon hacia el suroeste pasando dos meses sin ver una casa. Fueron atacados y robados por bandidos que se quedaron con algunos de los caballos. El 11 de noviembre llegaron a Gyegu (33° N y 97° E), junto al río Jyegu y a la ciudad tibetana de Yushu. Allí se unieron a una caravana, pues la ciudad era un centro de comercio de té con destino a Lhasa. En la parte tibetana del camino los yaks se alquilaban a cambio de té y el propietario acompañaba el trayecto.

En varias ocasiones fueron atacados por bandidos que les robaron la mayor parte de sus pertenencias, provisiones y caballos. Un sirviente desertó y otro murió. Noga, por su parte, comenzó a pedirle dinero extra amenazando con denunciarla y robarla. La pegó con una sartén y la amenazó con su espada pero otro viajero la defendió. El 14 de diciembre desapareció con dos caballos para ir a denunciarla. Taylor escribió en su diario sobre Noga: «Que el Señor nos proteja de todas sus maldades». También amenazaba a su propia mujer diciendo que la denunciaría por esconder a la inglesa y que a él le premiarían. A finales de 1892 llegaron al distrito de Lhasa.

Para comer, ella y Pontso cambiaron la tienda de campaña por alimentos y debieron dormir veinte días al raso. Cuenta que era difícil respirar a 15 000 pies (4600 metros) y si parabas te congelabas. Cada noche escribía un diario. No se quejaba de nada. Seis semanas después de dejar Tau-Zhou, les avisaron de que quinientos soldados tibetanos les estaban esperando escondidos para atacarles y robarles, pero decidió seguir adelante y escribió: «El Señor nos abrirá camino de algún modo». Y efectivamente los soldados ya se habían ido cuando llegaron ellos. Otro criado chino murió sin que lograse convertirlo. Cada vez estaba más débil incluso para controlar su caballo y Pontso lo debía llevar de las riendas. También la envenenaron con la comida, pero logró salvarse. En una ocasión la caravana fue atacada por una tribu regida por una mujer, Woaka Bumo, quien la trató con cortesía, no le robó e incluso le proporcionó víveres y una escolta durante un trecho.

Para colmo sufrieron vendavales, tempestades, ríos que no podían cruzar y otros que hubo de atravesar sobre una piel de toro hinchada. En su diario comenta que dios la había enviado allí y que se sentía segura. Algunos caballos murieron de cansancio mientras los montaban. Los yaks se comían la ropa de los viajeros. A pesar de todas las penalidades, el día de Navidad sacó

un pudín que llevaba preparado para la ocasión, pero estaba tan enferma que ni lo pudo probar. Llevaba cuatro libros: tres religiosos y su diario, que se publicó bajo el título *My diary in Tibet*.

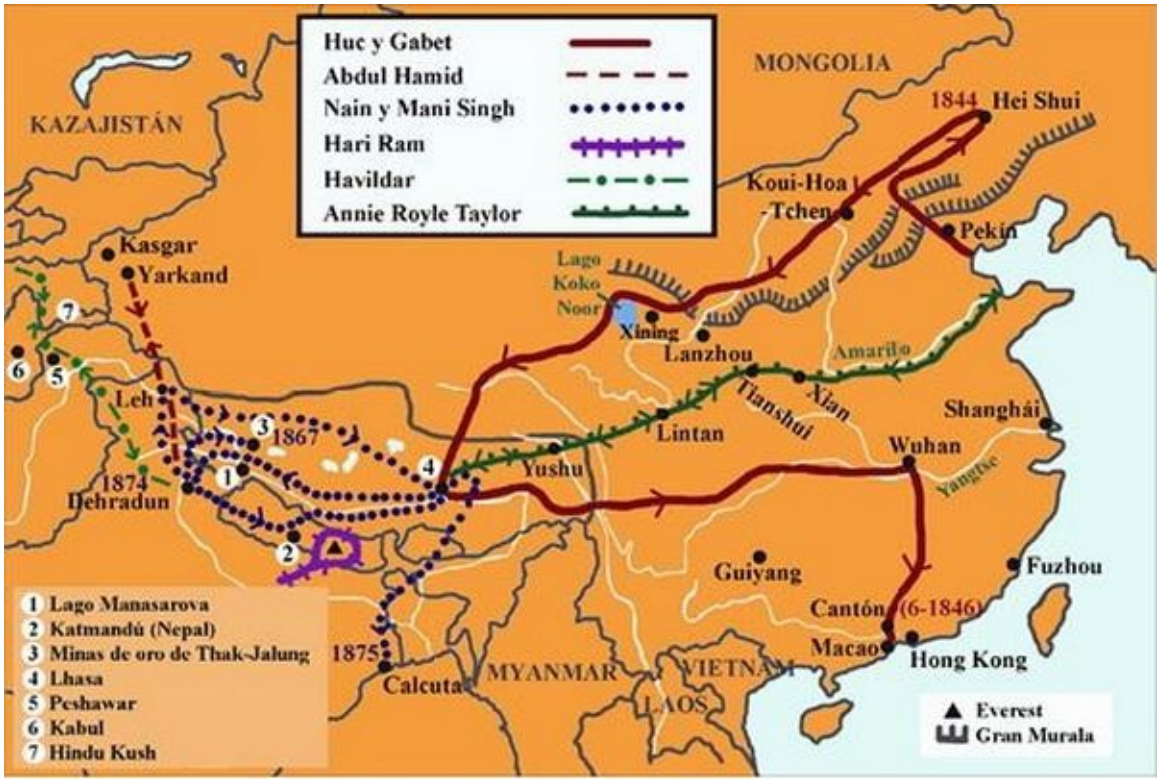
Cuadro del pintor y viajero Arnold Henry Savage Landor titulado *Yaks y ponis transportando lana del Tíbet a la India*, realizado a partir de 1900, tras su viaje al Tíbet.

El 3 de enero de 1893 se encontraban en Nagchu, a solo tres días de marcha de Lhasa. Ya no le quedaban caballos pues habían muerto o se los habían robado. Las autoridades la detuvieron y la encerraron en una especie de caja enterrada en el suelo. Pasaron varios días negociando. Fue sometida a juicio y la declararon culpable, pero la perdonaron a cambio de expulsarla de la ciudad. La obligaron a regresar a China por el mismo camino por el que había llegado. Ella exigió que Noga le devolviera lo que le había robado pero no lo consiguió. Logró que le dieran caballos y comida. Hubo de cambiar su reloj por una tienda de campaña y, el 19 de enero de 1893, emprendió el regreso vigilada por diez soldados.

El viaje de vuelta fue aún peor. Llegaron de nuevo a Tau-Zhou el 15 de abril de 1893, tras siete meses y medio de viaje. Recorrió 1300 millas (casi 2100 kilómetros) en el Tíbet. Calificó a los tibetanos —dejando de lado a los que asaltaban caravanas— como hospitalarios, amigables, sinceros y sin

aversión a los extranjeros. Señalando que eran los lamas los que estaban en contra de la entrada de extranjeros. Aconsejaba que los que intentaran viajar al Tíbet aprendieran tibetano, pues los intérpretes no eran fiables.

Llegaron a Gyegu el 21 de febrero. El 12 de abril arribaron a Ta-Chien-Lu (actualmente Kanding), donde unos misioneros franceses la ayudaron a llegar a la costa, y a Gran Bretaña, donde fundó la Tibetan Pioneer Mission. En 1894 se publicó su diario y se hizo relativamente famosa. En él deja traslucir falta de interés por la cultura del Tíbet. No le preocupaba la geografía sino la religión. Les compadecía porque no conocían a Jesús. A pesar de todo, en 1893 dio una conferencia en la Real Sociedad Geográfica de Escocia sobre su viaje, los caminos que comunicaban el Tíbet con China y algunos otros aspectos de la ruta. Se puede ver en este mapa.



Consiguió catorce discípulos para la Tibetan Pioneer Mission. Se los llevó a estudiar tibetano en Sikkim y después a predicar en la frontera con el Tíbet. Se estableció como comerciante en el valle de Chumba, en Yadong, a 10 000 pies de altura (3000 metros), montando una tienda de compraventa a precios justos y una clínica con otras dos misioneras británicas que se le unieron. Pensaba intentar ir de nuevo a Lhasa como mercader. Al año de la fundación

la situación era desastrosa, pues los discípulos no la soportaban y se pasaron a la China Inland Mission. Ella permaneció allí y en 1904 acompañó a Younghusband como enfermera. Pontso la asistió durante toda su estancia en Asia. En 1907 Annie regresó a Londres, donde murió el 9 de septiembre de 1922.

Bibliografía

TAYLOR, Annie Royle, *Pioneering in Tibet*. Londres: Morgan and Scott, 1898.

CAREY, W., *Travel and adventure in Tibet* (incluye *My diary in Tibet*). Londres, 1902.

OPKIRK, Peter, *Trespassers on the roof of the world: the secret exploration of Tibet*. Nueva York: Kodanska Globe, 1995.

Sven Hedin
(1865-1952) (1900)

El sueco que deseaba llegar a Lhasa como fuera

Nació el 19 de febrero de 1865 en Estocolmo, Suecia. Era de familia judía y su abuelo había sido rabino. A los quince años, al ver el espectacular recibimiento que se ofreció al explorador del ártico Adolf Nordenskiold, decidió imitarle.

En 1885 acompañó como profesor al hijo de un ingeniero sueco a Baku, en la costa oeste del mar Caspio, a los campos petrolíferos propiedad de Robert Nobel —el del premio—. Aprendió topografía y dibujo. Durante siete meses ejerció como profesor particular y aprovechó para aprender varias lenguas entre ellas persa, mongol, tibetano y chino. En abril de 1886 viajó por el mar Caspio y a Teherán, Isfahán, Shiraz y Bagdad. Regresó a Teherán y después continuó a Estambul, y a Suecia en septiembre de 1886. Al año siguiente publicó un libro sobre su viaje: *Through Persia, Mesopotamia and the Caucasus*.

A pesar de su enorme deseo de viajar entró en la universidad y estudió geografía, geología, zoología y latín en Uppsala. En 1889 fue a continuar estudios a Berlín pero los interrumpió en octubre de 1890 cuando le ofrecieron ir como intérprete de una delegación sueca a Persia. Aprovechó el viaje para recorrer los montes Elbrus y escalar el Damavand. Después visitó ciudades de la Ruta de la Seda como Bujara, Samarcanda, Taskent y Kasgar llegando a las orillas del desierto de Taklamakán. Regresó a Estocolmo a finales de marzo de 1891 y publicó un nuevo libro sobre su periplo.

Continuó sus estudios en Halle y tras siete meses recibió el doctorado en 1892 con un trabajo sobre el monte Damavand y las muestras que recogió

durante dos días en su cima. Una vez completados sus estudios académicos, decidió dedicarse de lleno a la exploración. Realizó cuatro expediciones a Asia Central en las que descubrió el nacimiento de los ríos Brahmaputra, Indus y Sutlej.

Retrato de Sven Hedin en atuendo occidental, en una fotografía procedente del libro *Sveriges historia intill tjugonde seklet* de Emil Hildebrand, publicado en 1910.

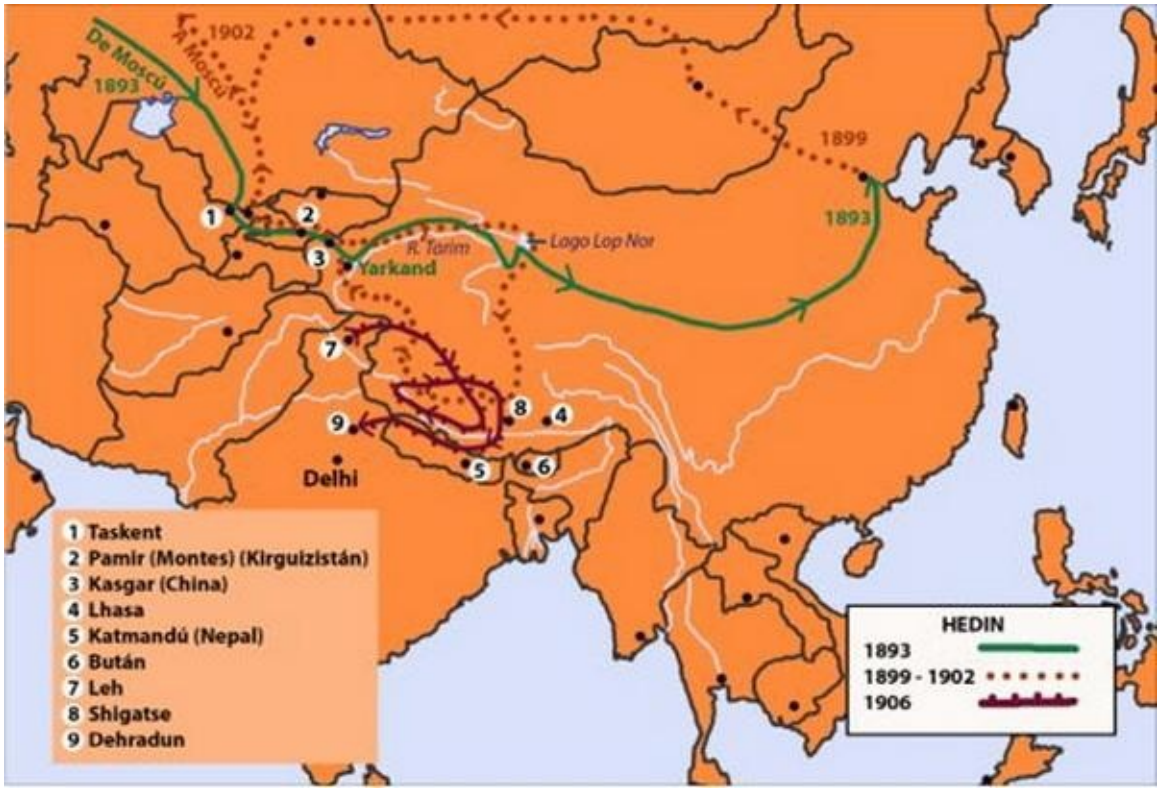
En la primera, entre 1893 y 1897, recorrió la Rusia asiática, cruzó la meseta del Pamir, el actual Kirguizistán, la cuenca del Tarim y parte del desierto de Taklamakán hasta el río Khotan. Se decía que había una ciudad enterrada que ocultaba grandes tesoros. En 1894 se adentró en el desierto con cuatro criados, uno de los cuales ejercía de guía. Calculó que tardaría quince días en cruzarlo. Al principio, en la estepa, encontraron agua sin problemas profundizando poco más de un metro. Pronto todo se convirtió en arena y había que buscar a más profundidad, casi dos metros. Llegó un momento en que llenaron los odres para salvar los 130 kilómetros que pensaban recorrer en diez días antes de encontrar agua de nuevo. Su criado Yolchi no los llenó todos y pronto se quedaron sin bebida. Cuando se dio cuenta, en lugar de regresar, continuó. Los camellos desfallecían y Sven les mojaba los belfos. Sufrieron tempestades de arena. Murió un camello. Dejaron la mayor parte

del equipaje para llevar menos carga. Sacrificaron una oveja para beber su sangre. Después se refrescaron con la orina de los camellos. Dos de los criados fallecieron. Le quedaban dos criados y cuatro camellos. Comieron las hierbas que encontraron. Cavaron donde había hierba pero no encontraron nada. Falleció otro criado. Ya veían el fin del desierto pero su criado Kasim desfalleció. Dejó una señal y continuó él solo. Vio un pato y poco después encontró una laguna. Bebió hasta saciarse. Sintió cómo le subía el pulso. Había recorrido tres horas desde que había dejado a su criado. Le llevó agua en sus botas de caña alta. La neblina le dificultó el encontrarlo pero lo logró. El criado se bebió las dos botas. Fueron a la charca y se alimentaron de ranas y renacuajos. Cuando se recuperaron llenó las botas, y continuó el camino, descalzo, con su criado, hasta que vieron unas huellas humanas. Las siguieron y encontraron un pastor con un rebaño de ovejas que se asustó del hombre con gafas azules y se marchó corriendo. Al rato regresó con otro más fuerte. Le alimentaron. Poco después llegó su criado con un camello y sus instrumentos y utensilios. Llegó al lago Lop Nor (40° N y 90° E), que cartografió. Después siguió hasta Pekín.

Sven Hedin disfrazado de peregrino, antes de oscurecer su piel con hollín, sebo y ungüentos, en julio de 1901, con sus acompañantes Buriat Shagdur y Shereib Lama. Fotografía procedente de su libro *Central Asia and Tibet*, publicado en 1903.

En 1899 realizó otra que duró hasta 1902. En esta navegó 200 kilómetros por el río Tarim, que nace en las montañas Tian Shan y recorre el límite norte del desierto de Taklamakán hasta llegar al lago Lop Nor, donde estudió la influencia del caudal del Tarim en el lago.

Cartografió parte de la meseta norte del Tíbet. Siempre había deseado llegar a Lhasa y lo intentó en 1900. Iba acompañado de un lama para que le facilitara la entrada. Cruzaron varias cordilleras bajo tormentas de nieve y de granizo. Cuando estaban cerca se disfrazó de mongol. Oscureció su piel con hollín, sebo y un ungüento hasta parecer un mozo de cuadra para pasar más desapercibido. Les robaron varios caballos, los mejores. Al día siguiente se cruzaron con una caravana que transportaba té cuyo jefe le reconoció enseguida. Les rodearon y detuvieron. Llegó el gobernador de la provincia. Fue amable pero no les dejó continuar y Hedin tuvo que regresar. Lo intentó de nuevo por otro lado y le volvieron a descubrir. Le proporcionaron víveres para que pudiera regresar pero no le permitieron seguir. Los lobos seguían a la caravana e iban comiendo los animales que perecían. En su libro *Adventures in Tibet* ya nos ofrece abundante material fotográfico, por lo que podemos decir que entramos en los libros de viajes contemporáneos y pasamos de los dibujos a las fotografías.



En 1906, cuando ya los británicos se habían adueñado del Tíbet, volvió a intentar llegar a Lhasa. Ahora eran estos los que no le permitían entrar. En agosto partió del valle del río Leh. Subieron hasta los 5000 metros de altura. Atravesaron lagos helados en los que se arriesgaban a medir su profundidad. Llegaron a veintisiete grados bajo cero. Hedin sufrió de fiebres. Tras ochenta y un días se encontraron con nómadas tibetanos que les saludaron sacándoles la lengua como se hace allí. Les compró yaks, cuyo estiércol utilizaba para hacer lumbre. Los nómadas les acompañaron durante cuatro jornadas. Poco después volvieron a descubrir su disfraz y ya nadie le vendía nada ni le ayudaban. El 26 de diciembre el gobernador de la provincia, el mismo que le detuvo en 1901, se presentó en su campamento y le ordenó regresar. Pudo conseguir que le permitiera regresar por una ruta que no conocía y, por lo menos, aprovechar el viaje para descubrir algo nuevo. Hizo el trayecto por el Brahmaputra superior. Dice que descubrió la cordillera del Transhimalaya, paralela al Himalaya, pero ya sabemos que otros la habían recorrido antes. También recorrió el lago Manasarovar. El 25 de enero de 1907 cruzó por un paso situado a 5506 metros. A mediados de febrero llegó a la ciudad de Shigatse, a unos 200 kilómetros al suroeste de Lhasa, donde se entrevistó con el panchen lama. Siguió recorriendo la zona con permiso del taschi lama, el lugarteniente del dalái lama, que le hizo ese regalo de consolación, pero Hedin decidió entrar en otra zona prohibida, pues la tentación era superior a sus fuerzas. Se volvió a disfrazar de pastor untándose con hollín y sebo. Las autoridades sospecharon y enviaron tropas a buscarle. Registraron su caravana y no le encontraron pero, temeroso de la ira del gobernador de la provincia y teniendo en cuenta que ya había recorrido la zona que deseaba visitar, se presentó él mismo. Las autoridades tibetanas no entendían tal obstinación. Entre unas cosas y otras logró recorrer el Himalaya y el Transhimalaya.

En 1913 ingresó en la Academia Sueca. En 1923, ya sin disfraz, realizó el trayecto entre Pekín y Estocolmo. Atravesó en automóvil China, Mongolia y la Rusia asiática hasta los Urales. En Verkhne tomó el tren transiberiano hasta Moscú y San Petersburgo desde donde navegó hasta Estocolmo.

Entre 1927 y 1935 realizó una gran expedición a China con veintisiete especialistas, topógrafos, zoólogos, arqueólogos, criptógrafos, etc., para recorrer Mongolia y la cuenca del Tarim. Los chinos les pusieron muchas pegas que solucionaron añadiendo científicos suyos al grupo. Se encontraron con rebeliones y guerras civiles. La línea aérea Lufthansa patrocinaba la

aventura con el interés de abrir una ruta por la zona. También pretendían establecer una vía terrestre para vehículos de motor por la antigua Ruta de la Seda.

A pesar de su ascendencia judía, posteriormente se hizo nazi y en 1936 acompañó a Hitler en las olimpiadas. Más tarde quiso desvincularse de ellos cuando la persecución de los judíos se hizo más patente y afectó a algunos de sus amigos.

Murió en Estocolmo el 26 de noviembre de 1952 a los ochenta y siete años de edad.

Bibliografía

HEDIN, Sven, *My life as an explorer*. Nueva York: Boni & Liveright, 1925.

BUSCHIK, Richard, *El hombre a la conquista de la tierra. Tres mil años de historia de los descubrimientos humanos*. Barcelona: Luis de Caralt, 1960.

Alexandra David-Néel
(1868-1969) (1924)

La cantante de ópera que recorrió el Tíbet disfrazada de mendiga

Nació el 24 de octubre de 1868 en Saint-Mandé, cerca de París. Hija única, su padre, de religión protestante, era un profesor que participó en la Revolución de 1848. Su madre era muy católica y deseaba tener un hijo varón para que fuera obispo, por lo que al dar a luz una niña se sintió decepcionada y no se preocupó de ella, dejándola en manos de nodrizas. Alexandra les hacía pasar malos ratos, pues siempre fue muy independiente y rebelde. A los dos años ya se fue sola a descubrir el vecindario y a los cinco volvió a repetir la aventura hasta que al anochecer la encontró un policía.

Desde niña tuvo contacto con dirigentes anarquistas a través de su progenitor. Se interesó mucho por las religiones y el espiritismo. A los quince viajó sola a Inglaterra para conocer a una famosa esotérica; a los diecisiete se escapó desde Bruselas a Suiza e Italia y cuando se quedó sin dinero telegrafió a casa para que fueran a buscarla. A su regreso ingresó en el conservatorio de música, pero al año siguiente, a los dieciocho, fue en bicicleta a España, lo que en 1887 era algo inusitado, máxime para una mujer. Quizás se enteró de que en enero de ese año el norteamericano Thomas Stevens había iniciado la vuelta al mundo en bicicleta y sintió envidia.

En 1888 residió un año en Londres para estudiar ciencias ocultas, invitada por la esotérica que conocía; en 1889 se estableció en París, donde estudió lenguas orientales en la Sorbona. Ingresó en la masonería y participó en una publicación feminista, pero no le gustaba mucho, pues todas pertenecían a la

alta sociedad y no les preocupaba la emancipación económica de la mujer, algo importante para ella. Las denominaba «aves de precioso plumaje». En 1890 recibió una herencia de su abuela y la empleó en un viaje de un año a la India. Después pasó a trabajar como cantante de ópera, lo que le permitió viajar por el Mediterráneo. En 1899 escribió un tratado sobre anarquismo que no se atrevieron a publicar por su radicalismo y lo tuvo que editar ella misma.

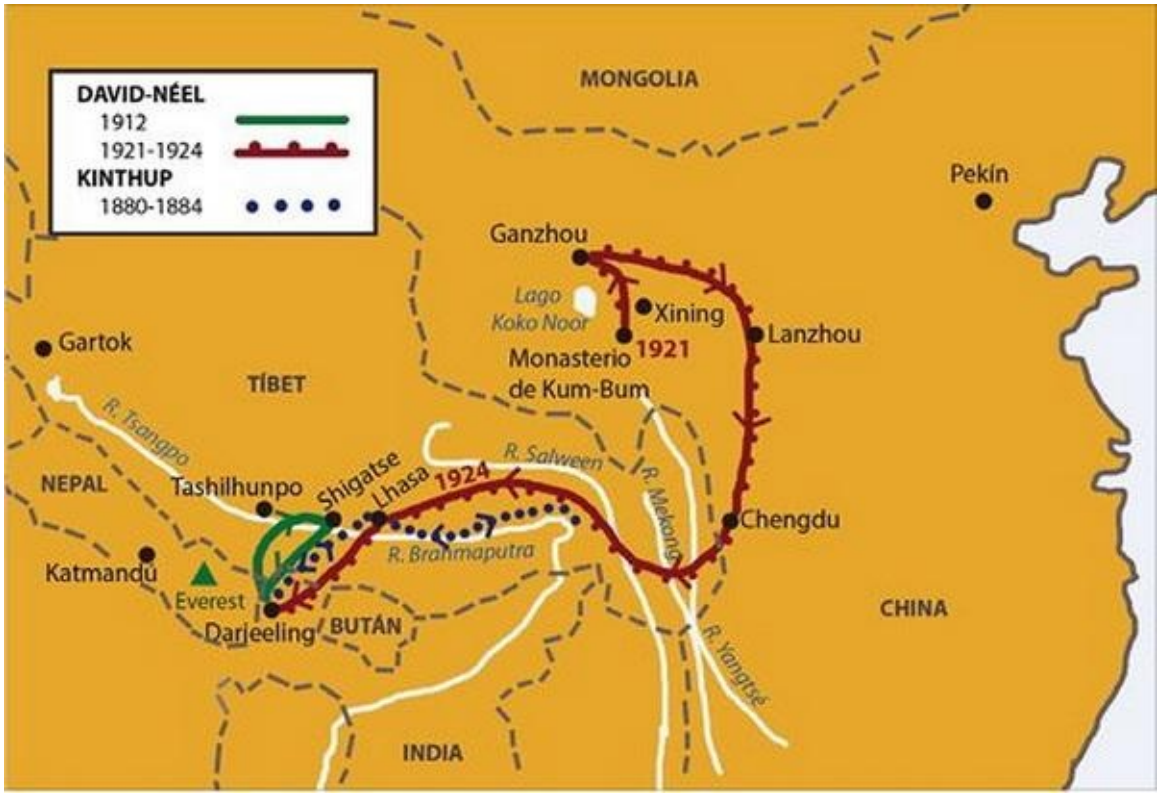
Retrato de Alexandra David-Néel en 1933 vestida de tibetana, aunque la fotografía parece ser que se tomó en Francia.

Decidió visitar el norte de África y estudiar el Corán. Allí, en 1900, conoció a Philippe Néel, ingeniero jefe de los ferrocarriles del actual Túnez. Tras unos años como amantes, en agosto de 1904 se casó con él. Enseguida le deprimió la vida matrimonial y los paseos en el yate que poseían no eran suficientes para saciar su ansia de viajar. La convivencia duró hasta agosto de 1911, momento en que decidió ir a la India por segunda vez para pasar año y medio, aunque permaneció en Asia hasta 1925. En principio pensaba entrevistar al dalái lama para una revista pero no lo consiguió. A pesar de la separación seguían manteniendo contacto postal y Philippe le financiaba los viajes. Las cartas enviadas por su antiguo esposo han sido muy útiles para documentar la vida de Alexandra pues las de ella se perdieron.

En la India estudió sánscrito y allí pasó a interesarse por el Tíbet. Aprendió tibetano y tuvo mucho contacto con lamas budistas para seguir sus enseñanzas. En 1912 fue a Sikkim, en el norte de la India, y visitó varios monasterios. En 1914 conoció a Aphur Yongden, un joven monje de quince años, que le asignaron como sirviente y a quien acabaría adoptando. Se estableció con él en el norte de Sikkim, junto a la frontera tibetana, a 3900 metros de altura, al lado de uno de los más famosos eremitas, que les permitió vivir cerca para seguir sus enseñanzas. Al principio habitaban en una cueva y después construyeron una pequeña choza junto a la entrada. Alexandra vestía unas ligeras ropas de algodón pero aprendió a elevar su temperatura corporal por medio de la mente. Cada día caminaba unos cuarenta kilómetros. Se movía disfrazada de mendiga, con la cara ennegrecida y el cabello teñido con tinta china. Llevaba monedas y una pistola escondidas entre sus ropas. A veces dormían enterrados en el suelo para darse calor. A diferencia de Annie Royle Taylor, no quiso evangelizar sino adoptar la religión del país. Cruzó varias veces al Tíbet e incluso llegó a la ciudad de Shigatse el 16 de julio de 1916, pero fue descubierta y la expulsaron.

Como no podía regresar a Europa por la guerra, marchó a Japón, donde conoció a un monje llamado Ekai Kawaguchi que unos años antes había pasado dieciocho meses en Lhasa. Después marchó a Corea desde donde fue en tren a Pekín. Allí encontró un templo tibetano, estudió con los monjes y mejoró su dominio de la lengua. Después, acompañados de un lama, cruzaron China, visitando el desierto del Gobi y Mongolia. Pasó tres años, de 1918 a 1920, estudiando en el monasterio de Kum-Bum, cerca de Mongolia, donde también estuvieron Huc y Gabet. Los monjes la llamaban «lámpara de sabiduría». Parece ser que alcanzó un nivel alto en que se llega al estadio de crearse un *tulpa* o personaje fantasmal elaborado por la mente hasta el punto

de que se siente que tiene vida propia. El problema es que, según las teorías de los monjes, puede volverse incontrolable y parece que eso le sucedió a ella, pasando épocas muy malas. Desde una perspectiva psicológica, y teniendo en cuenta la gran importancia que otorga el budismo a la vida interior, podríamos decir que se trataba de una obsesión o de un desdoblamiento de personalidad, o de una mezcla de ambas. La vida interior es necesaria y conveniente pero, como en casi todo, un exceso se puede convertir en patológico. En cualquier caso, además de los viajes que realizó disfrazada, Alexandra fue una exploradora de su interior y tuvo el coraje de abandonar una cómoda situación económica, social y cultural por otra mucho más dura; pero, como ella decía, mucho más interesante. De hecho, uno de sus libros se titula *Viajes y aventuras del espíritu*.



Al terminar su formación, el 5 de enero de 1921, se disfrazó de viuda mendiga y Yongden de mendigo y cruzaron al Tíbet. Tuvo en cuenta incluso el pañuelo que debía llevar alrededor de la cabeza, el cual debía ser rojo en lugar de azul. También las botas y la ropa eran las habituales de la región de Kham, de la que decía proceder. Cuando estuvo con los monjes se afeitaba la cabeza pero desde que decidió ir disfrazada se dejó crecer el cabello aunque

reconocía que no había alcanzado la longitud habitual entre las mujeres tibetanas por lo que se añadió unas extensiones de crines de yak y tiñó su color marrón con tinta china. El pañuelo rojo tenía el problema de que era muy vistoso y no pasaba desapercibida. Por fin encontró un gorro tibetano que le permitía ocultar sus cabellos con más discreción y no tener que dar explicaciones sobre su pañuelo, pues eso hacía que se acordaran de ella y no deseaba darse notoriedad.

Quería ser la primera mujer europea en pisar Lhasa sin saber que ya Annie Royle Taylor lo había conseguido acompañando a Younghusband. Utilizaban a pastores, *dokpa*, como guías. Cuando estos encontraban un cadáver se quedaban con el fémur para hacer las flautas tibetanas llamadas *kanglings*. Algunos preferían ser pagados con bendiciones en lugar de dinero a fin de conseguir mejoras para su próxima vida. La despedida en tibetano es *kalepheb* (‘ve despacio’). Pasaron por Ganzhou, donde se quedó mucho tiempo, Lanzhou y Chengdu. Sufrieron mil penalidades. Iban mendigando a los campesinos.

En febrero de 1924 llegó a Lhasa, donde permanecieron dos meses y visitaron los alrededores. Se hacían pasar por una madre y su hijo. Ella era muy mística y dejaba las cosas prácticas en manos de Yongden. Cada mañana iba al río a lavarse, lo cual era algo inusitado allí, dio lugar a sospechas y llegó a oídos del gobernador, pero este tenía cosas más importantes de las que ocuparse y no le prestó atención. Fueron los ingleses quienes le informaron de la personalidad de esa excéntrica mujer y la escoltaron hasta la India, a Sikkim.

Yonden, Alexandra David-Néel y un niño frente al palacio de Potala en Lhasa, 1924.

En 1925 regresó a Europa en compañía de Yongden, se separó de Philippe y se estableció en Provenza, en Digne, cerca de los Alpes, donde en 1928 estableció un lugar de meditación llamado Samten-Dzong. Se dedicó a escribir los relatos de sus viajes y a dar conferencias. Se le concedió la Legión de Honor y la medalla de oro de la Sociedad Geográfica de Francia.

En 1937 se marchó a China en el ferrocarril transiberiano y pasó allí la guerra chino-japonesa aislada, sin dinero y sin comida. Su ex marido murió en 1941. Cuando recibió la noticia, dijo: «La aventura será mi única razón de ser». Logró llegar a la India en 1946 y regresó a Francia.

A los ochenta y dos años se marchó de acampada, a principios del invierno, al lago Allos, en los Alpes, a dos mil doscientos cuarenta metros de altura. Sufría un reumatismo, que fue empeorando. En 1955 falleció Yongdon, treinta años más joven, y ella se refugió en el trabajo.

Cuando cumplió cien años quiso regresar al Tíbet —incluso renovó su pasaporte el 12 de marzo de 1969—, pero no pudo. Poco después, el 8 de

septiembre de ese año, falleció en Digne-les-Bains. Sus cenizas fueron arrojadas al río Ganges.

Existe una organización dedicada a su figura con su correspondiente página web: **www.alexandra-david-neel.org**

Bibliografía

DAVID-NÉEL, Alexandra, *Voyage d'une Parisienne à Lhasa*. París: Plon, 1927.

—, *Au pays des brigands-gentilshommes*. París: Plon, 1933.

—, *Journal de voyage: Lettres à son mari, 11 août 1904-27 décembre 1917. Vol. 1*. Editado por Marie-Madeleine Peyronnet. París: Plon, 1975.

—, *Journal de voyage: Lettres à son mari, 14 janvier 1918-31 décembre 1940. Vol. 2*. Editado por Marie-Madeleine Peyronnet. París: Plon, 1976.

—, *En el corazón del Himalaya*. Palma de Mallorca: Olañeta, 2002.

—, *Magic and mystery in Tibet 1932*. Whitefish (Montana): Kessinger Publishing, 2004.

Heinrich Harrer
(1912-2006) (1940)

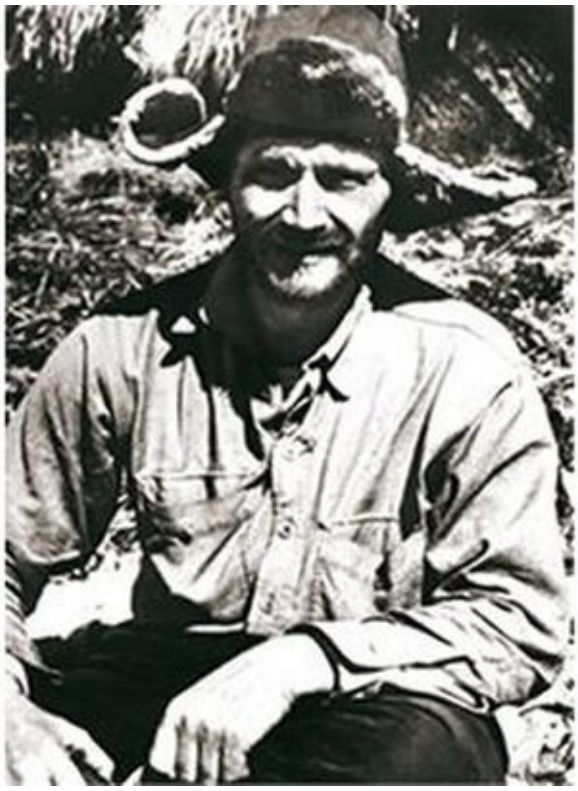
El austríaco que se disfrazó de hindú para huir al Tíbet

Nació en julio de 1912 en los Alpes de Carintia, en Austria. Era un gran deportista. Estudió geografía y deportes en Graz a la vez que trabajaba como monitor de esquí y guía de montaña. En los Juegos Olímpicos de Invierno de 1936 iba a participar en el equipo de esquí alpino pero se lo impidieron porque consideraban a los instructores de esquí como profesionales y no pudo tomar parte. Al siguiente año ganó el campeonato mundial de estudiantes en la modalidad de descenso.

En 1938 fue uno de los primeros en escalar la cara norte del Eiger, la más temida de todos los Alpes suizos, donde algunos habían muerto al intentarlo. Tras la anexión de Austria por Hitler, Heinrich fue recibido por este para homenajearle por la hazaña del Eiger, le invitó a entrar en las SS y a entrenar al equipo alemán de esquí femenino de eslalon. Se casó —vistiendo uniforme de las SS— con la hija de Alfred Wegener, famoso por haber explorado Groenlandia.

En agosto de 1939, tras haber realizado una expedición por el Nanga Parbat buscando una nueva vía de escalada y lograrlo, regresó a Karachi para tomar un barco y volver a Alemania. Temiendo lo que podía ocurrir, y sintiéndose vigilados, los tripulantes marcharon hacia Irán, pero antes de cruzar la frontera fueron detenidos por soldados británicos, que les llevaron de nuevo a Karachi. Dos días después de ser «retenidos», el 3 de septiembre de 1939 se declaró la Segunda Guerra Mundial. Fueron trasladados a un

campo de concentración y más tarde a otro cerca de Bombay. Cuando estaban preparando una fuga fueron transferidos de nuevo a un tercer campo. En el trayecto Harrer intentó escaparse saltando de los camiones y aprovechando las curvas del camino y el polvo. Como descubrieron a su compañero de fuga, Heinrich logró reintegrarse al convoy sin que notaran su falta. Poco después les trasladaron a Dehradun, al pie del Himalaya —donde había estado la sede del Survey y la escuela de *pundits*—, en un campo donde concentraban a todos los prisioneros —unos dos mil.



Retrato de Heinrich Harrer en su madurez. Autoría y fecha desconocida.

Ya no podía intentar llegar a los enclaves portugueses de la India, como era su primera intención desde Bombay, y se planteó como objetivo llegar al Tíbet. Aprendió tibetano y todo lo que pudo sobre la región, copió mapas de la biblioteca de la que disponían, ya que los presos, oficiales y asimilados, gozaban de relativas buenas condiciones en función de los tratados de Ginebra sobre prisioneros de guerra. Harrer era muy previsor y todo lo copiaba por duplicado por si lo perdía o se lo requisaban. Para prepararse

físicamente practicaba cada día varias horas de deporte y observaba las rutinas de los centinelas. Decidió fugarse con un general italiano, Marchese, con quien se entendía en francés y que se encargó de conseguir material.

En mayo de 1943 tenían todo listo. Al fugarse fueron descubiertos por la torpeza física del general, pero lograron escapar e internarse en el bosque cercano. Como no era normal ver a dos blancos sin escolta y cargados con mochilas viajaban de noche y se escondían durante el día aprovechando además que a los hindúes no les gusta moverse por los bosques durante las horas nocturnas.

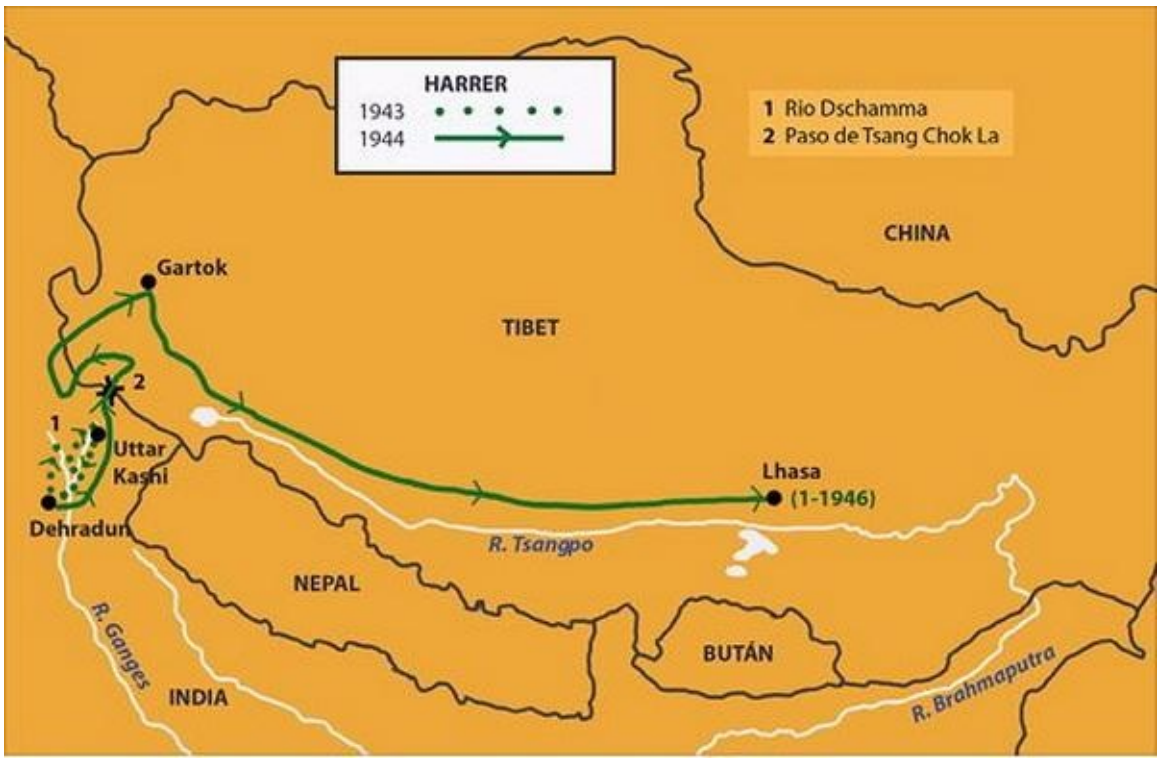
Unos días después, a mil metros más de altura, pudieron ver por la noche los reflectores de vigilancia del campo de prisioneros del que habían escapado. Harrer se tiñó su pelo rubio con permanganato, grasa y tinte oscuro. Ambos se oscurecieron la piel para hacerse pasar por hindúes en peregrinación al Ganges y cambiaron las mochilas por sacos como los que llevaban los lugareños.

Llegaron al valle del Dschamna, afluente del Ganges y siguieron el recorrido del río. Tras bastantes días de viaje se encontraron con unos campesinos a los que Harrer habló en lengua indostaní y compró comida sin despertar sospechas. Llegaron a zonas más cultivadas donde los campesinos les acosaban con preguntas, por lo que huyeron como pudieron haciéndose los antipáticos, pero lograron seguir pasando por peregrinos.

Tras doce días de viaje llegaron al Ganges, donde abundaban más los viajeros religiosos y las tiendas donde comprar alimentos. De una de ellas le echaron porque le confundieron con un ladrón, lo que le dio confianza en su disfraz y su maquillaje. Como intentaban ir por lugares poco transitados se encontraron con unos leñadores, que les vieron tan delgados que les ofrecieron alojamiento en sus casas. Después les dijeron que un oficial británico y ocho soldados buscaban a dos evadidos y ofrecían una recompensa, pero que, si les pagaban ellos, no dirían nada. Harrer seguía diciéndoles que eran de Cachemira. Al final les convenció y les dejaron marchar, por lo que volvieron a caminar por la noche y a dormir durante el día.

Los fugitivos llegaron a la ciudad de Uttar Kashi. Ya estaban a dos mil metros de altura. Hubieron de atravesar ríos con medios artesanales o haciendo equilibrios sobre troncos. Cuando llevaban dieciocho días de fuga, Marchese cayó al agua y al encender fuego para secarse se acercó un nativo que vio ropas europeas. Huyeron pero les sorprendieron y les pidieron sus papeles. Repitieron que eran de Cachemira, pero les llevaron donde había

otros cachemires para comprobar si era verdad y les descubrieron. Para colmo de males uno de los hindúes hablaba francés y entendió lo que hablaban entre sí. Al registrarles descubrieron su gramática de tibetano. Fueron interrogados por un funcionario que hablaba inglés, francés y alemán. Esa misma noche Harrer se fugó solo pues Marchese se encontraba mal, pero al cabo de dos días estaba tan fatigado que se entregó.



Se hizo amigo de uno de los guardianes hindúes y le confió todos sus mapas y brújulas. Les llevaron de regreso al campo de concentración de Dehradun. El tinte usado hacía que se le cayera el cabello. Le castigaron con veintiocho días de celda. El oficial británico le dijo con admiración: «Han intentado ustedes una valerosa fuga. Siento verme obligado a castigarles con veintiocho días de celda». Harrer dijo que había disfrutado de treinta y ocho de libertad. Enseguida intentó una nueva fuga junto con otros alemanes que hablaban inglés. Deseaban llegar a Birmania, ocupada parcialmente por los japoneses. Eran un grupo de ocho hombres y fijaron la fecha para el 29 de abril de 1944 tras el desayuno.

Unos se disfrazaron de obreros hindúes de los que frecuentemente reparaban los postes de las alambradas, aquejados de termitas. Iban «al

mando» de dos hombres disfrazados de oficiales británicos con uniformes confeccionados por los prisioneros. A los que se hacían pasar por trabajadores les afeitaron la cabeza y les colocaron turbantes. Incluso llevaban un rollo de alambre de espino y escaleras robadas del almacén. Ocultaban sus cosas dentro de los turbantes. Los falsos oficiales llevaban sus bastones de mando al más puro estilo británico y portaban planos que consultaban. Se cruzaron con vigilantes y mandos pero pasaron desapercibidos y los centinelas les saludaban militarmente.

Cuando salieron se ocultaron tras unos matorrales y se separaron en parejas. Harrer siguió la misma ruta que en la ocasión anterior. Corrió mil aventuras e incluso se cruzó con una pantera. A los cinco días llegó al Ganges y poco después a la casa del hindú en la que dejó las cosas de la anterior fuga, recuperándolas. A los diez días llegó al pueblo de Nelong, donde se encontró con otros tres alemanes fugados —Kopp, Aufschnaiter y Treipel—. El 17 de mayo de 1944 pisaron tierra tibetana en el puerto de Tsang Chok La, a 5896 metros de altura.

Tíbet era neutral, por lo que podían solicitar asilo y después llegar a Birmania. En suelo tibetano estaba prohibido comerciar con los extranjeros salvo que llevaran un permiso, pero lograron que les vendieran un cabrito viejo. El aire era tan seco que las cerillas se encendían solas. No encontraron autoridades a las que solicitar asilo pero sí unos jinetes que les «invitaron» a regresar a la India. No les hicieron caso, intentaron negociar, pero no lograron que les dejaran continuar y les echaron hacia la India acompañados de un soldado que les dejó en territorio británico. Allí se hicieron pasar por soldados norteamericanos que venían del Tíbet. Tuvieron tanto éxito que incluso pernoctaron en un albergue del Gobierno británico. Se dividieron en grupos de dos. Harrer y Kopp regresaron al Tíbet con intención de llegar a Gartok. Una vez en suelo tibetano dijeron que eran la avanzadilla de una alta personalidad europea que iba a Lhasa, la cual llevaba los permisos. Subieron hasta 5700 metros de altura, donde les invitaron a probar la comida típica tibetana: té con manteca y harina.

Heinrich Harrer, con el brazo en cabestrillo, con la cordada que ascendió la cara norte del monte Eiger en 1938. Fotografía de Anderl Heckmair.

En junio de 1944 se enteraron del desembarco aliado en Normandía cuando se encontraron con otro de los alemanes fugados. Treipel se había rendido y regresó a las tierras bajas para entregarse. Unos meses después Kopp también se rendiría. Harrer y Aufschnaiter siguieron hacia la capital aprovechando sus conocimientos de tibetano. Una vez en Gartok solicitaron asilo al gobernador. Ante la tardanza le pidieron un pasaporte para ir a Nepal y así pudieron visitar Lhasa, aunque les hizo prometer que no pasarían por allí. Las autoridades les vigilaban para que no se desviaran hacia la ciudad prohibida. Pasaron el invierno parados en un pueblo. El 19 de enero de 1945 siguieron el viaje hacia Nepal a treinta grados bajo cero. A finales de septiembre de 1945, con la guerra ya terminada desde mayo, seguían queriendo llegar a Lhasa; ya no se trataba de huir, sino de conocer.

Su compañero, Aufschnaiter, se escapó el 6 de noviembre de 1945 y Harrer el 8, sin dinero, pues no se lo devolvieron los que se lo guardaban en el pueblo. Pasaron por una zona donde se practicaba la poliandria. En enero de 1946 siguieron su marcha escondidos y lograron que un alto cargo les dejara acompañarles en su séquito enseñando un antiguo permiso. Subieron hasta los 6000 metros. Llegaron a Lhasa a mediados de enero de 1946 tras recorrer 2500 kilómetros en 21 meses. Allí les dieron de comer pero no les podían

proporcionar alojamiento. Diez días después les dieron permiso para pasear por la ciudad y les regalaron dos abrigos de piel de cordero.

Consiguieron que les recibiera el dalái lama y Harrer se quedó allí durante siete años como uno de sus profesores en geografía e inglés. Después le asesoró en cuestiones de agricultura y urbanización. El Gobierno tibetano le concedió la medalla de La Luz de la Verdad.

En 1952, cuando regresó a Austria, fue exonerado de cualquier relación con los crímenes del nazismo. Escribió el libro *Siete años en el Tíbet*, que fue traducido a cincuenta y tres idiomas y ha vendido más de cuatro millones de ejemplares. Se hicieron dos películas sobre el particular, una de las cuales, *Seven years in Tibet (Siete años en el Tíbet),* interpretada por Brad Pitt en 1997, se adapta poco al libro.

Harrer continuó efectuando ascensiones y expediciones sobre las que escribió libros y realizó documentales. Fundó un museo sobre el Tíbet en Austria. Murió el 7 de enero de 2006 en su país natal a los noventa y tres años de edad.

Jerzy Bielecki, un polaco, hizo lo contrario que Harrer. En abril de 1940 tenía diecinueve años. Fue detenido por la Gestapo por pertenecer a la resistencia y llevado al campo de concentración de Auschwitz. Poco después fue detenida la judía Cyla Cybolska y enviada al mismo lugar para realizar trabajos forzados. Se conocieron y se enamoraron. Jerzy consiguió un uniforme de oficial de las SS y preparó una documentación falsa. Como era bilingüe en polaco y alemán, dijo estar enviado para llevarse a Cyla e interrogarla en la cercana ciudad de Cracovia. Consiguieron salir y ponerse ambos a salvo. En 2010 fue entrevistado y dijo que «el pánico le corría por toda la espalda a la espera de recibir el primer tiro al cruzar la puerta de salida». Fue un trayecto, y una aventura, breve y corto, pero muy intenso, por eso le rendimos homenaje. A ella la escondieron con unos campesinos y él continuó en la resistencia. Después de la guerra no se encontraron. Ambos se casaron con otras personas. Ella emigró a Nueva York y pudieron reencontrarse en 1982. Cyla falleció en 2002 y Jerzy en octubre de 2011.

Relacionado con los anteriores debemos mencionar a **Wilhem Canaris**, pues también realizó un periplo asumiendo otra personalidad. Nació el primero de enero de 1887 en Dortmund, en la Westfalia alemana. Su familia era de origen griego e italiano, establecida en Alemania desde el siglo XVII. Su padre era director de unos altos hornos.

Desde niño era muy observador. A los dieciocho hablaba inglés y francés. Le encantaban la geografía y la historia. En lugar de seguir la tradición

familiar, en 1905, tras la muerte de su padre, que se hubiera opuesto a ello, ingresó en la marina de guerra. En 1907, con un brillante expediente, salió como alférez. Fue destinado a un navío estacionado en distintos puertos de América del Sur, lo que le dio oportunidad de aprender español y llegar a hablarlo con mucha fluidez.

Tras una temporada en el mar del Norte, en 1912 navegó de nuevo a América. Fue ascendido a teniente y destinado a inteligencia. Participó en el rescate de ciudadanos americanos atrapados en las guerras revolucionarias mexicanas de esos años. Después participó en la huida del perdedor, general Huerta, y su traslado a Jamaica.

La Primera Guerra Mundial estalló mientras su nave, el *Dresden*, se encontraba por allí. Se quedó en la zona hostigando a las naves aliadas. Luchó contra los británicos estacionados en las Malvinas pero debido a su inferioridad hubo de salir huyendo por la costa chilena. En marzo de 1915 el capitán decidió hundir el barco antes de que cayera en manos aliadas y la tripulación se entregó al Gobierno chileno, siendo recluida en la isla de Quiriquina, cerca de Concepción. Canaris solicitó a su jefe permiso para huir. Consiguió un pasaporte chileno a nombre de Reed Rosas y se hizo pasar por chileno de madre británica. Su baja estatura y su dominio del inglés y del español le ayudaban a dar verosimilitud a su nueva personalidad. Como tantos otros se hacía pasar por comerciante. Bajó en tren hasta la ciudad de Osorno, a 500 kilómetros al sur, cerca de la isla de Chiloé. Desde allí fue a caballo hasta la falda de los Andes, donde contactó con una familia alemana que le ayudó a cruzar las montañas y llegar a Argentina a finales de año. Fue a Buenos Aires y consiguió plaza en un barco holandés con destino a Europa. Los británicos obligaron al buque a dirigirse a Plymouth, en el sur de Inglaterra. El barco fue registrado y los pasajeros interrogados. Fue capaz de representar su papel de chileno sin ser descubierto y continuar viaje a Holanda y Alemania.

El verano de 1916 fue enviado a Madrid bajo la misma personalidad anglo-chilena, lo que le abría muchas puertas entre los aliadófilos y le permitía conseguir valiosa información sobre los movimientos de barcos en los puertos españoles y sus destinos. En secreto se relacionaba con el agregado naval de la embajada alemana en Madrid y le comunicaba los destinos para que los submarinos y buques alemanes fueran advertidos y los interceptaran.

Su don de gentes le permitía hacerse amigo de cualquiera y también conseguía suministros para los alemanes. Los servicios secretos británicos

sospecharon de él e intentaron asesinarle. Huyó, pero fue detenido en Italia. No consiguieron probar nada salvo que era un excéntrico, hijo de una inglesa y de un chileno que viajaba por España para curarse una tuberculosis. Para que fuera plausible se mordía el interior de la boca y escupía sangre con sus toses. Consiguió que le liberaran pero como ya estaba «quemado» en su papel de espía pasó a mandar un submarino.

Tras la guerra trabajó en los servicios de inteligencia y en enero de 1935 fue designado como jefe de la Abwehr, los servicios secretos militares alemanes. La convirtió en una agencia muy eficaz pero estaba muy distanciado de los nazis y acabó conspirando contra Hitler. Intentó negociar con los británicos y americanos una rendición alemana previo asesinato de Hitler y se entrevistó con ellos en Santander y Gibraltar. Terminó totalmente enfrentado con las SS y la Gestapo. En febrero de 1944 fue destituido. Tras el intento de acabar con Hitler en julio de 1944 en la Guarida del Lobo fue enviado a un campo de concentración y ejecutado el 9 de abril de 1945. Un mes después Alemania se rendía.

Se dice que evitó la entrada de España en la Segunda Guerra Mundial (a excepción de los voluntarios de la División Azul) enviando a Hitler informes falsos sobre la capacidad del Ejército español. Según Hernández Garvi, tras su ejecución, Franco, agradecido, concedió una pensión a su viuda.

Bibliografía

HARRER, Heinrich, *Siete años en el Tíbet*. Barcelona: Círculo de Lectores, 1998.

—, *Beyond seven years in Tibet. My life before, during and after*. Oslo: Labyrinth Press, 2007.

BASSET, Richard, *El enigma del almirante Canaris*. Barcelona: Crítica, 2005.

CHINA, LOS EXTRANJEROS TRAEN OPIO Y SE LLEVAN NUESTROS SECRETOS

Introducción

Del Tíbet pasamos a la vecina China. En el siglo XIX China se abrió al comercio internacional pero siempre con una acertada postura defensiva hacia el imperialismo europeo. Permitió el comercio e incluso la actividad misionera en determinados puertos. La dinastía Qing intentó reducir al mínimo los contactos con el exterior y solo permitía los intercambios en el puerto de Cantón.

Gran Bretaña compraba a China grandes cantidades de seda, té y porcelana, pero no lograba venderle casi nada, por lo que debía saldarlas con oro o plata. Por ello decidió introducir el consumo del opio que se producía en la India. Obtenían una ganancia del 440 % y además no tenían que pagar con metales preciosos. Crearon millones de adictos —en 1730 se importaban quince toneladas y en 1773 se llegó a setenta y cinco—, hasta tal punto que en 1829, el emperador Yong Zheng prohibió su venta tras la muerte de su propio hijo por el consumo. Después, en 1839, el emperador Dao Guang nombró a Lin-Tse-Tsu comisionado para prohibir el consumo de opio y escribió una carta a la reina Victoria pidiéndole que no comerciara con drogas. Entre otras cosas, le decía: «existe una categoría de extranjeros malhechores que fabrican opio y lo traen a nuestro país para venderlo, incitando a los necios a destruirse a sí mismos, simplemente con el fin de sacar provecho. […] Ahora el vicio se ha extendido por todas partes y el veneno va penetrando cada vez más profundamente. […] Por este motivo, hemos decidido castigar con penas muy severas a los mercaderes y a los fumadores de opio […] Todo opio que se descubre en China se echa en aceite hirviendo y se destruye. En lo sucesivo todo barco extranjero que llegue con opio a bordo será incendiado».

Como no le hicieron caso, Lin-Tse-Tsu fue a Cantón y quemó veinte mil paquetes de opio de setenta kilos cada uno, lo que enardeció a los británicos. Gran Bretaña siempre se ha caracterizado por una política exterior de lo más

pragmática llegando a reconocer en tiempos de Castlereagh que su política era la que conviniera en cada momento. Ante la pérdida del negocio le declaró la guerra a China, en lo que se denominaron las guerras del Opio.

Hubo dos «guerras del opio» y el emperador de la dinastía Qing fue perdiendo fuerza. La primera transcurrió entre 1839 y 1842. Ganó Gran Bretaña y obligó a China a permitir ese comercio. Los abusos en los acuerdos de paz fueron tales que han pasado a la historia como los Tratados Desiguales: Permitían a los europeos comerciar, establecerse y predicar en algunas zonas costeras pero prohibían viajar al interior. Por ello, los más aventureros se disfrazaban de chinos e incluso llevaban la consabida trenza que debía lucir todo nativo. Las humillaciones sufridas dieron lugar a rebeliones como la de Taiping entre 1850 y 1864, y la de los Bóxer, entre 1899 y 1901. El Tratado de Tianjin, en 1856, abrió el país a la penetración extranjera en más puertos y se cedió Hong Kong a los británicos, que además recibieron indemnizaciones.

En 1854 Gran Bretaña, además de la legalización del comercio de opio, pidió abolir los impuestos a los extranjeros y regular el tráfico de *coolis*, trabajadores semiforzados que eran los sucesores de los esclavos, pero más baratos. El emperador rechazó las propuestas y en octubre de 1856 los aduaneros chinos abordaron un barco británico sospechoso de contrabando y arrestaron a varios tripulantes. Como eran de Hong Kong —posesión británica—, solicitaron que les liberasen. Como no tenían derecho alegaron que los chinos habían ultrajado la bandera británica del barco y comenzaron otra guerra contra China, la segunda guerra del Opio, que tuvo lugar entre 1856 y 1860. Terminó con un nuevo tratado, el de Tianjin, en el que Reino Unido, Estados Unidos, Francia y Rusia tenían derecho a establecer embajadas en Pekín, se abrían diez nuevos puertos al comercio, podían navegar por el río Yangtsé, se instituía el derecho de los extranjeros a viajar al interior y a recibir indemnizaciones, etc.

El primer europeo que se introdujo en lugares prohibidos de China fue Karl Gützlaff, a quien conoceremos a continuación, pero no podemos terminar esta introducción sin citar al francés Jean Nicolet de Belleborne (1598-1642), que lo intentó de una forma muy curiosa. En 1618, a los veinte años de edad, llegó a Quebec, en la costa occidental de Canadá, como empleado de la Compagnie des Marchands, una sociedad compuesta por aristócratas franceses que tenía el monopolio del comercio con América.

Al territorio se le llamaba Nouvelle France (‘Nueva Francia’) tras el primer viaje de Jacques Cartier en 1534. Jean fue enseguida conocido por su

buena memoria, por lo que le propusieron ir con los indios algonquinos para aprender su lengua y sus costumbres y poder después trabajar como intérprete. Le gustó la idea y se marchó dos años con ellos. En 1620, año en que llegaron los del Mayflower, regresó a la civilización, pero enseguida se fue con los nipissing y vivió nueve años con ellos mientras comerciaba con pieles. En julio de 1629 Quebec cayó en manos de los ingleses. Nicolet se marchó cincuenta leguas al noroeste, con los hurones, y fue adoptado por ellos, participando incluso en sus consejos. Cuando Francia recuperó el control en 1632 volvió a la ciudad.

En aquella época, algunos pensaban que tras los lagos se encontraba China, debido a malentendidos con los nativos. El legendario Samuel de Champlain, el fundador de Quebec, entendió que los nativos le decían que tras una gran extensión de agua (las apreciaciones personales siempre son relativas) había unos habitantes que, en su descripción, le parecieron chinos al francés. Creyendo que había encontrado una ruta más rápida y cercana a China, encargó a Nicolet que fuera allí. Nunca pensó que el continente era tan ancho. El primero de julio de 1634 inició una expedición hacia el oeste. Partió acompañado de siete indios hurones en unas canoas hechas de corteza de árbol de hasta diez metros de largo y uno y medio de ancho, con capacidad para hasta diez hombres y mucha carga. Cantaban para mejorar la cadencia de remo. Avanzó unos 1500 kilómetros (300 leguas). Entró en el lago Míchigan y bordeó sus riberas norte y oeste hasta Green Bay. Como no se conoce el lugar exacto donde desembarcó, se han colocado monumentos en dos lugares. Como Champlain había entendido que tras los lagos se encontraba China y habían recorrido mucho territorio, pensó que ya estaba en China y lo mejor era vestirse como ellos para no asustarles. El lugar se llama actualmente Green Bay, él lo denomino Baye des Puants.

Cuando se iban a encontrar con los nativos se puso «una larga y amplia bata de tejido de damasco con bordados de flores y pájaros». La página web de Green Bay cuenta así el desembarco de Nicolet:

> Los indios puant le vieron aproximarse desde la orilla oriental, sobre las laderas arbóreas de Red Banks, al norte de Green Bay [ahora tiene allí una estatua]. Nicolet puso pie a tierra, alzó sus brazos y disparó dos pistolas al aire. La historia del norte de Wisconsin describe así el hecho: Los adultos y los niños huyeron, gritando que era un *manitu* o espíritu, armado con truenos y relámpagos, pero los jefes y guerreros le recibieron con una hospitalidad tan generosa que se comieron ciento

> veinte castores en una sola fiesta. Nicolet pasó el invierno buscando una salida detrás de la bahía y preparando alianzas para el comercio. A pesar de que se dio cuenta de que Green Bay no era el Oriente buscado, la riqueza de esa tierra llevó a Nicolet a reclamarla para el rey de Francia y la llamó La Baie Verte [Green Bay o Bahía Verde] debido al verdor de las aguas.

Tras Nicolet, hubo varios aventureros más que se disfrazaron para recorrer China entrando por el este.

Karl Charles Gützlaff (1803-1851) (1831)

El misionero alemán a quien consideraban un chino nacido en el extranjero

Nació el 8 de julio de 1803 en el pueblo polaco de Pryzyce, en las orillas del río Oder, en lo que en aquel momento era la región de Pomerania, actualmente dividida entre Alemania y Polonia, siendo la frontera precisamente ese río. Enseguida se puso a trabajar como guarnicionero con un fabricante de sillas de montar en la cercana ciudad de Szczecin (Stettin en alemán). Después entró en el seminario de Halle, cerca de Leipzig y al terminar se unió a la Sociedad Misionera Holandesa, con quienes estudió religión y medicina en su instituto de Róterdam entre 1823 y 1826.

Le enviaron a Java, donde aprendió chino con la numerosa colonia instalada allí. Incluso aprendió los dialectos de Jujian y de Cantón. Dos años después dejó a los holandeses y se pasó a la Sociedad Misionera de Londres que le envió a Singapur y Bangkok, donde aprendió tailandés y tradujo la *Biblia* a dicho idioma. Fue el primer misionero protestante en Bangkok.

En 1829 se casó con la misionera inglesa María Newell. Trabajó en la preparación de un diccionario de camboyano y de laosiano. Su mujer murió al dar a luz y le dejó una cuantiosa herencia. En 1831 decidió dejar Bangkok y se embarcó rumbo a China en un junco de comerciantes que admitía pasajeros. Ese viaje y otros posteriores los relató en su libro *Journal of Three Voyages along the Coast of China in 1831, 1832 and 1833*.

Desde su perspectiva de aquel tiempo valora como no natural e injusto que se excluya al cristianismo de China. Así, ya en la página dos del libro

podemos leer: «el culto al único Dios viviente y verdadero ha sido excluido de este vasto imperio». Reconoce tímidamente «pequeñas agresiones europeas» que han llevado a los chinos a excluir a los extranjeros del comercio, sobre lo que protesta, pero no dice nada del comercio del opio, al que se dedicó. Comenta que los primeros que llegaron a China fueron los portugueses en 1516 y comenzaron a comerciar en Cantón; los británicos lo hicieron a partir de 1683.

Retrato de Karl Gützlaff con atuendo occidental realizada alrededor de 1834 por S. H. Gimber. Sus facciones eran parecidas a las orientales.

Gützlaff comenzó su viaje el 3 de junio de 1831 tras haber pasado tres años en Tailandia. Su hija, a la que dejó en Bangkok, murió poco después. En esta ciudad había muchos chinos mercaderes, que llegaban en juncos en febrero, marzo y abril y regresaban a su casa en junio y julio. Se llevaban azúcar, madera y nueces de betel. Cada barco llevaba un sacerdote para ocuparse de los ídolos con incienso y papel de oro y plata. Dice de los marineros chinos que «la mayor parte de ellos son fumadores de opio, jugadores, ladrones y fornicadores».

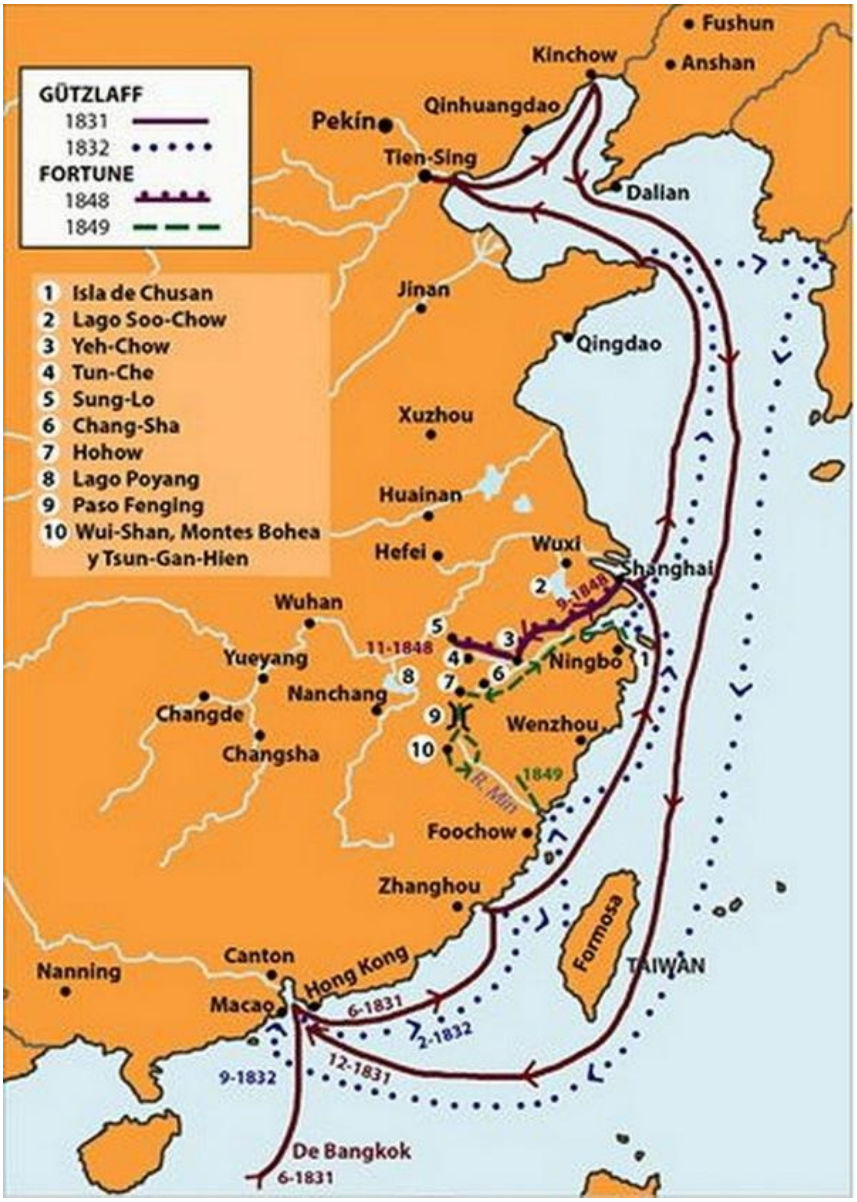
En el junco iban seis pasajeros y cincuenta marineros. Dice que ya se sentía chino: «Mucho antes de dejar Siam me hice un súbdito del Imperio

celestial [se denominaba así a China], por adopción dentro del clan o familia de Kwo, del distrito de Tung-An de la provincia de Fuhkeen; tomé también el nombre de Shih-Lee y llevaba ocasionalmente el traje chino, y era reconocido (por los que vivían conmigo) como un miembro de la gran nación».

Desde que se embarcó, y durante todo el viaje fue vestido de chino. Dedicó el trayecto a tomar numerosas observaciones de latitud y longitud y explicó el método al piloto, pero a este le pareció algo inútil y lo que le interesaba era que pudiera medir las profundidades para no embarrancar. El 17 de julio hicieron escala en el puerto de Namoh, cerca de Cantón, donde según Karl los marineros se daban a los vicios. Se quejaba de que había muchos adictos al opio. Lo repite con mucha frecuencia en el libro, pero no tuvo problema en ayudar a los que comerciaban con él y beneficiarse de ello. En un puerto le quisieron quitar unas cajas pero al ver que solo había libros se las dejaron. Siguieron viaje al norte. El 30 de julio pasaron por Amoy y el canal de Formosa que separa la actual Taiwán del continente. El 20 de agosto llegaron a la desembocadura del Yangtsé y a la ciudad de Shanghái, y después a la península de Shandong, donde le llamaban «el chino nacido en el extranjero» e «hijo de Han [región de China] disfrazado». Parece ser que incluso sus facciones parecían orientales. En ocasiones se presentaba como extranjero y en otras como chino según convenía más en cada caso. En otras, a pesar de su dominio del idioma, descubrían que era extranjero.

El 8 de septiembre llegaron a Tianjin, puerto cerca de Pekín. Allí, unos traficantes de opio le dijeron que el heredero de la corona había muerto por esa droga y se había decretado su prohibición. Además de cambiar de papel cuando era necesario, aprovechaba cualquier ocasión para predicar. Entraron por el río Blanco (Pei-Ho) hacia Pekín, dice que «como un misionero ansioso por promover el bienestar de mis semejantes, y más deseoso de ser sacrificado por una gran causa que por permanecer como un simple espectador de la miseria que traía consigo la idolatría». Reconocía que tenía miedo. No llegaron a Pekín y regresaron al puerto de Tianjin y a la costa. Sobre las reacciones de la gente, comenta que «la curiosidad por verme fue durante varios días, muy grande. […] Había algunos que incluso comentaban que había venido a hacer un mapa del país para convertirme en el líder de una premeditada invasión del imperio. Pero todas esas objeciones se silenciaban cuando abría mi caja de medicinas y con mano liberal las repartía a todos los que me pedían. […] Algunos experimentos que hice para curar el hábito de fumar opio tuvieron éxito y atrajeron la atención general y la de algunos mandarines, que incluso me visitaron y me pidieron ayuda, pues su majestad

imperial estaba muy enfurecido porque muchos de sus súbditos se abandonaban a esta práctica».



El 17 de octubre fueron hacia el norte. En el puerto de Jinzhou siguió dedicándose a pasar consulta como médico, pero en noviembre hacía mucho frío y bajaron al sur. El 19 de diciembre de 1831 llegaron a Cantón y él se fue a Macao, donde llegó el 13 de diciembre. Le recibieron los Morrison, misioneros. Gützlaff era una mezcla de genio, charlatán, filántropo y traficante de drogas. Benjamin Fischer ha escrito una estupenda tesis doctoral sobre el tráfico de opio y la evangelización de China titulada acertadamente

Opium Pushing and Bible Smuggling (‘Tráfico de opio y contrabando de Biblias’) en la que Gützlaff tiene un papel protagonista. Dice que su primer viaje fue realizado por cuestiones personales y de descubrimiento, pero los sucesivos, hasta 1840, fueron como traductor en beneficio de los traficantes de opio aunque, lógicamente, no lo manifiesta abiertamente; sin embargo, hay documentación que lo prueba. Desde luego su primer periplo fue toda una aventura y determinante para conseguir información que se utilizaría posteriormente en otros.

Al comienzo del relato de su segunda expedición dice él mismo: «La expedición de la cual voy a hacer un resumen se originó por el deseo de la factoría [tienda] de la Honorable Compañía de la India Oriental en China de adquirir información respecto a los puertos donde podía establecerse comercio». Comparte sin problemas sus objetivos misioneros con otros más mundanos. «Nos dieron instrucciones de no usar la fuerza salvo para defendernos; por el contrario intentar hacer amistad con los nativos para sentar las bases de relaciones comerciales permanentes». Parece ser que deseaban ampliar los puertos donde comerciar para no depender de los intermediarios chinos. Iba a las órdenes del sobrecargo *Mr*. Lindsay, que hablaba un poco de chino, y del capitán Rees que hacía cartas marinas. Él iba como intérprete y cirujano. En ocasiones él y Lindsay —que utilizaba el nombre de Hoo-Hea-Me— realizaban «excursiones» ellos solos, haciéndose pasar por chinos para contactar con los compradores de opio. En ocasiones decían que era un barco bengalí, que iban hacia Japón y que los vientos les habían llevado al puerto en cuestión.

Salieron el 25 de febrero de 1832. De vez en cuando paraban y visitaban la zona por tierra. El relato oculta mucha información y en otras ocasiones, esta es muy ambigua. Gützlaff aprovechaba todas las ocasiones que podía para regalar libros y panfletos religiosos en chino: «Me proporcionaba gran placer dejarles palabras de salvación eterna. La eternidad mostrará cuantas almas se beneficiarán de la lectura de una octavilla. A pesar de las severas prohibiciones de los mandarines subimos por el río».

En algunos puertos las autoridades les decían que tenían estrictamente prohibido relacionarse con ellos, pero lo hacían. Llegaron a la costa de la región de Fujian y al puerto de Amoy, a unos 24° N, enfrente de Formosa. El 4 de abril fueron recibidos por el mandarín jefe de la ciudad. Al quejarse de las leyes que les prohibían comerciar alegaron que no se podían cambiar. Él contestaba que las antiguas lo permitían y las cambiaron. Les obligaron a marcharse en cuanto se abastecieron de comida pero mientras tanto les

dejaron moverse, aunque vigilados. Desembarcaron en Formosa, célebre por su producción de alcanfor. Después se dirigieron a Fuzhou, capital de Fujian. Fueron perseguidos por juncos de guerra que se asustaron cuando les miraron con el catalejo creyendo que se trataba de un arma. Fuzhou era el puerto de donde salía la mayor parte del té que se consumía en Europa. Cuando intentaron entrar en el puerto les ordenaron salir pero no hicieron caso. Todo el viaje fue una sucesión de provocaciones a las que los chinos no respondían. Fueron a buscar al gobernador, quien les pidió varios libros y folletos para el emperador. La gente de la calle les recibía muy bien y todos querían folletos. Según algunas fuentes las octavillas de propaganda fueron utilizadas para empapelar paredes, envolver cosas o como papel higiénico. Esperaba que «La palabra de Dios impresione sus mentes favorablemente hacia el Evangelio». Les dejaron quedarse unos días para atender a los enfermos —recibía a unos cien por día—, les daba libros y aprovechaba para la predicación. El 2 de mayo, como respuesta a su petición, sacaron un edicto prohibiendo a la gente subir a bordo pero sí podían comerciar: «Durante este periodo fuimos muy afortunados con el comercio y podríamos haber comerciado más si no hubiéramos pedido un precio tan alto». No nos dice en el diario con qué comerciaban pero se trataba de opio, como veremos. En la década de 1830 las ganancias netas de la East India Company por el té chino eran de doce millones de dólares de plata y los beneficios del opio de veinticinco millones.

Ilustración de uno de sus libros. En la parte inferior, el texto reza: «Reverendo Caries Gützlaff, misionero en china, vestido como un marinero de Fukien». Dibujo de R. J. Lane.

El 12 de mayo dejaron Fuzhou y se marcharon a Ningbo, a 30° N y 122° E, donde les compraron todo lo que les quedaba y les pagaban en plata y seda. En las comunicaciones oficiales los mandarines les decían que no se podía comerciar, pero después, en privado, organizaban ellos mismos el contrabando. Gützlaff llegó a decir «Demasiado para la duplicidad china».

Cuando se fueron les pidieron que regresaran el siguiente año. El 19 de junio llegaron al río Yangtsé y a la ciudad de Shanghái y después a Corea en julio. El 5 de septiembre de 1832 regresaron a Macao.

En octubre de 1832 Gützlaff se embarcó en el *Sylph* de Macao. Fischer, en su tesis doctoral sobre este explorador muestra una carta de Jardine, el armador del *Sylph*, en la que le propone contratarle como intérprete y le explica que «como los gastos del viaje no pueden ser sufragados por esta fuente [cuatro mil libras de mercancías legales], no tenemos duda en decirle que dependemos principalmente del opio. Aunque es nuestro principal deseo que usted no se vea afectado en el gran objetivo que usted busca [distribuir biblias] pareciendo interesado en lo que muchos consideran un tráfico inmoral, ese tráfico es absolutamente necesario para proporcionar a cada navío una razonable oportunidad de sufragar sus gastos [el ser humano es maravilloso encontrando excusas para las conductas más criminales]. Confiamos en que no tendrá objeción en hacer de intérprete en cada ocasión en que sus servicios sean requeridos». A pesar de lo clara que queda su participación, después, en el diario, ponía verdes a los consumidores de opio. También participaba en los beneficios de la operación, pues Jardine le comenta que cuanto más beneficio obtengan, más le darán como limosna para sus actividades misioneras. Además le promete pagar durante seis meses la edición de la revista que quería publicar. El mismo Gützlaff comenta que tuvo un conflicto interior antes de decidirse a participar, pero lo venció sin problemas porque después trabajó para Jardine hasta 1840, año en que comenzó la guerra. De hecho, según Fischer, en 1832-1833 la venta de opio pasó al doble de los años anteriores. Pagaban a los mandarines por permitirles traficar. Si estos eran sorprendidos, les destituían. Hizo un total de trece viajes a lugares prohibidos del norte de China.

En el tercer viaje llevaba tres veces más libros que en los anteriores. En algunos lugares ya le conocían y le daban la bienvenida. El 15 de noviembre llegaron a 39° N y 121° E, a la península de Manchuria. Sobre los monjes budistas comenta que eran pobres y solo se distinguían por llevar la cabeza afeitada. En un templo entregó libros incluso a ellos. A la gente le solía entregar un folleto con un diálogo entre un chino cristiano y un «idólatra», en el que aquel convence a este de que se haga cristiano. A primeros de abril bajaron a 29° N y tras seis meses de viaje regresaron a Macao el 29 de abril de 1833. El diario de los tres viajes lo publicó en Londres al año siguiente.

En 1839 preparó un folleto de treinta y dos páginas titulado *Missionary Travels in China to Distribute Bibles* del que imprimió sesenta mil ejemplares

que vendía a un penique. En 1834 se estableció en Macao donde tradujo la *Biblia* al chino y se casó con Mary Wanstall, que dirigía una escuela para ciegos. En Macao, también se dedicó a la publicación de la revista en chino que le financió *Jardine*, que podríamos traducir por *Revista Mensual del Este y Oeste*, y a imprimir diversos libros en chino. Ese año también publicó su libro de viajes ya mencionado. Se estableció por su cuenta como misionero independiente y fundó y dirigió la Sociedad de Evangelización China. Por supuesto, necesitaba una organización en Europa que consiguiera recursos financieros. A la vez trabajó como intérprete para la administración británica hasta su muerte.

Como dice Austin Alvyn, vendía opio por la proa y repartía panfletos religiosos desde la popa. Eugene Stock, otro misionero, describe así su contradictoria personalidad y actividades: «Remontando los ríos, desembarcando aquí y allá, arriesgando su vida, perseguido por pirata, asediado por la policía, apedreado por las masas, llevado ante los magistrados, pero dando medicinas a multitudes enfermas, distribuyendo literalmente cientos de miles de octavillas con trozos de las Escrituras. Su método fue muy criticado pero sus aventuras excitaron un interés ilimitado en Inglaterra y América, y de hecho dio al público cristiano una nueva idea sobre las posibilidades del trabajo misional en China».

Su sistema misional se denominaba «evangelización de la tetería», pues se metía en los establecimientos donde se juntaban los hombres a tomar té y aprovechaba los grupos para predicar.

En la guerra de 1841 montó una red de espionaje con espías nativos de los cuales seis fueron capturados y confesaron. Les pagaba por la información que le traían. Sirvieron para conocer un ataque previsto en Ningbo el 9 de febrero de 1842 con cuarenta y un mil chinos. En la zona que ocuparon le pusieron como jefe civil.

Entre 1840 y 1842 participó en las negociaciones para que se permitiera a los misioneros entrar en el interior. Como no se consiguió montó una escuela de misioneros nativos y en cuatro años formó casi cincuenta. Terminó la traducción de la *Biblia* en chino en 1847. Mary falleció en 1849 y en 1850 se casó por tercera vez. Algunos de los cientos de misioneros nativos que contrató eran verdaderos conversos, pero otros buscaban simplemente un trabajo bien pagado y se inventaban las actividades misionales y las conversiones.

En septiembre de 1849, por primera vez tras veintitrés años, regresó a Europa para conseguir fondos. Visitó Inglaterra, Escocia, Holanda, Alemania

y Polonia. Inventó el apadrinamiento, por el cual una ciudad o región europea se encargaba de financiar las actividades misionales en una región china. Les vendía que había cuatrocientos millones de chinos por convertir. Gützlaff podría ser considerado el precursor de las modernas ONG oportunistas y corruptas —hay no obstante alguna seria— que viven de aprovecharse de los buenos sentimientos de la gente. Los otros misioneros europeos de China —la competencia era fuerte— aprovecharon su ausencia para investigar a sus misioneros nativos y encontraron que algunos ni siquiera se movían de Hong Kong y se inventaban todo; otros eran adictos al opio y se gastaban el sueldo de religiosos en droga; otros, en lugar de repartir los panfletos y libros, se los revendían al impresor, que volvía a vendérselos a Gützlaff. Entre la etnia de los hakka, perseguidos por el gobierno, sí tuvo algún éxito de conversiones. El informe llegó a Europa mientras realizaba su gira triunfal de consecución de fondos y algunas asociaciones dejaron de apoyarle. En noviembre de 1850 regresó a Hong Kong para poner orden en su sociedad, pero no tuvo tiempo, ya que falleció en agosto de 1851. Parecer ser que el escándalo del fraude aceleró su fin. Incluso en el Yangtsé hay una isla llamada Gützlaff Island. Y en Hong Kong una calle: Gützlaff Street. Algunas sociedades misioneras le siguen considerando un héroe de la cristianización a pesar de sus métodos.

Tumba de Karl Gützlaff en el cementerio de Hong Kong. Fotografía de Cougarwalk. La inscripción la podemos traducir: «A la

memoria de Karl Friederick August Gützlaff. Nacido el 8 de julio de 1803, descansó el 9 de agosto de 1851 a la edad de 48 años. Fue el primer misionero luterano en China. 1831-1851». En el lateral la inscripción está repetida en chino.

Bibliografía

GUTZLAFF, Karl, *Journal of three voyages along the Coast of China in 1831, 1832 and 1833*. Londres: Hall Court, 1834.

ALVYN, Austin, *China's millions: the China Inland mission and late Qing society, 1832-1905*. Cambridge: W. M.B. Edermans, 2007.

FISCHER, Benjamin Louis, *Opium pushing and Bible smuggling: religion and the cultural politics of British imperialist ambition in China*. Tesis doctoral. Indiana: Universidad de Notre Dame, abril de 2008.

SCHLYTER, Herman, *Der China-Missionar Karl Gützlaff und seine Heimatbasis: Studien über das Interesse des Abendlandes an der Mission des China-Pioniers Karl Gützlaff und über seinen Einsatz als Missionserwecker*. Lund: Liber Läromedel/Gleerup, 1976.

SCHARLAU, Winfried (ed.), *Gützlaffs Bericht über drei Reisen in den Seeprovinzen Chinas 1831-1833*. Hamburgo: Abera Verlag, 1997.

WALEY, Arthur, *The Opium War through Chinese eyes*. Stanford: Stanford University Press, 1958.

Robert Fortune
(1812-1880) (1843)

El escocés que robó el secreto del té a los chinos

China llevaba cultivando té desde hacía miles de años. Esta bebida llegó a Europa en 1610 de manos de los holandeses. Primero arribó el té verde y después, en 1750, el negro. A Rusia lo habían llevado en 1618. La palabra deriva del dialecto de Amoy (*tei, dey*) y del cantonés (*cha*). En el mundo actual hay dos formas de denominar la bebida, derivadas de los dos dialectos. Incluso en lugares tan cercanos como la península ibérica, en español se ha tomado la variante de Amoy (té) y en portugués —por su relación con Cantón—, la forma cantonesa (*chai*). De la importancia que se otorgaba a la bebida, hay un dicho en inglés para expresar algo de valor incalculable: *All the tea in China (‘Todo el té de China’).* A Londres llegó en 1658, diez años después de la llegada del café.

En 1648 la East India Company se estableció en Cantón y en 1660 regalaron al rey Carlos II un kilo de té para celebrar su coronación. En 1702 la reina Ana decidió desayunar con esa bebida en lugar de con cerveza *ale*. El té se vendía en Londres al doble del precio pagado en Cantón. En 1800 el té de China generaba más beneficios que todo el comercio de la India.

En 1769 se creó un gran problema monetario por la enorme cantidad de plata necesaria para pagar el té chino. Como hemos visto, se comenzó a cambiar por opio producido en la India y en 1800 el problema estaba «solucionado» e incluso la droga generaba cuantiosos beneficios por sí misma, pues se llegó a que casi cien millones de chinos, una cuarta parte de la población, fueran adictos a dicha sustancia. A pesar de las prohibiciones y de las guerras, se siguió vendiendo en China hasta 1908.

Desde siempre se había deseado conseguir la planta del té y el gran botánico sueco Linneo lo intentó en varias ocasiones hasta que en 1763 lo consiguió; pero no conocía nada del modo de procesarla. En 1793, el diplomático lord Macartney consiguió semillas y las plantó en la India, pero eran de mala calidad. En 1823 un militar británico dijo que en Assam, al noreste, junto a las fronteras de los actuales Bután y Bangladesh, cultivaban y procesaban té, pero de inferior calidad al chino.

A Fortune se le llama el espía y el ladrón del té. Nació el 16 de septiembre de 1812 en el condado de Berwickshire, en Escocia. Botánico de formación, primero trabajó en el Royal Botanic Garden de Edimburgo y después en los jardines de Chiswick de la Horticultural Society de Londres. En 1842, tras la denominada guerra del Opio, se firmó entre Gran Bretaña y China el Tratado de Nankín para mejorar las relaciones entre ambos países y se permitió la entrada, solo a determinadas zonas, de botánicos británicos para coleccionar plantas por lo que Robert Fortune solicitó la plaza de recolector y, con un escaso sueldo, fue enviado para esa misión por el Gobierno británico.

Retrato de Robert Fortune con aspecto occidental. Archivos de la Arnold Arboretum.

Llegó a Hong Kong el 6 de julio de 1843 tras cuatro meses de navegación. Sobre su primer viaje escribió una obra titulada *Three years wandering in the northern provinces of China. A visit to the tea, silk, & cotton countries, with an account of the agriculture & horticulture of the Chinese, new plants, etc*. Comienza con una descripción de la ciudad y de los chinos y presta una especial atención a los aspectos botánicos, algo que se repetirá en toda su obra.

Desde su llegada comenzó a aprender chino. El 23 de agosto navegó hacia la ciudad de Amoy. Como se sentía más libre que Gützlaff, comenta: «Namoa es el nombre de una pequeña isla más o menos a mitad de camino entre Hong Kong y Amoy, y es muy conocida como uno de los lugares donde se lleva a cabo el contrabando de opio entre los barcos extranjeros y los contrabandistas chinos». Afirma que nadie molestaba a los navios y que incluso habían construido una pequeña ciudad para su descanso y diversión. En Amoy se guardaban las formas y los barcos con opio, en lugar de desembarcar la mercancía en el puerto, lo hacían fuera de él, donde lo realizaban con toda impunidad. El comercio de té y seda se efectuaba principalmente en Shanghái. Como se permitía a los extranjeros meterse a cierta distancia, recorrió muchos pueblos costeros. Al dedicarse a recoger plantas le tomaban por un curandero y los enfermos le pedían que les sanara. En algunos lugares le insultaban y le gritaban que volviera a su barco pero en la mayoría le ofrecían sus pipas, le llevaban plantas y le daban de comer. Lo que más les sorprendía es que no llevara coleta.

A finales de septiembre de 1843 continuó hacia el norte. Los barcos de la Marina británica prestaban apoyo a los contrabandistas cuando los locales les querían cobrar impuestos. En una de sus excursiones le robaron algunas cosas y tuvo que huir de unos ladrones. Después, para evitar problemas, realizaba sus excursiones botánicas con una escolta armada, aunque algunas ciudades costeras no tenían guarnición británica. Visitó la gran isla de Chusan, a 30° N, entre Ningbo y Shanghái, también ocupada por los británicos. Llegó al puerto de Ningbo en otoño de 1843 y se encontró con un americano de la American Medical Missionary que iba vestido de chino, pero con la ropa de alguien muy rico y el sombrero de alguien muy pobre, lo que hacía mucha gracia a los nativos. Allí son célebres los jardines de los mandarines, de los que había

oído hablar y que visitó. Su sirviente e intérprete, según subían al norte del país, cada vez le servía menos, pues la lengua cambiaba y daba lugar a malentendidos. Por ejemplo, «hielo» en el norte se decía como «soldado» en el sur y al ver unos depósitos de hielo entendió que eran cuarteles —depósitos de soldados—.

Llegó a Shanghái a finales de 1843. Después regresó al sur rápidamente, pues los vientos les ayudaron a llegar en pocos días a Hong Kong, desde donde envió todas sus muestras a Inglaterra. Visitó Cantón, donde le apedrearon y robaron en un mal barrio. Pasados los fríos, en marzo de 1844 regresó al norte, pues consideraba que el sur ya estaba bastante estudiado. En mayo visitó la región cerca de Ningbo, donde se cultivaba té y se alojó en un monasterio. Le llevaban en una silla con sombrilla sujeta por largas varas de bambú apoyadas sobre los hombros de dos nativos. Se quedó en Ningbo hasta julio, en que fue de nuevo a la isla de Chusan. Habla de un misionero italiano que vivía en un pueblo de católicos, hablaba chino perfectamente y vestía como ellos. Cuando llegaba un sacerdote nuevo los católicos chinos le vestían con ropas del país y le llevaban en secreto a la zona católica donde en unos años aprendía el idioma y se dedicaba a evangelizar.

En noviembre de 1844 subió a Shanghái. El Gobierno chino intentaba por todos los medios evitar que los extranjeros visitaran las zonas donde se cultivaba té. Él quería visitar la región de Suzhou, a unos cien kilómetros de Shanghái pero estaba prohibido. Solo les dejaban alejarse hasta donde se pudiera ir y volver en un día, en veinticuatro horas. Los emperadores chinos querían mantener el monopolio y amenazaban con la pena de muerte por decapitación a quien diera a conocer los secretos del té, o incluso a quien enseñara chino a los extranjeros (a los diablos extranjeros como les denominaban).

A pesar de todo, lo intentó. Se vistió de nativo y cuando estaban a 30 millas (unos 50 kilómetros) le dijo a su criado que quería visitar Suzhou y que convenciera al barquero de que les llevara pagándole un extra. Se afeitó la cabeza y se puso una coleta postiza. Dice que en el norte los ojos se parecen más a los de los europeos. Por la noche les robaron todo, ropa incluida, y les cortaron la cuerda, por lo que quedaron a merced de la corriente, que les hizo regresar casi al punto de partida. Por la mañana Fortune se ocultó en la cabina, le compraron otro traje y continuaron. El 23 de junio visitó el lago Suzhou. Cruzó el pueblo y notó que nadie le prestaba atención, pasaba totalmente desapercibido a pesar de que había mucha gente sentada mirando a quien pasaba. En la zona había muchos viveros y semilleros. Pasó unos días

en la ciudad y regresó a Shanghái, donde nadie —incluidos sus amigos británicos— le reconoció vestido de chino.

Fortune dedicó todo un capítulo de su libro al té, a su cultivo y procesamiento. También explica el cultivo del algodón. Cuenta que el contrabando de opio era una gran hipocresía porque estaba prohibido pero se permitía. Visitó las Filipinas en enero de 1845 y en abril regresó al norte. Esta vez decidió ir de Ningbo a Shanghái por tierra, lo que estaba prohibido. Para ello tomó un junco de un conocido de su criado y fue en barca por los ríos y canales. Cuenta que los chinos, cuando navegaban, pasaban el tiempo comiendo, durmiendo o fumando, pero ni leían ni hablaban. Cruzaron una zona donde cultivaban morera para alimentar a los gusanos de seda. Visitó la granja y le explicaron cómo lo hacían. Al llegar a Shanghái el cónsul le citó, pues el gobernador chino, de algún modo, se había enterado de su viaje. Como el informe contenía inexactitudes, lo negó y se zanjó el asunto. Después navegó al puerto de Fuzhoo. Desde allí visitó algunas zonas de té. El viaje le permitió demostrar que tanto el té verde como el negro procedían de la misma planta, la *Thea viridis* y consiguió muchos ejemplares de todo tipo. En su viaje de regreso a Shanghái fueron atacados por piratas. El 10 de octubre de 1845 empaquetó todo y regresó a Hong Kong y a Inglaterra. Zarpó el 22 de diciembre y llegó al Támesis el 6 de mayo de 1846. Redactó el libro y lo publicó en 1847.

En 1848 la East India Company contrató a Fortune para que realizara un viaje clandestino al interior de China a fin de conseguir plantas y semillas de tés de calidad. Salió de Southampton el 20 de junio y llegó a Hong Kong el 14 de agosto. Este viaje lo relata en el libro *A Journey to the Tea Countries of China; Sung-Lo & the Bohea Hills; with a Short Notice of the East India Company's Tea Plantations in the Himalaya Mountains*, que publicó en 1852. Su fin era bien claro: «Mi objetivo al venir al norte era obtener semillas y plantas del arbusto del té para las plantaciones de la Honorable East India Company en las posesiones del noroeste de la India», y las quería conseguir en los mejores sitios, en el distrito de Huyzhou, 200 millas (320 kilómetros) en el interior de Ningbo y Shanghái.

Podía enviar nativos pero no se fiaba de ellos, de que no consiguieran las plantas en sitios cercanos y cómodos. Tomó dos criados de la zona a visitar, quienes le dijeron que era posible que fuera él mismo. Dejó la parte inglesa de la ciudad vestido de europeo y se cambió en el barco una vez que salieron. Se afeitó la cabeza dejando solo un parche en la coronilla donde se ató la trenza. Navegaron hacia el suroeste, hacia la ciudad de Hangzhou durante tres días.

Llegaron el 22 de octubre. Allí, Wang, uno de sus criados consiguió *coolis*, porteadores, que les llevaran las cosas. Cruzaron la ciudad y nadie le notó nada, pero al llegar a la posada le dijeron que era extranjero, lo que desmintió. Alquiló una silla pero le llevaron en dirección contraria y le metieron en la ciudad. Cuando estaban en el centro le dijeron que ya no le llevaban más lejos. Sus criados habían desaparecido. Los silleros le buscaron otra pero, como les ofrecía poco dinero, los nuevos no le querían llevar. Se formó una gran pelea entre ellos. Dice que el lema para viajar en China es «tomar las cosas con tranquilidad y no perder la serenidad». Al final tuvo que pagar lo que faltaba —que habían gastado los primeros silleros en tabaco y té— y los nuevos le llevaron las 6 millas (casi 10 kilómetros) que faltaban. Estos hablaban un dialecto que no entendía. Al final le dejaron en una posada donde estaban todo su equipaje y sus criados.

Allí buscaron un bote para subir por el río. En la cena tuvo miedo, pues llevaba tres años sin comer con palillos, por lo que prefirió no cenar a pesar del hambre que tenía. Se hacía llamar Sing-Wa. Recorrieron el río Tsien-Tang-Kiang. El barco llevaba mercancías y veinte pasajeros, estos encima de la carga. Había nichos para los viajeros. El pasaje también incluía arroz dos veces al día. El té se tomaba sin azúcar ni leche. Por la noche anclaban en la orilla. Sus acompañantes eran comerciantes. Uno de ellos pasaba el día fumando opio en el «tercer cielo de la felicidad». El *cooli* de Fortune era muy charlatán y atolondrado y, en secreto, le dijo a uno de los marineros que su jefe era extranjero. Parece ser que se fueron pasando el «secreto» de unos a otros. Wang, el criado de confianza se lo dijo a Fortune, que lo desmintió en público. Llegaron a Qinzhou (a 29° N y 118° E aproximadamente). Pasaron allí dos días y siguieron al noroeste.

El 30 de octubre de 1848 pasaron de la provincia de Zhejiang a la de Jiangxi. De pronto se enteró de que había llevado debajo de él dos féretros durante tres semanas. Eran de unos hombres a los que iban a enterrar en su ciudad natal. Cuando paraban se dedicaba a recoger plantas y semillas. El trayecto fluvial se acabó en Tun-Che donde se recibía todo el té de la zona, se empaquetaba en cajas —los famosos *teachests* británicos— y se enviaba a la costa. Llegaron al distrito del té y a Sung-Lo (30° N y 118° E) donde dicen las leyendas que se descubrió dicha planta (al sur se encuentra el mejor té verde). Se enteró de que teñían los tés —con sustancias químicas baratas— porque a los europeos les gustaba que tuviera un color uniforme.

Se alojaron en casa del padre de Wang y Fortune se dedicó a coleccionar semillas y a enterarse de los procedimientos de preparación de la planta. Le

engañaban con los precios, pues era costumbre que quien contratara las cosas fuera el criado. Se quedó casi sin dinero, se enfadó y Wang bajó los precios de repente. En otras ocasiones también le metía en jaleos porque no pagaba lo que debía y una vez les quisieron pegar a los dos.

El 20 de noviembre comenzó el regreso. Como iban a favor de la corriente, en tres días llegaron a Qinzhou —subir les costó doce— y otras tres jornadas para arribar a la costa. De Ningbo fue a la isla de Chusan donde, a mediados de enero de 1849, montó en un barco británico dedicado al tráfico de opio y regresó a Cantón.

En un segundo viaje intentó ir por tierra desde Fuzhou —la capital de la provincia de Fujian— a Shanghái ascendiendo por el río Min pero solo pudo subir un tramo, por lo que decidió enviar a sus criados a Shanghái por tierra y él fue por mar. Su criado no tenía más remedio que subir en línea recta y pasar por las montañas Bohea donde se prepara el mejor té negro. Se encontró con el sirviente en Shanghái pero no se fiaba de que hubiera seleccionado las mejores semillas, por lo que decidió ir él desde el norte. El 15 de mayo de 1849 salió de nuevo desde Ningbo con un nuevo criado, Sing-Hoo. Este había sido sirviente de un importante mandarín y tenía una bandera de su antiguo jefe. En una ocasión, al principio del viaje, debían pasar un desnivel en el río y subirlo por medio de un torno o esclusa. Había unos cincuenta esperando. Un espabilado se coló. Sing no le dejó y el otro le quería pegar. Sacó la bandera triangular de mandarín y dijo que llevaban tal personaje en el barquito. Fortune tuvo miedo pero el chulo pidió perdón y esperó. Después tomaron otro barco mayor. A los otros que iban en él les decía simplemente que su amo venía de «más allá de la muralla china».

Sufrieron tormentas y crecidas de los ríos. Los chinos medían las distancias en *le* (tres o cuatro *le* eran una milla). Les asaltaron el barco porque el capitán tenía deudas de viajes anteriores y les robaron la vela para cobrárselas. Debieron buscar otro bote. Fueron a Chang-Sha. Sufrieron muchas picaduras de mosquito hasta que descubrieron el tabaco de mosquitos, una sustancia que al quemarla los ahuyentaba. Desde Chang-Sha Fortune continuó en silla. Cuando llovía se cubrían con papel encerado (*oilpaper*). Iban por una carretera de 12 pies (3,5 metros) de ancho pavimentada con granito. Se cruzaban con largas caravanas de *coolis* cargados de té con destino a los puertos fluviales. En una posada se encontró con dos mercaderes de Cantón, acostumbrados a ver extranjeros. A uno de ellos le conocía de vista de Shanghái. Oyó que utilizaban la palabra *fankwei*: ‘diablo extranjero’. Cuando le preguntaron les dijo que venía de Chang-Shan y que iba a Fujian.

Hizo todo en un estilo tan chino que los otros no volvieron a decir nada aunque también preguntaron a su criado Sing, quien respondió adecuadamente.

Llegaron a Hukou, todo lo oeste que Fortune necesitaba ir. Comenzaron a ir al sur (28° N 118° E), al centro del té negro, cerca del lago Poyang. Se dirigían a la ciudad de Wui-Shan, a unos cuatro días de silla. Esta tenía un respaldo a 45 º y techo de papel aceitado, impermeable. La zona era muy montañosa. Se cruzaban con muchísimos *coolis* que llevaban cajas de té. Las de calidad no debían tocar nunca el suelo para no mojarse, los baratos sí podían. Los que iban al norte llevaban té y los que se dirigían al sur otras cosas. Nunca caminaban a la par, siempre en fila india. Encontraron muchas colinas que cada vez estaban a más altura. Cruzaron un paso de montaña —paso Fenging—. Se cruzó con muchos viajeros en sillas. Cada cuarto de milla (cada *le*) había una tetería para descansar. Como buen botánico se extasiaba ante los árboles desconocidos. Llegó al nacimiento del río Min, que desemboca en Fuzhou y que no pudo remontar. A veces los pasos eran tan estrechos y el viento tan fuerte que iba caminando.

Llegó a la ciudad de Tsun-Gan-Hien, donde había muchos cantoneses. Se distinguían de los de otras zonas de China, y él les temía porque conocían a los extranjeros. A veces dormía en conventos budistas o taoístas. Compró muchas plantas jóvenes. Las empaquetaba en musgo empapado y las cubría con papel encerado. Desde donde estaba podía llegar a la costa y a Fuzhou bajando el río Min a favor de la corriente en cuatro días. El problema era salir de esa zona de la costa, por lo que decidió ir al este por el mismo camino.

En el libro explica cómo cuidaban de las semillas. En un año crecen de nueve pulgadas a un pie (de veinte a treinta centímetros). Hay que dejarlas crecer tres años antes de quitarles hojas. Cuando tienen ya diez o doce años se deben cambiar por otras. Se enteró de que el nombre de procedencia del té lo ponían en el puerto de salida (Cantón o Shanghái) en función de lo más demandado y no del origen real. Los *coolis* lo debían cargar durante cinco o seis días hasta Hukou. Allí lo cargaban en barcos planos y lo llevaban a Cantón. Desde Bohea a Cantón tomaba entre seis semanas y dos meses. Llevarlo a Shanghái, un mes más o menos. Fortune realiza un pormenorizado estudio de los costes y llega a la conclusión de que el más beneficiado es el intermediario, sobre todo el británico.

Campesinos chinos del siglo XVIII regando un vivero de plantas de té. Granger Collection, Nueva York.

En la posada de Pucheng se despertó porque unos hombres querían pegar a Sing debido a que no les pagaba. Nadie se quería contratar con ellos. Debieron irse lejos a buscar silleros y *coolis*. Desde Pucheng fueron al norte. Cuando atravesaron las montañas Bohea, en la ladera norte consiguieron un barco y llegaron a la costa. Fortune estuvo tres meses de viaje encubierto. Llegó a Shanghái en agosto. Bajó a Hong Kong y metió las plantas y semillas en *ward cases*, unos pequeños invernaderos de cristal que utilizaban para llevar las plantas en los viajes largos. En el invierno de 1840 envió muchas semillas en diferentes formas para que aguantaran, pero ninguna lo logró. En 1849 las sembró en pequeños invernaderos o cajas y resultó bien, por lo que repitió el procedimiento. Dividió el envío en varios lotes y lo remitió a Calcuta. En abril de 1850 regresó a Shanghái para reclutar procesadores y cultivadores de té y para conseguir más plantas. En junio ya tenía ocho trabajadores, aparatos y más plantas.

Dejó Shanghái el 16 de febrero de 1851 con viento favorable y en cuatro días estaba en Hong Kong. Allí tomó otro y llegó a Calcuta el 15 de marzo. Consiguió hacer llegar más de trece mil semillas germinadas. Las llevó a Saharanpur, a los pies del Himalaya, donde llegaron doce mil ochocientas treinta y ocho plantas en buenas condiciones. Actualmente la zona es un

pequeño estado (Sikkim) de la Unión India, entre Nepal y Bután. Fortune las plantó en los alrededores de Darjeeling.

Le ordenaron inspeccionar todas las plantaciones de la India. Criticó que cultivaran en zonas bajas y planas y el sistema de riego (no se debía regar, como decían los chinos: si no crece sin riego, están en mal sitio). También les aconsejó esperar años antes de quitar hojas.

Explicó que el *Thea bohea* y *Thea viridis* eran la misma especie y las pequeñas diferencias se debían a la reproducción y al clima. El té verde y el negro son la misma hoja, la diferencia es que el negro se deja secar mucho más tiempo y se enrolla y pone en la tostadora más veces. El verde se deja secar una hora, se tuesta en sartenes, se enrolla y se tuesta de nuevo. La mayor diferencia es que en el verde las hojas son tostadas después de recogidas y en el negro se dejan de un día para otro. Fortune comenta que el principal problema para cultivar té, además del clima, era el precio de la mano de obra, en China de dos a tres peniques al día. Por ello concluía que nunca podría ser cultivado en Estados Unidos, Gran Bretaña o Australia.

En 1852 regresó de nuevo a por más plantas pero se dedicó sobre todo a estudiar el cultivo de la morera para la producción de seda, la alimentación de los gusanos y el hilado. Cuenta que era la primera vez que un inglés veía esas cosas. Esa vez, entre 1852 y 1856, también visitó otros distritos de té. Tuvo tanto éxito que en 1860 el té de la India y de Ceilán hizo perder muchas exportaciones a China. En 1857 publicó un libro sobre este viaje: *A residence among the Chinese; Inland, on the coast & at sea; Being a narrative of scenes & adventures during a third visit to China from 1853 to 1856, including notices of many natural productions & works of art, the culture of silk*.

En 1853 había publicado un libro que sintetizaba los dos primeros quitando toda la erudición botánica que había en ellos para hacerlo más digerible a los lectores: *Two visits to the tea countries of China & the British tea plantations in the Himalaya*. Como sabemos, en 1858 el Estado británico se hizo cargo del Gobierno de la India, desapareció la East India Company como gobierno privado y se creó la colonia.

Entre 1858 y 1859, Fortune realizó otro viaje a China por encargo del Gobierno de Estados Unidos para proporcionarles plantas con el fin de cultivar té en su suelo. Entre 1860 y 1862 viajó a Japón. En 1862 se instaló en Brompton, Londres, donde falleció el 13 de abril de 1880.

Catalogó doscientas siete plantas desconocidas. En reconocimiento de sus grandes aportaciones a la botánica se han nombrado doce en su honor.

Bibliografía

FORTUNE, Robert, *Three years wandering in the northern provinces of China. A visit to the tea, silk, & cotton countries, with an account of the agriculture & horticulture of the Chinese, new plants, etc*. Londres: John Murray, 1847.

—, *A journey to the tea countries of China; Sung-lo & the Bohea Hills; with a short notice of the East India Company's tea plantations in the Himalaya Mountains*. Londres: John Murray, 1852.

—, *Two visits to the tea countries of China & the British tea plantations in the Himalaya*. Londres: John Murray, 1853.

—, *A residence among the Chinese; Inland, on the coast & at sea; being a narrative of scenes & adventures during a third visit to China from 1853 to 1856, including notices of many natural productions & works of art, the culture of silk, & C.* Londres: John Murray, 1857.

—, *Yedo & Peking; A narrative of a journey to the capitals of Japan & China, with notices of the natural productions, agriculture, horticulture & trade of those countries & other things met with by the way*. Londres: John Murray, 1863.

ROSE, Sarah, *For all the tea in China*. Londres: Hutchinson, 2009.

Walter Medhurst
(1796-1857) (1845)

El hombre que camina deprisa muestra que no es un verdadero chino

Nació en Londres el 29 de abril de 1796. Su padre era encargado de una taberna. Estudió para impresor pero, tras sentirse interesado por la vida misionera, en 1816 marchó a Malaca para trabajar en la London Missionary Society como impresor. Tuvo que hacer una escala de tres meses en Madrás (India), que aprovechó para casarse con una inglesa. En Malaca aprendió enseguida malayo y uno de los dialectos chinos, pues había una numerosa colonia de esta procedencia.

En 1819 fue ordenado sacerdote y se le encargó de una misión. Como sabemos, en 1842, por el Tratado de Nankín se permitió a los europeos establecerse, comerciar y predicar en algunas ciudades de la costa, pero no podían viajar al interior. Cuando se firmó, le enviaron a Shanghái, donde estableció una imprenta de la London Missionary Society y permaneció allí hasta 1856 revisando las versiones de la *Biblia* existentes en chino. Colaboró con Gützlaff en la traducción de esa obra al chino clásico, tarea que se terminó en 1847. Después, él solo, tradujo el *Nuevo Testamento* al mandarín (lengua que se habla en la zona de Nankín) y un diccionario chino-inglés, inglés-chino. En la primavera de 1845 realizó un viaje disfrazado desde Shanghái que le llevó a recorrer las provincias prohibidas de Zhejiang, Anhui y Jiangsu. El objetivo era visitar a unos nativos simpatizantes del cristianismo, pues conoció a uno interesado en que fuera a hablar con su maestro espiritual, que era demasiado anciano como para trasladarse a la

costa. Su periplo lo relató en el libro *Glance at the Interior of China (‘Mirada al interior de China’).* Se trata de un relato muy pormenorizado. En él explica cómo disfrazarse de chino en un capítulo titulado: *Requisitos en el vestir para el viaje*, donde dice: «Para realizar un viaje al interior de China es necesario, si el individuo es extranjero, utilizar ropa china, afeitarse la parte frontal de la cabeza y las sienes, y llevar lo que comúnmente se denomina coleta. El viajero debe también ser capaz de conversar fluidamente en chino; y adaptarse lo más posible a los hábitos y costumbres de los nativos».

Walter Medhurst en Malaca con Choo Tih Lang —su profesor de chino— y un niño malayo. Ilustración procedente de su libro *A glance at the interior of China*, publicado en 1850.

Medhurst describe en profundidad todos los elementos de la vestimenta china desde la ropa interior a la de abrigo, incluyendo los diferentes tipos de calzado con sus respectivas ventajas e inconvenientes. En todos los casos incluye el nombre inglés y el chino, con su correspondiente grafía. Respecto a los gorros señala la función de ocultar el pelo occidental, sobre todo si es claro, y su aprovechamiento para tapar el lugar donde la coleta postiza se une al cabello original del portador. Así, respecto a un gorro, comenta: «Esos gorros o sombreros, sin embargo, no están muy adaptados para los extranjeros, pues no ocultan lo suficiente de la parte frontal a no ser que se hagan lo suficientemente grandes a propósito, pero entonces atraerán la atención por su singularidad. Un sombrero mucho más conveniente para personas que adoptan temporalmente el vestido chino es uno hecho de fieltro […] preparado para cubrir gran parte de la cabeza, que llega tan abajo como para cubrir la parte inferior de las orejas, y las raíces del pelo, delante y detrás; de modo que tapa gran parte de la cabeza y puede ser llevado puesto día y noche, en casa y en el exterior».

Medhurst informa sobre la conveniencia de llevar gafas de sol, algo que ya hacían los chinos entonces, con cristales de roca de colores, y de la posibilidad de dejarse bigote para los mayores de cuarenta años, los únicos que podían lucirlo. El afeitarse la parte frontal y las sienes facilitaba el disimular el cabello, pero debía hacerlo alguno de los ayudantes o el propio viajero.

También concede mucha importancia a la forma de sentarse y caminar, evitando hacerlo rápido, pues «el hombre que va deprisa muestra que no es un verdadero chino». Ilustra sobre la comida, la forma de comerla y el protocolo en la mesa. Nombra los platos principales con su correspondiente grafía china. Un aspecto muy interesante de su relato es el funcionamiento de posadas y tabernas y la mejor forma de comportarse en ellas, evitando las conversaciones en las que los aburridos clientes se dedican a preguntar de todo al recién llegado.

Asimismo informa sobre el funcionamiento de los diferentes medios de transporte. En definitiva, su libro es como el apartado de informaciones prácticas de una guía de viajes actual para determinados países. Lógicamente la primera condición era dominar el idioma, algo que solo se podían permitir los que primero habían pasado unos años en las ciudades abiertas a los extranjeros, por lo que eran contadas las personas que lo podían hacer y que aquí —salvo error u omisión— presentamos. Medhurst concede mucha importancia al modo de hacer cosas como ponerse la ropa, caminar, llevar las

armas, mover los pies, etc. Aconseja el modo de comportarse en cada momento, propone no mostrarse sorprendido de las cosas, pues puede ser señal de que se es extranjero, y lo resume en oír, ver y callar.

Los dialectos eran algo positivo para el extranjero disfrazado pues, al ser muy diferentes proporcionaban una buena coartada para su desconocimiento. El más extendido es el mandarín y el que se denomina dialecto cortesano (*courtdialect*), que podríamos traducir por chino oficial. Dice que los encargados de las tiendas de té lo entienden y uno puede viajar por las dieciocho provincias sin problema. El lenguaje escrito es comprensible para todos. Durante mucho tiempo era ilegal enseñar chino a los extranjeros, pues así eran más dependientes de los nativos. Tampoco podían negociar directamente, sino a través de una figura, denominada *comprador* [en portugués en el original inglés], ya que los primeros que la utilizaron fueron los lusos. También comenta que hay una gran variedad de complexiones, facciones y tonos de piel, desde un blanco pálido hasta una aproximación al negro.

La expedición salió el 27 de marzo de 1845 desde Shanghái. Medhurst se afeitó la cabeza y a la coronilla que se dejó se ató una coleta que después rodeaba su cabeza según la costumbre china. Al principio viajó en barco por los numerosos canales que hay al suroeste de Shanghái y el canal imperial de este a oeste. Después lo hizo en silla, unas 25 millas (40 kilómetros) cada día. Siempre encontraba un momento al día para leer libros religiosos cristianos, bien separándose a un extremo del barco o apartándose del grupo. Recorrió la provincia de Zhejiang.

Medhurst y su guía lo pasaron muy mal en un momento en que, estando en público, se le cayó la coleta. También su barca y equipajes fueron registrados concienzudamente en varias ocasiones pero lograron llegar a la provincia de Jiangxi y se quedó varios días, entre el 23 y el 28 de abril de 1845, en casa del maestro chino, de religión confucionista, discutiendo sobre religión, pero no logró convencerle y regresó. El viaje duró siete semanas. El libro no se publicó hasta 1850, cuando ya habían mejorado un poco las posibilidades de entrar al interior para los extranjeros, que mejorarían más en 1858 con la firma del Tratado de Tianjin.

En 1848 viajó de nuevo al interior, a Tsingpu, cerca de Shanghái, sin disfrazarse, y fueron atacados y golpeados mientras repartían folletos religiosos. Medhurst incluso perdió el conocimiento por los golpes. Los británicos lo denominaron «La injuria de Tsingpu» (*Tsingpu outrage*) y fue una de las excusas para la segunda guerra del Opio.

Los europeos tenían una gran curiosidad respecto a los pies de las mujeres chinas, pues eran un objeto erótico de primer orden. Incluso en muchas ilustraciones de la época se podía ver a mujeres teniendo relaciones explícitas pero ocultando sus pies.

Medhurst criticaba el comercio del opio y evitaba usar barcos que se dedicaran a ese tráfico, algo muy difícil ya que casi todos lo hacían. Comenta que se pasó de un valor de unos tres millones de dólares en 1816, a dieciocho millones en 1836, aunque los precios bajaron de mil ciento treinta y nueve dólares la caja en 1816, a seiscientos sesenta en 1836 para hacerlo asequible a más gente. Sobre Gützlaff solo comenta que «su correcto conocimiento del lenguaje, la relación íntima con la gente y sus facciones, de algún modo parecidas a los chinos, le permitieron hacer lo que nadie había hecho».

En 1856 se encontraba enfermo y regresó a Londres, donde falleció el 24 de enero de 1857, dos días después de llegar, a los sesenta años. Su hijo, Walter H. Medhurst, fue cónsul británico en Hankou y Shanghái.

Bibliografía

MEDHURST, Walter, *A glance at the interior of China*. Londres: British Library. Historical Print Editons, 2011.

—, *China, its State and prospects*. Londres: John Snow, 1838.

KERR, Douglas y KUEHN, Julia, *A century of travels in China*. Hong Kong: Hong Kong University Press, 2007.
MCMAHON, Keith, *The fall of the God of Money: Opium smoking in nineteenth century China*. Londres: Rowman & Littlefield, 2002.

John Scarth
(-) (1848)

El hombre que robó los secretos de la seda

Conocemos muy poco de él, salvo que llegó a China en 1847 como comerciante y permaneció allí hasta 1859. No he encontrado información sobre sus antecedentes personales. Por otra parte, la introducción de su libro es muy ambigua y tampoco proporciona datos biográficos.

Salió disfrazado de Shanghái en la primavera de 1848 con la intención de llegar lo más lejos posible, hasta las regiones donde se producía la seda. Viajaba con un chino de Singapur que a la vez era su profesor de esta lengua, y con un peluquero que le cuidaba la coleta, le afeitaba la cabeza y a la vez ejercía de cocinero.

En su libro, *Twelve years in China,* afirma que fue «en busca de negocios y de salud, o impelido por la curiosidad, vi más del país y de su gente de lo que han logrado la mayoría de los residentes extranjeros en China. […] Es muy fácil que una persona resida mucho tiempo en China y que conozca muy poco de ella; incluso el mejor informado tiene todavía mucho que aprender. La sociedad nativa está tan maquillada y es tan compleja que incluso sus gentes ignoran muchos aspectos de su propio país».

Comenta que muchos de los intérpretes de que disponían los británicos eran a la vez espías de los mandarines. Su libro comienza con el siguiente texto:

> En la primavera de 1848, cuando pocos habían extendido sus viajes a gran distancia, salí de Shanghái acompañado de mi profesor de chino,

> un chino de Singapur, como intérprete en caso de dificultad, y un barbero que también hacía de cocinero. Mi objetivo era ver el país todo lo posible y llegar lo más lejos posible hasta los distritos donde se producía la seda. Adopté ropas chinas y me metamorfoseé en un chino, haciendo que el barbero me afeitara el cabello y atada a mi gorrilla llevaba una coleta de pura sangre de un nativo de Han. Oculté el color de mis ojos con unas grandes gafas de cristal de piedra de té y pude proseguir sin miedo a ser reconocido.

El cristal de piedra de té era un vidrio translúcido que pensaban tenía propiedades para mejorar la visión. Las gafas chinas eran grandes y redondas y no solo se usaban por problemas de visión sino también como un signo de dignidad, por lo que era una buena excusa el utilizarlas. Estaban hechas de cristal de roca o de topacio tintado por lo que ocultaba el color de los ojos y la montura era de cuerno o de concha de tortuga. Parece ser que ya se utilizaban en el siglo X. En lugar de clasificarlas por dioptrías se ordenaban en función de la edad —las convexas— y por nombres de animales —las cóncavas—. La más débil era el cerdo y pasaba por el perro, gallo, mono, oveja, serpiente, dragón, etc. hasta la más potente, que era el modelo rata. Sin duda, el hecho de que los chinos utilizaran gafas tintadas fue un factor determinante que permitió disfrazarse a los occidentales y de ese modo disimular algo tan característico de los chinos como son los ojos, pero nadie dice nada de ello hasta Medhurst.

En su viaje se extrañó del gran tráfico de hojas de morera para alimentar gusanos y visitó los lugares donde se trabajaba la seda. En la zona suroeste de Shanghái le reconocieron como extranjero y le pidieron dinero. Se aglomeró tanta gente a su alrededor que hubo de huir rápidamente en el barco dejando a uno de los tripulantes, al que lograron recoger después. Llevaba ocultas un par de pistolas pero no tuvo necesidad de usarlas. En otros lugares tuvo más suerte y le informaron de todo el proceso de la cría de gusanos y de la producción de seda. Explica su proceso de producción, que era uno de sus objetivos. Comenta que el comercio de seda china iguala el valor de la producción de las minas de carbón de dos importantes distritos mineros de Gran Bretaña —Northumberland y Durham—. Según los chinos, cuatro hectáreas de morera valían tanto como cincuenta de otros cultivos. Había diferentes tipos en función del gusano y en Europa solo se conocían algunos.

En su viaje se encontró con Fortune en el templo budista de Theen-Tung, donde estaba residiendo, y comenta: «Era de lo más divertido visitar los

pueblos con él, siempre estaba de buen humor y había hecho muchos amigos entre los niños de la zona, que corrían a saludarle y a ofrecerle insectos para su colección. Fortune los revisaba, elegía los que no tenía y pagaba a los niños por ellos».

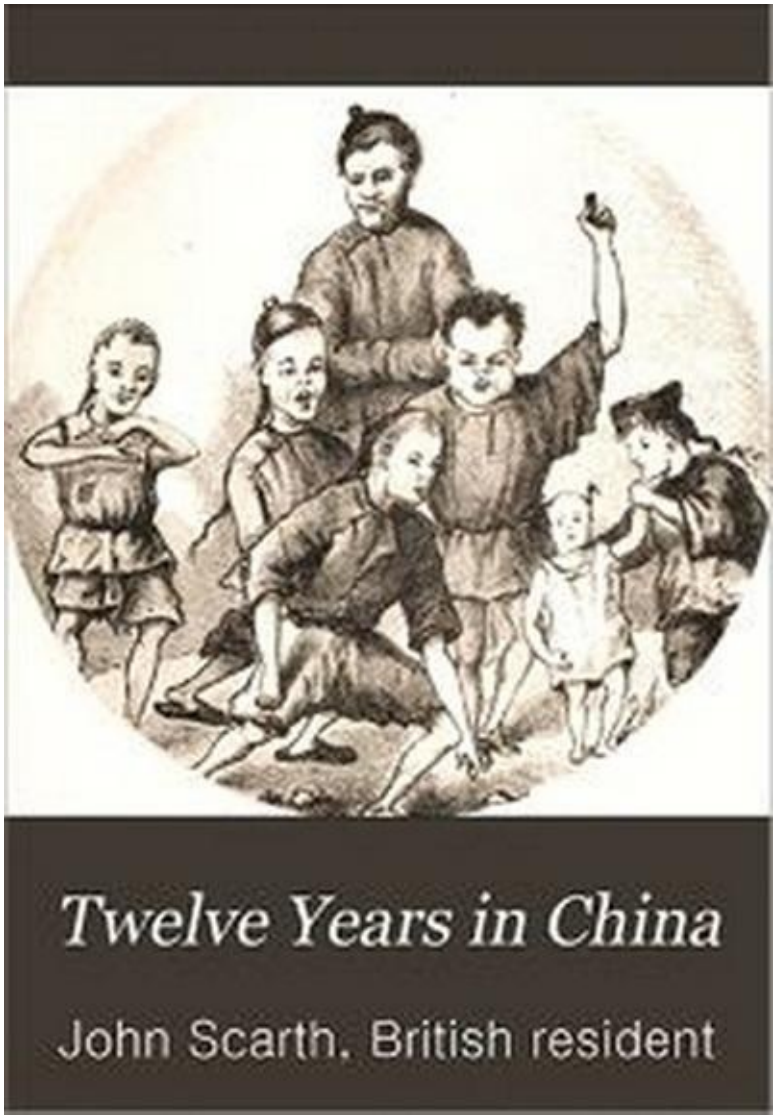


Ilustración del libro de John Scarth *Twelve Years in China* donde se muestra el hilado de la seda realizado por los campesinos chinos.

Visitó la ciudad costera de Amoy (actual Xiamen), enfrente de Taiwán y la de Fuzhou. También recorrió 40 millas (65 kilómetros) del río Han desde Shantou hasta Suzhou donde se cultivaba la caña de azúcar. Describe los

diferentes tipos de barcos utilizados por los chinos para la navegación fluvial y por los canales

Comenta que llevar un cuaderno de dibujo era una buena excusa para pasar desapercibido en el viaje, pues suponía hacerse pasar por un artista, y a estos se les permitía ser raros. La gente posaba para él de buen grado para verse después. En ocasiones les hacía una copia para ellos. En uno de los libros para aprender chino una de las preguntas, era «¿En este lugar matan a las niñas?», lo que consideraba poco adecuado para entablar una conversación. Solo dedica setenta y cinco de las trescientas veintiocho páginas del libro a su viaje, el resto se centran diversos aspectos de la sociedad, la historia y la colonización de China.

Cuenta que el reverendo Burns quiso visitar la zona en 1849 pero fue detenido y enviado a Cantón vigilado, aunque no le hicieron ningún daño. Burns quería informarse sobre el «nuevo tráfico de esclavos» que sustituía al africano. Se trataba de la trata de *coolis* con destino a América, en condiciones a veces peores que las de los africanos y con intermediarios chinos. Se les contrataba por ocho años durante los cuales no podían marcharse a pesar de lo extenuante del trabajo y de los malos tratos. Les pagaban una pequeñísima cantidad como salario por lo que era como comprar un esclavo en cómodos plazos o alquilarlo mientras fuera operativo.

Scarth explica el sistema educativo chino, que da mucha importancia a aprender preceptos morales en forma de refranes. Dice que los chinos «engañan con honestidad» y que se les pueden entregar grandes cantidades de dinero para que compren productos como té en tu nombre. Hace mucho hincapié en la necesidad de que los británicos aprendan algo de chino para poder aprovechar mejor las grandes cualidades de los nativos. Comenta que las prisiones chinas eran tan duras que los condenados preferían ser ejecutados para terminar con el sufrimiento. Cuenta el caso del capitán Sead, que fue despellejado vivo y que en 1847 seis jóvenes ingleses fueron asesinados en Hwang-Chu-Kee en una época en que se instigaba a la gente contra los extranjeros, porque habían matado a dos nativos. Relata diferentes rebeliones y guerras internas así como las ocurridas contra los extranjeros aposentados en la costa e incluso una de cristianos chinos contra sus gobernantes. Regresó a Inglaterra en 1859 y publicó el libro en 1860. Su viaje se puede ver en este mapa.

Tras Scarth se terminan los viajeros disfrazados en China hasta 1894 en que el periodista australiano George Ernest Morrison cruzó China desde Shanghái al sur y continuó hasta llegar a la costa de la actual Birmania. Realizó el recorrido vestido de chino pero no se molestó ni en disimular su piel ni en aprender un poco del idioma, por lo que el disfraz se limitó a una broma y todo el mundo sabía quién era. Él mismo confiesa que cuando no le entendían en inglés se limitaba a hablar más alto. Por otra parte, llevaba un salvoconducto de las autoridades chinas expedido con su verdadero nombre. Al año siguiente escribió un libro sobre el viaje.

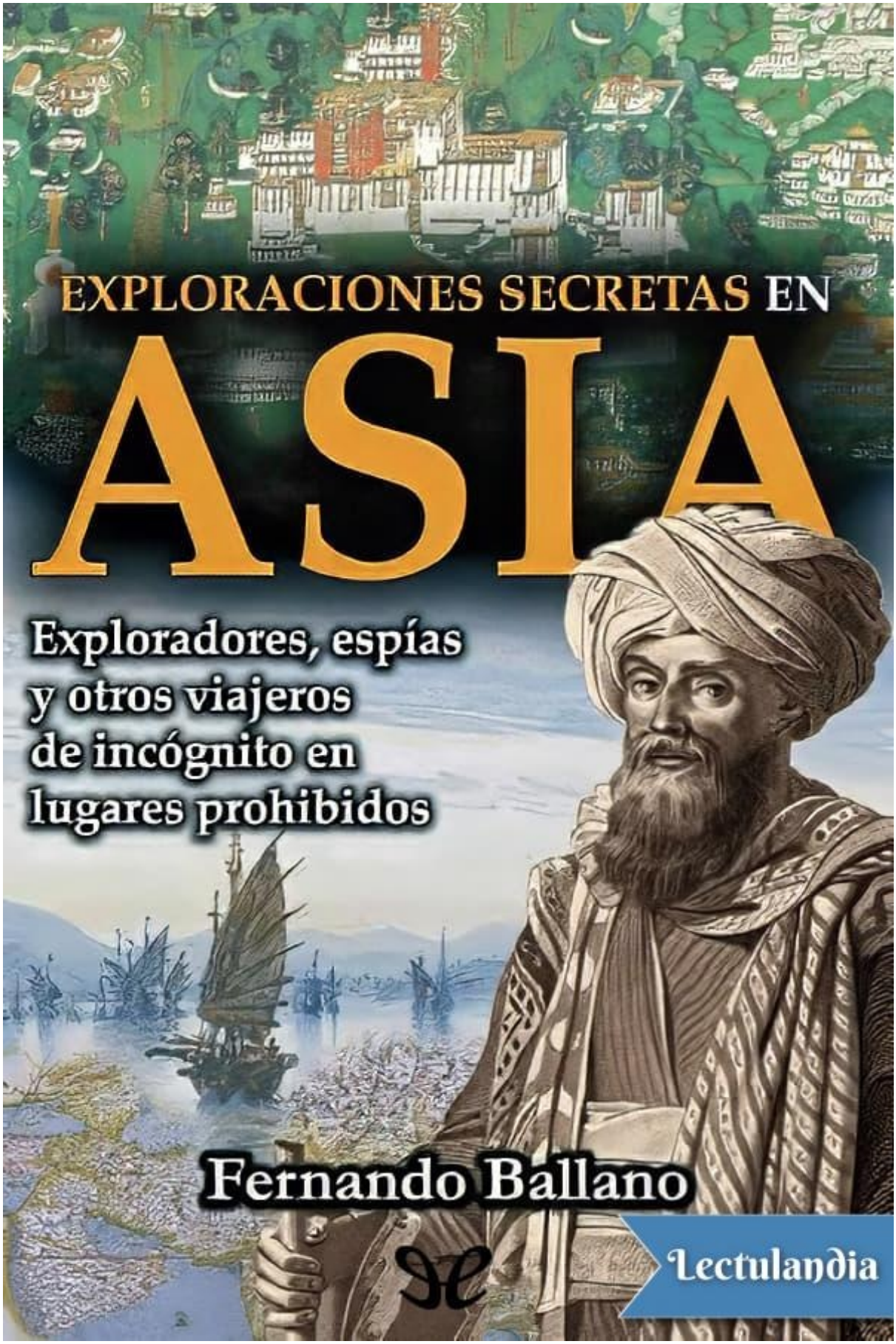
Bibliografía

SCARTH, John, *Twelve years in China*. Londres: T. Constable & Co., 1860.

FERNANDO BALLANO GONZALO (Utrilla, Soria, España, 1956) Licenciado en Psicología y máster en Historia Contemporánea. Ha trabajado como profesor en el Bronx (Nueva York) y en Madrid; fue funcionario del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) en Burundi. Se especializó en diversos aspectos de las colonias africanas de España y en nuestra guerra civil.

Ha publicado diversos ensayos de divulgación histórica: *Exploraciones secretas en África* y *Exploraciones secretas en Asia* sobre la historia de las exploraciones a lugares prohibidos; *Españoles en África*, sobre la presencia española en el vecino continente; y *Aquel negrito del África tropical*, sobre la peculiar colonización española de Guinea y las condiciones de vida de los nativos.

Ha traducido y editado *Cinco meses con los nómadas del Sahara occidental*, de Camille Douls, sobre la primera exploración completa, y de incógnito, del antiguo Sahara español en 1887.


EXPLORACIONES SECRETAS EN
ASIA
Exploradores, espías
y otros viajeros
de incógnito en
lugares prohibidos
Fernando Ballano
Lectulandia